

LINEAJE DE SANGRE

The book cover features a central illustration of a young woman with long, wavy, light blue hair and pointed ears, characteristic of an elf. She has striking, glowing blue eyes and a serious expression. She is wearing a dark, sleeveless top. On her right upper arm, there is a tattoo consisting of several lines of stylized, runic or elvish script. The background is a fantastical landscape: to the left, a volcano with orange and red lava flows under a dark, starry night sky; to the right, there are dark, silhouetted trees. The overall color palette is dominated by blues, purples, and oranges, creating a magical and mysterious atmosphere.

CRISTINA SAAVEDRA

LINAJE DE SANGRE



CRISTINA SAAVEDRA

© 2026 MARÍA CRISTINA SAAVEDRA SAN SEGUNDO

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Primera edición: febrero 2026

Título original: Linaje de Sangre

Corrección, diseño y maquetación: Cristina Saavedra

Ilustración de portada: Harde Studio

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Autopublicado

@_cristina_saavedra_

Impreso en España



**CADA PALABRA UN HECHIZO, CADA PÁGINA UN VIAJE,
UN SENDERO SECRETO DONDE LOS SUEÑOS SE VUELVEN
VERDAD.**

**ATRÉVETE A CRUZAR, A PERDERTE Y ENCONTRARTE,
PUES EN LA FANTASÍA, TODO CORAZÓN PUEDE VOLAR.**

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[ECOS DE UN MUNDO ROTO](#)

[UN PEQUEÑO VIAJE AL PASADO](#)

[SANGRE DE REINA INMORTAL](#)

[EL HEREDERO](#)

[RESPUESTAS](#)

[YSSINDRA, LA REINA INMORTAL](#)

[LA BATALLA FINAL](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS:](#)

[SOBRE EL AUTOR:](#)

PERSONAJES

- Valdrenheim (reinos ernórdicos):
 - Idril & Brunilda
 - Feanor & Katrina
 - Élric & Yrsa
 - Leofric
 - Consejo:
 - Élric
 - Viator
 - Elwich
 - Astrid
 - Caranthir
- Aethergran (hadas de montaña):
 - Nereidos & Maelis
 - Nyra & Múfar
 - Laudino
 - Alanna
 - Kira
 - Katrina & Feanor
 - Consejo:
 - Sylphine
 - Lirwen
 - Eiradia
 - Vaelora
 - Auralia
 - Sylmaris
 - Faylen
- Lunevaris (elfos del agua)
 - Eorlum & Yssindra

- Naerya
- Thalendir & Nimriel
 - Thalfthir & Cassandra
 - Thalion & Eledhween
 - Thalia
- Consejo:
 - Morlind
 - Amely
 - Molea
 - Maserith
 - Theofilis

➤ Yriath (reinos yrios):

- Kaelen & Lyssandra
 - Edgar
 - Varyon
 - Seraphine
- Consejo:
 - Kaedran
 - Veyra
 - Voltín
 - Misilia

➤ Nymurea (musas inmortales)

- Yssindra & Basitic
 - Selene & Meonedo
 - Nyaris
 - Calíope
- Yssindra & Eorlum
 - Naerya & Ithilion
 - Loreley

PRÓLOGO

A mi abuela siempre la recordaba feroz. Ella me hablaba cada mañana, antes de que los primeros rayos de sol llegaran a mi habitación.

Daba exactamente igual las veces que soñara con ella: siempre todo era de la misma manera. Su voz ronca llegaba antes que el amanecer. No era fuerte ni clara; ni siquiera parecía ser real. Era un simple murmullo que atravesaba las puertas cerradas de cualquier lugar y entraba en cada grieta de mi memoria. A veces creía que venía de tiempos pasados; otras, de tiempos futuros; o incluso, simplemente, del fondo de mi cabeza. Pero yo sabía de sobra quién era ella, pues se aseguraba de que nunca lo olvidase.

—Cinco reinos —me decía tranquilamente—. Cinco dedos de una mano humana.

Y entonces, como si sus palabras abrieran la tierra misma, lo veía todo a través de ella. La montaña aparecía primero, altísima y afilada, en el norte de la vida, donde, en la punta de cada una de ellas, la nieve cantaba en un idioma desconocido. Allí vivían las hadas de montaña: criaturas de alas de cristal con largos plumajes, con ojos antiguos y cuerpos que se fundían con la roca o la piedra. Su magia era bella y terrible: moldeaban la tierra como si respiraran a través de ella; podían ser árboles o incluso granito y cuarzo. Pero cada hechizo que hacían las rompía un poco, las convertía en piedra viva y raíces. Las iba inhumanizando poco a poco.

—Ellas nunca olvidan el pasado, lo que fueron, lo que podrían haber llegado a ser —repetía mi abuela, y algo en su tono hacía que mi piel se estremeciera.

Después venían las visiones del agua: islas flotando en mares y océanos sin fin, elfos que cantaban con la corriente marina, que curaban con solo rozar la piel. Se movían con una calma que daba miedo. Pero con cada milagro, algo se les apagaba: su calor se desvanecía, su piel se quedaba más pálida, su pelo perdía su hermosura, y lentamente iban convirtiéndose en sombras bajo el agua, hermosas y vacías.

—Se entregan a la muerte si es lo correcto —susurraba mirándome fijamente, pero sin ojos—. No todos saben hacerlo. Nadie de otro reino se atreve a un acto tan valiente como ese.

Luego aparecían las runas ante mis ojos, justo en el centro del mapa, con mil formas diferentes y en mil lugares distintos. Junto a estas estaban los guerreros ernórdicos, llenos de tinta y de sangre. Sus ojos mostraban el propio equilibrio de la vida. Su magia no era suave: era poderosa e importante. Estaba hecha de heridas, de recuerdos que se arrancaban como pedazos de carne. Cada símbolo en su piel ardía. Y yo... yo los sentía arder también bajo mi piel. Incluso a veces podía sentir su dolor.

Y un poco más allá, el fuego. El oeste. Gritos. Dolor. Tortura. Violaciones. Los yrios no rezaban, no suplicaban, no se arrodillaban. Quemaban y arrasaban todo a su paso. Su poder brotaba de sus corazones, como una explosión que no se detenía nunca. A veces veía sus cuerpos deshacerse a través de las llamas; otras, los oía incluso reír mientras lo hacían. Y siempre mi pecho se llenaba de algo que no sabía si era furia, miedo o necesidad.

—Ellos sí luchan por lo que creen —susurraba mi abuela, y su voz sonaba tan cerca que creía que, por fin, despertaría y me la encontraría sentada a mi lado. Pero yo todavía no podía despertarme, porque aún quedaban ellas por aparecer.

Volvieron las visiones, como si, de nuevo, de un mapa mi mente se tratase, y con ellas vi el sur, para mostrármelas. Las vi apenas un momento: las musas. Eran tan hermosas que cualquier mujer u hombre lo habría dado todo por ellas. Pero estaban tan vacías que daban auténtico terror. Sus ojos no miraban el mundo: lo atravesaban y atrapaban. Eran las musas las que soñaban por todos, las que podían cambiar lo que la realidad mostraba... pero cada vez que lo hacían, algo dentro de ellas se rompía. Algunas solo lloraban. Otras me susurraban cosas que olvidaba al instante. Y una... una se parecía tanto a mi madre, que me daba auténtico miedo. Naerya no podía ser un monstruo como todas ellas.

—La creación tiene un precio —me repetía mi abuela—. La Madre Tierra siempre se ha encargado de ello. Ella nos debilita y

consume. No nos deja ser lo que deberíamos, ni mucho menos lo que merecemos.

Y muchas veces despierto. Algunas estoy sola, temblando en la cama, sin poder dejar de sudar. Otras veces, aunque no puedo verla, sé que está a mi lado, como un espectro. Incluso en ciertas noches no sé si la escucho en el sueño o si es el sueño el que la escucha a ella.

—Pero, ¿qué pasó entre ellos? —le pregunté casi en silencio. Si no voy a despertar, por lo menos que me cuente más historias sobre este curioso mundo en el que vivimos.

—La guerra pasó, querida niña —respondió—. Las hadas, demasiado codiciosas y absorbidas por el poder, bajaron a robar la vida de las runas, y con ellas la de los hombres. Los elfos, a su vez, se ahogaron en sus propios ríos intentando curar todo el desorden. Muchos obtuvieron la muerte misma, sin nada a cambio. Los yrios fundieron la tierra misma para ayudar a sus hermanos. Las musas tejieron una locura incontrolable hasta para ellas mismas. Y mientras, la Madre Tierra no daba señales: no se ponía a favor de nadie, ni de los vivos ni de los muertos. Se mantuvo quieta, en silencio. Abandonándonos a nuestra suerte.

Pero todo lo que me decía mi abuela pasó hace siglos... O puede que me dijese que fue ayer. O simplemente pasó dentro de mi imaginación. No lo tengo claro. Lo único que sé es que cada vez que duermo, sueño lo mismo una y otra vez, y poco a poco lo voy comprendiendo: sabiendo qué es real y qué lo será. Y cada vez que despierto, su voz me sigue un poco más. A veces es ronca; a veces muy débil y dulce. Incluso a veces siento que hay alguien más, que todavía no habla ni se mueve, pero que aquí está.

CAPÍTULO 1:

ECOS DE UN MUNDO ROTO

“La Madre Tierra dio voz al agua, fuego al alma y raíz
al corazón.

Pero cuando sus hijos aprendieron a mentir,
la tierra empezó a doler.”

— Cánticos de la Madre Tierra



EL GRAN SALÓN

Katrina

Nunca me habían gustado los palacios ernórdicos. A veces me daba la sensación de que fueron contruidos para recordarnos a todos lo pequeños que realmente podíamos llegar a ser.

Desde fuera, sus muros de piedra negra y plata parecían el cuerpo de un dios muerto: enorme y frío, como la mayoría de los corazones de los guerreros de este reino. Además, todo el edificio estaba entero cubierto de figuras de las antiguas guerras y de las runas que les daban tanto poder. Había bestias dibujadas en cada esquina; a la luz de las antorchas parecían retorcerse y moverse, como si en cualquier momento fuesen a liberarse de aquellas piedras, como si estuviesen presas en ellas.

La Gran Sala de Festividades era todavía peor. Era vasta, silenciosa incluso cuando estaba llena. Tenía los techos repletos de vigas negras y runas; estas, principalmente de protección, estaban grabadas en la piedra mientras brillaban con un azul muy tenue, un susurro de magia que recorría el aire y se metía en cada hueso. Siempre había sentido un ligero escalofrío al entrar, un recordatorio de que este lugar, por mucho que luchara por él, nunca me había terminado de pertenecer.

El suelo de mármol oscuro estaba pulido hasta parecer un lago sin luna. Juraría que podía verme reflejada en él con cada paso, pero no en el buen sentido, sino más bien como si pisara sobre un abismo. Las llamas de los candelabros se multiplicaban, creando esa ilusión de profundidad infinita. En las paredes colgaban tapices hasta los suelos, de hilo de plata, que contaban historias de guerras y sacrificios. A veces me detenía frente a ellos y me preguntaba si esos héroes nos miraban desde el pasado, observando cómo volvíamos a realizar los mismos errores que ya habían cometido ellos, juzgándonos por no aprender de una buena historia.

Mi asiento estaba junto al trono de Feanor, en un estrado algo elevado. El suyo era una mole de piedra volcánica tallada con un dragón de oro blanco a cada lado: pesado y sólido. El mío, en cambio, parecía casi frágil —ramas de fresno entrelazadas con hojas de plata—, para recordarme siempre de dónde venía, con un pequeño hueco en medio para no estar incómoda con las alas. Siempre pensé que se construyó así a propósito, para mostrar mis diferencias.

La música en la fiesta de ese día era aguda, bastante lenta para mi gusto. Violines profundos, liras metálicas, flautas suaves... todas al ritmo de un único tambor. Sentía sus vibraciones subir por mis piernas hasta el pecho y me obligaba a no dejarme arrastrar por la música. No aquí. No ahora. Hoy era un día de alianzas, un día de formalidades. No podía dejarme llevar.

El aroma de la sala era denso y cálido: hidromiel y vino de frutos rojos, carnes con salsas picantes, pan de centeno recién horneado, todo mezclado con el olor de la resina de pino quemada.

Aquí todos danzaban no solo al ritmo de la música, sino al de la política, el poder y las alianzas. Cada palabra, cada saludo, cada gesto era parte de un juego más grande, un juego del que estaba muy cansada de tener que participar. Era peor incluso que cuando Feanor me obligaba a jugar al ajedrez con él.

Vi a Loreley entrar antes de que nadie más la notara. Es algo que siempre me había ocurrido con ella. Incluso desde que éramos más jóvenes, cuando apenas la conocía, sentía con su presencia un cambio en la presión del aire, como un frío que se colaba bajo la piel. Y esta vez no fue diferente.

Apareció de entre los portones de roble negro y hierro con esa forma tan suya de moverse: suave y precisa. Vestía un abrigo de lana oscura con forro de lince plateado, y su vestido era casi del mismo tono que el mío, con un pequeño bordado de plata en los puños y en el cuello. Era como si cada vestido que salía de ese palacio hubiese sido creado con sus propias sombras y batallas.

Nadie parecía mirarla directamente. Nadie parecía preocuparse por la chica resucitada, por aquella a la que habían despojado prácticamente de la vida. El ataque había sido hace solo ocho meses, y todo el mundo parecía haberlo olvidado. Sus ojos se encontraron con los míos a través del salón y, por un instante, la recordé como Caranthir la encontró: rota, ensangrentada, clavada a un triste árbol, con una nota sobre su pecho arañado. Una pequeña mueca de terror me arrolló. Pero solo por un momento; no podía dejar que ella lo notase, ya había sufrido demasiado. Loreley apenas sonrió, con una pequeña inclinación de cabeza hacia donde yo me encontraba.

Cuando se acercó, su aroma me envolvió antes de que pudiera reaccionar: violetas secas, ceniza fría y algo metálico. Siempre olía así, o por lo menos desde que nos volvimos a ver, como si la muerte de su familia siguiese impregnada en ella.

—Katrina —dijo mi nombre con esa suavidad que usaba para todo—, espero no llegar demasiado tarde a la celebración; no sabía cuál de tus vestidos robarte esta vez. Todos tienen huecos en la espalda que tengo que disimular. Y eso sin contar los que tienes

ahora. —Una rápida mirada hacia mi vientre redondo, ya prácticamente a punto de parir—. Estás radiante.

—Siempre llegas en el mejor momento —respondí; no era una reprimenda ni mucho menos, era un hecho.

Sus ojos se deslizaron por la sala, observando todo, calculándolo todo. Y entonces su mirada se detuvo. La seguí y allí estaba Feanor, mi marido y rey de estas tierras: su espalda recta en el trono, esa complexión amplia y musculosa, hombros muy anchos, torso fuerte y brazos extremadamente marcados. Cabello rubio ceniza, corto y peinado hacia atrás; mandíbula dura y esa mirada gris acerada. Sin hablar de sus manos marcadas por las batallas, esas manos que, hace mucho tiempo, me habían hecho sentir tanto.

Pero dejé mis pensamientos volar en cuanto vi un leve destello en los ojos de Feanor al notar a Loreley. Fue rápido: un gesto de alerta y fastidio. Pero cuando Astrid, su capitana de la guardia, se inclinó para decirle algo al oído, su expresión cambió.

Vi la forma en que Astrid le hablaba, muy cerca, demasiado cerca. Vi cómo él giró el rostro acercándose levemente hacia ella. Incluso la dureza de su boca se suavizó unos segundos mientras su mirada caía hacia los labios de esta. Ella se apartó, seria, pero sus ojos brillaban. Fue un gesto mínimo, pero suficiente para que la pena recorriera todo mi cuerpo. Lo que yo amaba a ese hombre y lo poco que él me amaba a mí.

No era la primera vez que los observaba así. No necesitaba palabras ni hechos para entender lo que había entre ellos. Feanor no se permitía amar a nadie, no de la forma en que la gente normal amaba y quería. Pero Astrid... ella era su espada, su sombra. Tan poderosa.

Loreley me miró de reojo.

—Vaya. —Dio un largo trago de la copa que tenía en la mano—. Veo que han cambiado mucho las cosas de aquí a unos meses.

Su tono no era ácido. Era... humano. Tal vez una manera de decirme cuánto lo sentía, pero sin hacerlo.

No respondí. No fui capaz de articular palabra. A ese cabronazo narcisista, solo le importaba el poder.

—Ha cambiado tanto que hasta el silencio de este salón me parece diferente —respondí, forzando una sonrisa mientras alisaba la falda de mi vestido.

Ella soltó una pequeña risa, contenida, pero amable. Me pude relajar un poco. Ahí estaba mi gran amiga; la conocía desde hacía tantos años. Y para nada se merecía todo por lo que había pasado, todo por lo que había sufrido estos últimos meses. La estaba intentando proteger como podía, dándole cobijo, comida, trabajo... Pero todavía no había sido capaz de conversar seriamente con ella, de decirle la razón por la que pensaban que había sobrevivido, de contarle por qué le había pasado todo eso. Era difícil, y a saber cómo iba a reaccionar.

—¿Siguen usando ese tambor lento para las celebraciones? —preguntó sacándome de mis pensamientos, con una mueca divertida—. Juro que una vez me dormí de pie durante una de las canciones. Casi me rompo el cuello fingiendo que solo estaba meditando.

—Eso fue en el Festival de Invierno de hace... ¿cinco años? —le recordé, sonriendo por primera vez en toda la tarde—. Tendrías unos veinte. Llevabas aquel vestido rosa tan ridículo con mangas como alas de cuervo. Y fuiste con ese guerrero medio elfo, ¿cómo se llamaba?

—No era ridículo. Era... teatral. Dramáticamente incomprendido —respondió con falsa seriedad, alzando un dedo en el aire—. Lo estuvo cosiendo mi madre durante más de una semana. Y el elfo era Thiét.

—Te tropezaste tres veces por lo menos con esas mangas horrorosas. —Cambié de tema y reí, esta vez casi de verdad—. Una de ellas sobre una mesa entera de jabalí asado. Feanor ya te miraba mal por aquel entonces.

—Bueno, a él nunca le he caído bien. —Se encogió de hombros—. Quizás debí llevar ese vestido también hoy. Podría haber tropezado accidentalmente sobre su trono. O sobre Astrid.

Le lancé una mirada fingida de desaprobación, pero Loreley me guiñó un ojo.

—¿Piensas que va a ser niño? —me preguntó, con la voz suave y la mirada fija en mi barriga.

—Es lo que todos esperan. Es lo que Feanor desea. Y es lo que parece que el reino de Valdrenheim necesita. —Levanté los brazos en un gesto exagerado.

—¿Y si es niña? —preguntó Loreley con algo de preocupación en sus ojos.

Suspiré despacio.

—Supongo que tomará de amante a otra para obtener un heredero varón. Ya sabes lo que les pasa a las mujeres que no pueden dar herederos varones —dije, acariciándome suavemente el vientre—. Pero juro que nacerá fuerte y será poderosa. Yo la enseñaré a serlo.

Loreley me miró un momento en silencio, como si quisiera decir algo, pero no se atreviera. Finalmente se acercó un poco más y tomó mi mano.

—No dejes que conviertan esa fuerza en armadura.

—Tú no sirves para la política.

—Lo sé —dijo con una sonrisa—. Pero tú sí. Tú has nacido para ello. No lo olvides, por favor. Que él no te haga olvidar lo importante y buena que eres. —Me apretó más fuerte la mano—. Tú eres más fuerte que él, y lo sabe. Por eso te necesita.

La sonrisa se desvaneció un poco de su rostro, pero sus ojos seguían brillando. La veía de pie frente a mí; era un poco más bajita que yo a pesar de sus tacones, vestida con mis ropas hechas de sombras y recuerdos, y, sin embargo... viva. Más viva que nunca. Ojalá nunca volviera a temer perderla.

Me acerqué un paso más y le rocé el brazo suavemente.

—Estás aquí. Eso ya es una victoria. Nuestra victoria.

Loreley bajó la mirada y asintió. Su voz se volvió más baja, más tenue.

—No siempre lo siento así.

Hubo un silencio breve, incómodo. De esos que solo existen entre personas que han sido hechas pedazos y que se han tenido que reconstruir poco a poco.

—Te asignaré un sitio junto al estrado —dije, con la voz lo más tranquila que pude mientras me giraba hacia una de las criadas

—. Llévala a su asiento, por favor. Y dale vino, pero del bueno, no del que estamos dando a estos nobles aburridos.

Loreley me miró de reojo con una pequeña sonrisa.

—¿Sabes que si sonríes más de cinco veces en un solo día se cae el techo del Gran Salón?

—Lo probaremos esta noche, pues —respondí sin pensar, y ambas reímos, aunque sabíamos que ese lugar podía ser realmente así de frágil.

Mientras Loreley se alejaba, sentí que la sala se volvía más oscura. Era como si su presencia apagara un poco las llamas de los candelabros. O tal vez solo era un producto de mi imaginación. No lo sé. Pero cada vez que ella aparecía, algo terminaba roto. Ojalá esa noche fuese la excepción. Ya ni siquiera me atrevía a pensar en su abuela.

Me obligué a respirar hondo y miré de nuevo a Feanor. Él seguía escuchando a Astrid y ella mantenía la cabeza inclinada con respeto, pero sus ojos... estos no mentían. Nunca lo hacían.

Y simplemente lo recordé.

Fue en otro salón, mucho más pequeño que este, en uno de los palacios del norte de la provincia de Hrunar. Apenas una sala de mapas con la chimenea encendida y el olor a cuero mojado impregnado en el aire. Él acababa de regresar de una escaramuza fronteriza, con el pelo aún húmedo por la nieve derretida. Yo había ido a discutir una alianza, pero no llegamos a hablar de política aquella noche.

Recuerdo que me ofreció hidromiel sin decir una sola palabra, solo esos ojos mirándome, observándome de arriba abajo, sin quitarme la vista de encima. Todavía recuerdo cómo nuestras manos se rozaron sobre la copa, cómo se quebró algo dentro de mí, pero suavemente. Pensé que me quería. No como reina, sino como aliada. Como mujer. Como alguien que podía enseñarle que el hielo también podía ser refugio para un hombre como él.

—Tu magia no me asusta —me dijo, mientras me acariciaba la muñeca donde tenía tatuada mi primera runa. Las alas se me encrespaban sin poder evitarlo—. Solo los que temen lo que no entienden merecen ser consumidos por ello.

—¿Y tú lo entiendes? —pregunté, sin saber si quería la verdad o una mentira hermosa.

Él se inclinó apenas hacia mí, lo justo para que el calor de su aliento rozara mi mejilla. Sus labios eran como el acero mojado.

—No del todo —admitió—. Pero quiero aprender. Quiero que me lo enseñes tú.

No supe qué responder. Nadie me había pedido jamás que enseñara una parte de mí sin tratar de buscar algo a cambio. En verdad, hasta ese momento ningún humano había visto más allá de mi raza, mis alas y mi piel. Demasiados años llevaban los reinos siendo rivales entre ellos. El daño y el dolor eran casi irreversibles.

—¿Y si no quiero enseñarte nada? —repliqué, con una sonrisa pícara que no me creía ni yo.

—Entonces miraré en silencio —susurró, acercándose todavía más—. A veces el respeto también es un acto de deseo. Y si no, simplemente disfrutaré de ese acento tuyo que tanto me gusta.

Mi corazón en ese momento golpeaba tan fuerte que pensé que Feanor podría escucharlo. Ella, Katrina, desechada por la reina de las hadas de montaña, deseada por el futuro rey de los reinos ernórdicos...

Y yo, una estúpida, creí que eso era amor.

Sentí un pinchazo en la garganta y aparté la vista hacia el fondo de la sala, donde tantos invitados reían, bailaban y comían. La espalda me dolía más que después de una gran batalla. Este bebé tenía que salir ya de mi interior o yo misma lo sacaría a patadas.

Respiré hondo una vez más, como si al hacerlo pudiera guardar dentro de mí algo más que el dolor. Allá vamos.



LAS SOMBRAS BAJO EL TRONO

Feanor

El trono no fue hecho para sentarse, precisamente. Fue tallado para imponerse, para mandar, para mirar por encima del hombro a los demás.

Frío como la piedra negra que lo sostenía, áspero como las runas que lo atravesaban. Me mantenía allí por costumbre, presencia y necesidad. Desde el punto alto del salón, todo se veía más claro: las sonrisas forzadas, los movimientos medidos, las dagas escondidas bajo los trajes...

Las fiestas siempre habían sido como un campo de batalla silencioso; solo había que observar y esperar. Siendo vino en vez de sangre lo que había en ellas, pero siempre igual de peligrosas que una buena batalla.

Los reyes habían llegado: príncipes, embajadores, guerreros, nobles. Todos buscando una alianza para la guerra que estaba por venir y que, por desgracia, a mi reino ya había llegado.

Pasando la vista lentamente por todos ellos, vi a Edgar. Por un instante, no fui rey. Fui solo un hombre mirando a su hermano de armas, uno con quien había compartido heridas, batallas, mujeres, hombres... Caminaba hacia mí con paso firme, como si no hubiese pasado ni un solo día desde la última vez que estuvimos juntos.

Me puse de pie antes de que llegara. No lo hago con muchos, pero a él se lo debía.

—Feenor —dijo, sonriendo como si aún tuviéramos barro en la cara y no coronas sobre la espalda—. ¿Sigues igual de incómodo en ese trono de viejos? ¿Por qué no les dices que te pongan un cojín?

Solté una risa breve, sin alma, pero sincera.

—Ya sabes que me gusta estar aquí arriba. Es una manera de no tener que lidiar con idiotas desde mi trono de viejos.

Nos estrechamos los brazos con fuerza. Una parte de mí quería volver a ese momento, a esa vida más simple. La otra parte sabía que ya no éramos esos hombres; ya solo quedaba una sombra, como mucho.

Varyon, el hermano menor de Edgar, se mantuvo detrás de este, silencioso y sonriente, como siempre. Pero su mirada era más afilada que la punta de una daga. La seguí y no tardé en entender: Loreley.

De pie junto a los músicos, envuelta en sombras de lana gris y lince plateado. Siempre parecía como si el mundo girara a su alrededor, como si las luces se apagaran levemente solo para anunciar que ella estaba aquí. Era tremendamente agotador.

—Veo que los rumores son ciertos —dijo Varyon, sin mirarme—. La heredera vive.

—No son rumores, son mentiras de mis enemigos —respondí rápidamente, sin pensarlo demasiado.

—Por si acaso, yo no tendría una joya tan valiosa sin una vitrina que la proteja. —Y simplemente se fue.

Sus palabras eran suaves, pero su intención pesaba como el plomo. Varyon no había venido para hacer alianzas; había venido para confirmar lo que todos pensábamos de Loreley, lo que todos creíamos saber. Todos menos ella, por supuesto.

Me aparté con Edgar del bullicio, solo unos pasos, lo justo para que las palabras fueran nuestras y no del salón entero.

—No te voy a mentir, Feanor —dijo Edgar, con una media sonrisa mientras se servía una jarra de hidromiel—. No esperaba encontrarla aquí, y mucho menos tan entera. ¿De verdad ella no sabe quién es?

No hizo falta decir su nombre. Ambos sabíamos de quién hablaba.

—Loreley es más difícil de quebrar de lo que muchos suponen. Y no, no sabe nada, y va a seguir así. —Edgar tomó un sorbo, sin quitar los ojos del lugar donde ella conversaba con Caranthir.

—¿Está bien? Quiero decir, ¿de verdad está bien? He oído tantas versiones del ataque y ninguna coincide. Si las historias fuesen ciertas, ella tendría que estar muerta o no ser más que un espíritu.

—Sigue viva. Ya es más de lo que está en mi entendimiento, y mucho más de lo que Maelis quería. —Edgar asintió lentamente, pero su mirada no se movía de ella.

—Ni siquiera parece una víctima. ¿Qué ocurrió realmente ese día? Todavía no entiendo el ataque y mucho menos por qué tardamos tanto en enterarnos.

Lo miré de reojo. Su tono no era el de un amigo curioso; era el de alguien que estaba midiendo el valor de una pieza de ajedrez. Había incluso ternura en esos ojos.

—La encontramos clavada en un árbol, con una nota en el pecho y toda su familia muerta y quemada a su alrededor. No sé qué más necesitas saber. Ella no sabe nada. Y yo no sé nada.

Silencio. Solo el crujido leve de su mandíbula mientras apretaba los dientes. Pero su mirada cambió y simplemente se encogió de hombros.

—Solo quería saber cómo estaba. Nada más. Y bueno, saber qué vas a hacer con ella. —Meforcé a no tensar los músculos de las manos mientras me decía esas palabras. ¡Pero ahora qué le pasaba a este hombre! Nunca mostraba tanto interés por las personas que decidía proteger en mi corte. Tenía una mirada hacia ella incluso cercana, como si ya la conociera.

—La reina la estima. Y tú sabes lo que ella significa para mí. —Edgar me miró con esa sonrisa que tanto daño había hecho, sabiendo que en verdad nunca había llegado a querer a Katrina realmente, o por lo menos no como se suponía que tenía que hacerlo. Pero en seguida cambió la mirada de vuelta a Loreley. Esta vez la observó con más intensidad. Como si quisiera leerla desde la distancia, como si esperara que un gesto o un movimiento revelara algo—. Todavía se despierta agitada cada noche. Katrina la ha puesto en la habitación de al lado para oír sus gritos y acudir si la necesita, ya sabes cómo es.

Y entonces le vi reír. Una risa contenida y pequeña, mientras ella casi tropieza con un camarero que llevaba una bandeja de entrantes. Sus ojos se iluminaron de una forma que no me gustó.

Por primera vez desde que lo conocía, me pregunté si Edgar veía más allá de la política, si esta conversación era por algo mucho más personal.

—¿Crees en los hilos del destino, Feanor? —preguntó pasándose la mano por el pelo suavemente.

—Creo en las espadas afiladas, en las flechas de fuego y en el juicio de la Madre Tierra. —Mi boca se endureció con cada palabra.

Edgar giró su rostro hacia mí; la sonrisa ya no estaba.

—Quizás tus espadas no sirvan contra lo que viene.

—Y quizás tu fuego tampoco sirva para nada, Edgar.

Un instante de tensión pura. Y luego, como si nada hubiera pasado, él dio un leve trago.

—No estoy aquí para discutir contigo, Feanor —dijo finalmente—. Solo quiero entender cuál es su papel en todo esto. En la guerra. En el equilibrio. Solo quiero asegurarme de que vamos a ganar la próxima batalla. Ya sabes cómo está la Madre Tierra, la mitad de mis guerreros casi no pueden ni usar el fuego, y mucho

menos teletransportarse. Solo los más fuertes podemos seguir usándola sin perder el alma. —Dio otro trago lento, saboreando su contenido.

—Supongo que si sigue viva es una buena señal.

—O un mal presagio —murmuró Edgar—. A lo mejor ella no debería existir en este mundo.

Me giré del todo para mirarlo. Su tono era irónico. Sonaba a alguien que había visto demasiadas pérdidas y aún no decidía si creer que se podía ganar, si creer que esto iba a ser una gran victoria para nosotros.

—No sé qué esperas de esta conversación, Edgar.

—Simplemente espero que no la destruyas, como has hecho con ella. —Y como un cabrón sin escrúpulos, como si no hubiésemos luchado codo con codo en tantas batallas, se atrevió a señalar con el dedo a Katrina, a mi esposa—. No quiero que la uses como moneda de cambio para otra de tus alianzas.

Sus ojos me buscaron, firmes, duros e inquebrantables. Parecía ver la propia locura en sus ojos.

—Lo que le viene encima se le queda demasiado grande y tú lo sabes. Déjame ayudar a protegerla, sabes que en mi reino estará más segura. Y sobre todo, conociéndote como creo hacerlo... sabes que soy tu mejor opción para casarla.

Edgar bajó un poco más la voz, sin dejar de mirarme.

—Yo siempre te he apoyado en cada batalla y nunca he dudado de ti, Feanor. —Me dio un pequeño golpe en el hombro con el dedo—. No me obligues a empezar ahora.

No respondí de inmediato. Me limité a observar su rostro. Aún era joven, pero los años y la falta de descanso empezaban a marcarle los ojos. Como a todos, supongo. La guerra nos hace viejos antes de tiempo.

—¿Acaso ella te importa?—pregunté, sin rodeos—. Edgar, ¿qué me estás ocultando?

Vi algo quebrarse muy ligeramente en su mirada. Bajó la vista, pero no respondió al instante.

—Más te vale recomponerte, hermano, no te recordaba tan blando —dije, sin dureza—. Tengo que volver a mi odioso trono —

añadí con la voz irónica y fuerte.

Me despedí de Edgar con un leve apretón de brazo, apenas más firme de lo necesario. Su sonrisa era la misma de siempre, pero había algo detrás de ella, algo que no encajaba del todo.

—Tu habitación sabes dónde está. —Señalé a uno de los sirvientes para que supiese cuál era el que le podía acompañar—. Dile al idiota de tu hermano que no se meta en mis asuntos y que hay un burdel a las afueras de la capital. Aunque como tenga más hijos bastardos va a tener que hacer una lista para no olvidarlos.

Edgar asintió con una pequeña sonrisa, y me volví hacia los escalones del trono.

Katrina ya estaba allí, en el suyo. Me observó de reojo sin girar del todo la cabeza. Me senté, exhalando en silencio. Desde esa altura, el mundo volvía a organizarse como un tablero. Y como siempre, en el centro de ese tablero, mi más fiel general, Caranthir. Pero esta vez, distraído, bailando y riendo con Loreley.

Mi general, mi casi hermano, el hombre al que le confiaba las fronteras más peligrosas... giraba con la que posiblemente fuese la heredera de los inmortales como si fueran viejos amantes reencontrados. Él, alto y solemne como una torre en movimiento. Y ella, ligera y audaz. Hay que reconocer que daba hasta gusto verles bailar. Sus pasos eran medidos. Él la guiaba con esa seguridad que lo hacía un gran líder, aunque su mirada... no era de estrategia en ese momento. Estaba perdiendo la cabeza con esta misión, no se la tendría que haber asignado a él. Pero sinceramente, ¿a quién más se la habría podido confiar?

Un pequeño suspiro salió de mí. Casi no sabía ni el por qué. Al igual que tampoco entendía por qué esa imagen hacía que se tensara cada músculo del cuerpo. Tal vez simplemente era por cómo se sonreían, cómo se miraban. A veces, todavía podía recordar cómo hace muchos años yo miraba así a Katrina. Cómo por unos momentos, de verdad pensé que iba a hacerme feliz, de verdad iba a poder llegar a quererla. Pero los hechos estaban claros: yo solo podía amar cuando había poder de por medio.

Al rato me di cuenta de que no era el único que los miraba. Astrid, de pie cerca de los pilares, bien firme como siempre, tenía

toda la atención en Caranthir y Loreley.

La manera en que sus ojos lo seguían era quirúrgica, táctica, con dolor. Tal vez lo que había en su mirada fuesen celos de Loreley, o tal vez fuese furia hacia Caranthir por no ser ella mi gran general y quedarse en el puesto de capitana de mi guardia personal. O tal vez fuese porque veía lo mismo que yo: al gran general perdiendo el rumbo por la belleza de una mujer, una a la que prácticamente él y su espada habían salvado la vida.

Los labios de Astrid apenas se movieron, murmurando algo a su escudero. Un mensaje para mí, tal vez. Ni idea. No podía quitarle los ojos a esa seductora mujer con la que pasaba cada rato que podía. ¿Qué era lo que me atraía de ella? ¿Su fuerza? ¿Su poder? ¿Su rabia en la batalla? ¿Su fiereza?

Giré la cabeza hacia mi mujer para intentar entablar conversación. La verdad es que estaba hermosa con esa barriga. Llevaba dentro a mi heredero, y eso se lo agradecería de por vida. Solo podía rezar a la Madre Tierra para que fuese un varón fuerte y poderoso, que según creciese obtuviese el poder de ambos.

Katrina no le quitaba la vista de encima a Nyra. Atreverse a venir a la fiesta después de lo que le habían hecho a ella, después de lo que le habían hecho a este reino. Había aprovechado la apertura de las barreras para entrar como si ella también hubiese sido invitada. Malditas hadas de la montaña y su ego infinito. Nunca entenderé cómo el noble corazón de mi esposa podía venir de esa estirpe.

Nyra era la hermana mayor de Katrina. La que estaba prácticamente al mando de las Hadas de Montaña, y por lo tanto, de Aethergran, junto con Maelis, claro, la madre de ambas. Orgullosa a más no poder, su expresión era de puro desprecio congelado. Ni una palabra hacia mi mujer. Ni una reverencia. Nada. Solo la mirada clavada en su hermana, como si la acusara de un crimen que nadie más recordaba y que ella no había olvidado ni perdonado.

Se detuvo a unos pasos del trono, sin acercarse lo suficiente como para ser considerada una invitada, ni tan lejos como para ser ignorada. Se quedó ahí quieta, como si por un momento se

plantease seguir avanzando y estar más cerca, o hablarnos a voces desde ahí.

Katrina, a mi lado, no se movió. Pero la vi tensar la mandíbula. Vi cómo su ala derecha se crispaba levemente, ese tic que solo tenía cuando deseaba estar en cualquier otro lugar del mundo.

—¿Te incomoda su presencia? —preguntó Katrina con esa voz suya tan baja que casi parecía no pertenecerle.

No la miré al principio. Seguía observando a Nyra. Esa forma en la que conseguía mantenerse firme a pesar del odio con que todo el mundo la miraba, a pesar de haberse presentado sola y sin escolta en un reino de enemigos.

—¿La de Nyra? —respondí al fin, girando el rostro hacia ella con una pequeña sonrisa. Yo sabía que en el fondo no se merecía lo que le estaba haciendo—. Pensé que serías tú la que podría estar incómoda.

—Lo estoy —admitió con calma—. Pero no por lo que crees. Me molesta más lo que no dice que lo que se atreve a mostrar. Viene con el veneno detrás de los dientes. Viene a destrozar lo poco que me queda por querer.

La miré detenidamente. Tenía los labios tan suaves como siempre, pero los ojos estaban cargados de viejas heridas. Una belleza tallada en resignación. Katrina no alzaba la voz, pero con solo una palabra podía helarte por dentro. Ese era su verdadero poder. Por eso seguía siendo mi reina. Mía.

—¿Has hablado con ella desde...? —dejé que la pregunta la terminase ella. No quería ponerle nombre a todo lo que su familia, la auténtica, le había hecho.

—Perdí todo contacto al escapar, ya lo sabes. He coincidido con ella en varias fiestas antes que esta, pero no esperaba volver a verla desde la masacre. Y si esta noche viene a por una conversación, que tenga el valor de abrir la boca. Yo no la buscaré —dijo, llevándose una uva a la boca, sin prisa.

La tensión se acumulaba en su nuca, lo sabía por cómo las plumas de sus alas se erizaban levemente. Katrina odiaba mostrar

debilidad. Pero Nyra era un nudo antiguo en su interior, uno que ni el tiempo ni su nuevo trono había logrado curar.

—No dejaré que nadie vuelva a hacerte daño —le dije sin adornos. Alargué el brazo para acariciarle la mejilla, nunca la valoré todo lo que se merecía—. Y sabes que no es una promesa. Es una afirmación.

Katrina solo asintió.

Pero entonces la música paró. Caranthir había detenido su danza con Loreley al posar los ojos sobre Nyra. Su furia se había desatado de un momento a otro, seguramente por el exceso de alcohol en su cuerpo, tanto que la banda se había asustado y dejado de tocar. Tenía la mirada endurecida, y no dejaba de cruzar la sala hacia donde ella se encontraba. No como general, sino como un hombre noble que cargaba con una deuda que sentía que tenía que saldar.

—Mierda —murmuró Katrina, y sus alas se crisparon aún más.

—¿Qué haces aquí, asesina? —le dijo, deteniéndose justo frente a Nyra.

—Yo también me alegro de verte. —Miró hacia Loreley—. Veo que esta vez tus gustos se han vuelto un poco más refinados.

La cara de Caranthir era de pura ira; en su mano ya estaba cargando una daga. ¡Dije que nada de armas!

— Estoy aquí por lo mismo que tú. Velando por la guerra que se avecina. ¿O crees que vine a robar copas?

—Tus montañas escupieron muertes en nuestras tierras. Tu consejo firmó el exterminio de mi estirpe.

—Sabes de sobra que eso no es verdad. Maelis quería lo que es suyo, y vosotros no se lo disteis. Así pues, lo intentamos tomar —dijo Nyra con un filo helado, sin saber si en verdad lo lamentaba o lo celebraba.

Los músculos de Caranthir se tensaron como un cable de arco. Astrid, desde la columna, dio un paso. Uno solo. Observaba todo sabiendo exactamente las consecuencias que podían tener este tipo de enfrentamientos.

—¡Basta! —alcé la voz desde el trono.

Todos se giraron hacia mí. Me puse en pie con calma, pero con la autoridad necesaria de quien sabe que cada palabra puede desencadenar o llegar a evitar una guerra.

—Este salón no es un campo de batalla. Y mi reino tampoco.

—Qué poético y blando te estás volviendo, Feanor —dijo Nyra con una voz punzante.

—Y tú antes tenías la decencia de no presentarte donde nadie te quiere. Si estás aquí por la guerra, habla claro. Y si no, lárgate antes de que Caranthir olvide que estamos en una sala llena de gente y no en un campo de ejecución.

Nyra sostuvo su mirada en la mía. Por un instante, algo cambió en su expresión, no sé si era cansancio o resignación.

—Estoy aquí porque el mundo se está rompiendo. Todos lo notamos en la magia. Y por muy altas que construyáis vuestras torres, no podéis huir de lo que se avecina. No es Maelis a quién debéis temer. —Y esta vez solo se dirigió a su hermana—. No dejes que esta lucha te mate. Ni a ti, ni a tu hijo, Katrina. Yo no soy el enemigo, tienes que escucharme. A solas.

Caranthir aún temblaba de rabia. Lo vi tensar el puño sobre la empuñadura de su daga, pero Astrid se acercó y, sin una palabra, puso su mano sobre la suya. Lo detuvo con un simple contacto. Y sorprendentemente, eso bastó.

Pero el sonido seco de cristales rotos atravesó la sala. A Loreley se le había caído la copa de vino al suelo, la bebida roja se extendía como la sangre por las baldosas. Pero sus ojos no estaban fijos en Nyra; estaban casi desencajados, mirando hacia el otro extremo del salón. Miraba fijamente a Edgar. ¡Qué interesante se estaba volviendo la noche!

Katrina en seguida se puso de pie, con las alas tensas y el rostro muy endurecido.

—Ya basta de fantasmas, Nyra. Largo de mi casa. —Y tras esas duras palabras, bajó los escalones hacia Loreley y salió con ella al jardín.



LO QUE LOS SUEÑOS ESCONDEN

Loreley

La arrastré por más de media ciudad.

Apenas podía respirar, casi no podía sentir el latido de mi propio corazón. Podía ver la mirada de Katrina en mi nuca mientras tiraba de ella cada vez más rápido y fuerte. Me había olvidado de hablar, incapaz de articular palabra para explicar lo que me atravesaba. Pero era él. Cada sueño hecho trizas, cada imagen en mi mente, lo había estado viendo toda mi vida, y ahora no sabía cómo enfrentar el torbellino de emociones que me consumía.

Por fin empecé a bajar el ritmo; estábamos ya casi a las afueras de la capital. Katrina me seguía sin decir absolutamente nada, sin atreverse siquiera a preguntar qué era eso que me había perturbado tanto, por qué le había sacado de aquel balcón tan

rápido. La hierba estaba tan descuidada que tuve que quitarme los tacones para poder seguir caminando. Notaba cada zarza en mis tobillos. Además, todavía no habían llegado las reparaciones a esta parte de la ciudad desde la última batalla, y apenas se veía algo con la ligera luz de la luna.

De repente, me detuve en seco. Katrina se chocó contra mi espalda casi hasta hacerme caer. Sentí el terror en mis ojos. Las rodillas me empezaron a flaquear y caí contra el suelo; no le dio tiempo a sujetarme. No había estado en este lugar desde aquel fatídico día. Todavía había charcos de sangre en la entrada, todavía estaban los clavos en el árbol de la verja. Incluso juraría que había restos de mis propios ropajes allí clavados. Las lágrimas brotaban sin control de mis ojos mientras me tapaba el rostro para contener un grito ahogado de desesperación.

—Loreley, ¿qué sucede? —preguntó Katrina con voz temblorosa—. No tienes que pasar por esto esta noche.

—Él está aquí —susurré, con la voz rota—. No puedo sacármelo de la cabeza. Está en mis sueños, está en mis pensamientos, está en cada momento en el que cierro los ojos.

—¿Quién está aquí? —preguntó, intentando mantener la calma—. Hemos reforzado las fronteras. No han dado aviso de ningún nuevo movimiento de tropas y mucho menos de ataques de las hadas. No pienso volver a dejar que te hagan daño. Siento muchísimo lo de tu familia, Loreley; ya sabes que yo quería muchísimo a tu madre, pero no tienes por qué estar aquí. Todavía no han podido reconstruirlo, y tu familia está enterrada en el otro lado de la ciudad. Sé que hoy Nyra ha estado en el palacio, pero era solo para enfadarme, para hacerse notar. Ni siquiera entiendo para qué ha intentado hablar conmigo.

—No. Edgar. —Me levanté poco a poco y seguí caminando hacia la casa, di una patada a la puerta de la entrada. No era capaz de tocar ese hierro con las manos. La tripa estaba empezando a hacer de las suyas y solo quería enseñárselo para irme de ahí cuanto antes. No quería estar ni un segundo más de lo necesario—. Quiero que lo veas. Necesito que me ayudes.

—¿Cómo? ¿El amigo de Feanor?

Creo que ni siquiera llegué a escuchar lo que me decía. Entré sin vacilar, y a tientas intenté encontrar una vela.

Katrina, sin preguntar nada más, chasqueó los dedos; acto seguido, unos cinco pequeños hilos de luz salieron de sus dedos. La magia para ella era algo natural, por eso había llegado a ser tan importante en esta ciudad. Un chasquido más y toda la casa estaba suficientemente iluminada. Un grito sordo de histeria se apoderó de su cara. Todavía se veía la sangre por las paredes y el suelo, la mesa del salón completamente destrozada como si un cuerpo hubiese salido disparado contra ella. Todo el suelo estaba lleno de cristales y algo que parecía ceniza, que yo sabía muy bien lo que era. Todo evocaba un pasado doloroso que parecía no querer irse.

No pude dejar de tambalearme mientras iba hasta mi cuarto. Cada paso era peor que el anterior. El olor a sangre seca y hierro era insoportable, y en cualquier momento mi cuerpo se iba a derrumbar para sacar de él hasta la última gota de bilis que pudiese tener en el estómago.

Pero la casa no era muy grande, por suerte, y en seguida nos encontramos en esa pequeña habitación en la que, hasta hacía solo ocho meses, pasé tanto tiempo. Desde bien pequeña había visto durante horas a mi madre pintar y retratar, y eso me había hecho intentar seguir su camino. Pero yo nunca fui capaz de hacer algo de valor, solo podía pintar lo que mis sueños me ordenaban.

El olor a moho penetraba por mis pulmones y sentía cómo el peso del pasado me aplastaba. Me apoyé contra la pared y miré los cuadros, las pinturas, los retratos... Mi voz temblaba al hablar, casi me hacía tartamudear.

—Al principio eran solo sueños —dije con la mirada perdida—. El rostro de un hombre hermoso, herido y lleno de ira aparecía en mis pesadillas una y otra vez. Empecé a pintarlo para entenderlo, para sentirlo más cerca. Pero cada imagen era más oscura, más sangrienta. Siempre rodeado de destrucción, y a veces incluso aparecía yo, atrapada en ese caos. A veces yo estaba muerta en sus brazos, a veces era él quien caía. Pero siempre ese terror en sus ojos. Otras veces aparecía una mujer de pelo blanco hasta el suelo, y los ojos sin iris fluyendo su poder a través de mi cuerpo,

infligiéndome un ardor en las venas que no soportaba. —Di otro paso—. Pero siempre con los mismos patrones de sangre y dolor. Sin salida. Fuera de noche o de día no podía pintar otra cosa más que todo lo que los sueños me ordenaban. Caras, cuerpos, sangre, dolor y destrucción. —Apoyé mi mano sobre la pared pintada—. Cuando os conocí a Feanor y a ti, empecé a veros también en la batalla. Tú yacías muerta y él estaba arrodillado ante ti.

Katrina me escuchaba en silencio, sus ojos reflejaban miedo, concentrando el poder en las yemas de los dedos por si acaso.

—¿Loreley? —Su cara era de puro terror. Se le salían las lágrimas por los ojos mientras no dejaba de coger y acariciar cada dibujo y cada cuadro que había en esa pequeña habitación. Se quedó fijamente mirando uno en el que ella aparecía junto a Feanor, Caranthir y Eledhween.

—Llegó un momento en que pensé que estaba perdiendo la razón —continuó—. Escondía cada pintura para que nadie más pudiese verla. Cuando la guerra estalló, empecé a creer que tenían un mensaje oculto. Pero mi madre las vio y se horrorizó. Nunca la había visto tan asustada; ella intentó entrar en mi mente para que lo olvidase, sé que lo hizo. La noté. Pero entonces... atacaron y simplemente sentí que mi cuerpo explotaba. Me dejaron sola, sin recuerdos, sangrando, clavada en un árbol.

Katrina seguía sin mirarme, embelesada en cada retrato de Edgar. Algunos eran menos predecibles que otros, algunos solo eran sombras o manchas, pero en los más puntillosos se podía ver claramente su imagen. Esas facciones tan robustas y marcadas, la barba a medio salir y la melena larga y recogida. El cabello negro azabache, esos ojos color ámbar incandescentes con motas rojas que mostraban todo su poder. Incluso los tatuajes eran iguales: un rosal de espinas cubriendo todo el brazo derecho y los cinco reinos tatuados sobre su espalda. Todo era igual. Alto y musculoso, espalda ancha, brazos bien definidos por el duro entrenamiento yrio. A veces con una daga, a veces con la doble espada. Y a veces únicamente rodeado de esa aura de magia, ese escudo de protección.

Era imposible. Daba auténtico miedo.

—Pero tú no lo conocías. Tú nunca habías estado en el palacio con él. Edgar apenas sale del reino de su padre... —Su mirada se paró en seco cuando vio dónde yo me había quedado plantada. Había una pintura enorme en la pared, detrás del armario hecho trizas. Edgar estaba en medio de una llanura con las dos espadas en mano y un escudo de protección mágico. Pero los ojos estaban fijos al frente, era como si mirases donde fuese, estos te siguieran a todas partes. Y en el costado, tenía un corte que le atravesaba desde el hombro hasta las costillas. La sangre corría hasta el suelo.

—Yo nunca lo había visto hasta hoy, por eso me he asustado tanto, por eso te he traído hasta aquí hoy. Simplemente dejé de soñar con él y la guerra cuando vinieron a por mi familia. Pero hoy, al verle, lo he recordado todo, Katrina. Su dolor, su ira, su poder... — Y las rodillas cedieron, pero esta vez no me pude levantar. Tuve que apoyar las manos en el suelo y vomitar. Salió de mí cada manjar que había comido durante esos últimos días; con cada arcada me costaba más y más respirar—. He recordado cómo sabe la muerte.

Katrina se arrodilló a mi lado, sus manos temblorosas sosteniéndome con cuidado.

—Loreley, no estás sola —susurró—. Juntas nos enfrentaremos a lo que sea esto. Pero primero necesito que me escuches.

Pero yo ya no estaba en ese reino. Mis pupilas pasaron de lilas a blancas, y simplemente, me desmayé.

✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕

Me desperté con los primeros rayos de sol, los cuales se filtraban suavemente a través de las gruesas cortinas de terciopelo burdeos. Estas caían con elegancia desde el alto techo. La habitación era espaciosa, con paredes forradas en paneles de madera oscura y detalles dorados que reflejaban una austeridad noble. Un gran tapiz bordado con símbolos de los cinco reinos colgaba detrás de la cama, con una flecha clavada en Thurnskald, capital de Valdrenheim, el lugar donde nos encontrábamos.

Al lado de la cama, un sillón verde claro de terciopelo, lujoso y mullido, destacaba con su elegancia y parecía casi un trono en sí mismo. Allí, sentado con una postura tensa pero imponente, estaba Caranthir. Su presencia llenaba la habitación sin necesidad de palabras.

Caranthir tenía esa belleza que era imposible pasar por alto: su cabello castaño oscuro y ligeramente desordenado caía sobre su frente y hombros. Sus ojos, profundos y marrón oscuro, parecían dos pozos de tormenta. Sus labios, firmes y bien definidos, parecían hechos para rogar. Su piel morena contrastaba con cada músculo de su cuerpo. Con la camisa desabrochada en los primeros botones se podía ver ese pecho fuerte, apenas cubierto, lleno de cicatrices de batallas. En sus brazos, con la camisa arremangada, podían verse las runas de resistencia forjadas a lo largo de ellos.

No había dejado de estar a mi lado desde que me encontró aquella noche, y ahora su mirada parecía estar cargada de dolor y tristeza.

—Estás despierta. ¿Cómo te encuentras? —Se levantó rápidamente del sillón para acariciarme la cara y pasar su mano por mi pelo. Me miraba con una especie de lástima y ternura en sus ojos que todavía no llegaba a entender. Sus manos eran firmes pero cuidadosas, y el calor de su roce me recorrió todo el cuerpo.

—Hola, Caranthir. Estoy bien, perdona.

No sé cuántas veces podía llegar a disculparme desde que me llevaron al palacio. Me sentía tan desubicada que no sabía cuándo molestaba y cuándo no. Yo sabía que Katrina era un alma buena y gentil, que siempre ayudaba a los que más lo necesitaban. Pero tanto como para llegar a acogerme en su casa, con su familia y ponerme hasta guardaespaldas... me parecía demasiado. Muchas veces llegaba a pensar que eso no podía ser por propia bondad. Pero no podían pedirme nada, pues yo no era nadie.

—Perdona si te he preocupado, necesitaba salir de la fiesta un momento.

Él negó con la cabeza, pero no pudo evitar dejar escapar un leve suspiro.

—No tienes por qué pedir perdón. Katrina me dijo dónde estabas, que te encontrabas mal en la fiesta y te tuvo que acompañar a tu habitación. —Caranthir casi tartamudeaba al decirlo.

Yo no era tonta, sabía que tenía sentimientos por mí y que por eso estaba tan pendiente. Pero tampoco sabía cómo mostrarme ante él. Caranthir, el Gran General de las tropas del reino de los guerreros ernórdicos, enamorado de una loca, una mestiza hija de un guerrero y una musa.

—Me alegro de que estés mejor, simplemente quería asegurarme de que comías algo, y disculparme por mi comportamiento de anoche. Bebí demasiado y perdí el control al ver a Nyra. Voy a traerte el desayuno. —Hizo amago de acercarse más a mi rostro, pero simplemente me volvió a acariciar el pelo—. Casi me da algo cuando desapareciste de la fiesta, no estoy tranquilo si estás sola, no con lo que te pasó. Perdón por pasar aquí la noche.

Quise decirle que no había sido culpa suya, que él no tenía que cargar con mi dolor, pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta. En cambio, me limité a mirarlo y notar cada detalle: el modo en el que esa mandíbula fuerte se tensaba, cómo luchaba por contenerse conmigo, la tensión contenida en sus brazos, ese leve temblor en sus dedos.

—Hay cosas que no sé cómo decir —murmuró—. Sobre mí, sobre ti... sobre nosotros —Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de una mezcla de deseo y miedo. Notaba que él podía ver el reflejo tan diferente que había en los míos. Era atractivo y poderoso, pero yo no era capaz de verle de esa manera—. No sé si estoy preparado para perder el control, para dejar que alguien vea lo que hay detrás de esta coraza. Ayer casi me vengo abajo cuando vi a Nyra. Casi pierdo mi ser. Despiertas algo en mí que ni yo puedo entender.

Un silencio pesado llenó la habitación. Por un momento, el único sonido fue el leve suspiro del viento que se colaba entre las cortinas.

—No tienes que demostrarme nada. Estoy aquí. Viva. —Esas palabras me dolían más que cualquier corte. Yo estaba aquí, viva. Y mis padres, en cambio, solo eran malditas cenizas.

Él asintió, con un destello de alivio en sus ojos, pero aún tenso.

—Solo quiero protegerte —confesó con voz ronca—. Más de lo que puedo admitir en voz alta.

Me incorporé un poco en la cama, acercándome un poco más a él, sintiendo el calor de su cuerpo y el aroma sutil a cuero y bosque en su piel. Ese olor se me había vuelto tan familiar, incluso extrañamente reconfortante.

Sus labios rozaron mi frente en un gesto tierno, casi un juramento silencioso, antes de que él se apartara para buscar el desayuno. Sentí el calor de su cuerpo desvanecerse y, por un solo momento, la habitación pareció un poco más fría, como si no valorase suficiente su presencia.

No habían pasado ni treinta segundos cuando un golpe suave pero firme resonó en la puerta. ¡Qué rápido había sido Caranthir! Y sin pensar más, murmuré:

—Pasa.

La puerta se abrió lentamente, revelando una figura inesperada a la luz del amanecer. Era Edgar.

Su presencia me impactó de tal manera que sentí que un relámpago dulce y eléctrico me atravesaba. Alto, con una sonrisa que rozaba lo más enigmático y sensual que había podido ver hasta el momento. Con unos ojos cobrizos que parecían beber cada fragmento de luz para devolverle el brillo más profundo.

Se acercó sin prisa, con esa confianza seductora que solo un príncipe bien entrenado en la guerra y en el arte de la manipulación podía poseer. Vestía una túnica negra, ligera, diferente a los ropajes que había llevado la noche anterior, pero resaltando toda esa musculatura que parecía emanar de cada uno de sus movimientos.

—Loreley —dijo con voz grave y aterciopelada—. Un placer conocerte en persona.

Me quedé paralizada un instante, sorprendida por la intensidad de su mirada, la forma en que sus palabras acariciaban el aire entre nosotros. Sentí un calor sofocante que me subía desde el pecho, y un cosquilleo en la piel que hizo erizarse cada cabello de mi nuca.

—No esperaba... —empecé, pero mi voz se quebró bajo su fuego.

Él dio un paso más, el espacio entre nosotros se acortó, y pude sentir la vibración de su aura, el aroma a tierra quemada y especias, tan diferente al fresno y terroso aroma de Caranthir.

—Yo tampoco esperaba encontrarte despierta, ni mucho menos tan cerca y real —susurró, bajando la voz—. Pero ahora que estás aquí, prometo que será difícil olvidarte.

Su mano apenas rozó la mía, un contacto que habría podido quemar más de mil runas. Sus dedos trazaron con lentitud la línea de mi brazo, despertándome, alertándome.

—¿Quieres conocer al hombre que te ve en sueños? —preguntó, sus ojos hundidos en los míos, llenos de un fuego que no admitía rechazo.

Un silencio cargado de electricidad nos envolvió, y por un instante, la habitación dejó de ser un lugar seguro para convertirse en una arena de deseos contenidos.

Mi cuerpo seguía inmóvil, pero por dentro era una tormenta. ¿Por qué había venido a mi habitación? ¿Por qué justo ahora? ¿Por qué me hablaba como si me conociese? ¿Y por qué tenía tantos sentimientos escondidos hacia él sin saberlo?

—¿Por qué estás aquí? —logré decir, aunque mi voz tembló más de lo que hubiera querido.

Edgar sonrió ampliamente.

—Porque no podía dormir. Y porque, si lo hacía, sé que ibas a estar en mis sueños —dijo, como si fuese la cosa más sencilla del mundo.

Sentí que el suelo bajo la cama se inclinaba levemente. Como si el universo entero girase en torno a esa frase. Algo dentro de mí se encogió. No podía ser casualidad. No después de todo lo que había visto. No después de los cuadros, de los rostros, de esa figura musculosa que aparecía siempre en mis sombras. Él era real. Pero eso podría significar que mis sueños...

—No entiendo nada —susurré más para mí que para él.

—Yo tampoco —admitió Edgar encogiéndose de hombros, y eso me sorprendió más que cualquier otro movimiento que hubiese

podido hacer—. Pero ayer, cuando vi cómo me mirabas, simplemente sentí que una pieza del rompecabezas encajaba, que no estaba tan loco como pensaba.

Me giré levemente, como queriendo poner distancia, pero él se acercó más. Su voz, al hablar otra vez, fue más baja. Más peligrosa.

—Dime una cosa, ¿desde cuándo me sueñas? — Edgar bajó mucho más la voz, sus labios casi pegados a mi oreja—. ¿Desde cuándo me deseas como yo te deseo a ti?

No lo respondí. No podía. Mi garganta estaba seca. Era una pregunta que no esperaba. Que no quería escuchar. Me volvió a la cabeza el olor a sangre seca, la ira en sus ojos. Yo muerta a su lado. No podía soportarlo más. Otra vez las ganas de vomitar.

—No... —negué—. No puedes saber eso.

—Pero lo sé —replicó firme, y volvió a encogerse de hombros. Era un gesto íntimo, casi triste—. Y lo noto por dentro, es más, incluso creo que te siento. A veces es como si estuviera atrapado contigo, como si hasta que tú no despertases no podría hacerlo yo. Como si hubiera vivido mil vidas donde tú también estabas.

Mi corazón golpeaba contra mi pecho como si tratase de huir de mí. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía hablar con tanta seguridad de algo que ni yo entendía?

—¿Tú también...? —empecé a decir, pero me detuve. No podía.

Edgar se sentó en el borde de la cama. No me tocó esta vez. Pero su cercanía hizo que todo mi cuerpo se encendiera. Su aura era calor. Su voz era un imán para mis oídos.

—No sé si son sueños, recuerdos o advertencias —dijo con voz grave—. Pero cada vez que cierro los ojos veo fuego, ruinas, sangre... y a ti, como mi reina.

Y entonces, como si mi cuerpo hubiera tomado la decisión antes que mi mente, alcé una mano. Solo para tenerlo, para tocar su pecho, para comprobar si era real o estaba delirando en uno de mis sueños. No sé por qué. Solo sé que lo hice. Y sentí su respiración acelerarse bajo las yemas de mis dedos.

Él no se movió. Solo me miró. Como si fuese capaz de ver más allá de mis palabras. Como si ya me conociera. Y por primera vez, sentí más miedo de mí misma que nunca.

El aire entre nosotros se volvió más denso e irreal. Mis dedos aún reposaban sobre su pecho, pero una parte de mí ya se preparaba para huir. Para cerrar esa puerta que había dejado entreabierta solo unos segundos. Tenía miedo de lo que nosotros podíamos llegar a ser.

Algo nos interrumpió. Pasos. Firmes, decididos y demasiado familiares. Era Caranthir con el desayuno que me había prometido hacía solo unos minutos.

Mi mano descendió sobre su piel rápidamente hasta alejarla. Edgar se incorporó al instante, sus ojos aún fijos en los míos, pero algo había cambiado en ellos.

Él simplemente dio un paso hacia la sombra, hacia el rincón más oscuro de la habitación, y antes de que pudiera decirle algo más, desapareció tras una llamarada enorme, como si nunca hubiese estado allí. Sin despedirse, ni dejar más huella que el calor que aún ardía en mi piel y todos los pensamientos alterados en mi cabeza.

La puerta se abrió. Caranthir entró con una bandeja entre las manos. Pan recién horneado, fruta, algo de queso y un cuenco con mantequilla y mermelada. Llevaba la camisa desatada por completo, dejando al aire ese abdomen bien marcado. Se detuvo al verme completamente incorporada, el cabello revuelto y las mejillas encendidas.

—Has dormido poco —dijo suavemente, dejando la bandeja sobre la mesa más cercana—. Pensé que te vendría bien comer algo.

Asentí una sola vez, sin mirarlo del todo. Aún podía sentir el eco del roce de Edgar en la yema de mis dedos. Y no quería que él lo notara.

—Gracias —murmuré—, pero estoy cansada. Creo que voy a dormir un poco más. No tengo hambre.

Caranthir se detuvo, la mano aún en la bandeja. Me observó con atención, buscando algo en mi rostro. Su expresión se tensó apenas un poco, pero no dijo nada.

—Claro —dijo finalmente, recogiendo la bandeja con lentitud—. Te dejaré descansar. Nos vemos luego.

Me tumbé de nuevo en la cama, dándole la espalda. Sentí su mirada clavada en mi nuca, esperando. Pero no dije más. Solo cuando oí la puerta cerrarse tras él, me atreví a respirar hondo. Y solo entonces entendí que no estaba huyendo de Caranthir, sino que estaba huyendo de lo que acababa de despertarse en mí. Y de lo que Edgar ya parecía conocer.

Y dormí. O al menos eso creo. Porque si esto era un sueño, no tenía nada de reparador.

Todo empezó como siempre: con el frío. Un frío que no venía del viento, sino de dentro. De lo más profundo de mí y de mi poder. De un lugar donde no llega nunca la luz del día.

El suelo bajo mis pies era ceniza. Las ruinas se alzaban como esqueletos de lo que alguna vez había sido hermoso. Torres derrumbadas, árboles ardiendo, guerreros caídos... El silencio era tan denso que cada paso mío parecía un sacrilegio. Había cuerpos a cada paso, a cada lugar donde ponía la vista. Algunos estaban irreconocibles. Otros... no.

Vi a Katrina tendida en el suelo, sus alas abiertas, su mirada fija en un cielo que ya no estaba. Vi a Caranthir, de rodillas, sujetando a Eledhween entre las manos, muerta, tan blanca que daba miedo; le habían drenado todo su poder desde dentro. Vi a Feanor con la espada rota a sus pies, inmóvil. Todos congelados en una escena que se repetía una y otra vez. Como si estuviera atrapada en un recuerdo que no era mío. O que todavía no había ocurrido.

Yo corría sin saber a dónde. Y después, como siempre, ese sonido. No uno externo, sino uno que era como mi voz. O algo que salía de dentro de mí.

—Despierta, no dejes que tus sueños decidan tu destino. Loreley, despierta.

Y luego, el fuego. No un fuego cálido. Uno que simplemente consumía todo a su paso. Que devoraba con rabia. En su centro, una figura musculosa con tan solo una daga ardiendo. Y su nombre en mi cabeza.

—Edgar. Edgar. Edgar. —Retumbaba dentro de mí, se me metían esas dos sílabas hasta las mismísimas entrañas, recorriéndome cada centímetro de la piel.

El fuego crecía como una criatura con hambre de siglos, y él estaba en el centro. Edgar. Su cuerpo era una silueta borrosa en la bruma ardiente, pero su presencia era imposible de confundir. Caminaba entre las ruinas, solo, rodeado de formas que apenas parecían humanas. Luchaba contra ellas con lo único que le quedaba, esa daga que brillaba en su mano izquierda. Al igual que con una voluntad férrea.

La sangre le invadía el cuerpo, goteaba hasta el suelo. Tenía las heridas abiertas, marcas profundas en el costado y en el rostro. Pero no se detenía. Ni siquiera cuando sus piernas cedían y caía. Este volvía a levantarse. Hasta que nuestros ojos se cruzaron.

A pesar de la distancia, a pesar del humo. Me vio. Y en ese momento supe que no estaba soñando sola. Que él también estaba allí.

Mi mirada se encontró con una ira que me ancló al suelo. Era miedo. Necesidad. Como si su alma me hablara más allá del fuego y la carne. Extendió una mano hacia mí. E incluso a pesar de los metros que todavía nos alejaban, la sentí. Su piel, su roce. No como una ilusión, sino como algo físico. Como un hilo real que nos unía a través del caos.

Su voz llegó entonces, baja, quebrada, rota.

—No me dejes.

Fue más que una súplica. Fue una verdad desnuda. El corazón me golpeaba como si hubiera corrido kilómetros entre las ruinas. Sentí un latido más bien en el estómago. Me acerqué todo lo que pude a él, temblando. Pero en ese instante, me desperté.

Mi cuerpo estaba rígido. Tenía la respiración demasiado agitada. El sudor me corría por la espalda. La habitación estaba en completo silencio, pero yo no. Yo seguía atrapada en ese momento, en esa mirada. Me llevé la mano al pecho. Y ahí seguía la sensación. Él había estado allí. Conmigo.

No podía soportarlo ni un minuto más, me vestí con lo primero que pillé del armario y salí a los jardines de palacio.

Necesitaba aire fresco y respuestas. Lo que fuera.



CANSADO DE LO CORRECTO

Caranthir

Nunca me gustó la luna llena. Demasiado clara y honesta. Iluminando cada sombra que debería permanecer oculta.

Llevaba horas entrenando en la zona más baja del palacio, justo donde las columnas estaban agrietadas y las antorchas apenas resistían al viento del norte. Me venía bien para aclarar la cabeza, los pensamientos, las emociones... La sangre me latía en las sienes; las runas grabadas en mi cuerpo aún chisporroteaban por el uso continuado y excesivo. Pero yo necesitaba sentir todo eso: dolor, fuerza, agotamiento... cualquier cosa que me recordara que todavía era dueño de mi cuerpo, cuando cada vez era más difícil controlar lo que me pasaba por la mente o por el corazón.

Mis nudillos estaban enrojecidos y la piel de los antebrazos me ardía por el roce de las vendas empapadas. El sudor me caía por

la espalda como una lluvia tibia, pegándome la camiseta negra al cuerpo.

Toda esa locura y dolor por el simple hecho de que pensar en ella de aquella manera me estaba partiendo en dos; estaba desatando lo que nadie había conseguido antes de mí.

Subí al jardín con las botas aún mojadas y cubiertas de tierra, rezando para no cruzarme con nadie. Ni siquiera me apetecía ver a Feanor, ni mucho menos cruzarme con Astrid o Loreley. Pero a veces lo que más temes o ansías aparece. Y aunque llevaba horas ahí entrenando para bajar el alcohol, para bajar toda la tensión de mi cuerpo, allí estaba ella. La luna, por muy cruel que sea, a veces concede pequeños castigos envueltos en belleza.

Loreley caminaba descalza, con el vestido naranja claro arrastrándose tras ella. Su cabello plateado le caía desordenado por los hombros, con matices iridiscentes y tonos morados, icómo se notaba en ella esa descendencia de su madre musa! Parecía un fantasma arrancado de un sueño, o mejor dicho, de una pesadilla. No hizo falta mirarla dos veces para saber que algo la había despertado. Esos ojos suyos, azul aurora, tenían unos reflejos lila que solo aparecían cuando usaba su poder.

Me quedé quieto, apoyado bajo la higuera ancestral, observándola. Era bajita y delgada, y a pesar de sus ropajes desaliñados, caminaba casi con cierta elegancia. Su piel, con la luz de la luna, se veía más pálida de lo que realmente era. No quería asustarla, pero tampoco quería ocultarme de Loreley. Cuanto más la miraba, más belleza podía hallar en ella.

—No deberías andar sola a estas horas de la noche —le dije al fin, la voz algo más baja de lo que esperaba.

Ella se detuvo. Se giró despacio hacia donde yo me encontraba. Estaba despeinada y le temblaban los dedos de las manos.

—¿Y tú? —me respondió lentamente—. ¿Tampoco puedes dormir?

Negué con la cabeza, acercándome sin pensar. No me apartó la mirada. Esa cercanía era un castigo y una salvación. Y no sabía cuánto más podría soportarlo.

—Llevo mucho tiempo sin poder dormir bien. Creo que desde que maté a mi primer soldado —dije.

Yo no hablaba demasiado de mi pasado, de mi infancia y mucho menos de por qué Feanor me acogió. Pero Loreley abría algo en mi interior que ni Astrid ni ninguna otra mujer pudieron lograr antes.

Se quedó callada. Pero su expresión cambió, como si hubiera esperado a que siguiese hablando.

La brisa le agitó el cabello suelto, y el perfume de su piel me golpeó el pecho con la fuerza de una runa recién activada. Me mordí por dentro. Había cosas que no debía sentir. Por deber, por honor... por lo que sabía, por la guerra que ya se avecinaba. Pero, aun así, me acerqué un paso más.

—Loreley... —quise decirle algo; explicarle todo lo que no había dicho durante semanas, lo que me estaba arrancando desde dentro, lo que me hacía mirar hacia otro lado cada vez que su risa rompía el silencio. Pero no pude. Cobarde.

Ella ladeó la cabeza. Esperaba algo. Algo que yo no me atrevía a darle. Así que tragué aire, apreté la empuñadura de mi espada y desvié la mirada.

—Tienes la mirada de quien ha visto algo terrible —murmuré al fin.

Ella asintió un poco.

—Le he visto —susurró—. Lo he visto.

Me acerqué un paso más. Sentí el temblor apenas visible en su respiración, la forma en que sus hombros se contraían como si su cuerpo aún recordara el dolor de los clavos oxidados. De cerca pude ver las marcas que todavía quedaban en su cuello, y me odié por no haber llegado antes, por no haber podido salvar a toda su familia.

—Loreley... —Mi voz salió como una plegaria rota.

Quise tocarla. Solo rozar con mis dedos su mejilla o apartarle un mechón del rostro, como si ese gesto mínimo pudiera calmar todo lo que ella estaba soportando. Ya no me importaban las reglas, ni las runas de contención de mi torso ni las órdenes. La guerra podría arder. Solo quería tenerla cerca. Mis dedos se alzaron, temblando.

—No tienes que cargar con todo sola. No más... —susurré.

Ella me miró como si mis palabras fuesen la única cosa sólida en un mundo que se deshacía a su alrededor.

El sonido de los pasos secos cortó el aire. Me giré al instante, mi instinto militar siempre saltando al frente. Entre los árboles del jardín aparecieron dos figuras: Feanor, con su capa empapada por la niebla de la noche, y Astrid, a su lado, con el ceño fruncido y el cabello recogido en una larga trenza.

—Siento la interrupción —dijo Feanor, con esa gravedad que solo usaba cuando algo iba realmente mal—. Tenemos noticias. Han atacado uno de los puestos de avanzada en la frontera norte. Las runas no resistieron.

Loreley retrocedió un paso, como si la frase le hubiera golpeado físicamente.

—¿Cuántos muertos? —pregunté, la voz ya endurecida, como si el Gran General hubiese aplastado en un segundo al hombre enamorado.

—Hemos encontrado doce muertos, veintisiete desaparecidos y muchos heridos. Eledhween está ya con ellos haciendo todo lo que puede. Supongo que Nyra simplemente vino para distraernos y que las hadas de montaña todavía no han encontrado lo que sea que estén buscando. Creo que simplemente ha sido un aviso para mí. —Feanor nos miró a ambos, pero se detuvo un segundo más de la cuenta en Loreley—. Han manipulado las vetas del suelo, provocando grietas en la red rúnica subterránea. Las defensas colapsaron desde dentro.

Astrid, en cambio, no dijo nada. Solo se cruzó de brazos, con la mandíbula apretada y la mirada fija en ambos.

Sentí una descarga en el pecho. Si podían desestabilizar las runas, significaba que conocían nuestros rituales. O peor aún, que tenían ayuda desde dentro. ¿Acaso había traidores entre nosotros?

—Esto no ha sido un ataque normal. Es un mensaje. Quieren que sepamos que pueden dañarnos, que pueden deshacer nuestras defensas cuando ellos quieran. Ya lo han hecho una vez y parece ser que no van a dudar en volver a hacerlo.

—¿Pero por qué? —le respondí, bastante más alterado de lo que quería.

—¿Qué era lo que buscaban exactamente? —dijo Loreley, casi tartamudeando—. Sé que intentaron buscar algo en mi casa, pero nadie quiere hablar de eso conmigo.

—Loreley debería estar descansando, Caranthir —dijo Feanor al fin, resoplando, algo irritado. Se pasó la mano por el rostro, como si quisiera borrar la tensión—. No es sólo el colapso de las runas; encontramos símbolos nuevos tallados en la piedra. Antiguos, no son de las hadas de la montaña, no que conozcamos al menos. Ni siquiera aparecen en el tratado de las trece runas. Eso no lo hace cualquier escuadrón de asalto.

Astrid alzó la voz por primera vez.

—Usaron sangre. Mucha. La sangre de nuestros soldados. El patrón estaba incompleto cuando llegamos, como si se hubiesen visto interrumpidos. Pero sabían exactamente qué partes de la red tocar. Sabían qué nodos romper para hundir la estructura de nuestras defensas.

Mi estómago se tensó, hasta casi la arcada.

—¿Magia de sangre? Solo las musas pueden hacerla, o por lo menos antes podían. —Miré de reojo a Loreley; todo esto le iba a salpicar tan fuerte que no podría protegerla, no contra ella misma.

Astrid asintió lentamente. Loreley alzó la voz desde detrás, más temblorosa de lo que estaba dispuesta a mostrar.

—Si saben manipular las runas... entonces conocen el trazado original.

Feanor bajó la mirada un instante. Luego la alzó, sin pestañear.

—No lo sabemos —dijo este, su voz cada vez más apagada—. Y no podemos permitirnos cerrar los ojos por orgullo. Todo ha sido muy preciso. Todo en un momento en el que estábamos distraídos. No puede ser casualidad.

Me volví hacia Loreley, que había palidecido aún más.

—¿Por qué nadie quiere hablarme de todo esto? Destrozaron mi hogar, mataron a mis padres, me dejaron clavada a un árbol... Pero sigo aquí, estoy viva. ¿Qué es lo que querían de mi familia?

—Creemos que tu familia tenía conexión directa con la Madre Tierra. —Y ahí quedaron las palabras de Feanor en el aire, sin pensar en las consecuencias, sin pensar en cómo Loreley podría llegar a sentirse con esa nueva información.

Yo apreté los dientes. No me gustaba cómo sonaba aquello, ni tampoco que ella se tuviese que sentir atrapada por algo que no había elegido. Pero Feanor se giró hacia mí, con la voz llena de autoridad, de ese gran rey que no solía mostrar nunca conmigo.

—Caranthir, te necesito en la sala de guerra en menos de una hora. Nos pondremos en marcha antes del amanecer. Quiero ver con mis propios ojos lo que sea que esté pasando.

Asentí, aún con los puños cerrados y una rabia intensa que no dejaba de latirme por dentro. Me giré hacia Loreley una última vez. Quise decirle que volvería, que ella no era la única que se sentía rota por dentro, que yo le daría todas las respuestas que me pidiese y que la protegería con mi vida si hacía falta. Necesitaba decirle tantas cosas antes de que fuese tarde...

Pero nuevamente no lo hice. Y con una leve inclinación de la cabeza, simplemente me fui.

CAPÍTULO 2:

UN PEQUEÑO VIAJE AL PASADO

“Toda runa nace del sacrificio.
Por cada signo que protege,
hay un nombre que se borra.”
— Tratado de las Trece Runas.



EL GRITO DE LAS RUNAS

Katrina

El humo fue lo primero. No el sonido, ni el calor, ni siquiera la magia que siempre me susurraba cuando algo se descomponía. No. Fue el humo espeso entrando por la ventana de nuestro cuarto, oliendo a madera antigua, a cortezas quemadas y a sangre caliente. Me incorporé de golpe, con el corazón en la garganta.

Feanor ya estaba de pie, en silencio, su espada aún envainada, pero sus ojos eran puro acero. Me lanzó una mirada rápida, y en ella había algo que no me gustó. No miedo, sino algo peor: resignación.

—Han entrado —murmuró—. Las defensas del este han caído, pero lo peor está en el bosque.

Entonces sí llegaron los gritos. Gritos humanos. Gritos de acero contra piedra. Gritos de ramas que se desgarraban como si la tierra se partiera. Salimos al exterior y el aire me golpeó el rostro como una ola helada: una parte de nuestro reino estaba en ruinas. Árboles caídos, casas ardiendo, raíces por los suelos. El flanco este había sido invadido por las hadas de montaña. Su sello mineral en la destrucción era inconfundible. Vi a una familia correr hacia los templos, envueltos en ceniza. Un niño gritaba el nombre de su hermana entre el caos. Mis alas se tensaron sin desplegarse del todo, como si temieran al aire cargado de magia, de la de mi especie. Todo dentro de mí hervía.

Feanor no perdió ni un segundo más. Caranthir y la mayoría de los guerreros estaban ya en el patio de armas, con las armaduras puestas y preparándose para la formación. Así que corrimos hacia el exterior.

—¡Caranthir, prepárate para entrar al bosque con tus tropas, serás mi flanco izquierdo! —bramó Feanor—. ¡Astrid, protegerás mi flanco derecho en todo momento! ¡Élric, dirigirás tus tropas al este; tu prioridad es restablecer las defensas cuanto antes! ¡Katrina y Eledhween irán contigo!

En cuestión de segundos ya era un comandante. Ya no era mi esposo. Era el rey. Y él no me tenía como su sombra, sino como una poderosa luchadora.

—No dejes que se acerquen demasiado —le dije, tocando su brazo brevemente—. Siempre mirando al cielo.

Él solo asintió. Casi pensé que por una vez iba a darme una muestra de gratitud. Pero no hubo tiempo para más. Vi a Eledhween a lo lejos, cruzando el campo con sus ropas manchadas de agua y barro, cargando heridos que apenas respiraban. Nos encontramos con la mirada. No necesitó preguntarme nada. Sabía que yo no me quedaría escondida entre los muros del castillo. Nunca lo hacía.

Eledhween parecía emerger de entre la niebla con los ojos azul claro abiertos de par en par y sus ropajes verdes pegados al cuerpo. Tenía el cabello azul oscuro, largo hasta los tobillos. Lo llevaba atado en una larga trenza, recogido con conchas y perlas. Su

piel gris perlada brillaba bajo la luz de las antorchas. Y sostenía a un joven soldado inconsciente con un solo brazo.

—No es solo un ataque —dijo sin aliento—. Están buscando algo; puedo oírles.

Mis alas se crisparon. A lo lejos, un estruendo sacudió el aire, como si la Madre Tierra se partiera en dos.

—Vamos —le dije a Élic, que me esperaba ya montado—; con los caballos iremos más rápido. Si los quieren enterrar vivos, tendrán que pasar por mí primero.

Y cabalgamos hacia el este. Hacia esas runas que habían cedido y se estaban resquebrajando, con el hermano pequeño del rey y, posiblemente, una de las pocas personas de este reino en quien podía confiar plenamente.

✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕

El camino hacia las runas fue muy corto. Un sendero de tierra que bordeaba el acantilado y atravesaba el bosque, donde los árboles crecían como columnas retorcidas. En días tranquilos, la brisa traía olor a resina y flores silvestres. Esta vez, era humo, metal y carne quemada lo único que se olía.

Cabalgamos a toda velocidad. Élic iba delante, con el rostro rígido como el mármol, su espada ya desenvainada. Detrás, entre los guerreros ernórdicos, Eledhween no dejaba de mirar hacia los márgenes del camino, como si percibiera algo que nosotros aún no veíamos. Yo también lo sentía. La magia del bosque estaba desequilibrada, como si algo la estuviera desgarrando desde dentro. Solo pensaba en Feanor y sus tropas, que estarían ya luchando en esa zona.

Llegamos al claro donde se alzaban las antiguas runas de protección —tres monolitos inscritos con signos ancestrales, custodiados desde hacía generaciones—. Raíces negras serpenteaban sobre el suelo envolviéndolos. Los símbolos apenas brillaban ya; la luz azul era casi verde. Habían sido corrompidos. Y las criaturas que lo habían hecho estaban allí, esperándonos.

Unas cien hadas de montaña, de menor rango, aguardaban. Sus cuerpos pétreos se movían con agilidad inhumana entre sus propias raíces. Algunas tenían los brazos ya transformados en cuarzo. Otras abrían grietas en el suelo con solo tocarlo. Eran más animales que personas, guiadas por una voluntad ajena, salvaje.

—Maldita sea... —susurró Élic, casi cabalgando hacia atrás, con una expresión de miedo en el rostro.

Pero no hubo tiempo para pensar. Las primeras nos vieron y gritaron con voces que ya no eran del todo suyas.

—¡A la formación! —ordené mientras batía las alas para desmontar del caballo y ponerme por encima de mis soldados—. ¡Proteged las piedras y avanzad! ¡Necesitamos que Eledhween llegue hasta ellas!

Mi magia respondió al instante, canalizándose en el aire como escarcha. Mis alas se desplegaron completamente con furia. Una ráfaga de cuarzo se formó en mi palma y se estrelló contra la primera línea enemiga. Las criaturas chillaron al contacto, pero estas no se detuvieron.

A mi lado, Eledhween ya estaba con las manos alzadas, invocando una barrera líquida que ondulaba frente a nosotros como una pared de cristal azul.

El viento me azotaba el rostro, cargado de ceniza y polvo de cuarzo. Élic agitaba su espada a mi izquierda con una furia desesperada, golpeando a una de las criaturas que se había abalanzado sobre él con los brazos cubiertos de roca negra. La hoja rebotó contra la piel mineralizada, pero logró empujarla hacia atrás con una patada violenta. Sus ojos eran de puro terror, un miedo que intentaba disfrazar con rabia.

—¡Manteneos firmes! —grité, dejando que mi voz se elevara sobre el estruendo—. ¡No perdáis la posición!

—¡Son muchas más que nosotros! —bramó Élic, solo le faltaba mearse en los pantalones. Lo fulminé con la mirada.

Sentí como la magia recorría mi pecho y mis hombros. La dejé fluir; la extraje de cada centímetro de Madre Tierra que me rodeaba. Extendí ambas manos y el aire frente a mí se convirtió en mil puntas de diamante. Con un movimiento rápido, las lancé hacia

adelante. Eran como agujas ardientes que perforaron los muros de las hadas, astillando sus cuerpos con un chillido quebrado. Seríamos de la misma especie, pero yo sabía que mi pasado y mi unión con Feanor me habían dado mucho más poder del que todas ellas tenían.

Una de las hadas cayó de rodillas, y su torso fue atravesado por la espada de Élic.

—¡Más rápido, Eledhween! —rugí sin mirar atrás; no lo necesitaba. La sentía. Podía notar su magia brotar como un manantial.

Eledhween estaba junto a los monolitos. Sus manos perladas descansaban sobre la piedra, y un montón de remolinos de agua la rodeaban, despegando poco a poco cada raíz negra. El sudor le corría por el cuello, y su respiración era un gemido contenido.

—Vamos... vamos... —le escuché susurrar, con la voz quebrada por el esfuerzo.

Un nuevo grupo de hadas de montaña surgió de entre los árboles de la derecha, moviéndose con una rapidez antinatural. Uno de ellos se lanzó directamente hacia Eledhween.

—¡No! —grité.

Batí mis alas y me impulsé con toda la fuerza de mi cuerpo. El frío crepitó en mi pecho esta vez. Extendí una mano, y una ráfaga de espinas envolvió a la criatura, destruyéndola antes de que llegara a rozarla.

—¡Concéntrate, sanadora! —le dije, con la voz ronca de magia y furia.

Ella no me respondió. Sus ojos azul claro brillaban como las runas mismas. El poder del agua y la sanación la atravesaban como un rayo. Su piel perlada temblaba con cada runa que limpiaba. Vi cómo su cabello se desteñía ligeramente, como si su esencia la abandonara con cada segundo que pasaba. Y fue en ese momento cuando me di cuenta de que su poder no iba a ser suficiente.

Miré a mi alrededor. Élic seguía luchando. Había decapitado a una de las hadas de menor rango, pero otras tres se abalanzaban sobre él al mismo tiempo. Sus movimientos eran desesperados y torpes, impulsados por puro terror. El resto de guerreros que nos

acompañaban tampoco se encontraban en una situación muy diferente. Algunos estaban siendo acorralados por las hadas. Otros no podían resistirse a su magia y estaban siendo ahogados por las ramas.

—¡Resiste, Élic! —grité, con el corazón latiéndome en los oídos.

No podía pensar en él ahora; no podía pensar en nada más que en mi Madre Tierra.

Me arrodillé junto a Eledhween. El suelo estaba húmedo y frío bajo mis rodillas, impregnado de magia podrida y savia quemada. Hundí mi mano derecha en la tierra hasta sentir el propio latido de esta. Cerré los ojos y respiré hondo. Sentí el poder, profundo, silencioso, ancestral. Con mi mano izquierda tomé el brazo de Eledhween.

—Absórbelo —le susurré, con los dientes apretados; mi cuerpo estaba a punto de estallar—. Absórbelo todo. No pienses. Solo hazlo.

Ella me miró, temblando. Sus ojos azul claro se llenaron de lágrimas al entender lo que iba a hacer. Pero no dudó. Cerró los ojos y apretó mi mano.

El poder fluyó. Primero como un hilo frío, luego como un torrente de fuego que me atravesó cada hueso. La tierra vibraba bajo mi palma hundida. La sentí ceder, entregarme su magia a cambio de algo que no quería saber. Mi memoria se volvió líquida: imágenes de mi infancia, mi madre siendo cruel, mi primer vuelo... pues cada runa exigía un precio.

Eledhween arqueó la espalda con un grito mudo. La luz de sus manos se tornó azul intenso, tan brillante que me cegó. Sus cabellos ondeaban como algas bajo el agua; ya ni siquiera lo tenía recogido. Era como mirar directamente al sol a los ojos.

Sentí que mi magia abandonaba mi pecho, mi sangre, mi historia, y se fundía con la suya. Todo mi calor desapareció. Y por fin, las hadas de montaña retrocedieron con un gemido colectivo cuando la luz comenzó a iluminar todo el claro. Los monolitos empezaron a brillar; las runas volvieron a tener esa luz azul clara. Las defensas se estaban volviendo a levantar.

Poco a poco, con un esfuerzo que parecía arrancarme cada respiro, me levanté del suelo frío y agrietado. El cuerpo me pesaba como una roca, y mi magia, esa fuerza que siempre me acompañaba, que era parte de mí, se había desvanecido casi por completo. Un vacío helado era lo único que quedaba en mi interior.

Justo cuando creí que la batalla estaba llegando a su fin, un estruendo desgarró el aire. Una explosión de fuego surgió junto al bosque, levantando una columna de humo negro que se elevó amenazante hacia el cielo. El calor me quemó la cara, incluso a la distancia. Parpadeé intentando enfocar en la neblina.

Cuando la explosión comenzó a ceder, pude distinguir lo peor: la casa de Loreley estaba allí, donde hasta hacía unos momentos todo era llamas. Un nudo se me formó en la garganta. No tenía fuerzas. No tenía magia. Intenté invocar algo de esta con mis manos, lo que fuese, pero solo temblaban, sin obtener nada.

Batí las alas con un rugido feroz, levantándome por encima del caos, con la visión borrosa y el cuerpo completamente exhausto. Volé lo más rápido que pude hacia el bosque. Encontré con la mirada a Caranthir y le grité con todas mis fuerzas:

—¡Caranthir! ¡Busca a Loreley, no me queda magia! ¡Ayúdala!

Y seguí volando de vuelta a mi posición. Casi caí en vez de aterrizar. Dirigí mis pasos tambaleantes hacia donde estaba Eledhween, que aún luchaba contra las pocas hadas que aguantaban la magia de las runas, y con un pequeño susurro le ordené:

—Regresemos al palacio. De las que quedan se pueden encargar los guerreros. Necesito que me lleves sin que se note.



LA BATALLA DEL BOSQUE

Caranthir

El aire frío mordía mi piel mientras mis botas se hundían por el campo de batalla. El olor a tierra revuelta se mezclaba con la humedad, y un silencio tenso se extendía entre los árboles. El sonido era horroroso, apenas podía oír a mis compañeros. El jadeo contenido, el roce metálico de las armaduras, de las espadas, y el murmullo de las runas grabadas en nuestra piel, calentándose y derrumbándose bajo la tensión y el cansancio.

En mi mano, la empuñadura de mi espada era un peso demasiado familiar, frío y brutal, la hoja estaba marcada con símbolos antiguos que ardían con una luz tenue, azul, lista para canalizarme una y otra vez.

Sabía que no era solo una batalla más. El territorio que estábamos a punto de pisar era vital, un paso clave para asegurar la

frontera contra esas criaturas de la montaña, contra esas hadas casi inhumanas. Criaturas demasiado orgullosas y ambiciosas.

Un escalofrío me recorrió la espalda, mezcla de anticipación y del recuerdo de las órdenes de Feanor: no dejar que las hadas petrificaran ni un centímetro más de nuestro avance. Pues estas ya habían entrado por la frontera y miles de hectáreas de bosque y de las llanuras eran solo cenizas. ¿Cómo habían sido tan rápidas? Cada raíz que creciera de la tierra para atraparnos era una cadena más que nos alejaba de la victoria.

Tomé aire, apreté la empuñadura y preparé el cuerpo y la mente para el choque brutal que se avecinaba.

Segundos después las teníamos encima. El impacto resonó brutal en el bosque, como un trueno emergiendo de la tierra misma. El crujir de las ramas bajo las botas y armaduras, el impacto de las armas contra la dura piel de las hadas, todo nos envolvía sin tregua.

Frente a mí, Feanor se alzaba con doble espada. Se abría paso entre las raíces y rocas como un relámpago. Ni toda la magia de las hadas de montaña podría contra él.

A mi lado derecho, Astrid atacaba con precisión y fuerza, sus movimientos eran calculados, letales. Su joven escudero le protegía con ímpetu, bloqueando golpes y abriendo brechas entre las ramas. La piel pétrea de las hadas brillaba al romperse, como si estuviesen hechas de cristal.

El aire estaba cargado con el olor a tierra mojada y el esfuerzo de la batalla. Cada vez que un hada caía, el silencio que quedaba era solo momentáneo antes de que el combate retomara su furia. Las runas me ardían a través de la piel, enviando oleadas de fuerza para mantenerme firme y alerta. Eran igual que un buen chute de adrenalina.

Las hadas de montaña nos rodeaban con su magia, levantando muros de piedra sobre nosotros y lanzando raíces como látigos. No era una simple emboscada. Era casi una sentencia. Y nosotros respondíamos con la furia rúnica que conocíamos y nos definía: resistencia, acero y sangre.

De repente, un grito agudo cortó el estruendo:

—¡Caranthir! —Era la voz de Katrina, pensé que estaba con las tropas del este—. ¡Busca a Loreley, no me queda magia! ¡Ayúdala!

Su voz era casi un ruego, un temor; hacía mucho tiempo que no veía a la reina tan asustada. Por un instante todo pareció detenerse. Loreley. Apenas conocía su rostro. Había oído su nombre en los pasillos del palacio, en susurros entre los soldados, en las reuniones cerradas de la reina. Y por lo que parecía, su familia estaba siendo atacada.

No podía cuestionar esa orden. Katrina no gritaba por nada. Si me pedía algo así en medio del caos, era porque de verdad era importante.

—¡Astrid! —grité, retrocediendo—. Me separo. ¡Cubre este flanco!

Ella no respondió, pero su mirada bastó para saber que me había escuchado.

Me aparté de la línea de combate, adentrándome entre árboles torcidos, raíces desgarradas y fragmentos de piedra aun vibrando con magia residual. El aire estaba cargado, lleno de humo, como si la misma tierra sangrara. Yo sabía a dónde tenía que ir, aunque apenas la conociese, había escoltado a la reina casi mil veces hasta aquella casa de madera.

El fragor de la batalla se desdibujaba tras los árboles, convertido en un eco sordo de acero y gritos lejanos. Avanzaba entre raíces levantadas, hojas chamuscadas y piedras rotas por la magia. El bosque estaba deshecho, quemado, como si los elementos mismos hubieran gritado. No era solo una guerra entre razas, era una herida abierta en la Madre Tierra.

Pasé junto a cuerpos caídos —algunos enemigos, otros amigos— y el aire pesaba como si el bosque respirara dolor. Cada crujido bajo mis botas parecía demasiado alto. La runa de mi hombro seguía viva, palpitando con fuerza, pero sin destino. Estaba fuera de formación, fuera del combate. Mi espada aún ardía con energía azul, pero en mi mano pesaba como la culpa.

Vi algo a lo lejos. O creí verla. Junto a un roble rajado por un rayo de magia había una figura plateada que estaba atrapada entre

ramas retorcidas y fragmentos de mineral. La luz que la rodeaba no venía del sol ni de las runas. Era otra cosa. Algo que vibraba bajo su piel. Una presencia, como si hubiese habido fuego en ella.

Me acerqué con cautela, y al fin la reconocí. Su cabello era demasiado particular como para no reconocerla entre los humanos. Tenía los ojos entrecerrados y su respiración apenas era perceptible. Pero era Loreley, ¿dónde estaba su familia?

Al llegar casi a su lado, mis ojos no entendían lo que veían. Unos clavos le atravesaban el costado, unas raíces le sujetaban el cuello y la sangre brotaba por todo su cuerpo. Pero había algo que la estaba protegiendo, tal vez su magia o el azar; pues seguía habiendo latido en su corazón. Su piel brillaba débilmente con un resplandor nacarado. Y esos ojos completamente violetas parecían que podían verme, suplicarme. Había una nota en el centro de su pecho, anclada con uno de los clavos. ¿Quién podía haber sido tan extremadamente sádico y macabro?

Mis dedos temblaron al tocar la nota, enrollada suavemente. En su interior, lo que encontré fue un conjunto de símbolos de un idioma desconocido para mí. Era el lenguaje inmortal. Un idioma tan antiguo y enigmático que apenas recordaba haberlo visto en los viejos libros de la corte. Ni siquiera las hadas de montaña solían usarlo. Pero por el reverso, con una caligrafía cuidada, tres palabras en ernórdico:

“Aquí no está”.

El misterio me oprimió el pecho. No entendía ni una palabra, pero la sensación era clara: era una amenaza y una promesa oscura. Doblé la nota y la guardé en mi armadura; era mejor que nadie más viera eso.

Me arrodillé, tanteando con cuidado la raíz, intentando no agravar más las heridas. Su cuerpo era ligero, bello.

—Loreley... —murmuré, más para mí que para ella.

Cuando la liberé del todo, gimió en voz baja. Abrió los ojos por un solo instante, con la mirada confundida y las lágrimas todavía en ellos. Era la primera vez que la veía tan de cerca. Podía decirse que era el rostro más bonito que había visto en años.

La cargué en mis brazos, sintiendo la energía temblorosa de su piel. Su magia no dormía, vibraba, como un sueño a punto de despertar. El bosque entero parecía contener el aliento por ella.

La casa donde debía haber crecido y reído no era más que una estructura vencida entre raíces ennegrecidas y muros quebrados. Las paredes estaban parcialmente calcinadas, como si el fuego hubiese arrasado con todo desde dentro, pero no había ningún guerrero yrio por los alrededores. Un collar de viento seguía colgado del porche medio derrumbado, tintineando débilmente entre el humo y el silencio. Había trozos de lienzos quemados, instrumentos partidos... Aquello no era solo una casa destruida. Era el eco desgarrado de una infancia arrancada.

Dentro, la oscuridad era espesa, y el aire olía a madera rota y ceniza. En una de las paredes aún quedaba un cuadro: Loreley, de niña, danzando por lo que parecía un lago morado. Medio rostro se había deshecho prácticamente por el hollín. A mis pies, un cuaderno ennegrecido mostraba fragmentos de partituras en el idioma inmortal. Y cerca de la chimenea, una espiral de runas grabadas en la piedra parecía haber ardido desde dentro. Había diferentes huellas y todavía en el interior podía notar aromas distintos. Esta casa había sido escenario de una auténtica masacre.

Según seguía inspeccionando la casa, sentí cómo el aire cambiaba. Oí un crujido justo detrás de mí. Me di la vuelta con la espada ya preparada. Una figura emergía de entre las sombras. Piedra en la piel. Cristal en los ojos. Ella no era un hada cualquiera, esas facciones eran inigualables. Sylphine, una de las hadas del consejo. Su piel pétrea relucía bajo la poca luz que se colaba entre las ramas, y sus ojos eran dos gemas heladas. ¿Cuánto tiempo llevaría observándome?

No había tiempo para dudas ni palabras. Con un movimiento rápido dejé a Loreley en el suelo, justo antes de que Sylphine lanzara una lluvia de piedras afiladas. Apenas las pude esquivar, sintiendo cómo varias rozaron mi abdomen, clavándose en la armadura.

El choque fue brutal, una danza de acero contra piedra. Sus golpes eran feroces, llenos de la magia ancestral que la hacía casi

imparable. Cada intercambio era un latido de la tierra, un pulso de vida y muerte. Yo notaba cómo las defensas habían sido levantadas, pero ni esa magia la hacía huir.

Cuando una raíz se alzó para atraparme, una voz cortó el aire.
—¡Caranthir!

Era Astrid entrando con su escudero con la velocidad de una flecha, bloqueando las raíces que mandaba Sylphine, una y otra vez. En un instante, la lucha se volvió de tres contra uno.

Astrid se lanzó con una furia inigualable. Sylphine retrocedió, siseando con rabia, y en un último esfuerzo lanzó una onda de piedra que nos obligó a retroceder. Pero ya era tarde para ella. Un giro, un salto, un corte de muñeca y su cuello crujió; medio segundo después, su cabeza estaba rodando por el suelo. Ni siquiera llegué a pensar en las repercusiones de ese hecho. Acababa de matar a una de las hadas de montaña del consejo. ¿Pero qué hacía tan alejada de sus tierras? Y mucho más importante, ¿qué hacía en mitad del bosque, sin tropas, sin ayuda, sola?

Astrid atrapó la cabeza rodante de Sylphine con una rapidez casi instintiva y la guardó en la mochila que llevaba su escudero. Sin decir ni una palabra sobre lo que acababa de pasar. Miró a Loreley tirada en el suelo, inconsciente, y me dijo con expresión grave:

—Está muerta, tenemos que irnos. La batalla está ganada, Katrina ha terminado con el flanco este y restaurado las barreras. Y nosotros ya nos hemos encargado de las que había en este bosque.

El peso de sus palabras cayó sobre mí como un golpe helado. Miré el cuerpo sin vida de Loreley, tan frágil, silencioso, y sentí que el mundo se tambaleaba bajo mis pies.

Pero me negué a soltarla. La levanté en mis brazos, con el corazón apretado.

—No puedo dejarla aquí —respondí con voz tensa—. Adelántate si quieres, puedo cuidarme solo. Yo no abandono a nadie.

Astrid me lanzó una mirada dura, pero no insistió más. El bosque parecía cerrarse tras nuestros pasos. Pero las barreras habían sido restauradas y parecían sólidas. Eso nos daría tiempo a entender lo que estaba pasando.



EL CONSEJO

Feanor

El silencio en la sala del consejo era más pesado que el hierro. Podía oír el leve rechinar de la madera bajo mis botas mientras caminaba de un extremo a otro, con los brazos cruzados tras la espalda. El olor a ceniza aún se filtraba por las rendijas de las ventanas, recordándonos la masacre de la noche anterior. Ni siquiera los sirvientes se atrevían a alzar la mirada más allá del palacio. Habíamos tenido que dar cobijo a muchos habitantes de nuestro reino hasta que sus casas fueran restauradas. Las pérdidas, tanto humanas como materiales, habían sido demasiado grandes.

Caranthir estaba inclinado sobre el mapa extendido que había en la mesa central. Sus manos enormes apoyadas en los bordes, estudiando las posiciones de nuestras tropas y las marcas rojas que habíamos situado sobre los territorios muertos. Astrid permanecía

recta y muda a su lado, con la armadura aún sin limpiar. Élic estaba sentado más lejos, con la mirada clavada en el suelo, los codos sobre las rodillas y su espada manchada descansando contra la pared.

En una esquina de la habitación, en la otra mesa, la cabeza de Sylphine, ya casi gris, estaba allí apoyada. Junto con la nota que Caranthir había encontrado en el cuerpo de aquella muchacha, la amiga de Katrina.

Respiré hondo, sintiendo cómo mis pulmones ardían. Había pasado el resto de la noche en vela, inspeccionando a los heridos, supervisando las barreras restauradas por Eledhween y Katrina, escuchando los informes de los exploradores que volvían con malas noticias... No me permití cerrar los ojos. No podía. No hasta que todo estuviera de nuevo bajo control. Así lo habrían hecho mis padres.

—¡Número de bajas de tus tropas, Élic!

—Treinta y dos, mi rey. Dos desaparecidos, probablemente ya pertenezcan a la Madre Tierra. Y cinco en sanación.

Cada número era un puñal que se clavaba en mis costillas. Asentí despacio, sabiendo que nos habían tendido una trampa. Si mi mujer no hubiese estado ahí... Le miré de reojo, sabiendo lo exhausta que ella estaba. Había sentido su poder desde mi posición en el bosque. Esa era la reina con la que me había casado.

—¡Número de bajas de tus tropas, Caranthir!

—Veintisiete, mi rey. Cinco desaparecidos. Y Loreley en sanación, con Eledhween.

La mirada de Astrid sobre Caranthir fue demasiado reveladora.

—¿Y las runas? —pregunté. Esta vez fue Katrina quien contestó.

—En perfecto estado. Creo que simplemente querían que bajásemos la guardia para atacarnos por otro lado, para buscar otra cosa.

Mi mandíbula se tensó. Katrina... exhausta, sin apenas poder mantenerse en pie. Pero a mi lado. Me acerqué a la mesa y clavé el dedo sobre la zona marcada con las runas, haciendo un círculo.

—Maelis busca algo en nuestros territorios. Algo que piensa que le pertenece. La cabeza de Sylphine es la prueba de que no lo han encontrado. Por lo que me temo que seguirán buscando. Y, por lo tanto, volverán a atacarnos.

El silencio fue absoluto tras mis palabras. Vi a Élic mover la cabeza con un gesto casi imperceptible, sus dedos cerrados como un puño, goteando un hilo suave de sangre. Caranthir, sin embargo, mantenía la espalda recta y los ojos fijos en mí. Él sí era un auténtico guerrero, esperando las órdenes de su rey, creyendo en la victoria. Mi hermano, en cambio... solo espero que sus dos hijos cuando crezcan, no sean como él.

Me pasé la mano por la barba, intentando ordenar mis pensamientos mientras el amanecer se filtraba por los ventanales altos, tiñendo la sala con una luz pálida.

—Katrina, dile a Eledhween que en cuanto termine con Loreley tiene una semana de descanso total. Caranthir, asignaré a tus guerreros guardias dobles y reforzaremos la muralla mágica con los cinco elfos de agua que tienes entre tus tropas —dije. Caranthir me hizo un gesto de asentimiento—. Astrid, envía exploradores más allá de la frontera. Invita a los guerreros yrios a nuestra corte, necesitamos aliados. —Mi voz tembló un segundo—. Y ahora, todos necesitamos descansar.

Mis ojos se desviaron sin querer hacia Katrina. Acababa de sentarse, el sudor le caía por la frente, las alas completamente plegadas como si pesaran toneladas. Su poder nos había salvado... otra vez. Había luchado como una diosa caída, era casi un regalo para mi reino.

—Nos reuniremos mañana al amanecer. Quiero un informe completo sobre todo lo que sepamos de Maelis. Quiero saber si han atacado en más reinos, si han amenazado a alguien más. Hablad con cada espía que tengáis, pagad a cada mercenario y prostituta que encontréis. Necesito saber qué está pasando.

Me incorporé, clavando las manos sobre la mesa de roble ennegrecido por las velas.

—Ah. Y buscad toda la información que tengáis sobre los padres de Loreley. Su madre era una musa muy buscada por lo que

sabemos. ¡Descifrad la nota y no os hagáis ver! Necesito toda la información posible sobre ella o nos hundirá. Traedme también todos los libros e información que encontréis sobre la lengua antigua, lo necesitamos saber todo. ¡Buscad a los mejores eruditos para ello!

Vi cómo la piel de Katrina se volvía más pálida todavía. Sabía que Naerya le había ayudado a escapar de su hermana y su madre, pero todo este asunto... Había que descubrir toda la información posible sobre Loreley y sus padres para adelantarnos al siguiente posible ataque.

—Se levanta el consejo.

Uno a uno, Caranthir, Astrid, Elwich, Élric y Viator se pusieron en pie y comenzaron a abandonar la sala. Pero yo no me moví. Me quedé allí mirando fijamente a Katrina, sin esconder cómo la deseaba en ese preciso momento. Simplemente quería que mis pensamientos se fueran a otro sitio. Olvidar todo lo que estaba pasando en mi reino y a mis guerreros.

—Un rey sin piedad es un rey que perdura —me dijo, sin quitarme de su vista.

Su voz me atravesó como una daga dulce. A veces pensaba que había nacido solo para desafiarme. Y solo por cómo me miraba, podría haberme arrodillado ante ella en esos mismos momentos. Podría haberla hecho enloquecer hasta desmayarme.

Le vi levantarse con esfuerzo, como si sus huesos pesaran más que su voluntad. Su piel cristalina estaba tan pálida que casi parecía transparente bajo la luz del amanecer. Me acerqué, sin pensarlo, sin importarme si aún quedaba alguien en la sala, y puse mi mano en su barbilla para obligarla a alzar la vista.

—Un rey sin piedad es un rey que perdura —repetí, con la voz grave y ronca, cerca de sus labios—. Pero un rey sin reina, es un cadáver que camina.

Sentí su aliento agitado contra mi palma. Sus alas temblaban ligeramente, todavía replegadas contra su espalda.

—Ve a descansar —le ordené, aunque no era solo una orden. Era casi una súplica—. Hoy ya no eres mi guerrera. Hoy eres mi mujer, y necesitas dormir. Estás a punto de desfallecer.

Por un segundo, creí ver un destello de emoción en sus ojos antes de que los cerrara y apartara la cara con lentitud. Esa resistencia me irritó. Me encendió.

La vi caminar hacia la puerta con sus pasos silenciosos. Pero en vez de alejarse y desaparecer, agarró el manillar de esta y la cerró, poniendo el seguro y dándose la vuelta lentamente mientras se desabrochaba el vestido y este caía suavemente por su cuerpo.

La miré sin moverme, cada fibra de mi cuerpo tensándose como un arco dispuesto a disparar. Katrina apoyó la espalda contra la puerta y respiró hondo. Vi cómo sus alas se iban desplegando suavemente, dejando entrever la piel desnuda según su vestido iba cayendo. Sus ojos se clavaron en los míos, sin miedo, sin vergüenza, solo con esa fría decisión que siempre me había enloquecido.

Di un paso hacia ella, luego otro, hasta que mi pecho casi rozó con el suyo. Pude sentir el calor que su cuerpo irradiaba, mezclado con la fragilidad de su magia casi extinguida. Levanté una mano para apartar un mechón de su cabello, observándola con atención, como si tuviera delante un arma peligrosa y preciosa a la vez.

—Estás exhausta —murmuré, mi voz apenas un susurro grave que quebraba el silencio de la sala.

—No me importa —respondió, y su respiración se agitó aún más cuando mis dedos se cerraron alrededor de su nuca—. Yo soy tu reina. Siempre seré tu reina.

La atraje contra mí de golpe, sin suavidad. Necesitaba sentirla viva, caliente, temblorosa. Mi boca buscó la suya con un hambre que no quise contener. Cuando nuestros labios se encontraron, sentí como si toda la rabia y el dolor de la batalla se hundieran en su carne y se disiparan. Ella respondió con igual fiereza, aferrándose a mi uniforme, tirando de él hasta casi desgarrarlo. Era como pelear. Como una guerra entre los dos cuerpos más poderosos de este reino.

La levanté del suelo con facilidad y sus alas se abrieron por completo, chocando suavemente contra las paredes de piedra mientras la sostenía contra la puerta. Me aparté apenas para mirarla. Sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos, brillantes. Había vida en

su mirada. Furia. Deseo. Poder. Y esa extraña compasión que me hacía sentir casi humano.

—Katrina —le dije, con voz baja, mientras la sujetaba con más fuerza—. Mi reina.

Ella no contestó, pero sus labios buscaron los míos de nuevo con urgencia, como si al besarnos selláramos algo más antiguo que nosotros mismos. Su respiración estaba entrecortada. Sentía su corazón latir contra el mío.

La bajé un poco, lo justo para que sus pies tocaran el suelo, pero no la solté. Mi frente se apoyó en la suya mientras la miraba, mientras trataba de no ceder del todo al fuego que me estaba consumiendo por dentro.

—Dímelo —le susurré, con un hilo de voz que apenas era mío.

—¿El qué? —respondió ella, aunque sus labios seguían tan cerca de los míos que cada palabra era un roce eléctrico.

—Que me necesitas.

Vi cómo su mirada se oscurecía, como si el orgullo en ella luchara contra la verdad. Sus alas temblaron un solo instante, reflejando su alma. Bajó los ojos, pero yo la obligué a mirarme con dos dedos en su mentón. Su respiración era un jadeo suave. Había cansancio en su cuerpo, pero también florecía esa fuerza instintiva que me volvía loco.

—Te necesito —admitió, y en su voz no había rendición, sino una declaración de guerra—. Te quiero, dentro.

Me reí suavemente, un sonido ronco y casi roto, y volví a besarla. Esta vez con más lentitud, más profundidad. Quería memorizar su sabor, sentir su magia debilitada temblar con la mía, protegerla y devorarla al mismo tiempo.

Mis manos recorrieron sus costados, sintiendo cada curva de su cuerpo, cada línea tensa de su piel. La giré con un movimiento rápido y su espalda chocó contra mi pecho. Mi cuerpo la mantenía prisionera mientras mis labios se deslizaban por sus alas, por su espalda, por su nuca, escuchando el sonido gutural que se escapó de su garganta mientras se aferraba con las manos a la pared, mordiéndola suavemente.

La apreté contra mí, sintiendo el calor de su piel.

—Feanor... —susurró mi nombre, y la forma en la que lo dijo me atravesó como un rayo. Era ruego. Era placer. Era su manera de reclamarme—. Feanor, mi rey.

Mis manos se aferraron a su cintura, marcando cada embestida con una fuerza controlada pero voraz. Sentía cómo su piel se erizaba bajo mis dedos, cada roce encendiendo un fuego que nos consumía sin piedad. Su aliento era un susurro agitado, mezclado con el latir acelerado de nuestros corazones que parecía retumbar en el silencio de la sala.

La presión de sus caderas contra las mías aumentaba, firme y desesperada, como si quisiera fundirse conmigo, borrando toda duda o cansancio. Sus uñas se clavaron en la pared, dejando sus huellas en ella, marcando ese momento todavía más para la eternidad.

Su cuerpo se arqueó instintivamente, sus caderas presionándose contra las mías, una y otra vez. El sudor nos corría por el cuerpo. Pero vi ese destello en sus ojos, una tormenta contenida que estalló con un temblor profundo, un grito silencioso que sacudió el aire a nuestro alrededor.

—Feanor...

Apoyada contra la pared, con la espalda todavía pegada a mi pecho, la sostuve firme mientras la ola de su éxtasis la envolvía, sintiendo cómo su cuerpo se aflojaba en mis brazos, entregada, ardiente, viva, indefensa.

Mis dedos se enredaron en su cabello, acariciándola con ternura y fuerza a la vez, mientras susurraba en su oído:

—Eres mi reina, mi fuego, mi tormenta. —Deslicé mi mano áspera por todo su cuerpo hasta llegar a su clítoris, solo quería hacerla enloquecer una y otra vez, que este momento no terminase nunca.

La sujetaba, aferrándome a ella sin dejar de mover las caderas, como si fuese mi única ancla en medio del caos. Porque en ese momento, nada más me importaba. A nuestro alrededor, todo se desvanecía. Solo quedaba el golpe acompasado de nuestros cuerpos, el calor sofocante que nos envolvía y la certeza de que, en ese instante, el mundo entero cabía en el espacio que compartíamos.

Su cuerpo empezó a temblar de nuevo, sus caderas se arquearon todavía más hacia mí con una fuerza casi salvaje. Ella era todo lo que necesitaba, la fuente de mi fuerza y de mi debilidad al mismo tiempo.

La di la vuelta rápidamente. Me incliné, dejando que mis labios recorrieran toda su piel, dibujando un camino que la hizo estremecerse. Cada contacto era una descarga tras otra. Quedé completamente arrodillado, con sus muslos entre mi cabeza, y sus alas enteras desplegadas. Hasta que la sentí volver a rendirse ante mí y solo entonces, la empujé contra mi cuerpo de nuevo, hasta quedar tumbado en el suelo para terminar junto a ella.



DONDE LA VIDA Y LA MUERTE BAILAN

Eledhween

No recuerdo la primera vez que vi morir a alguien. Fue hace demasiado tiempo. Quizá por eso no me afectaban las muertes como deberían. Quizá por eso ahora, sentada frente al cuerpo inconsciente de Loreley, con sus párpados pálidos cerrados y su respiración tan leve que casi ni la siento, no hay ni un atisbo de tristeza ni de preocupación en mí.

Pero sí que hay dolor. El dolor no es un llanto. No es un grito. Es un pozo sin fondo que se abre en el pecho y me traga desde dentro. Un dolor viejo, rancio, como la sangre seca en la armadura de los muertos de esta mañana. Vi sus cuerpos. Uno a uno. Vi sus almas desgarradas, la magia quemada en sus huesos, el vacío en sus ojos abiertos mirando a un cielo que nunca volverían a ver. Y no sentí absolutamente nada.

Pero ahora, mientras mi magia se consumía manteniendo viva a esta niña rota, sentía cada muerte de aquellos guerreros bajo mi piel, bajo mis escamas. Uno a uno, como si cada uno de ellos tuviese que pasar a través de mí para llegar a la Madre Tierra.

Cerré los ojos y me obligué a respirar. Katrina... ella brilló como un cometa de fuego y sombras. Sentí su poder recorrerme, un poder tan feroz que me dolía. Como si me quemara la médula, como si me arrancara cada verdad que intento esconder incluso de mí misma. Fue su magia la que me permitió sanar los monolitos. Fue su magia la que salvó el reino. Fue su magia la que me recordó que yo también soy un monstruo.

Volví a abrir los ojos y miré a Loreley. Sus labios pálidos no se movían. Tenía grietas en el pecho, cortes en el cuello y brazos, quemaduras internas y un aura tan debilitada que apenas podía percibir su esencia. Pasé mis manos sobre su vientre, sobre su corazón, sobre su frente. Mi energía entraba en ella suave, como un susurro en la oscuridad. No me gustaba mostrar quién era. Ni siquiera ahora. Ni siquiera cuando podría romper las leyes de la vida y de la muerte si así lo deseaba.

Pero no lo haría. Porque cada vez que cruzo esa frontera con la Madre Tierra, algo de mí muere también. Y ya había tenido que pasar en demasiadas ocasiones.

“Despierta” pensé, aunque no lo decía en voz alta. No me obligues a elegir entre tú o mi propia alma. Tu madre trajo a este reino lo más bondadoso que hemos podido tener, no puedo dejar que te vayas tú también.

Mis manos temblaron ligeramente, aunque por fuera siguiese siendo la estatua fría que todos veían. El dolor es un arma. El poder es una maldición. Y la compasión... la compasión es un veneno que solo nos consume.

Cerré los ojos de nuevo y dejé que mi magia fluyera hacia ella, gota a gota, como un hilo de plata que se niega a romperse. Y en silencio, en lo más profundo de mí, recé a los dioses que abandoné hace más de un siglo para que no me obligasen a desatar lo que a día de hoy soy realmente. Un monstruo.

✕*✕✕*✕✕*✕✕*✕

Habían pasado horas, quizás días. El tiempo no existía aquí, donde la magia y la muerte bailan en el mismo filo. Mis manos seguían sobre su pecho, apenas levantándose con su respiración débil. Había sellado la habitación de curación con un hechizo de aislamiento absoluto; nadie podía entrar ni escuchar, ni siquiera Feanor. Nadia debía ver esto. Nadie debía verme a mí. Aunque yo sí que podía verles a ellos.

A veces abría levemente la barrera para observarlos. Caranthir, entrando una y otra vez con ese paso silencioso de depredador, sus ojos clavados en la puerta, como si pudiese ver a través de ella. Esa mirada de terror y desesperación. Katrina aparecía también, de vez en cuando, dejando charcos de luz en el suelo allí donde pisaba, el cansancio marcándole cada vez más los pómulos con un tono grisáceo. Eran fantasmas tras un cristal, esperando un milagro que ni yo misma sabía si podía ofrecerles.

Me dolía la espalda, me ardían los ojos. Mi magia estaba tan extendida que sentía el latido del propio Lunevaris en mi cuerpo. Y por fin, tras tanto tiempo, sentí cómo su aura se abría ante mí.

Un acceso. Una grieta diminuta. Mi poder se filtró en ella como un río negro y suave. Me preparé para reparar órganos rotos, huesos astillados, venas quemadas. Me preparé para encontrar el caos y el vacío. Pero lo que hallé era completamente diferente. Lo que vi me heló la sangre y la piel.

Era un núcleo de magia tan antigua que apenas podía entender. Oscura. Viscosa. Era como un pozo profundo lleno de manos podridas que intentaban agarrarme desde dentro. Pude oírlas, sentirlas. Voces que susurraban palabras en un idioma que mi mente no reconocía, pero que mi magia sí entendía: muerte, inmortalidad, hambre.

Retrocedí de golpe, casi perdiendo el equilibrio. Mi respiración se agitó y tuve que apoyar la frente sobre su vientre, temblando. Mi poder había tocado algo demasiado puro. Algo que tal vez la Madre Tierra no debería haber dejado existir.

Volví a entrar con cuidado, ignorando el escalofrío que me recorría la columna. Vi retazos de su alma, imágenes fragmentadas: un bosque ennegrecido, un altar tallado con cráneos, un círculo de piedra cubierto con símbolos de sangre seca. Y al centro, una figura femenina, inmensa, su rostro cubierto por un velo. Sus manos sostenían a un bebé recién nacido, al que bañaba en un líquido oscuro y espeso. ¿Eso era Madre Tierra? ¡Imposible!

Sentí arcadas. Me aparté con violencia, las gotas de sudor frío me caían lentamente por la nuca. Mis manos estaban ensangrentadas por la magia misma. Y el suelo empezó a girar bajo mis pies.

Feanor tenía razón. No era solo Maelis. No eran solo las hadas de montaña. Era esa criatura, la reina inmortal, era la abuela de esta muchacha. Todo lo que habíamos encontrado en los libros y habíamos oído en los rumores de las corrientes era cierto.

Loreley no era un simple peón. No era solo una niña oculta que necesitaba protección. Era un recipiente sellado con magia negra inmortal, un legado podrido que ahora corría por sus venas como veneno dulce. Pero había más, mi propia magia se fundía con la suya, como si la pudiese alterar.

¿Pero cómo iba a salvarla sin despertar aquello que dormía en su interior? Ese poder la mataría, nos mataría a todos.

La miré. Su rostro era tranquilo, casi inocente. Ella no lo sabía. ¿Cómo podía saberlo?

Me quedé sentada a su lado, con los ojos abiertos y la magia temblando en mis venas. Por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo de mí misma. Porque incluso yo, Eledhween, que había tocado la muerte más veces de las que podía recordar, no podía dormir a esa oscuridad y este poder puro de la Madre Tierra, y mucho menos, escondérselo al mundo entero.

✕*✕✕*✕✕*✕✕*✕

Todo lo que yo podía hacer aquí estaba hecho. Sabía que Loreley despertaría pronto. Su cuerpo estaba ya curado, y su magia la obligaría a vivir.

Me quedé mirándola en silencio, con los codos apoyados en las rodillas y el cabello azul cayéndome alrededor de la cara como un velo de sombras. Había sangre seca todavía entre mis uñas, y la piel de mis manos estaba blanca y agrietada por el exceso de poder canalizado. Cada respiración me dolía. Cada latido me quemaba. Estaba claro que necesitaba descansar.

Además, no quería estar aquí cuando abriera los ojos. No quería tener que mirarla y fingir compasión. Y mucho menos mentirle sobre lo que había visto en su interior. Para eso ya estaba nuestro querido rey.

Me incorporé despacio, sintiendo mis huesos crujir como peces viejos. Recogí mis frascos de esencias, guardé mis cuchillas de obsidiana en la funda oculta de mi túnica y respiré hondo antes de retirar el hechizo de aislamiento de la sala.

La luz del exterior me cegó un segundo. Parpadeé y ahí estaba Caranthir de nuevo. De pie, junto a la puerta, como una estatua tallada en acero. Sus ojos, tan fríos y tan ardientes a la vez, me buscaron con urgencia.

—¿Está viva? —preguntó, con esa voz suya que no admitía rodeos.

Lo miré un segundo antes de asentir, breve, sin emoción.

—Viva —respondí. Mi voz sonaba hueca, como si saliera de un pozo profundo—. Despertará en un par de días.

Vi cómo sus hombros caían un poco, como si hubiese estado conteniendo un peso insostenible. Su alivio era palpable, casi dolía mirarlo.

—Gracias —dijo, y su voz se suavizó. Pero yo no quería gratitud.

—No me des las gracias, es mi trabajo —le corté, mi tono seco como ceniza—. Ve con ella si quieres, pero no la intentes despertar.

Me giré sin esperar respuesta, cruzando el pasillo que olía a hierbas curativas y hierro. Necesitaba ver a Katrina y a Feanor. Necesitaba decirles la verdad antes de irme a descansar.

Mierda.

No lo oí llegar. Simplemente lo sentí. No había sido capaz de escuchar su respiración ni el leve roce de su túnica sobre el suelo pulido de lo cansada que estaba. Pero su magia, en cambio, me daba punzadas de hielo en la nuca. Siempre había sido así. Thalion.

Me detuve en mitad del pasillo, sin volverme. Cerré los ojos un segundo, intentando no gruñir del cansancio, del dolor en cada músculo y de la rabia acumulada en mis entrañas. Ni siquiera tenía claro cuántos días habían pasado desde la batalla.

—Estas igual de bonita que la última vez que nos vimos —dijo, con esa voz suave y dulce, como terciopelo rasgado—. Mi reina me envía para saber si cumples con tus obligaciones del exilio.

No contesté. Ni siquiera parpadeé. Mi mirada seguía fija al frente, en la puerta al final del pasillo que me llevaría a Katrina y a Feanor.

—Es hora de que regreses, Eledhween, no puedes huir siempre.

Sentí su aliento frío en mi cuello, pero ni me inmuté. Mis manos colgaban sueltas a mis costados, temblorosas todavía por el exceso de poder drenado. No tenía fuerzas para discutir. Y, sinceramente, tampoco me importaba.

—No regresaré, Thalion. Y mucho menos porque alguien me lo ordene —murmuré, mi voz apenas un hilo ronco pero firme—. Yo nunca seré bienvenida allí después de lo que hice, y en el fondo lo sabes. No deberías confiar tanto en tus padres... y mucho menos en mí, cariño.

Y eché a andar, sin darle tiempo a contestar. Sin llegar a mirarle más de la cuenta. No quería recordar su rostro, suficiente tenía con recordar mi vida antes de todo aquello.



EL PESO DE LA PROTECCIÓN

Caranthir

La habitación estaba completamente vacía, tenía una única cama en un lateral de ella. El suelo parecía un lago cristalino bajo mis pies. Y Loreley yacía dormida, pálida, frágil como una flor al borde de marchitarse. Sus orejas estaban algo más puntiagudas y azules de lo que recordaba; me quedé algo extrañado mirándolas. No sabía que las musas podían tener ese color de piel.

No pude evitar que mi mirada se posara en cada curva de su cuerpo, en la tensión sutil que su magia aún dejaba sobre su piel. Era una belleza que no entendía del todo, pero que despertaba en mí algo voraz, algo casi familiar.

El silencio se rompió con la voz firme de Astrid. Esta se encontraba junto a la puerta, con los brazos cruzados y el gesto ligeramente torcido.

—Caranthir, Feanor te llama. Es bastante urgente.

Me levanté sin apartar la vista de Loreley. Cuando me giré hacia ella, aún con la mirada impregnada en ese bello cuerpo, escuché su reproche; este fue seco y cortante:

—Antes era a mí a la que mirabas con esos ojos. —Por un momento pude ver un pequeño destello de dolor en su mirada—. Bueno, o por lo menos te dignabas a mirarme.

Quedó en el aire un silencio pesado, como si esas palabras retumbaran más fuerte que cualquier otra cosa en la habitación. Mi pecho se tensó por un instante y sentí algo de culpa en mis costillas.

—Eso fue antes de que me dejaras por Frederic, ¿o fue por Siriana? —respondí, con voz baja, tratando de contener la mezcla de emociones que me agitaban por dentro—. Espera, no, si no me dejaste a pesar de estar follando con ellos.

Astrid frunció el ceño, y por un segundo la dureza de su expresión pareció suavizarse en una mezcla de tristeza y desdén.

—No te confundas, Caranthir. Yo te quería —murmuró, con un tono que no admitía réplicas—. Pero lo nuestro había acabado mucho antes de que nos encontrases. Tú siempre estás perdido en tus batallas, y te encargaste de perder esa también. Aquí todos tenemos cicatrices demasiado grandes. Y los que no las tienen es porque están muertos.

La advertencia caló hondo, aunque yo no dije nada. El silencio volvió a caer entre nosotros, cargado de palabras no dichas y heridas abiertas que llevaban años haciéndonos daño. Ella me había ayudado mucho desde que era más joven; había conseguido que olvidara muchas cosas, pero nunca pude conseguir desarrollar un sentimiento más grande que el cariño y la amistad hacia ella.

Finalmente, giré hacia la puerta, dispuesto a enfrentarme a lo que Feanor necesitara.

✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕

Entré en la sala y vi a este esperándome con esa mezcla de preocupación y determinación que nunca cambiaba en su rostro. Sus

ojos se clavaron en mí al instante, como si ya supiera lo que pensaba.

—Caranthir —dijo sin preámbulos—, Eledhween ha descubierto algo preocupante sobre Loreley. Aunque, mira por dónde, que algunas ya lo sabían. —Fulminó con la mirada a Katrina, que estaba sentada en una silla, rígida, sin pestañear. Tenía los ojos llorosos y las mejillas coloradas.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda, pero mantuve la compostura.

—¿Qué ocurre? —pregunté, intentando ocultar el temblor en mi voz.

Feanor me miró, midiendo cada palabra.

—Magia negra. La magia de la reina inmortal corre por sus venas. Es más, su propia sangre también lo hace.

El aire se volvió más denso, como si las paredes escucharan y temieran. Incluso daba la sensación de que hasta las sombras nos estaban escuchando.

—Entonces es su nieta —musité, sintiendo que el peso de esa verdad aplastaba cualquier esperanza—. ¿Se sabe lo que buscaban?

—No, lo único que sabemos con claridad es que todo el ataque era una distracción.

Asentí lentamente.

—¿Cuáles son tus órdenes? —directo, como el general que debía ser, sin pensar en cómo mi corazón no dejaba de latir.

—Debemos protegerla a toda costa. Nadie puede enterarse de esto. Ni sus enemigos, ni los nuestros. Especialmente ahora.

Me miró con una intensidad que me dejó sin aliento, y entonces habló con la voz más baja:

—Caranthir, serás su guardaespaldas. La protegerás con tu vida si hace falta. Y sí, es una orden. Hazte su amigo y sé su sombra. ¿Me entiendes? Tenemos que protegerla hasta de ella misma. No sabemos cuánto poder puede realmente llegar a contener su cuerpo.

La responsabilidad me cayó como un yunque, pero no dudé.

—Con mi vida, mi rey.

Feanor asintió, satisfecho, y por un momento el peso del mundo pareció descansar un poco.

—¿Qué vas a hacer con ella? —Las palabras de Katrina sonaron roncas y atravesaron toda la habitación—. Tú nunca haces algo sin obtener nada a cambio. —Sus palabras eran huecas, sin vida.

Feanor giró la cabeza hacia Katrina con una mirada fría, como quien evalúa a un enemigo disfrazado de aliado.

—¿Te das cuenta de lo que me has estado ocultando? —sus gritos subieron de tono—. ¡Han atacado mi reino por lo que sea que ella oculte! Maldita sea, Katrina, ¡es la heredera al trono de los inmortales! ¿Entiendes lo que conlleva eso? —no dejaba de gritar.

Katrina se levantó con brusquedad; sus alas se desplegaron como un aviso y su poder ya lo tenía en las yemas de los dedos, llenando la habitación con su imponente sombra.

—Y tú crees que puedes controlarla, protegerla, como si fuera un simple peón en tu juego —replicó ella con dureza—. Dime, Feanor —casi escupió su nombre—, ¿has pensado ya con quién vas a casarla?, ¿cuántos hijos va a tener? ¿O simplemente se la regalarás a las hadas de montaña por una simple promesa de paz? —Sus palabras dolían con solo escucharlas.

Feanor avanzó un paso, manteniendo la mirada fija en ella.

—Necesito saberlo todo sobre ella. Y tú me ayudarás, o por lo menos no estarás en mi camino.

El aire se tensó entre ellos, y por un instante solo quedó el sonido de la respiración pesada y sus miradas desafiantes.

Finalmente, Eledhween rompió el silencio con un susurro:

—No es la hora de los reproches. Como bien sabes, Katrina tenía sus razones. Y os necesitamos enteros a los dos en esta guerra. Loreley es muy poderosa y, por lo tanto, cuando llegue el momento podría incluso ayudarnos.

Feanor me miró y, haciendo un gesto con el brazo, me dijo:

—No te separes de ella. Será nuestra arma diplomática.



LA LOCURA DEL HEREDERO

Edgar

El fuego de la chimenea crepitaba en la sala de guerra, proyectando sombras danzantes sobre los tapices que colgaban de las paredes, todas ellas de victorias pasadas.

Últimamente no sentía nada más que no fueran sus ojos en mis sueños. Su nombre me carcomía los dientes, me palpitaba en las venas de una manera dulce y tierna. Ni siquiera sé cómo lo supe. Ni siquiera la conocía. Pero cada vez que cerraba los ojos, ahí estaba ella, mirándome desde un mundo que esperaba que nunca fuese este, cubierta de sangre y ceniza, con su cabello precioso de plata morado flotando como si fuera agua y humo a la vez.

Un golpe suave en la puerta me hizo parpadear y girarme hacia esta.

—Entra —gruñí, con la voz áspera de quien no duerme desde hace días.

Varyon cruzó la sala con pasos silenciosos, midiendo cada movimiento como si temiera despertarme de un trance del que jamás podría salir. Mi hermana pequeña, en cambio, se quedó en la entrada, apoyando la espalda levemente sobre la puerta.

—Hermano —dijo, inclinando la cabeza con cierta ironía. Traía un pergamino en la mano, con los sellos rotos y la tinta aún fresca—. Traigo noticias de Valdrenheim.

Supe, antes de que hablara, que ella estaría en esas noticias. Porque parece ser que nada existe fuera de este fuego que me consumía por dentro.

—Habla —le ordené, sin apartar la mirada de las llamas.

—Hubo un ataque hace dos noches. Las hadas de montaña atacaron a los guerreros ernórdicos en Thurnskald. Fue un asalto rápido y feroz. Usaron mucha magia; la Madre Tierra ha sufrido daños casi irreparables. Hubo varios muertos y heridos.

Lo miré con lentitud, sintiendo la presión de mis colmillos contra la lengua. Era una sensación curiosa, la de la rabia contenida. Casi se podría decir que era agradable.

—¿Y Feanor? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta. Ese bastardo amigo mío no caería tan fácil.

—Resistió —respondió Varyon, bajando la vista hacia el pergamino—. Feanor envía un mensaje. Solicita nuestro apoyo, y con ello, a nuestras tropas.

—La guerra ha comenzado —añadió Seraphine.

Solté una carcajada seca, sin humor. La guerra había comenzado. Por fin. Lo supe desde la primera visión que tuve de Loreley, desde la primera noche que su nombre se quemó en mis sueños como un sello de fuego.

—Claro que lo solicita, queridos hermanos —escupí, girando mi mirada hacia la ventana de piedra y las montañas oscuras—. Porque sin nosotros no durará ni una luna más. ¿Qué ha dicho padre?

Varyon no contestó. Esperó en silencio, como el perro paciente que siempre le habían obligado a ser, aunque su mirada era

la de un lobo midiendo mi locura, acechándola.

—¿Qué ha dicho padre? —repetí, esta vez más alto, dejándome caer sobre la silla. El frío roble se coló en mi espalda, pero no aparté la vista de mis hermanos.

Varyon apretó los labios antes de responder.

—Padre... no quiere hacer nada. No quiere comprometer tropas cuando nuestra frontera apenas limita con Aethergran, pero ambos sabemos que después de ellos nosotros seremos los siguientes.

Una risa gutural me vibró en el pecho. El idiota pederasta de mi padre nunca había entendido el arte de gobernar. Siempre tan ocupado rezando a la Madre Tierra y a los viejos dioses, suplicando paz para un mundo que no la merecía.

Varyon me miró, con esa mezcla de temor y lealtad que siempre le habían definido.

—¿Cuándo partiremos?

—¿Cuándo ha dicho que nos necesita? —lo solté como si fuese casi un suspiro.

—Han resistido y recompuesto las runas. Solicita tropas para aumentar las defensas de las fronteras. También dice que intentará una reunión para encontrar más aliados.

—Una reunión... —repetí, alzando la mirada hacia las brasas agonizantes en el hogar de piedra de nuevo—. Siempre tan diplomático, mi querido Feanor. Mándale las tropas que necesite y dile que nos reuniremos encantados.

Hice un gesto para que se fueran, pero mi hermana volvió a hablar:

—¿Sigues viéndola? —me preguntó, temiendo mi respuesta.

Me quedé en silencio unos segundos, observando cómo el humo de las brasas se enroscaba en el aire, como un espíritu sin cuerpo, hasta desaparecer por la chimenea.

—Cada noche —confesé al fin, sin apartar la vista de la danza gris que tenía frente a mí—. Cada maldita noche su magia me llama, su miedo me suplica, su poder me arde en las venas. Y por mucho que lo intente, no puedo huir de ella.

Escuché el leve suspiro de Seraphine, cargado de preocupación. La oí moverse, el roce de su túnica blanca contra la piedra fría.

—Cassandra la ha encontrado —dijo lentamente—. Sobrevivió a la batalla el otro día. Su madre es Naerya... y su padre, un tal Ithilion. Incluso creemos que tiene dos primos también por la zona.

—¿La misma Naerya que huyó de Nymurea?

Sentí cómo mi corazón latía una vez, con violencia, antes de volver a su ritmo caliente y constante. Claro que recordaba ese nombre. La hija bastarda de la reina inmortal. La mujer que había elegido la bondad y el amor antes que el poder. Y esa era la misma mujer que había sacado a la esposa de Feanor de esa vida de dolor y sufrimiento. ¡Qué curioso!

—Sí —confirmó Seraphine—. Parece ser que no fue ejecutada por las musas como se pensaba —vaciló un segundo, como si temiera sus propias palabras—. Loreley ha sobrevivido gracias a su magia; por lo que me han dicho, la dejaron clavada en un árbol. Esto es muy peligroso, Edgar —su voz no hacía más que alterarse.

Giré el rostro hacia ella, despacio, como un depredador cansado de escuchar el chillido de su presa antes de matarla.

—¿Peligroso? —tragué saliva y continué—. Peligroso es despertarme cada mañana sintiendo que la quiero y que la he perdido, sin ni siquiera saber quién es, ni lo que es. Ni qué me está pasando o haciendo.

Varyon empezó a reírse a carcajadas, como si llevase un rato aguantándose. El sonido rebotó por la sala de piedra, frío y hueco, como un cuervo batiendo las alas sobre un cadáver.

Y lo miré en silencio, dejando que riera. Esperé hasta que su risa se convirtiese en un jadeo contenido y sus ojos rojos se alzaron hacia los míos, brillando con ese veneno que siempre había habitado su alma.

—¿Tanto te divierte mi desgracia, hermano? —pregunté con suavidad.

—Siempre —respondió, limpiándose una lágrima de la comisura del ojo—. Edgar, príncipe heredero de los Yrios, perdió la

cabeza por una cría que ni sabe que existes. ¿No te parece poético, hermano?

Sentí cómo un calor dulce me subía por el pecho, hasta enroscarse en mi garganta. No era rabia. Era un placer tranquilo, casi misericordioso.

—Ten cuidado, Varyon —susurré levantándome y acercándome hasta que nuestros rostros casi se rozaron—. ¿Has terminado ya de hacer como que las noticias de Feanor te importan? ¿O de hacer como que mi miserable vida te importa?

Y con una especie de reverencia irónica, simplemente se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé a solas con mi hermana. Ella tendría que ser la segunda al mando. Era inteligente, calculadora y muy observadora. Podía ver las corrientes ocultas bajo la superficie, y hasta los susurros más profundos no se escondían ante ella. Me volví a sentar.

—No me mires así —le dije sin ni siquiera girarme hacia ella—. Sé lo que estás pensando.

—¿De verdad lo sabes? —Su voz era suave, un susurro cargado de esa compasión envenenada que siempre odié y necesité a partes iguales—. Porque yo creo que no.

Guardé silencio. La escuché caminar, la tela de su túnica arrastrándose por el suelo de piedra hasta que sentí su mano sobre mi hombro. Ligera. Precisa. Como la caricia de una serpiente.

—Esto no es amor, Edgar —dijo, con la calma de quien observa un incendio desde la seguridad de su torre de mármol—. Esto es magia inmortal, de las musas. Y ya sabemos que su madre era una de ellas. Te están manipulando; lo que hay que averiguar es el fin de todo esto, el porqué. Y arreglarlo.

Me reí, un sonido grave y roto que se perdió entre las sombras.

—Cada vez me importa menos si es amor o magia. Simplemente siento que es mía. Y juro por nuestro reino que lo será. Ella será mi reina.

Su mano se tensó un segundo sobre mi hombro antes de retirarse. Vi en sus ojos una chispa de miedo. Bajó la cabeza para darme un beso suave en la mejilla.

—Llegaré hasta el fondo del asunto, hermano. Te lo prometo. Ahora me toca cuidar a mí de ti.

Y con un pequeño gesto elegante y frío que la caracterizaba tanto a mi dulce hermana, esta se fue.

Mientras se alejaba, sentí la quemadura de mi magia despertar en las venas. Tenía que hacer todo lo posible por conocerla, por saber quién era ella. Me estaba volviendo tan loco que me empezaba a dar igual el precio.

CAPÍTULO 3:

SANGRE DE REINA INMORTAL

“Las musas recuerdan lo que otros olvidan:
el amor puede ser mentira, y la lealtad, un
espejismo.”

— Canto de Yssindra, Libro de las Musas



LA GUERRA DE LOS CIEN QUEBRADOS

Feanor

La bruma nocturna se aferraba al suelo mientras avanzábamos lentamente por el bosque que bordeaba la frontera ernórdica. A mi lado, Caranthir y Astrid caminaban en silencio, sus rostros endurecidos bajo la luz débil de la luna. Los guerreros que nos escoltaban estaban tensos, anticipando cualquier señal de amenaza.

El aire estaba cargado, como si la misma tierra respirara con dificultad. No era solo la humedad o el frío: había algo podrido bajo nuestros pies.

Nos detuvimos frente a una grieta profunda que surcaba el terreno, una herida en la tierra tan grande que parecía un abismo. Mi voz sonó grave:

—Es aquí. Las runas ya no están.

Astrid se agachó, tocando con cuidado las piedras que deberían estar talladas. Su dedo intentó trazar las líneas de un símbolo que ya no estaba.

—Hay rastros de sangre por este camino —dijo Caranthir, con un matiz de asombro y horror—. Debe de ser la sangre de la que los guerreros nos avisaron.

—Huele a sangre inmortal —murmuró Astrid, levantando la mano para mostrar unas manchas oscuras que casi se mezclaban con la tierra—. El rojo es profundo, casi negro, como si la vida misma se hubiera filtrado y corrompido bajo nuestros pies. Y estos símbolos no son los nuestros.

Di un paso más, observando el suelo roto. La energía era errática y corrupta. Donde antes había armonía rúnica, ahora solo quedaba un caos que palpitaba con odio antiguo. ¿Por qué tenía que estar pasando todo esto ahora? Maldita sea.

—Esta no es una simple ofensiva —les expliqué—. Es una profanación mágica. No termino de entender la relación que tienen las hadas de sangre y las musas inmortales; que yo recuerde, a lo largo de la historia nunca ha habido algún tipo de conexión entre ellas. Incluso territorialmente hablando están demasiado lejos. Pero todo esto significa que algo las está uniendo.

Sentí un escalofrío recorrer mi columna vertebral. La tierra, que debería ser nuestro sustento y escudo, estaba rota y contaminada. Nosotros somos el equilibrio, no podemos desaparecer.

—Nos han enviado un mensaje —dije, mirando a Caranthir y Astrid—. Quieren que sepamos que pueden derribar nuestras defensas cuando quieran. La cuestión es el porqué. Debilitar nuestra tierra también las debilita a ellas.

Apreté los dientes.

—Y si alguien dentro de mis muros está ayudando a esas hadas, juro por cada maldita estrella de nuestro estandarte que haré que su sangre sirva de tinta para escribir su traición sobre las paredes del trono.

El silencio se hizo denso; Caranthir tragó saliva, y Astrid asintió con un gesto brusco. Yo no retrocedí.

—Estamos perdiendo la guerra y no sé cómo cambiarla a nuestro favor. Pero si esta va a ser nuestra última jugada, no dejaré que nos dejen sin magia e indefensos.

Guardé silencio un instante, y luego me giré hacia ellos, con un plan ya formándose entre la furia y la urgencia.

—Es hora de que los que dicen ser nuestros aliados luchen con nosotros y por nosotros. Va a ser el nacimiento de mi futuro heredero. —Vi cómo Astrid me fulminaba con la mirada—. Todos estarán allí; que por una vez dejen de bailar y levanten la espada por su futuro rey.

Esa mirada de Astrid otra vez.

—Caranthir, encárgate de que tus hombres lo comuniquen. Envía emisarios al reino de Iryath, y a los nobles de Hrunar, Vargheim y Nyralon antes del amanecer. Y déjame pensar cómo enviar una carta a los reyes de Lunevaris. Presentaré a mi futuro heredero ante todos ellos. ¡Verán lo poderoso que va a ser, y se unirán a nuestra lucha!

—A la orden, mi rey —respondió Caranthir con firmeza, aunque su voz no ocultó del todo la sombra que lo había tocado esa noche. Seguramente llevaría sin dormir desde la fiesta dónde se presentó Nyra. Con una leve reverencia de cabeza subió a su caballo y se fue.

Uno a uno, la mayoría de los soldados se fueron tras él. Solo mis escoltas personales y Astrid permanecieron conmigo.

No hablé de inmediato. Solo seguía escuchando a la tierra, pensando cómo llevar esta situación y cómo ganar esta puñetera guerra. Demasiados sacrificios llevaba ya.

—He visto esto antes, por lo menos en historias, o cuentos —dijo Astrid al fin, la voz tensa—. Hace años, cuando las hadas del bosque dijeron que habían encontrado el camino directo a la Madre Tierra y lo intentaron usar en la guerra de los Cien Quebrados. También en aquel entonces usaban sangre; creo que sacrificaban gente de los cinco reinos para mezclarla. Ellas pensaban que se necesitaba sangre de cada una de las especies para abrirlo. Pero por lo que tengo entendido, no consiguieron llegar a nada. Puedo buscar información sobre ello.

Asentí lentamente. Yo también había oído esas historias. Hombres y mujeres poderosos de todos los reinos, sacrificados en la misma tierra, mezclando sus sangres como regalo a esta. El poder no hace más que corromper a cada hada, musa, elfo o humano; da igual de qué especie seas.

—Lo sé. Creo que su único fin es quedarse con todo el poder y la magia, pues ya apenas les debe de quedar. Y la manera más rápida es terminar primero con el único reino que da un poco de equilibrio a esta tierra.

Astrid no respondió de inmediato. Su mirada se dirigió a mí, fuerte y latente.

—El equilibrio siempre ha sido un espejismo —dijo al fin, con voz baja.

Me limité a quedarme en pie, con los dedos apretados sobre la empuñadura de mi espada. Tenía razón. Y esa verdad me dolía más que cualquier herida abierta.

—Ellos quieren el núcleo del poder. El origen de la magia. Ser los únicos que sobrevivan a este mundo. En la guerra, las hadas creían que, derramando la suficiente sangre en la red mágica de los cinco reinos, la Madre Tierra les hablaría, pero lo único que hicieron fue desnutrirla. Y cuando creyeron encontrar el portal a su núcleo casi se destruyen las unas con las otras.

Entonces un silencio espeso se instaló entre nosotros. Astrid murmuró:

—¿Y tú crees que Loreley forma parte de ese núcleo?

—No lo sé —admití, con más honestidad de la que me gustaba permitirme—. Pero tiene que estar relacionada. Necesito ver cuál es su auténtico poder, me da igual si tiene que explotar para ello. Y parece que Caranthir se ha enamorado de ella; ya no me sirve para esto. Pensé que el Gran General sería más fuerte.

Me pasé una mano por la frente, el cansancio calando hondo. La noche no nos daba tregua.

—Ocúpate tú de él —añadí—. Me da igual lo que tengas que hacer. Pero tenle controlado. No puedo darme el lujo de perderlo. Mucho menos ahora. Estamos al borde de la destrucción.

La miré discretamente.

—Mañana a primera hora necesito que traigas todos los informes sobre los símbolos. Los antiguos. También sobre la guerra de los Cien Quebrados. Y necesito todas las historias y los mitos sobre el núcleo de la Madre Tierra. Sea cierto o no, necesito saber qué quieren. No voy a dejar que mi reino muera.

—Entendido. ¿Nada más? —Dio un paso lento hacia mí. No me quitaba los ojos de encima.

—No juegues conmigo, Astrid. —Mi voz era casi atroz, la de un animal.

Ella sonrió, muy apenas.

—¿Quién dices que es el que está jugando?

La distancia entre nosotros era una línea delgada, tensa como una cuerda de guerra a punto de romperse. Los soldados que teníamos alrededor ni pestañeaban. Mis dedos la alcanzaron antes de que pudiera pensarlo dos veces; la tomé por la nuca y la atraje hacia mí con una determinación que no dejaba lugar a malentendidos. Nuestros rostros quedaron a un suspiro de distancia.

—Me cansas cuando me provocas —gruñí, y no como una queja, sino como una amenaza disfrazada de deseo.

—Y tú cuando finges que puedes resistirte —replicó ella, sin apartarse ni un centímetro.

No hubo ni un ápice de ternura. Yo no sentía nada por ella. La besé con la misma furia con la que lidero una emboscada: rápido, brutal y sin pedir permiso. Astrid respondió con la misma intensidad. Ni siquiera esperé a que ella disfrutara. Esto no era para complacerla. Era una toma de terreno. Me aseguré de que lo entendiera en cada movimiento y embestida, en cada roce deliberado, marcado más por la necesidad de imponerme que por el deseo real. Yo era el rey, y todo lo que quería podía ser mío.

Astrid no se quejó. Nunca lo hacía. No porque no pudiera, sino porque le gustaba esa guerra silenciosa que jugábamos. Le gustaba probar mis límites, y yo los suyos.

Cuando acabé, me aparté sin ternura. Cerré el cinturón de los pantalones y me alcé sin mirarla.

—No confundas utilidad con importancia —le dije, mientras recuperaba mi abrigo del suelo—. Katrina me sigue importando más

que tú.

Astrid se acomodó la ropa con calma. Sus ojos brillaban, no por afecto, sino por la misma fiebre con la que un general planea su siguiente asalto.

—Pero Katrina no es la que te ve cada noche.

La fulminé con la mirada y me acerqué a ella hasta que nuestros rostros volvieron a estar a la par. No lo pensé mucho. La mano me subió sola, más por instinto que por rabia, y la bofetada sonó seca.

El golpe la dejó helada; el rubor subió a sus mejillas, pero no por el dolor, sino porque sabía que había cruzado la línea.

Astrid se quedó inmóvil un par de segundos, con la boca entreabierta. Pero se aliso las mangas de su abrigo y recolocó la armadura, como si nada hubiese pasado.

Me monté en el caballo y miré una última vez a Astrid, ella volvió la vista al suelo, así que sin decirnos nada más, regresamos.



ENTRE SUSURROS Y SOMBRAS

Eledhween

Si juegas bien tus cartas y prestas atención, oirás que no solo es la gente quien habla. A mí, por ejemplo, el palacio me susurraba horrores: los pasos perdidos, las palabras ahogadas detrás de puertas selladas, el eco de decisiones que aún no han sido pronunciadas...

Me deslicé por los pasillos como un espectro más entre otros muchos. Mis oídos puestos en las grietas. Mi magia extendida como una telaraña vieja, absorbiendo mentiras y verdades.

Astrid, Élic, Varyon, Maelis... necesitaba escuchar algo más que no fuesen solo nombres.

En uno de esos paseos que tanto me gustaba dar por el palacio, me encontré de frente a Loreley. Estaba postrada como un animal acorralado ante la puerta de la sala de guerra, con los ojos

encendidos como brasas húmedas. Podía notar, sin alzar la magia, cómo su alma estaba descompuesta, con la voluntad a punto de estallar.

—¿Dónde está Katrina? —escupió, sin molestarse en saludar. Su voz era como el filo. Rabia viva.

—No importa dónde esté ella —le respondí—. Tú no necesitas a nadie para conseguir lo que quieres saber.

—¿Qué demonios dices? ¡Estoy harta! ¡Todos estáis callados, pero todos lo sabéis! Dime algo, Eledhween, lo que sea. ¡Tú me curaste y trajiste de vuelta! ¿Por qué?

Me acerqué despacio, como si me moviera entre cristales rotos.

—Tú eres la única que te niegas a ti misma —repetí—. No es que no lo sepas, es que no quieres saberlo.

Ella abrió la boca, pero no encontró palabras. Solo temblaba. La ira y el miedo le arañaban la garganta y hacían que sus poderes estuviesen revueltos en sus dedos.

—¿Quieres respuestas? Pues aduéñate de ellas. —Levanté una mano, sin tocarla, y las luces del pasillo parpadearon con un latido ajeno—. Tu madre era una de las musas más poderosas que había en esta tierra. Tu sangre no es muda. ¡Busca la respuesta! ¡Búscala en mí! ¡Búscala en todos los enemigos y amigos que te encuentres! Y úsalo.

—¿Qué? ¿Mi madre qué? ¿Y cómo se supone que...? —empezó a decir, pero su voz se apagó con un crujido. Era más llanto que rabia ahora mismo.

—Tu madre es Naerys de Nymurea. Y tú eres la heredera al trono de la reina inmortal, de la reina de las musas Yssindra. Haz lo que hiciste cuando ardió tu casa. Cuando gritaste sin voz y el mundo tembló contigo.

Ella me miró con los ojos enrojecidos. Me bastó esa mirada para saber que lo recordaba todo, que simplemente lo había enterrado en un agujero profundo, como se entierran los cadáveres familiares.

—¿Quieres la verdad? —dije, y esta vez sí la toqué, con dos dedos en la sien, con cuidado, como si encendiera una mecha—.

Entra. Entra en mi mente y mírate con mis ojos. —La golpeé dos veces con los dedos en la frente—. Verás todo lo que quieres saber. Encontrarás todo lo que vi en tu interior cuando te curé.

Su respiración se cortó por un momento, sus pupilas se volvieron lilas y yo la sentí. El impacto fue lo primero que noté: su fuego, su frío, su ira... Como un torrente, como una fisura abierta en mi cráneo. Loreley se tambaleó al dar el primer paso, como si la gravedad misma fuera distinta en aquel espacio. Ella no sabía lo que buscaba. Solo sabía que no podía seguir sin conocerlo.

Y allí dentro, en mi mente, ese lugar hundido donde guardo todo lo que otros no se atreven a ver, ella lo hizo. Y yo la guíé. Le enseñé la batalla con las hadas, a mi poderosa Katrina, le enseñé cómo Caranthir la trajo prácticamente muerta, como un cadáver que apenas tenía pulso y, por último, le enseñé todo lo que vi a través de ella.

Sus ojos empezaron a desgarrarse desde dentro. Eran como un pozo sin fondo, atravesando el tiempo y el espacio, observando desde la eternidad. Noté cómo su pulso se aceleraba demasiado y el temblor en su mente mientras absorbía el peso de esa revelación.

Yssindra no era solo una leyenda, un mito, una rara historia que escuchaba de pequeña; era la raíz oscura de su linaje, la fuerza que la moldeó. Y entonces ella gritó. No con voz, sino con el alma. Un grito que rasgó la calma de mi mente y me hizo apretar los dientes para evitar el dolor. Su dolor.

Se apartó, aturdida, intentando recuperar el aire que su cuerpo no podía tomar. Yo solo susurré:

—Ahora ya sabes lo que eres, o mejor dicho, quién eres, Loreley. Ojalá estés de nuestro lado, como Katrina y yo siempre vamos a estar del tuyo.

Pero había estado tan concentrada en Loreley, y en guiarla por mi mente sin perderla, que no me había dado cuenta de que Feanor nos había estado observando. La puerta se terminó de abrir con violencia. Su furia era tan palpable que parecía incendiar la misma sala.

—¿Te crees libre, Eledhween? —Su voz cortó el silencio como una espada.

Me giré lentamente, con la calma que precede a la tormenta, sin mostrar ni un ápice de miedo ni duda, no hacia él.

—¿Libre? —respondí, dejando que la palabra cayera como un desafío—. Que tuvieses algo que ver con mi rescate no significa que ahora tenga que ser tu sirvienta. Yo no te debo nada. Lo he dado todo por este reino y lo sabes.

Feanor avanzó con pasos firmes; la tensión en su mandíbula era casi tangible.

—¿Te crees que esto es un juego?, ¿que podemos permitirnos las dudas cuando el enemigo ya camina entre nosotros?

Miré a Loreley, llena de furia, tambaleándose en el sitio, tratando de asimilar la verdad que le había entregado.

—Ella tenía que saberlo —susurré—. Y aunque no fuera el caso, ya es demasiado tarde.

Intenté darme la vuelta e irme. Pero Feanor me sostuvo de la muñeca tan fuerte que me fue imposible soltarme. Sus ojos ardían llenos de furia y desesperación. Su voz, baja y cortante, rasgó el aire:

—No puedes ir por libre, Eledhween. Eres una traidora en tu reino, ¿acaso lo eres también en este?

Lo miré fijamente, con el frío que solo tienen los que han visto demasiado.

—¿Y qué quieres, Feanor? Si nos pones a todos en tu contra, no te quedará nadie a quien reinar. —Sacudí el brazo más fuerte para que me soltara.

Loreley se apoyó contra la pared.

—Estoy aquí. Por una vez podríais hablar como si existiese.

—Tú no te metas. Si estás aquí es para lo que me puedas servir en esta guerra —le escupió Feanor—. Te recuerdo que estás viva gracias a mis hombres, y que estás viviendo bajo mi techo gracias a Katrina.

Sentí cómo el aire en la sala se partía, como si algo sagrado se hubiera quebrado. Loreley se irguió, pálida pero firme.

—¿Servirme? —repitió, como si saboreara el veneno en cada palabra—. ¿Eso soy para ti? ¿Una herramienta, una cosa que se usa para luego tirarla?

Feanor no retrocedió. Ni siquiera parpadeó.

—No eres más que una pieza, Loreley. No te pienses que eres algo más importante que eso.

—¡Basta! —Mi voz se alzó, tan seca como una hoja de otoño antes de quebrarse—. ¡Loreley no es tuya ni de nadie! Y sin ella nunca ganaremos esta guerra. Y ni tú ni yo podemos controlarla.

Vi cómo la magia palpitaba en su pecho. Cómo sus ojos se volvían completamente lilas de nuevo. Loreley tembló, pero no de miedo. Sus emociones se volvían materia, sus pensamientos vibraban. Y entonces lo hizo: rompió el velo y se deslizó dentro de la mente de Feanor mientras a este parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas.

Fue como si todo el aire de la sala se drenara en un instante, como si el universo contuviera el aliento. Y yo solo pude mirarla fijamente mientras volvía a romperse.

Feanor se tensó. Su mandíbula se endureció como si de piedra antigua se tratase.

—¿Te atreves a entrar en mi mente, Loreley? ¡Adelante! —espetó, con una sonrisa torcida, casi como un desafío—. Pero míralo bien todo. Mira cómo tu querida amiga Katrina lo sabía todo desde un principio y no fue capaz de ayudarte en nada. ¡Mira cómo ella conocía a tu madre, a tu abuela, y nunca fue capaz de decirnos nada! Mira cómo tu querido galán solo obedecía mis órdenes, solo se encariñó de ti porque yo se lo pedí. Míralo todo, Loreley, y date cuenta de todas las mentiras que han florecido a tu alrededor. —Paró para humedecerse los labios—. Yo, por lo menos, voy con la verdad de cara.

Loreley se estremeció. Su pecho subía y bajaba de forma irregular. Pero no retrocedía.

—La sangre que corre por tus venas es peligrosa —continuó él, su voz era un filo de obsidiana—. ¿Qué crees que iba a hacer cuando me enterase? ¿Dejar que una criatura como tú se moviera sin cadenas? ¿Sin vigilancia? ¡Te puse a un perro faldero para que te siguiera! Y eso hizo.

Levanté la mano, como si pudiera cortar el aire entre ellos, pero era inútil. Feanor no hablaba para justificarse, lo hacía para

herirla, para hundirla antes de que ella pudiera romperlo todo.

—Pensé que con Caranthir sería más fácil tenerte dominada. Tú solo eras su orden, Loreley. La pena es que no te enamorasas de él lo suficiente.

Loreley se quedó quieta. Ni siquiera parpadeaba. Lo vi en sus ojos: el momento exacto en el que algo dentro de ella se quebró con un sonido mudo, pero irrevocable. No era la rabia lo que se encendía en ella, era algo más profundo. Una herida vieja abriéndose como una flor maldita.

Pero en vez de ponerse como una furia, en vez de reventar todo a su paso, Loreley se dio la vuelta y se marchó. Sin una palabra. Sin la explosión que todos esperábamos, que Feanor quería y estaba provocando.

Este se quedó rígido. Él quería que perdiera el control para tener una excusa. Un motivo más para encerrarla. Pero Loreley lo supo y no le dio esa satisfacción. Por un momento me quedé fascinada por esa pequeña muchacha.

—Has cometido un error —le dije a Feanor, con la voz tan baja como pude.

Él no respondió. Solo se acercó más a mí.

—¿Tú vas a darme lecciones a mí, Eledhween? —escupió—. Solo espero que no le hayas contado más de la cuenta a tu querido prometido o a tu querida Cassandra. ¿O creías que no me iba a enterar?

Mi cuerpo no se movió, pero sí se tensó. Feanor siempre sabía dónde clavar las palabras.

—No hables de cosas que no entiendes, Feanor. Yo, por lo menos, no engaño a nadie corriéndome en cada esquina con el personal. ¡Eres el rey, Feanor, y Katrina es tu reina y la madre de tu hijo! ¡Compórtate como tal o todos la elegiremos a ella!

Y con esas palabras, me giré, dejándolo allí, rodeado de las ruinas invisibles de su vieja autoridad. Tenía que buscar a Katrina y ver cómo podíamos arreglar todo esto.



LA TORMENTA DESPUÉS DEL SILENCIO

Loreley

A veces, el silencio duele más que la propia verdad.

Este pensamiento cruzó mi mente mientras observaba la grieta en la copa de cristal que sostenía entre los dedos. Era apenas una línea delgada, imperceptible si no se la miraba de cerca. Como yo. Como la mentira que habían construido los que decían ser mis amigos a mi alrededor.

La habitación de Caranthir olía a madera quemada, acero limpio y a algo más oscuro, más antiguo... como el rastro de una batalla contenida. Las paredes de piedra estaban cubiertas por tapices de escenas bélicas, desgastados por los años, pero aún imponentes. En una esquina descansaba una de sus armaduras, perfectamente alineada junto a tres largas espadas, dos hachas, seis

dagas y una capa negra que olía a noche y viento. Todo estaba en su sitio, como si él mismo no supiera vivir de otro modo que no fuera en alerta y en guerra.

Yo, en cambio, era el desorden en medio de su orden. Una intrusa. Una herida abierta.

Esperaba su regreso con la copa aún entre los dedos, deseando romperla de una vez por todas, como si ese gesto bastara para liberar el dolor que se me había enquistado en el pecho. No sabía si llorar, gritar o atacarlo en cuanto cruzara la puerta. Sentía ira, sí, pero era un miedo aún más hondo el que me consumía. Un temor tan frío que me hacía temblar incluso bajo la piel.

Todavía resonaban en mi cabeza las palabras de Feanor: “Tú solo eras su orden”, “¡Te puse a un perro faldero para que te siguiese! Y eso hizo.”

¿Cómo se puede ser tan cruel? ¡Ocho meses! Ocho malditos meses mintiéndome, curándome con palabras que ahora solo me sonaban a farsante. Ocho meses haciéndome creer que le importaba, que me quería. Que estaba a mi lado porque lo deseaba, no porque alguien se lo hubiese ordenado como a un perro. Bastardo traidor.

“Tú solo eras su orden.” “Tú solo eras su orden.” “Tú solo eras su orden.”

El cristal crujió entre mis dedos y apenas lo solté antes de cortarme con la copa, ahora ya rota en mil pedazos. Me incorporé de golpe, tambaleándome por la borrachera y la rabia. Caminé hasta el centro de la habitación y esperé, como si fuese yo su sentencia.

$$\begin{array}{ccccccc} \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \\ \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \end{array} \star \begin{array}{ccccccc} \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \\ \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \end{array} \star \begin{array}{ccccccc} \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \\ \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \end{array} \star \begin{array}{ccccccc} \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \\ \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \end{array} \star \begin{array}{ccccccc} \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \\ \times & \times & \times & \times & \times & \times & \times \end{array}$$

Cuando escuché el sonido de sus botas acercándose por el pasillo, el pulso se me desbocó. Quería gritarle antes de que cruzara la puerta. Quería desgarrarle el pecho y preguntarle si también le ordenaron que me mirara así. Si le pagaban por cada vez que me hizo sentir segura y querida. Si realmente era su papel o de verdad era mi amigo.

El pomo giró. Y yo ya no era una flor herida. Sentía las espinas salir de mi piel y el fuego estaba quemándome por las entrañas.

Caranthir entró como siempre. Con paso firme, con la sombra de la noche aún pegada a los hombros. Se detuvo al verme en el centro de la habitación, de pie, la copa rota a mis pies, los ojos encendidos y rojos.

Durante un segundo, no dijo nada. Solo me miró. Y esa mirada... maldita sea, ¿por qué todavía parecía que me miraba con amor? Me partía por dentro.

—Loreley... —dijo mi nombre con la misma voz que me había calmado tantas veces. Ahora yo solo la sentí como una daga afilada.

—¿Qué? —escupí, dando un paso hacia él—. ¿Qué vas a decir ahora? ¿Otra mentira? ¿Te han dado otra orden o qué?

Él frunció el ceño, como si al principio no comprendiera de qué hablaba, pero lo vi en sus ojos. Lo sabía. Y no intentó negarlo.

—Feanor te lo ha dicho —murmuró, como si eso lo explicara todo.

—¡Claro que me lo ha dicho! —le grité, mi voz temblando de rabia—. ¡Ocho meses sin que nadie me dijese nada! ¡Ocho meses con mentiras! No me lo ha contado, ise lo he exigido!

Él apretó los labios. Dio un paso hacia mí, como si se acercara a una bestia herida.

—Para mí no eras una orden. Tú lo sabes.

—¿No era una orden? —Mi voz se quebró, casi irónica, pero la rabia seguía viva, el poder fluía por mis venas a su suerte—. Entonces, ¿qué era? ¿Tuya? ¿Tu elección? ¿O solo un juego para ti? ¿Ocho meses de conquista? ¿Tú también quieres casarme y usarme?

Caranthir bajó la mirada, con el ceño aún fruncido, y por un momento el orgullo pareció quebrarse bajo el peso de la culpa.

—No fue un juego —dijo con voz áspera—. Sí, fue una orden, pero también... tú lo cambiaste todo. No esperaba sentir esto. No así. Yo nunca te haría daño.

Sentí cómo ese calor dentro de mí se volvía a congelar. Su mente se abría hacia mí como había pasado con la de Feanor hacía solo un momento. Todo se transformó en un torbellino de confusión

y de dolor. Porque en el fondo le creía, en el fondo era mi amigo. Y no podía entrar en su intimidad e invadirla de esta manera, por muy enfadada que estuviese con él. Descarté esa opción en menos de un par de segundos.

Se acercó lentamente, con una mano extendida, casi suplicándome.

—Loreley, no sé cómo arreglar esto, pero te juro que lo que siento ahora es real. No puedo perderte.

Mi pecho ardía, y la ira y el miedo se mezclaban en una tormenta que apenas podía controlar.

—Caranthir. —Me digné a mirarle sin resentimiento por una sola vez—. Estoy rota, me siento rota.

Él bajó la mano lentamente, resignado.

—Lo sé —respondió en voz baja—. Y no te pido perdón porque sé que no es suficiente. Solo quiero que entiendas que nunca fue mi intención herirte. Solo quería protegerte, casi de ti misma. No sabemos cuál es tu poder, ni lo que puede hacerte.

Un nudo se formó en mi garganta. Quería gritar, quererlo, odiarlo, abrazarlo, destruirlo... todo a la vez.

Caranthir se acercó un poco más, con los ojos brillando de una mezcla de desesperación y ternura. Sin pensarlo más, tomó mi rostro entre sus manos y me besó con una urgencia que no dejaba lugar a dudas: quería que entendiera y que sintiera la verdad de lo que llevaba dentro, más allá de las palabras y las órdenes. Fue un beso lleno de tormenta, de confusión y de verdad, que me desarmó y al mismo tiempo me golpeó como un vendaval.

El tiempo pareció quebrarse mientras nuestros labios se unían; no existía pasado ni futuro, solo el instante ardiente de su boca sobre la mía. El temblor de sus dedos en mis mejillas me revelaba tanto como el beso mismo: un miedo y un deseo entrelazados que no podía fingir.

Quedamos atrapados en silencio, como dos figuras inmóviles en un cuadro oscuro, con el peso de las palabras no dichas entre nosotros. El aire estaba cargado, como si cada respiración pudiera romper el frágil equilibrio que habíamos creado.

Me separé un poco para poder mirarle a los ojos. Sus pupilas dilatadas eran un océano en tormenta, y en ellas encontré la misma necesidad que me consumía. Quería volver a sentir sus labios, quería perderme con él y no pensar en nada más, dejar que todo mi alrededor se desvaneciera, hacer lo que llevaba evitando meses sin realmente saber por qué.

Pero la rabia y el dolor volvieron a invadirme. No podía quedarme ahí, con él. Finalmente, di un paso atrás, apartando la mirada.

—No sé si podré volver a confiar —susurré, con la voz quebrada—, pero tampoco quiero seguir aquí, como una presa.

Caranthir no dijo nada. Solo observó cómo me alejaba, consciente de que posiblemente nunca volviésemos a ser nada.



EL JURAMENTO DE LAS MAREAS

Thalion

A pesar de los años que llevaba en ese lugar, seguía sintiendo cómo la humedad me calaba los huesos. El Santuario de Thal Ao era uno de los lugares más sagrados de nuestro pueblo, pero también uno de los más fríos. Aquel día, sin embargo, la baja temperatura venía de otra parte. Tal vez de sus miradas sobre mí por no haber traído a mi antigua prometida conmigo como me habían encomendado, de nuevo. De no ser capaz de forzarla a ello, porque solo yo sabía la verdad que había entre nosotros y de todo lo que había pasado realmente. Era completamente agotador.

El rey Thalendir, mi padre, estaba en su trono de piedra líquida, la espalda recta, los ojos agrietados como el hielo viejo. A su lado, la reina Nimriel mantenía las manos entrelazadas sobre el

regazo, con esa calma que siempre escondía un huracán. Delante de ellos, yo, su único heredero varón vivo.

—¿Entonces es cierto? —preguntó Thalendir, sin rodeos—. ¿Las runas ernórdicas han sido quebradas desde dentro?

Asentí.

—No solo rotas. Han sido deshiladas con sangre de musa, desde el corazón del tejido. Usaron sangre inmortal.

El murmullo del consejo de mis padres se convirtió en un eco de inquietudes y preguntas.

—¿Lo notas, Thalion? —espetó el anciano Morlind, uno de los más viejos del Consejo de las Mareas—. Nuestras aguas solo ven el desequilibrio de la Madre Tierra; se está rompiendo desde dentro.

Mi garganta se secó. El murmullo no era solo miedo. Era desconfianza. Y no solo hacia lo que yo les estaba contando, sino hacia la mensajera yria que había venido conmigo.

—Lo noto, sí —respondí al fin, con voz grave—. El río se retrae. La sal sabe a hierro. Y los cetros menores están inquietos. Los corales ya no cantan. Y los peces ya no responden a nuestras llamadas. Algo se está desgarrando desde el interior de la tierra, lo sé.

El silencio que siguió fue todavía más espeso que el agua de nuestros océanos.

Mi madre desvió la mirada hacia la superficie del trono, donde la piedra líquida temblaba con ligeras ondas. Su tono fue bajo, pero cada palabra se aferraba al aire como raíces.

—La balanza ya no existe. La naturaleza se ha elevado sin que el agua lo enfrente. Si no respondemos ahora, cuando queramos hacerlo, será demasiado tarde para nuestra especie.

—Y es por eso por lo que estoy aquí, mi señora. —La voz de Seraphine retumbó por toda la sala. El santuario Thal Ao se tensó como la superficie de un lago antes de la tormenta.

Seraphine empezó a avanzar hacia mis padres con el porte que tenían todos los guerreros yrios. Llevaba la melena larga, negra y suelta. Demasiados mechones rojos se ondeaban por su cabellera. ¿Era esa la señal de que había terminado de desarrollar ya su poder? Llevaba los emblemas de Yriath bordados en los hombros, y su capa

húmeda aún chorreaba lentamente sobre el mármol nacarado. Las ondas de la piedra líquida parecieron detenerse a su paso, como si reconocieran a una igual.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó mi padre, sin moverse un centímetro, pero con la voz ya endurecida.

—No vengo enviada por ninguno de mis hermanos, si es lo que piensas. Edgar y Varyon están muy concentrados enviando tropas para ayudar a su querido Feanor. Yo he venido a pedir vuestro apoyo en esta guerra, personalmente.

Mi padre entrecerró los ojos, sin bajar del trono. Su postura era la misma con la que recibía a embajadores incómodos: erguida, inflexible, sin un solo resquicio.

—¿Y por qué habría de ayudar yo con mis corrientes del mar solo porque los reinos de piedra y fuego han decidido levantar sus estandartes? Yriath ha estado siglos sin querer saber nada de nosotros. ¡Sin apoyarnos en nuestras batallas! Dime, ¿quién de tus hermanos fue el que nos ayudó cuando nuestro heredero fue asesinado y los nobles casi usurpan nuestro poder?

—Y por eso mismo estoy aquí —replicó Seraphine sin titubear—. Porque mis hermanos actúan por impulso. Edgar cree que puede comprar la paz con espadas. Y Varyon... —Hizo una pausa, la sombra de una mueca cruzándole el rostro—. Él sigue creyendo que la guerra le hará rey. La batalla se avecina, y quiero que os pongáis de nuestro lado en el bando de la Madre Tierra.

La reina Nimriel inclinó apenas la cabeza, midiendo las palabras de la princesa yria.

—¿Hablas en nombre de Yriath entonces, o solo en el tuyo? Pues te recuerdo que eres solo una princesa.

Seraphine alzó el mentón.

—Hablo en nombre de mi casa. Hablo en nombre de mis padres y mis hermanos. Hablo en nombre de mi querida Madre Tierra, a la que entre las hadas de montaña y las musas inmortales están quebrantando y desgastando. —Miró fijamente a mi madre, dejándola ver las llamas que aparecían y desaparecían de sus pupilas—. Hablo como alguien que lleva mucho tiempo observando las guerras sentada. La tierra tiembla con cada nueva batalla, con

cada muerte. Y todos sabemos que, si las hadas de montaña consiguen abrir el agujero, no quedará poder para nosotros. Es más, dudo que podamos seguir respirando.

Mi madre y yo nos cruzamos una mirada fugaz. Sabíamos que era cierto. El mar llevaba semanas mudo, apagado, como si respirara contenido, más despacio.

—¿Y qué propones, Seraphine de Yriath? —pregunté finalmente—. ¿Una alianza secreta entre Lunevaris y el reino de Yriath?

Seraphine me sostuvo la mirada con la misma intensidad con la que había entrado.

—Propongo una alianza sincera. No con Edgar, ni con Feanor. Sino conmigo. Tengo la ubicación exacta, y creo que no necesito decirlos de qué estamos hablando. —Sus labios se torcieron levemente hacia arriba.

Se volvió hacia el trono.

—Y a cambio, pido una cosa. Una sola.

Mi padre no respondió. Solo alzó una ceja.

—Loreley es la marca viva de que podemos ser un mundo mestizo, de que nuestros reinos no tienen que estar siempre enfrentados. Ayudadme cuando ella decida desatar su propia guerra.

Mi padre se inclinó, muy levemente. Su expresión no cambió, pero la temperatura de la sala bajó un grado.

—¿Guerra, dices? —repitió él con un hilo de incredulidad gélido—. ¿La hija mestiza de la musa quiere iniciar una guerra?

Seraphine no vaciló.

—No todavía. No por venganza. No por poder. Sino por el equilibrio. Cuando despierte del todo, nosotros la apoyaremos. —Su sonrisa cada vez era más amplia, y en sus ojos brillaba un fuego que no coincidía con sus palabras.

Sentí que algo se quebraba muy dentro. Un presagio. Una grieta en la calma. Por un momento pude ver que escondía algo, que esa no era la verdadera razón de Seraphine.

Mi madre habló por fin, como una ola que rompe en la orilla sin aviso:

—Si decidimos apoyarte, Seraphine de Yriath, ¿nos estás pidiendo que ayudemos a Loreley a convertirse en lo que todo el mundo teme?

—No —dijo Seraphine, serena, clavando la mirada en ella—. Os estoy pidiendo que la ayudéis a convertirse en lo que el mundo necesita. —Hizo una pequeña pausa mientras tragaba saliva, como si pesara cada palabra—. La guerra ha llegado, todos lo sabemos, y juntos terminaremos con las disputas que llevan años acechándonos. Hay que erradicar el problema de raíz, y solo podremos hacerlo con ella de nuestro lado.

El eco de sus palabras se extendió por la sala como el humo denso, llenando cada rincón del santuario. Nadie se atrevió a hablar, y en ese silencio comprendí que la verdadera pregunta no era si la apoyaríamos, pues yo veía en la cara de mis padres que así sería. Sino que la verdadera pregunta era si estábamos haciendo lo correcto y si realmente estábamos preparados para todo esto.

No podía volver a defraudar a mi pueblo, y la magia era demasiado escasa para desgastarla en batallas erróneas. Y, sin embargo, al mirar a Seraphine hacer una pequeña reverencia e irse, con esa sonrisa que no terminaba de ser completamente humana, con esa convicción férrea que quemaba en su voz, temí que la decisión de traerla no había sido una buena idea. Esa pequeña muchacha no era para nada tan tierna e inocente como lo fue hace unos años, cuando la veía jugar junto a Kala y a Thalia en los grandes acontecimientos.

Ojalá tener a Eledhween aquí conmigo; ella sabría lo correcto, pues lo llevaba en el instinto.



EN MIS SUEÑOS

Edgar

La niebla era más densa que nunca, pero esta vez no se sentía hostil. No tenía ese peso ominoso que me había aplastado otras veces. Esta neblina, en cambio, palpitaba, como si pudiese respirar conmigo.

Di un paso, y luego otro, buscándola. La oscuridad me envolvía y apenas podía ver más allá de mis pies.

Caminé entre sombras que apenas parecían humanas. Yo luchaba con lo único que me quedaba: una daga ardiente en mi mano izquierda.

La sangre me cubría, las heridas me quemaban, pero no podía detenerme. No podía permitirme caer. Cada vez que mis piernas cedían, me levantaba con la fuerza que me quedaba. No

había espacio para el descanso en esta batalla sin fin. Tenía que ganar más tiempo.

Esa elfa de agua sanadora había caído; estaba pálida, diría incluso que muerta, en los brazos del general de Feanor. Katrina estaba tendida en el suelo, su magia todavía palpitaba en más de la mitad del campo de batalla. Todo estaba lleno de cuerpos y heridos, de fuego y destrucción.

Entonces, entre el humo y las llamas, la vi. Sus ojos se cruzaron con los míos y, aunque estábamos separados por este infierno, sentí que esta vez me veía de verdad. Sentía que me llamaba.

Extendí la mano derecha hacia ella, y no fue un gesto vacío. Sentí su piel, su presencia. Ya ni siquiera parecía un sueño.

Con la voz quebrada, le susurré con todo lo que me quedaba:

—No me dejes. —Ni siquiera sé por qué solo pude decir eso; era lo único que salía de mi garganta.

—Sé quién soy —me dijo con lágrimas en los ojos, como si no estuviésemos en mitad de la batalla—. Pero todavía no entiendo qué tienes tú que ver con todo esto.

Su voz temblaba, pero de poder, de fuerza. Y algo en mí respondió.

—Porque yo también estoy atrapado —le dije, apenas sin voz—. Porque tu destino arrastra el mío. Y porque espero, que estemos destinados a estar juntos, pues no me imagino un futuro en el que tú no estés a mi lado.

Pero el suelo tembló. Literalmente. Las ruinas alrededor de nuestros cuerpos comenzaron a crujir. El fuego no solo ardía; avanzaba. Como si tuviera conciencia. Y nos quisiera separar.

—¡Corre! —le grité, pero ella no se movió ni un solo centímetro. Solo me miraba. Y yo me di cuenta de que no tenía intención de huir.

—¡No! —gritó ella—. Esto es solo un sueño, pero no sé quién lo controla. ¡Alguien nos está espiando! ¡Juega con nuestras mentes!

Y en ese instante, las sombras se alzaron.

Figuras negras con las caras de mis amigos, deformes, con ojos brillantes como carbones encendidos. Ni siquiera caminaban; se

arrastraban por el aire. Sus cuerpos, hechos de humo sólido, rodeaban a Loreley. Algunas caras, como la de Astrid o la de Elric, podía hasta reconocerlas. No me dejaban llegar hasta ella. Apenas podía oírla.

Grité. No sé por qué, pero grité con toda la rabia que tenía dentro. Y sin pensarlo dos veces, me lancé sobre ellas.

La daga brillaba como si respondiera a algo dentro de mí. Y ardí cortando toda esa oscuridad. Desapareciendo entre las llamas y volviendo a aparecer. Todo para llegar hasta ella, todo para no perderla.

Corto. Salto. Ataco. Mato. Si es que esas cosas pueden morir. La sangre que saltaba no era roja; era de color negro y tenía una espesura casi viscosa. Pero cuando caía sobre mi piel, esta me ardía, como si fuera ácido.

Loreley también peleaba. De alguna forma, sentía cómo su mirada los destrozaba por dentro. Gritaban sin boca. Se retorcían como humo vivo, pero no se detenían. Y cada vez venían más. Cientos. Miles. No había final. Más caras, más cuerpos, más muertes.

—¡Despierta! —le grité—. ¡Despiértanos a los dos!

—¡Aún no! —me respondió—. ¡Necesito saber quién lo hace! ¡Sé que está observándonos!

Las sombras se congelaron en el aire, como si alguien hubiera parado el mundo con sus manos. Mis llamas parpadearon, mi daga desapareció. Todo se volvió muy confuso. Loreley cayó de rodillas, llevándose las manos a la cabeza.

—¡Está aquí! —gritó—. ¡Está en mi cabeza!

Yo también lo sentía. Una presencia que lo atravesaba todo, como si fuésemos simples piezas en su tablero. Una carcajada se extendió por el cielo, retumbando en las ruinas, haciendo que las torres rotas vibrasen como si estuvieran vivas. No tenía boca, pero sí reía. No tenía cuerpo, pero nos podía tocar.

Loreley gritó de la manera más feroz que había oído nunca. Y el mundo se rompió a mi alrededor.

✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕

Desperté en el suelo de mi habitación, encima de una de las alfombras de oso pardo que yo mismo había encargado hacer. Estaba empapado en mi propio sudor, respirando y temblando como si hubiese estado meses luchando en batalla. Loreley ya no estaba conmigo, pero, a pesar de ello, podía sentir que ella también había despertado.

Me di cuenta de que mi hermano estaba en el otro lado de la habitación. Sentado e inmóvil, observándome con una expresión que no le había visto nunca. Se podría decir que había un pequeño tono de preocupación en su mirada.

—Seraphine me dijo que te vigilara.

Su voz era plana, pero había algo detrás de esta. Lo suficiente para que me incorporara con rapidez, aunque el cuerpo me siguiese temblando.

—¿Desde cuándo haces lo que ella te pide? —le espeté, sin poder evitarlo.

Mi hermano no respondió de inmediato. Se levantó y cruzó los brazos, como si necesitara contener sus palabras y pensárselas dos veces antes de decirme nada.

—Creo que desde que te estás volviendo loco. Edgar, ¿qué vamos a hacer? —Puso los brazos en jarras—. Tú no puedes casi mantenerte en pie y Seraphine se ha ido a saber dónde, llevamos once días sin tener noticias de ella. Me dijo que iba a conseguir más aliados, pero no me dijo ni dónde, ni a quién. —Se notaba cómo iba aumentando su furia con cada palabra—. Por otro lado, Feanor nos reclama en batalla, pero todas sus defensas han caído y parece ser que las hadas de montaña no están solas.

Sentí cómo la rabia se me enredaba en la garganta, pero no estallé. No tenía fuerzas, ni físicas ni mentales.

—No estoy loco —dije, y esta vez la voz me salió más baja, más peligrosa.

—Entonces dime qué hacemos —insistió—. Porque si Feanor cae... y más ahora que va a nacer su hijo...

Me acerqué hasta él. Podía oler el sudor frío que corría por su piel; la tensión le estaba sobrepasando.

—Vamos a ir a Valdrenheim con todo nuestro ejército para ayudar a Feanor. Pero Loreley se vendrá conmigo. Mi destino está junto al suyo, aunque todavía no sepa por qué.

Mi hermano me miró incrédulo.

—¿De verdad crees que Feanor te la dará? ¿Qué quieres, proponerte en matrimonio para ella? —lo dijo con una risa irónica.

Mi mandíbula se tensó. La risa de mi hermano resonó como un eco fuera de lugar.

—No necesito que me la “den” —dije, con un filo helado en la voz—. No es una posesión. Y no voy a pedirle permiso a Feanor para nada. Loreley se vendrá por voluntad propia; puedo comunicarme con ella a través de los sueños y conseguiré que sea ella la que venga hasta mí.

—Entonces estás más cerca de enloquecer de lo que pensaba —replicó, cruzando de nuevo los brazos—. ¿Tú escuchas lo que dices? ¿Tu destino está junto al suyo? —Una nueva carcajada—. Edgar, ni siquiera sabemos lo que es Loreley realmente y mucho menos qué tienes tú que ver con todo esto.

Lo miré fijamente, sintiendo cómo se encendía la rabia en mi pecho.

—Estás loco si crees que puedes enfrentarte a Feanor por eso —replicó—. Él reclama el poder y no lo deja escapar. Lo protegerá con todo lo que tiene si es necesario. Loreley es medio musa; no me extrañaría que ya estuviese pensando en cómo casar a su futuro heredero con ella aprovechando su media inmortalidad.

Lo fulminé con la mirada.

—No pretendo empezar una guerra contra Feanor. Simplemente será el precio que tendrá que pagar si quiere que luchemos a su lado. No puede buscarse más enemigos si quiere tener una oportunidad en esta guerra.

No aparté la vista ni un solo momento de sus ojos. Cerré los puños con rabia para apagar el fuego que ya notaba en mis manos.

—Todavía no soy el rey. Pero eso no hace que tenga que estar siempre arrodillado ante él. Nuestro reino es tan poderoso como el suyo; incluso puede que ahora tengamos más guerreros que su

reino. Si Feanor quiere que sigamos con él, tendrá que comprender que no somos piezas a mover a su antojo.

Mi voz retumbó por toda la habitación, llenando las paredes con una promesa demasiado peligrosa.

Varyon apretó las manos formando puños. Las facciones de su rostro mostraban la tensión que se le iba acumulando.

—¿Y si te ve como una amenaza? Dime, hermano, ¿qué será lo que harás?

Un escalofrío recorrió mi espalda, pero no retrocedí.

—Pues luchar y ganar. Pero primero tengo que ser el rey, hermano. —Me di la vuelta y caminé hasta la chimenea—. Ya sabes lo que hay que hacer. Me he cansado de jugar a este juego a medias. —Pensé cada palabra antes de que saliesen de mi boca—. Da la orden a Alaric y dale buena propina para que calle.

Por un instante, Varyon se quedó inmóvil. Su rostro, tan pálido ahora, parecía haber olvidado cómo reaccionar.

—¿Ahora? —preguntó, con la voz más baja que un susurro.

Lo miré sin pestañear.

—Sí. Ha llegado el momento, hermano. No voy a seguir fingiendo lealtad a un cadáver de rey. —Me senté lentamente sobre el sillón que yacía a los pies de la chimenea, sin apartar la vista de las llamas que salían de ella—. Seré coronado después de la fiesta de Feanor; primero quiero que Loreley esté de mi lado. —Hice una pequeña pausa para coger mi daga más valiosa de la poyata y acariciarla—. Ella será mi reina. Juntos, nuestro poder será mucho más grande y fuerte que el de los otros reinos. Todos se arrodillarán ante nosotros. Además, ya es hora de empezar a tener herederos yo también.

Varyon pasó una mano por su rostro, como si intentara borrar lo que acababa de oír.

—Creo que será mejor con veneno. Que simplemente no despierte. Yo me encargo...

Asentí, apenas una inclinación de cabeza.

—Asegúrate de que no haya sospechas, de que nadie lo encuentre hasta nuestra vuelta. Y sobre todo, icierra la boca! No fardes de lo que no se puede saber.

Varyon suspiró hondo, y por primera vez en mucho tiempo, vi algo parecido a la cobardía en sus ojos. No por el acto en sí, sino por lo que implicaba el después.

—Así, querido hermano. Estarás más cerca del trono —dije guiñándole un ojo mientras sonreía—. ¿No es lo que siempre has querido? Si todo esto sale mal y Feanor me mata, el trono será tuyo. —Y le señalé hacia la vitrina donde guardaba mi corona, todavía de príncipe heredero.

—¿Y madre?

—¡Madre le odia y lo sabes! Mira todas las cosas que hizo, mira cómo le teme. —Tragué saliva, casi no podía ni decirlo en alto—. ¡Mira lo que le hacía a nuestra hermana! ¡Maldita sea!

Varyon desvió la mirada. Su voz fue apenas audible.

—A veces te escucho y ya no oigo a mi hermano. Tienes que ser más fuerte si quieres ser el rey; la voz te tiembla con cada palabra.

—Soy lo que este reino necesita —le dije, con voz de piedra—. Y tú también lo serás, o también me desharé de ti.

Él no respondió. Solo asintió. Y, con una suave llamarada, se fue.



EL VENENO SOBRE LA PIEL

Caranthir

El filo de mi espada golpeó el aire, no el blanco. Otra vez. Y otra vez.

La empuñadura resbalaba en mi palma sudada. Intenté recuperar la postura, el equilibrio. Pero era como si el peso de todo mi cuerpo hubiese dejado de responderme. Fallé el siguiente corte. Y el siguiente. Para cuando caí de rodillas en la tierra húmeda, supe que algo iba mal. No en mi cuerpo, sino en mi cabeza.

Desde que la besé, Loreley no me había vuelto a dirigir la palabra. Me evitaba como si yo fuera una enfermedad. Ni Katrina había podido hacerla salir de su cuarto o entrar en él. La única noticia que teníamos de ella eran los informes cerrados y sellados sobre su familia y su pasado. Y luego otras incluso peores, como la de Edgar y otros nobles pidiéndola en matrimonio.

Me dejé caer de espaldas en la tierra del campo de entrenamiento, mirando al cielo como si esperara alguna respuesta. Pero este no me contestaba.

—¿Estás ensayando tu propia humillación o solo te estás rindiendo? —dijo una voz que ya conocía demasiado bien.

Astrid estaba allí, observándome. Disfrutando quizás de mi dolor y mi derrota. Me puse de pie como pude; tenía los músculos agarrotados del entrenamiento, pero lo que peor llevaba era el orgullo. Era como si hubiesen escupido sobre él.

—Solo estaba descansando —maldije.

Ella sonrió con esa media curva que le salía cuando sabía que tenía ventaja sobre mí.

—Entrenas como un hombre que se está ahogando —me dijo mientras desenfundaba su espada y daba un salto hacia mí.

Me incorporé rápidamente y cruzamos las espadas. No sé por qué, pero necesitaba despejar la mente. Tal vez así olvidaría todo este asunto de mierda. Pero Astrid me desarmó con facilidad. Una vez. Otra. No me dejaba ni respirar.

—No tienes nada que hacer con ella —dijo mientras giraba su espada con un gesto arrogante—. Loreley nunca será tuya.

—¡Cállate! —rugí, y me lancé contra ella sin técnica ni táctica. La mente me daba vueltas todo el rato; no podía quitármela de la cabeza. Estaba enamorado, maldita sea. Y todo se había ido a la mierda.

Astrid esquivó mi golpe, giró y me dio con el mango de su espada en la boca del estómago. Caí de rodillas, tosiendo sangre. Me ardían los ojos. Y, aun así, pensaba en ella.

Astrid se arrodilló frente a mí para ofrecerme su cantimplora.

—Bebe.

Di un largo trago mientras me secaba el sudor con la otra mano. Volví a coger la espada y me puse en guardia. Pero la empuñadura pesaba más. Mucho más. Mi vista se desenfocó por un instante, apenas un parpadeo. Astrid lo notó.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy... —Las palabras se me pegaron al paladar—. Solo estoy cansado. Llevo horas entrenando. Y estos últimos días

apenas... he dormido.

—Ella te ha quebrado, y tú sigues aquí, intentando pelear como antes, pero esa espada ya no te corresponde. —Casi me escupió cada palabra—. Deberías dejarla en paz. No hay nada que puedas hacer por ella ni para ella ahora. Ya viene otro hombre a por Loreley, y si quieres sobrevivir, tienes que aceptarlo. Si quieres seguir al mando, tienes que poner fin a todo esto, Caranthir.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de un martillo. Ella no dejaba de señalarme con su espada, desafiándome.

—No vas a sobrevivir a esto si sigues así. Tú ya no eres el Gran General que nuestros guerreros se merecen. Ni siquiera eres capaz de luchar contra mí. Ellos se merecen a alguien mejor, a alguien como yo.

El veneno de sus palabras encendió mi rabia. Cargué contra ella, o eso intenté. Mis pies no respondían como debían. Sentía el suelo demasiado blando, la tierra como agua bajo mis botas. Me movía como un borracho, sin apenas coordinación. Astrid me esquivó sin esfuerzo y me desarmó con un giro elegante. La espada cayó al suelo, a más de un metro de mí, con un golpe seco.

Me quedé arrodillado, sin poder ponerme en pie. Notaba la respiración cada vez más pesada. Solo pude centrarme en cómo Astrid me observaba sin piedad; la dureza de sus ojos era demasiado penetrante. Había tanta rabia en ella hacia mí... Demasiado daño le había hecho en el pasado.

—Así no vas a llegar a nada, Caranthir.

La humillación me quemaba la piel. Nunca me había sentido tan frágil, y, sin embargo, no podía apartar la mirada de Astrid.

—Vaya, parece ser que ya no te queda fuerza para resistirte —dijo, acercándose. Su tono había cambiado. Ya no era burla. Era algo más suave. Más... íntimo.

Su mano me tocó la mejilla. Mi piel ardía bajo su tacto.

—¿Qué... me... diste? —logré preguntar, tambaleándome. Intenté apoyar los brazos en la tierra para levantarme, pero fracasé. Y me volví a golpear la cara.

Astrid no dejaba de sonreír, pero ya no dijo nada más. Me tomó del brazo, con una suavidad que no encajaba con lo que yo

conocía de ella. Pero yo tenía un hambre voraz e inhumano y, simplemente, me dejé llevar. Por necesidad. Todo era niebla, sueño, calor, deseo.

La siguiente imagen fue su boca sobre la mía. Su cuerpo contra el mío. Y yo sin poder decir que no. O tal vez sí. Pero no me escuché. No quería. Necesitaba dejarme llevar, dejar de sentir. Dejar todos mis recuerdos atrás.

✕ * ✕✕✕ * ✕✕✕ * ✕✕✕ * ✕

Desperté horas después. El sol se colaba entre los árboles del bosque. El cielo tenía un tinte dorado que no traía consuelo. Mi cuerpo era una antorcha por dentro. Cada músculo me dolía. Cada centímetro de mi piel ardía como si me hubieran tatuado con fuego invisible, pues en verdad, por más que me miraba, no había nada en mi piel.

Me incorporé con dificultad. Astrid dormía desnuda a mi lado, con una media sonrisa en los labios. Yo también estaba sin ropa, sin mis armas. Estábamos piel con piel. ¿Acababa de pasar la tarde con ella? ¿Pero cómo era posible? La cabeza no dejaba de darme vueltas. Enfoqué la vista hacia el fondo; escuchaba a las ramas moverse con algo.

Nosotros no éramos los únicos que estábamos en el bosque.

Loreley yacía de pie entre los árboles, inmóvil, como una estatua tallada por los dioses del juicio. Y su mirada me atravesó: estaba celosa y furiosa. Sus ojos lilas estaban llenos de lágrimas. La noté en mi mente; no había escapatoria. Obligándome a revivir una y otra vez lo que acababa de hacer con Astrid. Podía volver a sentir sus labios junto a los míos. Su cuerpo contra el mío. Su risa ahogada, su respiración agitada. Pude ver casi con otros ojos cómo mis manos la acariciaban, cómo sentía y sabía su piel, cómo embestí su sexo caliente y húmedo.

Vi cómo seguía adentrándose en mi cabeza hasta ver cómo la penetraba, agarrándola de las caderas. Cómo ella me arañaba la espalda, la nuca... Con cada embestida sentía más náuseas. Yo

acababa de hacer eso, y ella lo estaba viendo en mi cabeza. Era mi traición hecha imagen, ahora vista por sus ojos, con su dolor e ira.

Las imágenes eran borrosas, fragmentadas, pero lo suficientemente nítidas para que Loreley entendiera lo esencial. Ella seguía mirando y mirando; yo no podía sacarla de mi mente, no podía hablar ni gritar. Notaba cómo cada segundo la desgarraba más. Me faltaba el aire; mi mente estaba completamente desarmada ante ella, sin poder hacer nada más que esperar.

Intenté ponerme en pie, avanzar hacia ella, aferrarme a cualquier gesto que me devolviera el control, pero era inútil. Porque entonces llegó el clímax: mi orgasmo, y ella lo vio. Sentí su rabia y su fuego recorrer todo mi cuerpo, encendiendo cada fibra y al mismo tiempo haciéndome sentir un miedo que no recordaba desde pequeño. Ella me había visto correrme con Astrid. Yo ya no tenía nada que hacer. Estaba perdido, indefenso.

Quería hablar. Explicarle, jurarle que algo iba mal, que yo no era así. Pero me quedé mudo. Como un cobarde. Un traidor.

Loreley se dio la vuelta con las lágrimas en los ojos, sin siquiera pestañear. La última manera en la que me miró, en la que salió de mi mente después de hacerme sentir toda su furia y magia, me dejó completamente sin aliento. Yo nunca tendría una oportunidad con ella después de esto.

La cabeza me daba más y más vueltas, la piel me ardía con mayor intensidad y mis ojos se volvieron a cerrar. La palabra "nunca" seguía revoloteando por mis sueños.

CAPÍTULO 4:

EL HEREDERO

*"El llanto del recién nacido anuncia la alegría,
y junto a él, la traición que nadie vio venir."
— Libro de las Musas, sección prohibida*



EL NACIMIENTO DE IDRIL

Katrina

Nunca me imaginé que parir pudiese doler tanto. Sentí que mi cuerpo se partía en dos, una y otra vez, como si la tierra me desgarrara por dentro para reclamar algo que ya no me pertenecía. Estaba sola; únicamente con la compañía de tres criadas, de las que no me sabía ni los nombres. Ellas solo estaban ahí para hacer su trabajo: limpiar, sostener, cambiar las sábanas empapadas de sangre y esperar a que el bebé naciera. Eso era todo lo que les importaba. Eso era todo lo que él quería.

“Si es varón, avisadme inmediatamente”.

Pero hacia mí nada: ni un gesto, ni una palabra. Feanor solo quería al heredero. Una extensión de sí mismo, pero más fuerte y más poderoso.

Una nueva contracción me atravesó como un rayo y grité. Creí que mi voz quebraría todos los cristales del palacio. Me aferré al borde de la cama con las uñas, con los dientes apretados y el alma deshaciéndose en cada espasmo. La fiebre no dejaba de subir.

Y entonces llegó el pasado, el que nunca pude olvidar a pesar del tiempo.

Vi a Nyra, a mi hermana. Recta y perfecta. Tenía los labios apretados y los ojos vacíos. Estaba de pie frente al altar, empujándome, guiándome, forzándome.

—Debes hacerlo, Katrina. Es el único modo. Todas hemos pasado por ello.

Y allí estaba yo, tan pequeña, asustada y temblando. Eilena, mi mejor amiga, también estaba junto a mí. No dejaba de llorar mientras veía con sus propios ojos lo que yo había hecho en el portal.

Todo eso... el ritual que mi madre llevaba años haciendo, las magias prohibidas que se negaba a dejar de usar, los sacrificios a la Madre Tierra para compensar... Todo ello nunca debió de pasar. Nunca debí acceder a ello.

Pero lo hicimos. Yo lo hice.

Sujeté el cuchillo con las dos manos mientras Eilena me miraba sin entender. Yo no podía explicárselo ni pedirle perdón. Yo era tan pequeña. ¡Ni siquiera quería ese poder! No me pertenecía.

El dolor me arrastró de nuevo al presente. Una brutal contracción me hizo gritar con todo lo que me quedaba.

—¡No! ¡No quiero! ¡No puedo! —Lloré. Pero ya no sabía si le hablaba al bebé, a Nyra, a Feanor o a mí misma.

Una de las criadas me tomó del brazo. Otra me pedía que empujara. Pero solo podía recordar las palabras de ella, de la madre de Loreley:

“Corre, pequeña. Nunca dejes que tu poder se convierta en la herramienta de otro”.

Y, sin embargo, aquí estaba. En el lecho de un rey que no me amaba. En el vientre de un imperio que me asfixiaba. Dando vida a un hijo que ya no sentía como mío, que era más bien una carga.

Otra contracción. Empujé. Sentí que el mundo explotaba bajo mi piel; que el aire se me escapaba por la boca abierta en un grito ahogado.

El dolor volvió como una ola negra, profunda y total. Estaba otra vez frente a ella: Eilena, mi otra mitad. Esta estaba tirada en el suelo de caliza; la sangre le brotaba lentamente desde el centro del cuello. Sus ojos seguían abiertos. Siempre los recordaba así. Ni siquiera gritó cuando lo hice. Solo me miró fijamente a los ojos, incrédula, sin entender nada. Como si no pudiera creer que yo estaba haciendo eso.

La daga aún temblaba en mi mano. Mis dedos, pegajosos a más no poder de magia negra y muerte.

—Lo siento... —susurré, jadeando; el sudor me pegaba el cabello a la cara—. Perdóname... por favor... te lo suplico...

Pero Eilena no decía nada. Porque no podía. Porque la Madre Tierra ya la estaba absorbiendo. Sentí cómo todo su poder entraba en mí a través de ese sacrificio, desgarrándome como lo hacía ahora este parto. Una energía viva, salvaje, hermosa y cruel, que me arrancaba la inocencia, que me llenaba con la fuerza de las diez hadas que acababa de sacrificar con mis propias manos. Para que nadie, jamás, pudiera ser más poderosa que nosotras. Para hacer que nuestro linaje fuese eterno.

—Ya casi está completo. —La voz de mi madre retumbaba en mi cabeza—. Solo falta que te arrodilles ante la Madre Tierra, hija. ¡Deja que te drene!

Pero esa última hada había sido Eilena. Eso era demasiado cruel incluso para mi madre.

Mi grito se confundió con la siguiente contracción. Una más profunda. Más brutal. Me doblé, apretando los dientes. Sentía el calor subiendo por mi espalda, la fiebre lamiéndome el cuello como una bestia. Oía voces. Manos. Agua. Trapos. Pero no podía hablar. El mundo se volvió a deshacer.

Y esta vez me llevaron en un carro tirado por caballos. La lluvia golpeaba el techo de madera. El traqueteo de las ruedas sobre el barro era hipnótico. Yo estaba envuelta en una manta, temblando, con los ojos clavados en mis manos manchadas que se aferraban al

borde del asiento. Frente a mí, serena y fuerte, estaba Naerya, la madre de Loreley. Tenía el cabello recogido y no dejaba de sonreírme.

—No te preocupes por nada —me decía—. Aquí estarás a salvo.

Yo no podía hablar. Solo asentía. Apenas podía sostener la culpa de todo lo que había hecho. El frío y el dolor eran insoportables. El poder no dejaba de retumbar por todo mi cuerpo, fluyendo por mis venas y mi piel. No conseguía acostumbrarme a esa sensación de energía interminable, no quería.

—En el reino en el que vivo hay un príncipe que tendrá apenas tu edad —añadió—. Es joven, justo y bueno. Su nombre es Feanor. No ha sido tocado aún por la ambición de sus padres y del poder. Él te protegerá y te ayudará a sanar. Yo me encargaré de que quiera conocerte.

Me aferré a esas palabras como a una cuerda tirada en un pozo. Feanor. Un nombre extraño, desconocido, de guerrero humano. ¿Por fin alguien sería amable conmigo?

—¿Sabes? Tengo una hija de la mitad de tu edad más o menos; seguro que seréis muy buenas amigas. —Me cogió la mano suavemente—. Solo espero que cuando llegue el momento la ayudes si lo necesita.

Otra contracción. Otro grito. Me quise hundir. Me quise rendir. Pero entonces lo sentí: una vida. Una luz. Mi hijo. Su llanto me produjo una satisfacción inmensa. Lloraba. Vivía. Yo había hecho eso; lo había conseguido.

—¿Pero por qué nadie me ha avisado de que Katrina está en este estado? —Unas manos frías y firmes me tocaron la frente; eran perladas; di por hecho que era Eledhween quien acababa de entrar en la habitación—. ¡Está ardiendo! ¡Inútiles! ¡Si le pasa algo a vuestra reina, yo misma me encargaré de mataros! ¡De una en una!

Noté sus manos en mi pecho; fueron un pequeño alivio a todo mi calor y dolor.

—Tranquila, Katrina, estoy aquí, contigo.

Noté sus manos esta vez en mi vientre. Un aura ligera empezó a calmarme desde dentro, como agua fresca en una herida

abierta. Como si me estuviera reconstruyendo, célula por célula.

—¿Mi hijo...? —pregunté, la voz apenas un hilo.

—Está bien, Katrina. Es un varón fuerte. La noticia ya se la están dando a Feanor. Tú tranquila. Hay que bajar esa fiebre como sea.

Cerré los ojos, sintiendo su magia reparándome mientras mi hijo seguía llorando en alguna parte del cuarto. Oí cómo se movía la puerta y abrí los ojos.

Feanor apareció, con su silueta enmarcada por la luz del pasillo, envuelto en su capa negra como una sombra. Por un instante pensé que vendría a juzgarme. Pero no.

Vi cómo se detenía al verme. Cómo su mirada se desvió, sin atreverse del todo, hacia el pequeño bulto envuelto en paños blancos. Y luego, de nuevo, hacia mí.

Sus ojos, por una vez en mucho tiempo, no eran ni hielo, ni juicio, ni cálculo. Eran amor.

—Katrina... —susurró, y su voz, no la había oído así de suave desde hacía muchos años.

Se acercó, más despacio que nunca. Como si temiera romper algo, como si pensase que de repente mi cuerpo era de cristal.

—Has sido... —Tragó saliva, su voz quebrada—. Has sido muy fuerte, gracias.

Lo dijo con una reverencia en la voz que me desarmó por completo. Sentí las lágrimas subir. Y no eran del dolor ni de la fiebre; Eledhween se había encargado de sanar cada célula de mi cuerpo.

Era por él. Por el Feanor que yo había amado y seguía amando, aunque en el fondo fuese estúpido que lo hiciese.

Se arrodilló junto a mí. Me tomó la mano; las tenía frías y no dejaban de temblarle.

—Gracias —susurró—. Gracias por darle vida a nuestro hijo. Se llamará Idril, como mi padre.

Lo miré sin saber si era un espejismo o una trampa tejida por mi mente rota. Pero sus labios rozaron mis nudillos con ternura. Sus ojos brillaban con algo parecido a la emoción.

—Se parece a ti —añadió—. Va a ser tan poderoso... Tiene unas pequeñas aperturas en la espalda, Katrina. ¡Ha heredado tus

alas!

Vi al hombre que me prometió que nadie me haría daño, que me dijo que me protegería del mundo. Una lágrima salió de sus ojos y se arrastró por su mejilla.

—¡Largo de aquí todos! ¡Traed a nuestro heredero cuando esté limpio! ¡Y tocad las campanas para que se enteren en todos los reinos! ¡Nuestro hijo ya ha nacido! ¡Que vengan a mostrar respeto a su futuro rey!

Hasta Eledhween se fue sin protestar. Y allí nos quedamos, juntos, acurrucados en la misma cama donde nuestro hijo acababa de nacer, como si los años y los secretos no nos hubiesen roto con el paso del tiempo.



EL INCOMPRENSIBLE DESEO

Edgar

La fiesta del nacimiento del heredero estaba en pleno apogeo. La música envolvía el aire como un río impetuoso. La risa y el murmullo de voces llenaban cada rincón de la sala, pero para mí todo se reducía a una sola figura: la verdadera razón por la que estaba allí.

Llegué acompañado de Varyon y de mi hermana, los representantes de mi reino en esta celebración. Sin embargo, ni siquiera reparé en ellos. Yo les había dejado trabajo que hacer, pues sabía que yo solo tendría ojos para ella.

Loreley estaba allí, entre la multitud, envuelta en un vestido granate oscuro que absorbía la luz y la hacía aún más irresistible. Llevaba toda la espalda al aire y parte del abdomen. La sensualidad que desataba era arrolladora. Su mirada, sin embargo, no buscaba escapar ni mostraba miedo; era seguridad lo que irradiaba. Cuando

nuestros ojos se cruzaron, sentí cómo Loreley ya me estaba esperando, sabía exactamente en qué sitio nos encontraríamos.

Mientras Katrina, con su sonrisa radiante y su vestido de flores, intentaba entablar conversación con Loreley, yo me moví hacia ella, con pasos calculados.

—Felicidades por el nacimiento de tu hijo, Katrina —dije, sin adornos, sin suavidad—. Me da mucha alegría que hayáis tenido vuestro primer heredero. —Hice una pequeña reverencia de cabeza—. Solo espero que sea el primero de una nueva gran estirpe fuerte.

—Gracias, príncipe Edgar —respondió Katrina, forzando una sonrisa breve y devolviendo la reverencia—. Lo ha llamado Idril. Duerme casi todo el día. Algo me dice que no heredará nuestro temperamento.

—Entonces ha tenido suerte —murmuró Loreley, con la mirada fija en mí. Sus palabras eran un filo disfrazado de ironía.

Katrina la miró, esperando algo más, tal vez una tregua. Pero Loreley se mantuvo inmóvil por un segundo, hasta que, con un suspiro apenas audible, giró el cuerpo levemente hacia ella.

—Felicidades por tu hijo —dijo finalmente, con voz firme pero apagada—. Espero que tenga mejores mentores que nosotras.

Katrina abrió la boca, como si fuera a decir algo más, pero Loreley ya había dado un paso hacia mí.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo, esta vez con la certeza de que el momento había llegado. Extendí mi mano con suavidad, sin palabras, para sacarla a bailar. Ella la tomó sin dudar. Katrina se quedó mirándonos durante un largo rato, confusa, sin entender lo que pasaba, sin saber que ya nos conocíamos, que incluso habíamos llegado a comunicarnos en sueños.

La música de la sala se volvió más lenta. El murmullo se amortiguó por la tensión que había entre nosotros.

—Sabías que vendría —le dije mientras la guiaba hacia la pista de baile.

—Lo sentí —respondió ella, sin mirarme directamente—. Como una presión en el pecho.

Mi mano en su cintura fue un roce mínimo, apenas un ancla. Nos movimos despacio, conscientes de las miradas y de que todo el

mundo hablaría sobre nosotros. Pero a mí, particularmente, me empezaba a dar igual.

—No parecía que quisieras estar aquí —murmuré, con la boca rozando apenas la curva de su oído—. Y mucho menos con Katrina. ¿Qué ha pasado entre vosotras? Si la última vez que os vi parecíais hermanas.

Loreley giró el rostro apenas lo necesario para encontrar mi mirada. Había una chispa helada en sus ojos.

—Me mintió y me ocultó quién soy. A pesar de que ella lo sabía desde hacía años —respondió—. Además, siento que sigue escondiéndome cosas. No puedo confiar en ella.

—Interesante —susurré.

Mis dedos trazaron una línea breve en su espalda desnuda, muy poco perceptible. Pero sentí el escalofrío que atravesó su piel.

—Y, aun así, sigues aquí, a su lado —añadí, inclinándome un poco más, lo justo para que mis palabras rozaran su clavícula y darle un suave beso en el cuello.

—No sigo a nadie —respondió con firmeza—. Pero todavía no he decidido a quién voy a enfrentarme primero.

Una sonrisa lenta se dibujó en mis labios. La música seguía, pero apenas podía escucharla.

—Con esa mirada podrías prender fuego a este palacio en un solo instante —le dije—. Vente conmigo, Loreley. En mi reino estarás a salvo. Yo nunca te ocultaré nada.

Ella no respondió de inmediato. Solo se inclinó un poco más hacia mí mientras seguíamos bailando lentamente. Podía oler su perfume de violetas secas.

—No quiero seguir siendo una niña protegida. Y tampoco sé si estoy siendo justa con Katrina. Ella me ha dado mucho. —Su mirada triste puesta en mis ojos.

Me incliné más, la respiración compartida en ese breve espacio entre nuestras bocas. Olía a noche y peligro. Nuestra proximidad era un juego peligroso, y ella también podía verlo.

—Mis puertas siempre estarán abiertas para ti. Y aquí dudo que estés segura. Además, sabes de sobra que nuestro destino es estar juntos. —Tragué saliva, necesitaba que cada palabra fuese la

adecuada—. Tú sabes que puedes confiar en mí, sé que puedes verlo.

Sus labios casi estaban rozando con los míos. No esperé a que respondiera; la tomé por la cintura y la atraje contra mí. Su aliento chocó contra el mío, y recé para que por un momento el salón en el que nos encontrábamos dejase de existir.

—Me sorprende la cantidad de gente que nos mira sin pestañear —añadí, echando un vistazo rápido a mis lados.

Caranthir, Feanor, Varyon, Katrina... éramos claramente el centro de atención de todos ellos. Mi sonrisa se ensanchó, sin apartar la mirada de sus ojos. Loreley ladeó la cabeza, una ceja alzada, su aliento acariciando mi mejilla.

—¿Y tú? —dijo con voz baja, afilada—. ¿Sabes lo que estás viendo?

Mi mano subió apenas un poco por su espalda, deteniéndose justo donde la tela del vestido la dejaba toda la piel al aire, para acariciarla. Sentía cómo ella tenía que contener el aliento.

—Estoy viendo a alguien a quien no me puedo resistir. A alguien a quien besaría ahora mismo delante de toda esa gente, sin importarme sus juicios. A quien desnudaría sin pensármelo dos veces para hacerla mía.

—Estás loco —dijo, con una pequeña sonrisa, apartándose un poco para mirarme a los ojos.

—Últimamente todos me dicen eso —respondí, divertido.

—¿Sí? ¿Quién lo dice? —me preguntó, como si nos conociésemos desde hacía años y pudiésemos tirarnos así para toda la eternidad.

—Mi hermana, mi hermano... puede que incluso mi amigo Feanor piense que estoy loco por bailar contigo delante de todos, por dejar que todos vean mi debilidad ante ti, mis sentimientos. Seguramente ya esté pensando cómo cortar esto y cómo no dejar que nunca te vengas conmigo.

Loreley soltó una risa seca, sin humor, y lo buscó con los ojos.

—Feanor... —repitió, apenas un susurro cargado de hielo—. No sé cómo puedes llamarle amigo. No sé cómo Katrina se casó con él y mucho menos cómo le ha dado un hijo. Ni siquiera entiendo

cómo pudo llegar a ser rey. Cada vez que me mira, siento que me mide, que calcula qué puede sacar de mí. Si pudiera encerrarme en una jaula de oro para usarme como trofeo, lo haría sin dudarlo ni un solo segundo. Lo vi en su cabeza, Edgar. Cada sombra de su cuerpo era tan calculadora como todo el poder que alberga.

Me quedé en silencio, sintiendo el peso de sus palabras como un puñal frío.

—Él antes no era así, Loreley, pero con la muerte de sus padres... él era muy joven cuando ocurrió. —Un escalofrío me recorrió el interior, recordando lo que nosotros acabábamos de hacerle a nuestro padre—. El poder trae lo peor de las personas. Y para aguantar en él, hay que hacer cosas que nunca antes te podrías imaginar.

—Y tú, ¿qué has tenido que hacer para mantenerte en el poder? —Su pregunta era casi una tentación, solo quería salir de allí con ella, no podía seguir resistiéndome.

Loreley se inclinó, como si fuera a ceder por fin. Pero algo cambió. Su cuerpo se tensó al ver a Caranthir mirándonos por encima del hombro. Me giré un poco para fulminarlo. Ella volvió a erguirse, entera de nuevo. Pero fue suficiente para darme cuenta de que sentía algo por él, de que yo no era el centro de su universo, como ella lo era para mí. Y no iba a ser tan fácil llevármela, hacerla mi reina.

Sin apartar la vista de sus ojos, susurré despacio:

—Entonces, ¿qué decides, Loreley? ¿Seguirás enfrentándote a todos o te rendirás a lo inevitable?

Ella me respondió con un suspiro, dio un giro lento y volvió a mis brazos.

—Edgar... —Su voz arrastraba mi nombre con tanta dulzura.

Nuestros rostros se acercaron, la distancia entre nosotros desapareció en un instante. Podía oler su respiración, sentir su pulso acelerado.

—Déjame invitarte a una copa. —Mis labios casi tocando los suyos—. Seguro que se te ocurre un lugar lejos de las miradas y de los obscenos.

Loreley cerró los ojos un instante, como si mis palabras fueran un conjuro para ella.

—Creo que puedo enseñarte los jardines del palacio —murmuró—. A la luz de la luna son mucho más bonitos.

Todo en su postura decía “sí” a mí, pero al tomar mi mano para dirigirme hacia los jardines sentí que sus ojos se detuvieron en Caranthir. Pero fue rápido, lo suficiente para que este no pudiese evitarlo y estallase de furia. No entiendo ni cómo no gritó al momento.

—¿Vienes? —me preguntó entonces, girándose hacia mí. Yo no podía evitar estar embobado en ella, en su figura, en su voz.

Mi respuesta fue más bien un gesto que una palabra. Tomé su mano con suavidad, como si sostuviera algo sagrado. No necesitaba que me pidiera nada más.

Caminamos entre los invitados como dos sombras que abandonaban un lugar al que ya no pertenecían. La música seguía detrás, cada nota desvaneciéndose con nuestros pasos. Algunas miradas nos siguieron, especialmente la de Caranthir y Feanor.

Pero Loreley no volvió la vista atrás. Y yo, menos aún.

✕ * ✕✕✕ * ✕✕✕ * ✕✕✕ * ✕✕

Los jardines se abrían ante nosotros como un reino olvidado. El rumor de la fiesta se fue apagando tras nosotros, hasta quedar solo el susurro de nuestras pisadas sobre la grava y el canto lejano de una fuente.

La luna se deslizaba entre las ramas altas, salpicando de luz plateada las hojas y el contorno de su figura. Loreley caminaba delante de mí, la tela de su vestido granate rozando el suelo. Aunque no me miraba, sabía que sentía mi presencia del mismo modo que yo sentía la suya. De alguna manera extraña, estábamos conectados.

Cuando nos detuvimos junto a una pérgola cubierta de madreselvas, ella soltó mi mano despacio. El silencio entre nosotros era tan denso que casi dolía.

—No sé hasta qué punto esto es real, Edgar. Alguien nos está manipulando. —Su voz tembló; era rabia contenida, confusión, deseo, ira.

—¿Y tú crees que lo que sientes ahora mismo es manipulación? —pregunté con voz baja, casi áspera. Me detuve justo detrás de ella, sin tocarla. Pude ver cómo su respiración se volvía a acelerar.

—No lo sé —susurró, girando apenas el rostro, lo justo para que pudiera ver el perfil de su boca, ese temblor en el labio inferior—. A veces pienso que no soy dueña de nada. Ni de mis pensamientos. Ni de mis decisiones.

Levanté la mano y la posé con suavidad sobre su hombro desnudo, dejando que mis dedos siguieran el contorno hasta el nacimiento de su cuello.

—¿Y eres dueña de tu cuerpo? —pregunté mientras me acercaba y dejaba que mi boca descendiese por su cuello, con un beso largo y húmedo.

Loreley cerró los ojos un segundo, como si se rindiera por fin a una corriente que llevaba demasiado tiempo luchando por contener. Ladeó la cabeza ligeramente, ofreciéndome más, como si me diera permiso por primera vez.

Mi mano se deslizó por su costado, lenta, deliberada, recorriendo la tela fina que apenas la cubría. Sentí cómo se tensaba y al mismo tiempo se arqueaba ligeramente hacia mí.

—No lo sé —susurró, su voz más ronca, más desnuda.

Sus palabras me atravesaron como un disparo. La deseaba desde el primer sueño que tuve con ella hasta el último. Cada célula de mi piel me ardía por su necesidad. Loreley me agarró del rostro con ambas manos y me obligó a mirarla. Sus ojos eran fuego y abismo a la vez, eran poder.

La tomé por la cintura y la empujé suavemente contra la columna de piedra cubierta de madreselvas, pero cuando mi boca buscó la suya algo me derribó de un solo golpe.



LOS YRIOS

Feanor

Me senté en el trono de mármol negro con la tranquilidad de quien ha ganado esta batalla. Un varón. No podía pensar en otra cosa. La sala brillaba con tonos dorados y carmesíes, y el aire olía a vino, especias y sangre contenida. El nacimiento de mi hijo había traído la paz momentánea que necesitábamos. Un varón. Un heredero poderoso. La corte lo estaba celebrando, como era debido.

Pero aun así, entre el bullicio, sentí el vacío como una daga clavada bajo la piel. Pensé en mis padres. En el modo en que gobernaron juntos, con una dignidad y una justicia que ahora casi me parecían mitológicas. A veces, me despertaba en mitad de la noche esperando oír la voz de mi madre dándome consejos como cuando era niño. O la risa ronca de mi padre hablando de dragones como si no fuesen simples mitos.

Por desgracia, todo eso se fue con la guerra. Con la corona en mi frente llegó también mi continua sensación de soledad. Cada decisión tomada en este lugar me había ido robando partes del alma que ya no podía recuperar. La gloria tiene un precio, pero lo que no te dicen es que este es el de tu propia alma.

En el gran salón las copas se alzaban. Las risas estallaban como si fuesen tambores de guerra. Y yo solo sentía un vacío eterno en mi interior.

Dos figuras se movieron ante mí. Varyon y Seraphine. Vestidos con la arrogancia elegante de los yrios, ambos hicieron la reverencia correspondiente, con una coreografía que parecía más una provocación que una muestra de respeto.

—Majestad —dijo Seraphine, con esa apariencia tan dulce, y esa voz envenenada—, mi más sincera enhorabuena por el nacimiento del pequeño Idril. El reino necesitaba esperanza y continuidad. Y tú se la estás dando.

—Y sangre fuerte —añadió Varyon, alzando su copa, pero sin beber—. Que los dioses antiguos lo bendigan y lo protejan de lo que se avecina.

Lo observé. La sonrisa en su rostro era tan afilada como su espada. Asentí brevemente, sin invitarles a sentarse cerca. Varyon bebió de su copa hasta terminársela, mientras hacía gestos a uno de los sirvientes para que le trajeran más.

—Ya que vuestro hermano parece muy ocupado saliendo a hurtadillas con una de mis invitadas, hablaré con vosotros —dije, con voz templada—. ¿Qué noticias me traéis?

—Las hadas siguen organizándose —dijo Seraphine, con una mirada fugaz a las columnas donde pareció ver a alguien—. Más rápido de lo que esperábamos. Ya han recuperado los bosques de Eleriath que nuestros guerreros habían conseguido y se dice por ahí que están volviendo a convocar magia antigua. Por otro lado, los elfos parece que no quieren hacer ningún movimiento hasta saber lo que es ella.

—¿Y vuestras tropas? —pregunté, sin vacilar.

—Completamente listas —intervino Varyon—. Edgar tiene a sus hombres afilando las dagas. Aunque puede que el precio que

pida esta vez sea mucho más valioso.

Vi cómo Seraphine fulminaba con la mirada a su hermano. A pesar de todo su autocontrol, algo en ella se tensó.

—Mi hermano se refiere, por supuesto, al liderazgo personal de sus tropas —matizó, con una sonrisa diplomática—. Y una buena suma de dinero. Pues dudo que él sea tan insensato como para hacer movimientos personales en medio de una campaña inminente como en la que estamos.

De reojo vi a Astrid y Élic entablando una especie de discusión.

—¿Insensato? —murmuré, reclinándome en el trono, mis dedos golpeando con lentitud el brazo de piedra negra—. No estoy tan seguro. Edgar siempre ha tenido buen gusto. Pero esto no lo salva de la imprudencia que está realizando ahora mismo en mi propia casa.

Desde donde estaba, podía ver entre las columnas el último borde del vestido de Loreley desapareciendo. Edgar la seguía como un cachorro disfrazado de lobo. La misma reacción que Caranthir tenía por ella. Impresionante. ¿Habría aprendido a invadir sus mentes como hizo con la mía? ¿Acaso los manipulaba a su gusto? ¿O es que de verdad se enamoraban de ella, así, sin más?

—Así que... —añadí sin apartar la mirada—, vuestro precio es ella.

Varyon se encogió de hombros, su sonrisa ahora cargada de intenciones.

—Creo que nuestro precio ya está dado.

—Quizá solo busquen aire fresco y algo de privacidad para hablar. Hay que tener en cuenta que todo el mundo los estaba mirando —intervino Seraphine, aunque sus palabras no mostraban nada.

—O quizás esté buscando la libertad —añadió Varyon, con voz más baja, como si cada palabra fuese para enterrarse justo bajo mi piel.

Lo miré sin pestañear. Este insensato no iba a alterarme si es que eso era lo que estaba buscando. Ni una chispa de rabia en mi voz.

—Loreley tiene muchos dones. Entre ellos el de encontrar perros falderos.

Varyon sonrió, divertido. Me gustaba más cuando me temía, aunque ahora al menos tenía la decencia de parecerme más digno que el resto de sus hermanos.

—No la subestimes, Feanor —intervino Seraphine, suavemente—. Y tampoco a nosotros. La guerra no será como las anteriores. Las hadas también tienen aliados. Y necesitamos un frente unido, uno que lo esté realmente.

Vi cómo Astrid y Élic se alejaban rápidamente.

—¿Sabéis? —les dije—. Los traidores florecen cuando huelen la debilidad. Pero no confundáis el aroma de la celebración con el hedor de la rendición. He tenido un hijo hace tres noches. Un heredero fuerte y poderoso. Un símbolo de continuidad. ¿Creéis que eso no significa algo?

—Claro que sí —dijo Seraphine, con una sonrisa serpenteante—. Eso significa que tus enemigos saben que ahora tienes más que perder. —Dejó la mirada posada en Katrina, que se dirigía hacia nosotros.

Me incliné apenas, sonriendo con cortesía.

—Y también mucho más que defender.

Varyon se limitó a coger otra copa. Sabía que esa frase no era solo una declaración, era una advertencia. Por el rabillo del ojo me pareció volver a ver una sombra, ¿Cassandra? Pero no tuve tiempo de comprobarlo. Katrina estaba ya prácticamente a mi lado.

Vestía de azul oscuro, casi negro, como la noche. El color favorecía extremadamente su figura. Pese a su reciente parto, caminaba con esa dignidad que la hacía parecer una reina, con la espalda recta y la mirada bien firme.

Seraphine se giró hacia ella con una sonrisa diplomática y dulce.

—Majestad. Qué hermosa está usted. Nadie diría que hace solo tres noches trajo al mundo a un futuro rey.

Varyon fue a decir algo mientras bebía de su copa, pero calló. Su vista estaba hacia el fondo de la sala, la mirada fija en Caranthir.

—Katrina, siéntate conmigo —le dije con la voz lo más suave que pude, mientras le hacía hueco en mi propio trono—. ¿Cómo te encuentras, querida?

Pero ni siquiera le dio tiempo a responder antes de que las palabras de Varyon sonaran.

—Empieza el juego —dijo este con una sonrisa que le cruzaba la cara.



UN CORAZÓN ENTRE DOS MUNDOS

Loreley

La brisa nocturna me rozaba la piel mientras Edgar y yo nos acercábamos, el mundo reducido a su respiración junto a la mía.

Estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, incluso el temblor casi imperceptible que le recorría por los brazos. Todo se preparaba para el momento en el que por fin iba a rendirme completamente a él. Nunca antes había llegado a sentir eso por nadie y no tenía claro si quería que esta fuese mi primera vez.

Su mano se deslizó por mi cuello, ascendiendo hasta rozar mi mejilla con una lentitud casi reverente. Su aliento me envolvía, y por un instante, todo me dejó de importar.

Pero, prácticamente de entre las sombras, Caranthir emergió como una tormenta, y antes de que pudiera comprenderlo y

reaccionar, su puño impactó de lleno contra el rostro de Edgar con una furia brutal. Me tuve que apartar para no caer.

Vi cómo Edgar retrocedía; el golpe lo había sorprendido, igual que a mí. Caranthir avanzó, sus ojos eran como el hierro frío, cargados de ira y celos. Me sentí desgarrada. Edgar era mi atracción prohibida, pero Caranthir, con esa lealtad brutal, representaba la realidad ineludible. Pero yo lo había visto con Astrid, había visto todo lo que habían hecho juntos... Justo cuando yo estaba buscándolo para arreglarlo... Astrid había ido esa misma mañana a hablar conmigo... Todo era muy confuso en mi cabeza.

Los dos hombres se quedaron cara a cara; yo notaba cómo sus respiraciones se iban poniendo cada vez más pesadas. Caranthir lanzó un gancho al rostro de Edgar, un golpe rápido y seco. Este lo esquivó, ladeando la cabeza con agilidad, devolviendo un gancho que golpeó el abdomen de Caranthir, haciendo que este se doblara un poco.

En un movimiento instintivo, Caranthir se despojó de la túnica, revelando un torso marcado por cicatrices y músculos tensos, como un guerrero antiguo dispuesto a la batalla sin armadura. Esos hombros... esos brazos... Edgar siguió su ejemplo, quitándose la camisa, mostrando toda la fuerza contenida que tenía bajo la piel. Su abdomen parecía casi hasta brillar. Su piel era más lisa, más joven, pero vibraba con una fuerza viva, contenida. Parecía esculpido para ser deseado. Y yo lo deseaba.

El combate se volvió cuerpo a cuerpo, brutal y cercano. Puños contra piel. Caranthir tomó a Edgar por los hombros y lo empujó contra un árbol; la madera crujió con el impacto. Edgar respondió con un codazo que Caranthir apenas pudo bloquear con el antebrazo. Sentí cómo mi pecho se oprimía al ver el hilo de sangre que empezaba a caerle de la nariz. Mi corazón latía con una mezcla extraña de miedo y excitación. El sabor del peligro me erizaba la piel. Ellos estaban ahí, por mí.

Se separaron por un instante, respirando con dificultad, mirándose con una mezcla de odio y respeto. Caranthir dio un paso adelante, intentando un rodillazo; Edgar se agachó justo a tiempo y agarró la pierna de este, tirándolo al suelo con un rápido

movimiento. Pero rodó, y se levantó casi de inmediato, a una velocidad tan inesperada que le lanzó un puñetazo directo al rostro que hizo que Edgar girara sobre sí mismo.

Solté un pequeño grito. Creo. Porque si lo hice, nadie pareció oírlo. Me encontraba paralizada ante la situación; no podía defender a ninguno de los dos. No podía elegir a uno de ellos, ni aunque estuviesen luchando por mí.

Sin dejar espacio para el respiro, Edgar contraatacó con una llave en el cuello, presionando para inmovilizar a Caranthir, pero este usó la fuerza bruta para empujarlo hacia atrás. Se revolvió con una fuerza salvaje; el torso le brillaba por el sudor. El suelo húmedo lo había manchado, la hierba se le había pegado a la piel, a las caderas, a los muslos. El olor a tierra mojada, sudor y furia me envolvía, como un perfume completamente primitivo. ¿Qué me estaba pasando?

Se movían como bestias en celo, con la luz de la luna dibujándoles sombras en los cuerpos. El sudor ya perlaba sus torsos desnudos, deslizándose por los músculos tensos, marcando cada fibra. Edgar respiraba entrecortadamente, el pecho subiendo y bajando con violencia. Caranthir, más sólido, más salvaje, parecía esculpido en hierro viejo, con la espalda llena de antiguas cicatrices. Y todos esos tatuajes... Incluso llegué a soltar un suspiro al aire. ¿Tanto vino había bebido que no me podía controlar?

Caranthir lo tomó por la cintura, levantándolo apenas, y ambos cayeron al suelo como dos cuerpos enredados, jadeando, rodando sobre la hierba húmeda. Las bocas apretadas por la rabia, los dedos clavándose en la carne desnuda, el pecho de uno chocando contra el del otro, caliente, pulsante. Y cada vez que uno intentaba dominar, el otro se revolvió con una energía tan cruda que el aire mismo parecía contener el aliento.

Me ardían las mejillas. No podía mirar, y a la vez no podía apartar la vista. Gemidos. Gruñidos. Y yo en medio, mirándolos, deseándolos. ¿Qué narices se había apoderado de mi cabeza y de mis sentimientos?

Estaba tan absorta en esa imagen que no me di cuenta de que los soldados yrios estaban apareciendo de entre los matorrales.

Con las armaduras oscuras y las espadas ya rojas en sus manos. Nos estaban rodeando, con pasos firmes, como esperando una orden. Otros, más atrás, observaban la escena con los labios fruncidos y las manos en las empuñaduras de sus espadas. La pelea entre Edgar y Caranthir no era ya una cuestión privada. Edgar estaba preparado para llevarme por la fuerza.

Y entonces, el primer grito.

—¡Retiraos! —rugió uno de los guerreros ernórdicos que estaban empezando a entrar al patio directamente por la puerta principal.

Los yrios no respondieron con palabras. Uno de ellos alzó la lanza y apuntó directamente al pecho de Caranthir. Los ojos de este casi se salieron de sus órbitas; había estado tan atento de Edgar que tampoco se había dado cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor.

La hoja de la lanza brillaba justo frente al corazón de Caranthir, a tan solo un suspiro de distancia. El guerrero yrio no titubeaba. Detrás de él, otros dos alzaban sus armas, listos para intervenir.

Edgar dio un paso hacia adelante, el rostro aún enrojecido por la pelea, pero su mirada era clara, encendida por algo más que rabia. Me miraba de reojo. Sabía que estaba asegurando el terreno para mí, no para él.

—Baja eso —gruñó Edgar, su voz era como un filo opaco—. Yo no os he dado estas órdenes, ¿qué estáis haciendo?

El guerrero yrio no respondió, pero apretó los dientes. Caranthir empezó a sangrar del hombro por la lanza; soltó un bufido seco y cogió su espada del suelo con un golpe de pie. No para atacar, sino para marcar el límite entre los guerreros que se le acercaban por la derecha y él.

—Controla a tus soldados, Edgar —escupió este, sin amedrentarse, la sangre resbalando por su brazo hasta los nudillos. No hacía más que llamarme con los ojos. Prácticamente me suplicaba con ellos.

Edgar no respondió de inmediato. Su mirada se mantuvo fija en la lanza, como si pudiera quebrarla con los ojos. Luego, con

lentitud medida, alzó una mano hacia el guerrero yrio.

—¡He dicho que bajéis las armas! ¡Yo soy vuestro futuro rey! —gritó.

Hubo un momento de vacilación. Los guerreros yrios no se movieron. Uno de ellos apretó más la lanza en el hombro de Caranthir; este ni siquiera pestañeó. Cada vez, el chorro de sangre era más grueso.

—No te obedecen a ti, hermano. —Varyon apareció a pocos metros, en una llamarada rápida. Su voz llegó como una cuchilla envuelta en terciopelo—. ¿De verdad te creías que, con la muerte de nuestro padre, iba a quedarme ahí parado?

Edgar giró lentamente la cabeza hacia su hermano, el rostro endurecido como piedra.

—¿Así que esto es lo que quieres? —preguntó—. ¿Matarme aquí y ahora? ¿Ser ya el rey?

—¿Y cuándo, si no? —replicó Varyon con suavidad—. Has estado jugando con fuego, Edgar, sin saber que te ibas a quemar. También he venido a por ella; no te creas tan importante. —Se terminó la copa antes de reventarla contra el suelo y hacer aparecer su espada—. ¿Sabes? Las hadas de montaña hacen muy buenos tratos —prácticamente escupió cada palabra.

—¡Basta! —grité. Mi voz no tenía la potencia de la de ellos, pero el aire tembló al salir de mi garganta. Mi corazón latía tan fuerte que dolía. ¿El rey de Yriath había muerto? ¿Cuándo?

Todos se volvieron hacia mí. Varyon me miró con una sonrisa torcida. Edgar ni siquiera parpadeó. Al fondo, los guerreros ernórdicos no dejaban de llegar; solo necesitaba hacer tiempo para poder sobrevivir, para poder salvarlos.

—Loreley —dijo mi nombre como si fuera un veneno dulce—, las hadas de montaña tienen demasiado deseo en ti, ¿sabes? Me han ofrecido mucho por tu cuerpo. Lo que no dejaron muy claro es si lo necesitaban vivo o muerto.

Su sonrisa era tan hermosa como repulsiva y no dejaba de jugar con la espada mientras apuntaba en mi dirección. Los soldados ernórdicos se habían apostado ya entre los setos, flanqueando a nuestros enemigos. Antes de poder decir nada más, Caranthir gritó:

—¡Luchad! ¡Protegedla! —Y se giró tan rápido hacia mí que casi dio una voltereta. Moviéndose como una fiera herida, atravesó el espacio entre nosotros en apenas dos zancadas. Me cubrió con su cuerpo ensangrentado, pecho al frente, espada en alto, como si fuera un escudo hecho de voluntad pura.

Los ojos de Varyon eran llamas. Y justo detrás de él, un guerrero yrio de cuerpo brutal, cubierto de marcas de ritual, alzó su espada envuelta en fuego encantado. Este saltó con un grito de guerra ancestral. Un guerrero ernórdico intentó derribarlo, pero con dos movimientos este yacía muerto en el suelo.

Pero yo ya no era una niña a la que había que seguir protegiendo. Respiré hondo y busqué su mente a través de ese flujo de hilos que había en ese jardín. Hasta que encontré una grieta. Con un suave movimiento de muñeca simplemente dije:

—Dolor.

Y Alaric, que ese era su nombre, cayó al suelo gritando, con las manos sobre la cabeza. Caranthir se quedó boquiabierto mirándome, sabía que yo era la fuente del poder, que yo estaba haciendo eso.

Y entonces, el caos. Una flecha ernórdica salió volando por el aire, clavándose en el pecho de un soldado yrio que intentaba rodearnos por la izquierda. Un grito desgarrador llenó los jardines. Pero pude verles; habíamos conseguido tiempo, pues Feanor, a lo lejos, estaba ya gritando órdenes, y a su lado, Katrina estaba pálida, mirándome.

Yo no paré, no iba a dejar que Caranthir se sacrificara por mí. Este se había dado la vuelta lentamente, seguía con su cuerpo protegiendo el mío, pero sabiendo que si me tenía que dejar sola podría protegerme.

Cambié la mirada hacia Varyon; apenas conocía mi poder. No sabía ni cómo estaba provocando tanto dolor a Alaric, ni si podría entrar en más mentes a la vez, pero debía intentarlo.

Este no pestañeó, pero lo vi. La grieta en su mente. Un destello de duda en sus pupilas rojas, como si por un instante vislumbrara algo que no podía controlar.

Alaric seguía retorciéndose en el suelo, los tendones del cuello marcándose como cuerdas tensas, la sangre brotándole por la nariz y la boca. Estaba empezando a gritar sin aire ya en sus pulmones.

—¡Fuera de su mente, Loreley! —vociferó Varyon, dando un paso hacia mí.

Más flechas. Más espadas. La tensión crecía en el rostro de este. Mi pulso se aceleró. Una parte de mí quería huir, otra quería explotar como una estrella. Y otra, otra solo pensaba en Caranthir. Este no se había movido de mi lado. Firme como una estatua hecha carne y furia.

Inspiré hondo. Cerré los ojos y recordé el tacto de la mente de Alaric. Su dolor. Su caos. Y me lancé a ciegas hacia Varyon. Su mente era resbaladiza, cruel, protegida por capas de engaño. Pero también tenía puertas, pequeñas fisuras. Y conseguí entrar por una.

“No sabes lo que soy, Varyon”, susurré en su cabeza.

—¡Y tú no tienes ni idea de lo que es él! —me gritó y me dirigió hacia todos sus pensamientos. Mostrándolo todo. Su crueldad. Su ira. Y a Edgar, con todas sus diferentes máscaras.

Y en ese instante, Varyon rugió como una bestia acorralada y alzó su espada contra Caranthir. Edgar se puso en medio, luchando con todas sus fuerzas contra su hermano. Pero lo que yo acababa de ver de él... Era imposible. Pero no había tiempo para dudar. Fluí más hondo por su mente y lo encontré.

—Dolor.

Una ola de fuego oscuro emergió dentro de su cabeza, pero era muy fuerte para mí. Simplemente le hice titubear un poco, lo justo para que no le diese tiempo a reaccionar cuando Edgar le lanzó la espada contra el pecho, y en un solo segundo, esta estaba clavada, atravesándolo.

No puede ser. Una simple escaramuza, una pelea entre dos hombres, se había convertido en una auténtica masacre. Había por lo menos treinta soldados muertos entre ambos bandos y Edgar... acababa de matar a su propio hermano.

Vi cómo de repente sus ojos solo mostraban temor y odio a sí mismo por lo que acababa de hacer. Sus brazos no dejaban de

temblar, aún extendidos, como si no supiera soltar la espada. Como si el arma hubiese quedado pegada a su culpa. La sangre de Varyon, tan espesa y caliente, le goteaba por los nudillos, tiñendo la empuñadura. No dijo nada. Ni siquiera pestañeó. Solo respiraba. Rápido. Superficial.

—¡No! —El grito de Seraphine me rompió en mil pedazos—. ¡Qué habéis hecho!

El cuerpo de Varyon cayó de rodillas primero, como si todavía no aceptara la muerte. Luego se desplomó hacia un lado, con los ojos entreabiertos, aún clavados en su hermano.

Yo también temblaba. En menos de un suspiro, Edgar había dejado de ser solo deseo. Había visto su verdadero rostro, ¿cómo podía tan siquiera sentir algo por él?

Caranthir se giró hacia mí, jadeando. Me tendió la mano. No sé si era cómo disculpa, para sacarme de ahí sin que hubiese más heridos, o ambas.

—Por favor —añadió, su voz muy suave.

Toda la imagen era horrorosa. Alaric seguía tirado en el suelo sangrando de nariz y boca. Seraphine estaba atravesando todo el patio corriendo, sin importarle los soldados de cada bando o lo que acabara de pasar. Feanor estaba ya a solo unos metros terminando de rematar a cada traidor... Pero Edgar, este no se movía. Siguió allí, como una estatua rota, con las manos manchadas de sangre. Podía ver cómo se había quebrado, era incapaz de recomponerse.

Di un paso hacia Caranthir, hasta que finalmente toqué su brazo.

—Loreley... —murmuró Edgar, apenas audible, como si incluso pronunciar mi nombre ahora le hiciera daño.

Pero ahora mismo no podía girarme. Si lo hacía, dudaría. Él no era la misma persona que veía en mis sueños, no era real.

Caranthir me rodeó con el brazo bueno, como un gesto instintivo.

—Vamos —susurró junto a mi oído—. Ya has visto suficiente por hoy.

Y yo asentí. Una vez.



VISIONES INESPERADAS

Caranthir

La acompañé en silencio hasta su habitación. Sus pasos eran lentos, casi arrastrados, y sus hombros caídos delataban lo que yo sabía: Loreley estaba completamente exhausta. Era por el poder, el que había usado sin contenerse, el que había brotado de ella como un río desbordado. Ella era muchísimo más fuerte de todo lo que los demás pensaban, incluso puede que de lo que ella misma creía.

Cuando llegamos a su habitación, no dijo nada. Solo entró hasta el centro de esta y se quedó parada. Yo me quedé un segundo en la puerta, dudando si debía seguirla o era mejor dejarla sola. Pero entonces se volvió un poco y me miró; sus ojos decían “no me dejes sola”.

Cerré la puerta detrás de mí.

El fuego aún crepitaba. Una luz tenue bañaba la habitación, suficiente para ver cómo se dejaba caer sobre la cama sin desvestirse siquiera. Se tumbó de lado, el rostro medio oculto por el cabello. Parecía más niña que guerrera, mucho más humana que de costumbre.

Me senté en una silla junto a la ventana. No quería incomodarla ni mucho menos, no después de todo lo que había pasado esa noche.

Pasamos unos minutos en silencio. Yo sabía que ella todavía no dormía. Lo notaba por cómo su respiración no encontraba el ritmo; esta era demasiado entrecortada.

Y entonces hablé. No porque pensara que era el momento perfecto, sino porque sabía que si no lo hacía ahora no lo haría nunca.

—Lo de Astrid... —dije en voz baja—, no fue lo que piensas.

No se giró. Pero no me interrumpió, así que seguí.

—Fue una estrategia. Una manipulación de las suyas. Y yo fui un idiota que le siguió el juego. Te juro que ni siquiera sentía ser yo. Me metió algo en la bebida...

Suspiré. Me pasé una mano por la nuca. Ni un solo músculo de su cuerpo reaccionó. Tragué saliva; sentía la garganta demasiado seca con cada palabra.

Me levanté y crucé la habitación despacio. Me arrodillé junto a la cama, sin atreverme a tocarla.

—Por favor. Háblame, Loreley —murmuré—. Grítame si quieres. Pero dime algo, lo que sea.

Me odiaba por suplicar, pero me dolía mucho más su silencio. Apenas salió un hilo de voz de ella, como si viniera desde un abismo muy profundo.

—No quiero sentirle, ni soñarle. No puedo más, Caranthir. Estoy completamente atrapada con él. —Se dio la vuelta mientras lo decía. Sus ojos bañados en lágrimas y su mirada perdida.

Se apartó a un lado de la cama. Y, sin pensarlo dos veces, me tumbé con ella, intentando sanar sus heridas, protegiéndola de sí misma. Me acerqué lo suficiente para que se acomodase en mi pecho, mientras yo la abrazaba con cuidado, sintiendo cada temblor

de su cuerpo contra el mío. Su fragilidad me atravesaba y, al mismo tiempo, me hacía sentir un fuego silencioso que me recorría desde dentro.

La sentí relajarse poco a poco, su respiración volviéndose más lenta, más tranquila, hasta que finalmente se durmió.

Yo no podía moverme, no quería perder ni un instante de esa cercanía. Me quedé en silencio, mirando al techo, atento a cada uno de sus movimientos, a cada respiración, como si pudiera mantenerla a salvo simplemente permaneciendo allí. Y, poco a poco, el peso de la noche me venció también.

✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕ ✕ ✕ * ✕

No sé cuánto tiempo pasó. Pero Loreley empezó a agitarse en sueños. Primero murmuraba, era como un susurro ahogado entre dientes. Luego vino el temblor. Su cuerpo entero convulsionaba, su pecho subía y bajaba con una violencia que no reconocía. Hasta que gritó.

—¡No! ¡No me toques!

Me incorporé de golpe.

—Loreley, estás soñando —dije, poniéndome sobre ella, sin tocarla—. Estás a salvo. ¡Loreley, mírame!

No respondía. Solo gritaba y sudaba mientras la fiebre no dejaba de subirla. Me giré hacia la puerta.

—¡Necesito ayuda!

En unos segundos, esta se abrió con brusquedad. Katrina entró primero, con la bata medio desabrochada y la mirada encendida de preocupación. Detrás de ella, Eledhween. Y, por último, Feanor. Este se detuvo en seco al vernos tan juntos; yo solo llevaba puestos unos pantalones, había dejado la túnica en alguna parte del jardín. Ni siquiera me había parado a lavarme la herida del hombro.

La expresión en su rostro lo dijo todo. Sus ojos pasaron de Loreley a mí y luego de nuevo a ella. Esta no dejaba de temblar envuelta en las sábanas, con mis brazos aún medio extendidos hacia ella y mi pecho descubierto donde apoyaba su cabeza.

—No puedo despertarla —dije, alzando la mirada hacia Eledhween, casi como súplica.

Ella se acercó a la cama lo más rápido que pudo, y arrodillada puso las manos sobre su pecho.

—Está atrapada —susurró.

Una brisa helada recorrió la habitación, como si el aire mismo se hubiera tensado con su presencia. Las manos sobre el pecho de Loreley brillaron por un instante con un fulgor suave, azulado.

Ella se estremeció una última vez, despertando. Sus ojos se abrieron de par en par; las pupilas las tenía completamente blancas.

—Loreley —susurró Katrina, con la voz rota—. ¿Qué ha pasado?

Esta parpadeó varias veces, como si no supiese exactamente dónde se encontraba. Yo podía sentir su pulso acelerado, casi desbocado. Al fin giró el rostro hacia nosotros. Sus labios se movieron casi sin sonido, hasta que logró pronunciar algo.

—¿Quién es Selene?

Todos empezamos a mirarnos entre nosotros.

—Es tu tía, Loreley —dijo Eledhween con voz suave—. Llevamos años sin saber nada ni de ella, ni de sus hijos.

—¿Qué te dijo? —pregunté, aún sentado junto a ella.

Loreley tragó saliva. La voz la salía a trompicones, aun completamente rota.

—Sus ojos estaban blancos, y el cabello la cubría prácticamente entera. Estaba triste, pero muy hermosa.

Loreley cerró los ojos, y su voz bajó hasta volverse un susurro.

—Me mostró a mi abuela... Me dijo que tenía que luchar contra ella, que yo era más fuerte. Pero ella nos vio, nos notó, nos atrapó. Yo no podía hacer nada...

Hubo un silencio espeso, como si el aire se hubiese congelado entre nosotros.

Feenor dio un paso hacia la cama. Tenía los puños apretados y la mirada fija en el suelo. Katrina lo miró de reojo, pero tampoco habló. Fue Eledhween quien rompió el silencio, con un hilo de voz contenido.

—¿La Reina Inmortal os vio?

Loreley asintió apenas, con un movimiento lento de cabeza.

—Era como si me arrancara la mente. Y Selene gritó. Pero su mirada estaba dentro de mí. Su cuerpo cambió como si de repente fuese otra persona, y entonces desapareció.

Yo no sabía qué decir. Solo podía observarla, deseando ser capaz de tomar ese miedo suyo y cargarlo en mi espalda.

—¿Recuerdas algo más? —insistió Eledhween, más seria.

Loreley cerró los ojos de nuevo. No dejaba de temblar.

—Dijo que la reina está preparando un heredero... Uno con todas las sangres.

Katrina se sentó al borde de la cama. Le tomó la mano a Loreley con delicadeza.

—Selene era la hermana mayor de tu madre. Desapareció cuando tú no eras todavía ni un bebé, después de ayudar a Naerya a escapar. La Reina dijo que la había matado, pero nunca lo creímos del todo. No se ha vuelto a tener ninguna noticia de ella desde entonces.

—No murió —murmuró Loreley—. Está atrapada. Vi ruinas y auroras. Pero no sé dónde está.

—¿Y si te está diciendo la verdad? —pregunté, sin apartar la vista de esta.

Eledhween frunció el ceño.

—Entonces las musas se han aliado con las hadas de montaña y han firmado nuestra sentencia de muerte —dijo Feanor con una rabia incontenida.

—O la están reescribiendo —corrigió Eledhween, en voz baja—. Porque si Selene ha conseguido hablar desde el exilio...

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —preguntó Loreley, con un temblor amargo en la voz—. ¿Y si Selene también me está usando? ¿Y si ella también me está mintiendo? Ya no puedo confiar en nadie.

Eledhween se levantó y se dirigió a Feanor.

—Tengo que irme. Tengo que ver qué encuentro. Tenemos que descubrir todas las piezas antes de nuestra siguiente jugada. No quiero más muertes bailando a mi alrededor.

Feanor asintió con la cabeza. Y simplemente, Eledhween se fue.

Poco a poco, Katrina y Feanor también salieron de la habitación después de asegurarse de que Loreley estaba mejor y de oír llorar a Idril. El silencio volvió a caer sobre nosotros como una manta pesada. Ella seguía temblando, envuelta en las sábanas, con los ojos fijos en el vacío mientras su pecho subía y bajaba con dificultad.

Me volví a acercar, lentamente, consciente de cada uno de sus movimientos, de cada respiración entrecortada. No dije nada, no había necesidad de palabras. Solo extendí el brazo y la ayudé a tumbarse de nuevo. Loreley no se resistió, se acomodó en mi pecho y dirigió su mirada hacia mí.

—Gracias —murmuró, con la voz temblorosa—. Quédate, por favor.

Me acomodé a su lado, asegurándome de que se sintiera segura. Su frente descansó contra mi pecho, y pude sentir cómo su respiración se fue volviendo más lenta, más tranquila. Cada latido suyo parecía resonar contra el mío, como si el silencio de la habitación los uniera en un espacio aparte del mundo.

—Te quiero, Loreley. —Mis palabras salieron sin pensar y se quedaron expuestas en el aire, sin respuesta.

CAPÍTULO 5:

RESPUESTAS

“Cinco portales laten hacia mi corazón,
y quienes buscan mi esencia deben escuchar los
cantos del viento,
tocar la llama de la roca, sentir el murmullo del agua,
recorrer la sombra de los bosques y abrazar el frío de
las montañas.

Solo así conocerán mi núcleo, y solo así
comprenderán la vida y la muerte que guardo.”

—Cánticos a la Madre Tierra



TRAICIONES EN CADENA

Thalion

Desde la penumbra del pasillo, la escuchaba gritar. Estaba completamente eufórica.

—¿Dónde está?! —La voz de Seraphine se alzaba por todo el palacio como una daga afilada—. ¡El niño! ¿Dónde está el niño?

Vi a Edgar retroceder un paso, pálido, los ojos desorbitados como si por fin estuviera viendo la magnitud de lo que esta había hecho.

—Hermana, ¿qué has hecho? —murmuró, la voz rota.

—¡Lo hice por ti! —lo interrumpió, girándose hacia él con los ojos llameantes—. ¡Por ti y por tu reino! Tú no fuiste capaz de traer a Loreley. Yo he tenido que hacer todo el trabajo sucio en tu lugar.

—Pero has usado a un bebé... —repitió Edgar, casi con asco.

Ella temblaba de rabia, de impotencia. Daba vueltas en círculos como una fiera acorralada. Tenía el pelo enredado de llevar días sin dormir ni asearse, y apretaba tanto las uñas en sus manos que podía oler la sangre desde donde yo me encontraba.

Di un paso fuera de las sombras. Ambos se giraron. El rostro de Seraphine se contrajo como si acabara de ver un espectro.

—Demasiado tarde —dije con calma—. Ya no está aquí. El niño ha sido devuelto a sus padres. Y, como supondrás, tu alianza con nosotros está completamente rota.

Silencio. El de los dos. Como si mis palabras hubieran vaciado la habitación.

—¿Seraphine...? —empezó Edgar, pero no le miré.

Mis ojos estaban clavados en ella.

—Nunca serás reina. Nunca —le dije con una frialdad que ya no podía fingir que me dolía—. No después de esto. Te has vendido a ti misma por un poder que no entiendes. Has traicionado cada juramento, cada pacto. ¡Este no era el trato! —Le apunté con el dedo mientras decía todo esto, con la mirada más fría que había puesto en mucho tiempo.

Ella trató de recomponerse. Alzó el mentón con soberbia, pero la máscara de niña dulce ya no servía; se había agrietado con el paso de los años.

—Loreley está en camino —me desafió—. Lo sabes tan bien como yo.

—¿Loreley...? —El loco de Edgar seguía sin entender nada. ¿Cómo había llegado a encontrarse de aquella manera? De verdad que tenía fe en que él fuese mejor gobernador que sus padres...

Asentí lentamente.

—Has cometido el mayor de los errores, Seraphine. Creer que podías jugar con todos y quedar impune.

Di un paso más.

—Y te juro —continué, dejando que cada palabra cortara como el vidrio— que esta vez no habrá tregua para ti. Ya no te quedan más aliados.

Ella no respondió. No podía. La habitación, tan pulcra, tan perfumada, parecía de repente un ataúd lleno de flores podridas.

Edgar me miraba como si todo acabara de desplomarse sobre él, como si por fin viera a su hermana como una estrategia desesperada por el control, sin escrúpulos y sin límites.

Seraphine no se movió. Pero sus ojos, antes dulces, se volvieron afilados y, con la voz muy baja, apenas un murmullo, pero lo suficiente como para helarme la sangre, dijo:

—¿De verdad crees que estoy sola? —Dio un paso al frente—. ¿De verdad crees que no sabía que todo esto iba a pasar? —Su pelo empezó a arder, volviéndose completamente rojo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Porque no lo dijo como una amenaza, sino como quien revela una verdad ancestral. Y antes de que pudiera formular la pregunta que ya se formaba en mi mente, ella alzó la mirada hacia el ventanal. Allí, donde el cristal daba paso a la oscuridad, una silueta se perfiló. Delgada, elegante, con los ojos vacíos como una noche sin luna.

—Icarus —susurré, y apenas pude terminar el nombre.

Un zumbido sordo me llenó la cabeza. Un chasquido en el aire, como un insecto batiendo alas con violencia, y la magia se me escapó de los dedos. Sentí que el mundo se doblaba ante mí. Me fallaron las rodillas, las manos, los ojos...

—Lo siento, Thalion —La voz de Seraphine sonaba ahora más vieja, más ajena—. Pero tú me has traicionado primero. Creo que eso es lo que cuenta.

Caí. No estaba dormido. Pero tampoco podía moverme.

—Era inevitable —escuché, desde alguna parte lejana.

—¿Qué estás haciendo, te has vuelto loca?

—Recuerdos de tu fuerte esposa, Thalion...

Seraphine. Edgar. Icarus. Casi no podía ni distinguir las voces.



CARTAS EN LA MESA DE GUERRA

Eledhween

El despacho de Feanor olía a decisiones tardías y humo de cartas quemadas. Las cortinas estaban cerradas, como si quisieran negar que el mundo se estaba deshaciendo justo al otro lado del cristal.

Entré sin anunciarme. No suelo hacerlo. Si aún no han aprendido que yo siempre vuelvo, es que no merecen llamarme cuando de verdad me necesitan.

Katrina estaba de pie, con los hombros tensos y los ojos mucho más hundidos que cuando partí. Tenía varias cartas en las manos, una de ellas con el sello de Maelis. Lo reconocí antes de verlo del todo.

—Por fin —dijo. Sonaba preocupada, agotada.

Me quité los guantes con lentitud. Dejé que el silencio hablara antes que yo.

—¿Qué ha pasado?

—Todo —respondió ella, y me tendió los diferentes pergaminos—. Nada. El equilibrio se ha ido a la mugre, Eledhween.

Tomé cada uno de ellos en silencio. Fui reconociendo los sellos uno a uno. Leí primero la carta de Maelis. La caligrafía era exquisita. El veneno, sutil. Y, sin embargo, tan claro como un puñal al cuello.

"A los soberanos de Valdrenheim y a aquellos que aún tienen voz sobre la sangre que antaño juraron proteger:

Os escribo no en súplica, sino en reclamación.

Loreley nos pertenece.

No como se posee una joya o la tierra, sino como se reclama lo que es sangre de la sangre, raíz de la raíz. Su existencia misma es un eco de pactos olvidados: el linaje de los cinco reinos antiguos fluye por sus venas, entrelazado con la vieja magia de las hadas, la voluntad de los bosques eternos y la promesa incumplida de quienes juraron no mezclar el poder en sacrificio.

Vosotros la escondisteis. Vosotros la ayudasteis a que fuera creada y protegida.

He sido paciente. He callado mientras vuestro caos devoraba el equilibrio. He observado a los hombres pelear como niños por coronas vacías. Pero ahora, que puedo escuchar el clamor de las Musas Inmortales.

Ellas han comenzado a cantar, para Loreley.

Vosotros no sabéis lo que portáis. Pero yo sí.

Os quedan treinta días. Solo treinta.

Devolvedme a Loreley. Entregadla con dignidad y silencio, o yo misma cruzaré los valles y haré arder las fronteras. No enviaré emisarios ni abriré parlamentos. No levantaré embajadas ni sellaré pactos.

Enviaré ejército tras ejército, criatura tras criatura. Desenterraré a los dormidos bajo las raíces y liberaré las antiguas tormentas. Y cuando te encuentre, Katrina, te mataré lentamente para que todo el poder que nos arrebataste sea devuelto a nuestras tierras. Y ese niño tuyo morirá contigo también.

Habéis tenido tiempo. Habéis jugado con llamas que no os pertenecían desde un primer momento. Esta es la última advertencia. Después de esta carta, solo vendrá el silencio, o la guerra."

La había leído en alto. No sé cuánto tiempo llevábamos en silencio, pero ni yo ni Katrina habíamos dicho una sola palabra. Estaba pensando, maquinando.

—¿Cuántos días nos quedan, Katrina? —Mi voz sonó más seca de lo que pretendía, como si la carta me hubiese arrancado algo de dentro.

Katrina no me miró.

—Catorce —dijo al fin.

El silencio volvió a caer como un paño húmedo, pegándose a la piel. Apreté los labios. No nos quedaba tiempo. No con las musas cantando en sus oídos.

—¿Completaste el rito? Porque si no lo hiciste te pueden arrebatar tu magia —la pregunté, pero ella no respondía—. ¿Loreley lo sabe? ¿Dónde está Feanor? —Más preguntas sin respuesta; no le quedaban fuerzas para más reproches—. ¿Qué más ha llegado? —Cogí la siguiente carta sin pensarlo. El sello era rojo, de Yriath. Y empecé a leer.

"Seraphine, princesa de Yriath y futura reina de Yriath:

No pretenderé cortesías cuando el mundo se desangra y vosotros, en vuestra arrogancia, seguís fingiendo que los hilos no se os escapan de entre los dedos.

No he escrito para suplicar. Pero sí para ofrecer algo más valioso que todo el oro del reino: estabilidad y equilibrio.

Edgar ya no puede gobernar. Ni en su corazón ni en su razón. Su mente es una tempestad, y su trono, una silla vacía llena de heridas. Día a día pierde aliados y gana enemigos. Se aferra a una corona que ya no lo reconoce. Y Varyon... su muerte siempre estará en vuestras conciencias.

Yo, en cambio, escucho. Pienso. Trazo. Tengo aún las manos limpias de sangre, pero no me tiembla el pulso para mancharlas si es necesario.

Sé lo que Loreley es; los elfos del agua me avisaron. Y sé lo que puede ser. No soy tan necia como para desear su destrucción, ni tan arrogante como para reclamar su obediencia. Pero si no viene con mi hermano y acepta su destino, será arrastrada por el abismo que él mismo ha abierto.

Mi propuesta es clara: entregadla bajo mi protección. No como rehén, sino como aliada. No como prenda, sino como pieza clave de algo mayor.

Con vuestro respaldo, y con ella a salvo, yo reclamaré el trono que Edgar ya no puede sostener. Además, los elfos del agua lucharán por ella. Los tres reinos juntos pacificaremos a la Madre Tierra en semanas. Y, si es necesario, abriremos el portal con el heredero de Edgar y Loreley, pero para nosotros. Para eliminarlas de una vez por todas de este juego infernal.

Negad esta oferta y veréis lo que ocurre cuando el caos se multiplica por mil. Cuando Maelis venga con su furia antigua. Cuando Edgar, consumido, se hunda. Cuando vuestros nombres sean recordados no como héroes, sino como traidores que no supieron elegir a tiempo.

Feanor, ya te dije hace unos días que ahora saben tus enemigos que tienes mucho más que perder. Y por lo visto, ya te han robado algo. No me lo tengas en cuenta, no es personal. Pero volverá sano y salvo cuando nuestra alianza haya sido pactada.

El mundo se mueve con o sin vosotros. Y yo también. Esperaré a Loreley en menos de cinco días."

Lentamente bajé la carta y miré a Katrina. Esta se había sentado, rígida como una estatua de sal. Tenía los ojos fijos en la chimenea apagada, como si en las brasas muertas pudiera encontrar una explicación. Pero sus manos no dejaban de temblar. Las apretaba contra la falda como si sostuvieran algo que ya no estaba allí.

—¿Dónde está tu hijo? —pregunté; cada palabra dolía más que la anterior.

Katrina no respondió. Di un paso hacia ella y la obligué a mirarme.

—¿Dónde está tu hijo, Katrina?

Ella tragó saliva, con los labios entreabiertos.

—Ella se lo llevó. Creó. Simplemente desapareció de la cuna mientras dormíamos.

Katrina cerró los ojos. La máscara de entereza que aún sostenía empezó a agrietarse.

—Había un sello en la cuna. Uno de los suyos. La barrera estaba rota, nadie lo notó. Ni siquiera yo. —No había sentimiento en aquellas palabras, solo vacío.

—¿Y no hiciste nada? —Mi tono se volvió más afilado—. ¿No levantaste un ejército? ¿No quemaste medio reino por recuperarlo? ¿Dónde está la Katrina que yo conozco? ¡Dónde!

—¿Cómo quieres que haga algo si mi marido no es capaz ni de mirarme a la cara? ¡Lleva días torturando a sus propios soldados para saber quién ha sido! ¡Para saber algo! ¡Y tú no estabas! ¿Dónde estabas, Eledhween? ¿Eres tú la traidora?

Tuve que girarme. Necesitaba no verla. No podía seguir hablando con ella en ese tono. No ahora.

—Yo estuve buscando una salida, Katrina. Nunca pensé que llegaríamos a esto.

—¿Qué salida, Eledhween? —repitió, y esta vez no gritó. Lo dijo tan bajo que dolía más. Como si ya no esperara una respuesta, solo quisiera herirme con la pregunta—. Ya no hay salida para nosotros.

Respiré hondo. No sabía si quería abrazarla o abofetearla. No sabía si me dolía más la pérdida de ese niño o el hecho de verla rendida.

—Una salida que no implicara arrodillarnos ante reinas que juegan con nuestras vidas como si fuéramos piezas de un tablero —le respondí al fin, despacio, sintiendo cómo las palabras me quemaban por dentro—. Una que no nos exigiera sacrificios imposibles. Quería ganar sin tener que perder, sin jugar al juego de la reina inmortal o al de tu madre. Y mucho menos jugar al de una niña malcriada yria.

—Pues ya hemos perdido —dijo Katrina con un hilo de voz. Guardé silencio un instante.

—No —respondí al fin, sin mirarla—. Katrina, he ido al único lugar al que nadie se atreve a entrar.

Katrina giró lentamente el rostro hacia mí, sus ojos apagados, sin comprender aún todo lo que estaba pasando.

—Fuiste al sur... —susurró, sin atreverse a nombrarlo. Como si aún le costara creerlo.

—Busqué a Selene, sí. Pero Icarus me encontró antes —murmuré, y sentí cómo las palabras me arrancaban el aire. Mi garganta ardía—. Tenía que buscar respuestas, Katrina; algo no encajaba con Loreley. Icarus me lo dijo a su modo... como siempre hace.

Los nombres, los rostros, las visiones... me taladraban la mente desde hacía semanas. ¿Cuánto tiempo había estado Icarus jugando con mi mente para todavía seguir sintiéndome así? Pensaba que solo había pasado unas horas allí y, cuando me quise dar cuenta, él ya no estaba y habían pasado días.

Me senté. Las piernas me temblaban. Hacía días que no dormía bien. Y hasta había olvidado cuándo había comido por última vez algo que no fuese pan y queso rancio.

—He descubierto quien es el padre de Naerya y Selene. Fue Eorlum, el hermano del rey de Lunevaris—dije. Sus ojos por fin se encendieron.

—Naerys era mestiza entonces. Y el padre de Loreley tenía esas aperturas en la espalda... aunque sin alas. ¡Era mestizo también!

El silencio se instaló entre nosotras por un instante, como si el aire mismo necesitara tiempo para adaptarse a esa verdad.

—Cuatro sangres corren por ella, Katrina. Cuatro muy fuertes —añadí con firmeza—. Por eso es tan importante y tan poderosa. Siento haber tardado tanto en regresar, pero necesitaba volver con toda la información.

—¿Las leyendas entonces son ciertas?

—Icarus... él es solo un peón forzado por Yssindra en este juego. Es el que está en la cabeza de Loreley; quieren que tenga un hijo de Edgar. Para que los cinco linajes se unan. La Reina Inmortal quiere a ese heredero, para abrir el portal y llegar a Madre Tierra,

pero no donde las hadas, sino en su propio reino. Creo que hay un portal directo, un agujero a la Madre Tierra en cada uno de los reinos; eso fue lo que creó el equilibrio, Katrina. Y esto está empezando a ser una carrera por ser los primeros en hacerse con todo el poder. ¡Y nosotros vamos los últimos!

—Cinco —susurró ella, y cerró los ojos.

—De esta manera, y únicamente así, el portal podría abrirse a la Madre Tierra. No sé exactamente qué es lo que pasa después. Solo sé que las hadas piensan que los cinco linajes ya florecen sobre ella. Todo esto es muy raro, Katrina. Y siento que nos sobrepasa. Algo se nos escapa.

—Y por eso te fuiste a buscar respuestas sola —concluyó Katrina, la voz rota, pero sin reproche.

—No podía volver con suposiciones. Necesitaba certezas. Necesitaba saber toda la verdad para juntar las piezas.

—¿Crees que Seraphine lo sabe? —me preguntó.

—¡Claro que lo sabe! Ha estado haciendo alianzas con los elfos a nuestras espaldas. —Me levanté y empecé a dar vueltas por la habitación—. Al principio pensaba que solo quería proteger a su hermano. Ahora creo que únicamente quiere el poder. Katrina, te ha robado a tu hijo no solo para que la demos a Loreley, sino para que la apoyemos como reina. Y fíjate por dónde: su padre está muerto, su hermano mediano está muerto. Creo que es mucho menos inocente de lo que pensamos.

Katrina se puso en pie. Ya no temblaba.

—Te ha llegado una carta hace unas horas. Tiene el sello de Lunevaris. Por eso sabía que llegarías hoy, pero ni siquiera tuve fuerzas para abrirla —dijo con la voz ronca, según se acercaba al escritorio para cogerla y dármela.

Era de Thalion. El papel estaba sellado con cera azul. La abrí sin pensarlo dos veces. Su caligrafía era limpia, precisa, casi dolorosamente elegante. Un eco de la forma en que solía hablarme. Leí en alto de nuevo.

"Mi querida Eledhween:

Me resisto a escribirte como se hace a una amiga. Tú fuiste más que eso. Sigues siéndolo, aunque por mucho que lo sienta no

sea compartido.

He permanecido en silencio demasiado tiempo. Pero las corrientes ya no callan. Las aguas azules han hablado. He visto la imagen de un niño envuelto en sombras y en tierra. He visto las cinco sangres reunirse donde no debían. Y he sentido el aliento de la profecía moverse, respirando sobre nuestras espaldas.

Seraphine ha sellado un pacto con mis padres. No de palabras, sino de voluntad antigua. Ella quiere proteger el destino a toda costa.

Por otro lado, las corrientes me han mostrado dónde empezará la primera batalla. El lugar no es simbólico, sino exacto. Concreto. Un valle abierto en las ruinas de Pintré. Allí se romperá todo. O podrá detenerse. Aún estamos a tiempo.

Te pido, te ruego, no como tu príncipe, ni tu prometido, que vengas a verme. No por nostalgia, sino porque nuestras aguas lo curan todo, Eledhween, hasta la más cruda de las profecías. Ella tiene que aprender y sanar, antes de que todo ocurra.

Confía en mí, en lo que fuimos. Esperaré tu llegada con ellas.

Si vienes, Katrina obtendrá lo que más desea. Eso os daré a cambio. Te lo prometo. Además, fue mucho más fácil de lo que pensaba entrar en su reino. Y mucho más todavía quedarme a cotillear."

Katrina cayó al suelo y se desmayó. Corrí hacia su lado mientras que lo único en lo que pensaba era en Loreley y en que debíamos partir ya mismo.



LAS CLOACAS

Caranthir

El olor era insoportable. Ni siquiera la peste que se filtraba por las cloacas podía cubrir del todo el hedor a sangre, sudor y orina rancia. A veces me gustaba pensar que el infierno olía así, y que, por lo tanto, a cada persona que mandaba a este tenía que pasar el resto de su vida entre ese hedor.

La celda no era más que un pozo de piedra húmeda, hundido bajo capas de tierra y olvido. Las paredes rezumaban agua constante, que se mezclaba con la suciedad hasta formar un barro oscuro en el suelo. Cada paso crujía por los restos de huesos, y el eco de los goteos marcaba un compás irregular, como un reloj que latía fuera de control. En las esquinas, la penumbra se espesaba, escondiendo movimientos furtivos; a veces, los ojos brillantes de los

roedores se encendían un instante antes de desaparecer entre los agujeros de las rocas.

Las antorchas apenas iluminaban más allá de un par de metros, proyectando sombras alargadas que se retorcían como espectros en la pared. Había barrotes torcidos que no llevaban a ninguna parte, puertas selladas con cadenas oxidadas que ocultaban prisioneros olvidados. Todo allí parecía construido no solo para aprisionar cuerpos, sino para quebrar las mentes. El aire estaba cargado de un silencio que no era natural.

Alaric colgaba de las muñecas; se podía ver cómo tenía las cadenas incrustadas en la carne. La sangre seca se había mezclado con el óxido, formándose costras negras que tenían muy mala pinta. Llevaba horas allí. Días, tal vez. Había perdido la noción del tiempo en este asqueroso lugar. Desde que ella se fue, ya no había diferencia entre la noche y el día; no podía dormir ni comer. Una parte de mí se había ido con ella.

Su voz ya no gritaba. Ahora solo quedaban los gorgoteos húmedos cada vez que intentaba abrir la boca, como si la misma garganta se negara a dejar escapar un sonido. Pero aún podía notar su respiración. Su pecho subía y bajaba a un ritmo irregular y roto. Y eso bastaba para recordarme que todavía estaba ahí, sin darme la información que yo necesitaba.

—Vamos —susurré, inclinándome sobre su rostro deformado—. ¡Dime quién está detrás de todo! ¿Qué planea Seraphine? ¿Dónde están sus tropas?

Me miró. Un ojo cerrado como un higo podrido. El otro aún brillaba con un odio que me revolvía el estómago.

—Eres igual que ellos... —murmuró—. Solo que tú no sonríes cuando lo haces.

Respondí con un puñetazo seco en el estómago, directo al diafragma. Su cuerpo se contrajo. La sangre le goteó por la comisura de los labios. Pero no dejé de mirarle.

—Y tú más cobarde que todos ellos juntos —le escupí—. Seraphine te dejó como un perro atado y aun así la proteges. Eso no es lealtad. Es debilidad. Ella desapareció con el cuerpo de tu rey,

mientras que tú quedaste abandonado a nuestra merced. —Le asesté otro golpe, esta vez en la cara.

—¡Caranthir! ¡Basta!

La voz rebotó en los muros como un trueno. Me giré de golpe. Katrina y Eledhween estaban en la entrada de la mazmorra. Empapadas de sudor y barro.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, sin molestarme en esconder toda mi rabia.

—¿Qué haces tú aquí? —me devolvió Katrina con una mirada helada, señalándome con el dedo—. No eres un verdugo.

—No. Soy algo peor —respondí, y lancé un cubo de heces sobre Alaric—. Él sabe cosas. Lo noto. Pero se calla. Y cada segundo que pasa, Loreley está ahí fuera sola.

Eledhween me empujó contra la pared húmeda sin previo aviso. Me encaró, la mandíbula apretada como si fuera a romperse, por un momento pensé que iba a sacarme los dientes.

—¿Dónde está Loreley? —prácticamente me gritó—. ¡Se te ordenó que la protegieras!

Tragué saliva. Noté cómo la fuerza se me congelaba por dentro. Ya no era solo el eco de mis propios errores. Era la realidad abriéndose en dos frente a mí.

—Se fue —dije al fin, con la voz más baja de lo que pretendía—. Hace tres noches. Nadie la vio salir. Y simplemente... no pude seguirla; mis piernas no respondían cuando intenté ir hacia Yriath. Ella me ha hecho esto.

Una risa ronca salió de Alaric.

—La musa se metió en tu cabeza —dijo mientras escupía sangre.

Eledhween retrocedió un paso, como si la hubiera golpeado. Katrina, en cambio, se quedó inmóvil. Pero algo en sus ojos cambió.

—¿A dónde? —preguntó ella, tensa.

—Vio la carta de Seraphine en la mente de Feanor, o más bien este se lo mostró. Sabía que el niño estaba en Yriath. Creyó que podía recuperarlo si se entregaba; si cumplía con el maldito destino que todos quieren imponerle. Ha ido con Edgar... y yo no puedo ir a buscarla. —Mi voz casi desapareció en esa última frase.

Katrina alzó la mano para cubrirse la boca, pero no lloró. Ni un solo temblor. Solo esa rigidez feroz que precede a la tormenta.

—¿Y tú lo sabías? —me preguntó.

—Ni siquiera me dijo sus intenciones, Katrina. Habíamos empezado a entrenar, estaba mejorando con sus poderes. Estábamos... bien...

El silencio se volvió espeso como el aceite. Eledhween bajó la mirada mientras se apartaba de mí; podía ver cómo apretaba sus puños con fuerza. Katrina se quitó lentamente la capa que llevaba y la dejó en el suelo.

—Entonces Feanor... —murmuró Eledhween.

—Está reuniendo tropas —dije—. Está dispuesto a tomar Yriath por la fuerza. Pues Seraphine no ha cumplido su palabra. No sabemos nada de ella desde hace días, y mucho menos tenemos noticias de Idril.

No podía mirar a Katrina por el peso de la culpa.

—¡Seraphine no ha cumplido su palabra porque Thalion nos está ayudando! —exclamó Eledhween—. Tiene a Idril en Lunevaris para nosotras, y nos ha dado la ubicación exacta donde se encuentran las tropas de Maelis.

Las palabras de Eledhween me cayeron como piedras. Mi respiración se cortó de golpe.

—¿Qué...? —murmuré, apenas capaz de articularlo—. ¿Thalion tiene al niño?

Katrina asintió. Sus ojos se habían humedecido.

—Creemos que podemos confiar en él. Parece que también quiere evitar esta guerra tanto como nosotras. —Dio unos pasos hacia mí—. Pero necesitamos hacer las cosas bien. Tenemos que avisar a Feanor y preparar nuestras tropas, pero no para atacar Yriath. Y tenemos que buscar a Loreley. —Puso la mano sobre mi hombro—. Caranthir, te necesito. Os necesito a todos. Eledhween ha encontrado respuestas y es hora de contraatacar, pero por una vez tenemos la ventaja de poder ir un paso por delante de nuestro enemigo.

Asentí despacio, aun sintiendo cómo el mundo se tambaleaba bajo mis pies. La culpa, la rabia, el agotamiento... todo hervía dentro

de mí, pero por primera vez en mucho tiempo vi esperanza en la cara de Katrina, y eso, de alguna manera, me animó.

—Entonces no perdamos esa ventaja —dije al fin, mi voz más firme—. Ni un paso en falso. Dadme un par de minutos para encerrar a este bastardo y nos vamos.

Eledhween me sostuvo la mirada. Había algo nuevo en su expresión: respeto, quizás.



EL REINO DE YRIATH

Loreley

El palacio de los Yrios era realmente muy hermoso. Casi de una manera que me resultaba insoportable estar ahí. Las paredes parecían hechas de luz líquida, los suelos susurraban con cada paso como si el mármol recordara otras pisadas. Todo estaba perfumado, cuidadosamente colocado y limpio. Y, sin embargo, yo no podía comer ni dormir. A veces incluso pensaba que mis propios pulmones se iban a negar a respirar e iba a quedarme tiesa en lo que ahora era mi nueva habitación.

Edgar nunca estaba lejos. Podía sentirlo antes de verle. Y este siempre se mantenía cerca. Cada vez que lo veía, algo en mí se agitaba como una cuerda tensada por manos ajenas. Era deseo, sí... pero también miedo. O tal vez repulsión. Como si una parte de mí se

sintiera arrastrada hacia él, mientras otra gritaba que me escapara muy lejos y lo más rápidamente posible.

Lo peor es que ya le había visto sin máscara. Había sido el responsable de la muerte de su padre. Y también de la de su hermano. Y su rostro... desde que había llegado a Yriath no sabía si era hermoso o aterrador; había algo roto en él. Como una estatua cuarteada, una obra inacabada. Sus ojos no parecían mirarme, sino devorarme en cuanto me veía.

Y es que, maldita sea, aun así, no podía apartar la vista de Edgar.

—Loreley, ¿me estás escuchando? —La voz de Seraphine interrumpió mis pensamientos.

Estaba sentada frente a mí, con las piernas cruzadas como una niña dentro de un cuento. Tenía el cabello recogido con perlas diminutas y una sonrisa delicada y radiante le cruzaba la cara. Me estaba ofreciendo un té con pastas, como si todo fuera un juego de salón y no una prisión.

—Perdóname —dijo tranquilamente—. Por las formas, por la carta y el engaño. Yo nunca he hecho daño a nadie, pero la situación en que Edgar me dejó; no me quedó otra. —Me cogió de la mano y me la apretó fuerte—. Te necesita para sanarse. Y yo te necesitaba para la paz. Gracias a tu presencia, Idril vuelve a estar con sus padres y los tres reinos lucharemos juntos contra las hadas de la montaña. ¿No te parece maravilloso todo lo que has conseguido?

La miré en silencio. Yo no hacía más que intentar forzar su mente para saber si todo lo que me contaba era verdad, pero desde que había llegado a ese lugar mis poderes se habían debilitado demasiado. Era como si el palacio mismo me envolviera en una neblina suave y densa, robándome poco a poco la voluntad. O quizá no era el palacio. Quizá era estar tan cerca de Edgar.

Todo en la cabeza me daba demasiadas vueltas. Me había ido de Thurnskald sin decir nada a nadie. Había decidido abandonar toda la vida que estaba construyendo junto a Caranthir por cumplir mi destino y sentir que así por fin le devolvía el favor a Katrina,

porque, aunque me hubiese estado escondiendo cosas, ella me había salvado...

Seraphine bebió de su taza con calma, como si no acabara de confesar que me había manipulado para que fuese allí. Como si no hubiese usado a un recién nacido como moneda de cambio.

—Entiendo tu enfado —continuó, posando la taza sobre el platito con ese gesto grácil que le salía tan natural que resultaba falso—. Pero hay muchas formas de poder, Loreley. Tú aún no sabes el alcance del tuyo. Has vivido entre sombras que no eran tuyas, bajo mandatos que te eran ajenos. ¿No quieres, por una vez, poder elegir tú?

Quise decir que sí. Quise decir que no. La verdad era que no lo sabía.

Todo dentro de mí se había desajustado desde que vi a Edgar cómo ordenaba la muerte de su padre, de cómo se había ido haciendo con el poder, todas esas muertes innecesarias, las batallas, los soldados, las mujeres... Lo que sentía por él no era mío. Lo sabía con cada fibra de mi cuerpo. Era una atracción que parecía vivir en mi sangre, pero no era amor, ni mucho menos real.

Seraphine debió notar mi desconcierto, porque inclinó la cabeza y me sonrió, casi con ternura.

—No luches contra lo que hay entre vosotros. Él también es una herida abierta sin cerrar. Tenéis que ayudaros mutuamente.

Me puse en pie. Necesitaba aire. Necesitaba salir de esa habitación antes de que las paredes terminaran por asfixiarme. Y me fui sin tan siquiera mirar a Seraphine o decirle algo.

✕ * ✕ ✕ * ✕ ✕ * ✕ ✕ * ✕

Caminé por un corredor interminable de mármol pulido donde la luz de las antorchas titilaba sobre decenas de espejos antiguos. Fui despacio, pues no sabía a dónde ir ni qué estaba haciendo; solo escuchaba el eco de mis pasos, como si cada uno fuera un recordatorio de que no estaba del todo sola.

Los espejos que había en las paredes eran altos, con marcos dorados, cubiertos de filigranas y símbolos que parecían moverse

cuando los veía por el rabillo del ojo. Y lo más inquietante era que los reflejos no siempre devolvían mi figura. A veces, en la superficie oscura y ondulada, se insinuaba una sombra extraña, una figura que se desvanecía en cuanto intentaba enfocarla.

Me detuve frente a uno en particular; supongo que me llamó la atención, pues era mucho más brillante que el resto. La llama cercana parpadeó y, por un instante, la superficie de cristal vibró como agua agitada por el viento. Y la vi.

Selene, mi tía. Su silueta se delineó entre la penumbra, pálida, con los cabellos cayendo como un manto líquido alrededor de su rostro. No pestañeé, temiendo que al hacerlo desapareciera. El aire se volvió por un momento frío y espeso, como si hubiera dado un paso dentro de otro mundo.

“¡Huye!”, dijo dentro de mi cabeza. “La reina Yssindra va a por ti. ¡No quiero tener que hacerte esto!”

En menos de un instante, su reflejo ya no estaba, pero sus palabras aún temblaban dentro de mi cráneo como una campana recién golpeada. ¿Hacerme el qué?

Volví la vista a los espejos, uno por uno, desesperada por volver a verla, por agarrar esa conexión antes de que se desvaneciera como tantas otras cosas dentro de mí. Pero lo único que me devolvieron fueron versiones fragmentadas de mi rostro y de mi cuerpo, distorsionados por la luz, la magia y, puede que, la duda.

Me llevé una mano al pecho para notar cómo mis latidos se habían acelerado. No sabía si era miedo, si era ira o si era otra voz dentro de mí intentando brotar.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué aquí?

—Loreley... —Su voz me rozó como una brisa templada. Me giré de golpe. Edgar estaba allí, de pie al otro extremo del pasillo, con el ceño fruncido y la mirada clavada en mí con una intensidad casi dolorosa.

—¿Estás bien? —preguntó, y dio un paso hacia mí—. Simplemente he sentido que algo no iba bien.

Me quedé inmóvil. No podía responder. Solo mirarlo me revolvía las entrañas. Porque mi cuerpo necesitaba acercarse. Porque su presencia me llamaba como una raíz llama a la tierra.

Él parecía leerlo en mis ojos, porque se acercó un poco más, con los hombros tensos.

—Siento mucho todo lo que está pasando —dijo al fin, con voz baja, casi rota—. Yo no tuve nada que ver con el bebé. No lo supe hasta que fue tarde... Ella lo hizo todo sin mi consentimiento. Te lo juro. Tienes que creerme. Yo te necesito.

Sus palabras no me aliviaron, pero su cercanía me rompió un poco más. Quise decirle que se alejara. Que no podía seguir mirándolo y creyendo que ese lazo era real. Pero mis labios no obedecieron. Y él dio otro paso. Y otro.

Yo sentí su poder, como un aliento antiguo, como un eco enterrado. No podía moverme.

“¡Huye!”, otra vez Selene en mi cabeza. Me sacó del trance lo suficiente para parpadear y apartarme.

—Quiero estar sola. —Y me fui lo más rápido que pude a la habitación donde me habían instalado.

Necesitaba centrarme, descansar y recuperar mi poder. Necesitaba ver las intenciones de Seraphine y de Edgar. Y conseguir aprender a comunicarme de nuevo con Selene.

Cerré la puerta tras de mí y me dejé caer en la cama sin siquiera encender las velas. La penumbra me envolvió como un velo, aunque incluso en la oscuridad podía sentir la grandeza de la estancia. Las cortinas, pesadas y bordadas en hilo de oro, caían hasta el suelo como cascadas inmóviles, y el dosel de la cama se alzaba sobre mí como si fuera un trono oculto. El suelo de mármol frío reflejaba los últimos destellos de la luna que se filtraban por los ventanales altos.

La habitación olía a flores y jazmín, pues había jarrones llenos en cada rincón y superficie. También estaban en las telas perfumadas que cubrían la habitación. Y había grandes tapices y cuadros en todas las paredes.

Me acurruqué sobre el colchón, tan blando que se hundía bajo mi peso como si quisiera tragarse mi cansancio, y las sábanas de seda fría se deslizaron sobre mi piel. Intenté concentrarme, aferrarme a ese contraste, al lujo imponente del lugar contra la desazón que me consumía por dentro.

Todas estas semanas habían sido demasiado difíciles. Entre la escaramuza, el secuestro del bebé y los sentimientos por Caranthir, todo me estaba sobrepasando. Había momentos en los que me sentía como una sombra arrastrada por la corriente de otros, de sus decisiones, de sus heridas, de sus anhelos.

Intenté respirar hondo. Poner la mente en blanco. Repetirme que yo no era una esclava en ese palacio; yo era dueña de mis decisiones y si estaba ahí era porque se lo debía a Katrina. Si estaba ahí, era para descubrir lo que el enemigo quería. Pero no podía concentrarme. Era como si mi magia se estuviera durmiendo apenas tocaba esas paredes. ¿Sería el agua o la comida? ¿Me estarían envenenando?

Me giré hacia un lado y me acurruqué todavía más. Cerré los ojos. “Selene, ¿dónde estás?”, pensé. Pero no vino ninguna respuesta. Solo un silencio blando, demasiado. Y me dormí sin darme cuenta.

Soñé con ella, no con Selene, sino con Yssindra, mi abuela. Estaba sentada en un trono de cristal, en medio de las nubes. Sus ojos eran como pozos sin fondo, y cuando me miró, todo mi cuerpo se tensó.

—Qué frágil eres, niña —dijo sin abrir la boca—. Y qué fácil de manipular. Tú, toda llena de posibilidades, pensando que ayudarías en algo. No te puedes hacer una idea de los años que llevaba buscándote y no eres más que otra decepción.

Quise hablar. Decirle que no la temía. Pero no tenía boca en este sueño. Ni cuerpo. Yo solo flotaba.

—El recipiente no tiene poder sobre mí —susurró, como si respondiera a mis pensamientos—. Seraphine se ha asegurado de ello, querida.

La voz de Yssindra no sonaba como una amenaza, sino como un hecho inevitable, como la marea que sube sin importar cuántos muros se levanten. El trono de cristal sobre el que estaba sentada palpitaba con una luz extraña, como si estuviera vivo, sangrando luz.

—Tú solo eres un canal —prosiguió—. Como lo fue tu madre. Como lo fue tu padre. Pero tú —ladeó la cabeza con una sonrisa que helaba el alma—, tú eres menos astuta que todos ellos juntos.

Las nubes a su alrededor se oscurecieron. Los rayos caían en la lejanía, como si el sueño temblara ante sus palabras. Sentí miedo, pero también furia. Algo dentro de mí quiso rugir, liberarse.

—¿De verdad crees que escapaste de mí? —susurró, y de pronto su rostro estaba justo frente al mío, aunque yo no tuviera cuerpo—. Yo ya soy parte de ti. Y cuando despiertes, tú ya no serás parte de ti.

Un estallido de rabia salió de mí. Intenté gritar, pero no pude. Intenté luchar, pero yo no era nada.

—Tus amigos no van a llegar a tiempo. Ellos solo seguirán traicionándose. Los humanos no sabéis ser leales, yo les borraré del mapa para que dejen de destruirse entre ellos. —Otro rayo—. Las musas seremos las que florezcamos con la Madre Tierra, ningún otro ser sobrevivirá.

El mundo se deshacía a su alrededor mientras hablaba. Las nubes giraban como un remolino que se abría bajo sus pies, y, aun así, ella seguía sentada en su trono como si nada pudiera moverla. Como si el universo entero fuese un tablero que le pertenecía.

Yo forcejeaba con cada pensamiento. Quería recuperar mis formas, mi voz, mi nombre. Pero era como si mi alma estuviese hecha de ceniza, y cada intento de reconstruirme se deshacía en el viento.

Y desperté.

La habitación seguía igual, pero yo no. Me incorporé lentamente. Sentía un hormigueo bajo la piel, como si algo más respirara conmigo. Me levanté con pasos torpes y me acerqué al espejo.

Me miré. Mis ojos eran míos. Pero a la vez no. Había algo diferente en ellos. Una sombra al fondo, como una grieta en el cristal. Me acaricié la cara y sonreí. Solo un poco. Involuntariamente. Y me fui directa hacia la habitación de Edgar, pues mi cuerpo ya no me correspondía.



ESTRATEGIAS PARA LA BATALLA

Katrina

Las antorchas chisporroteaban dentro de la tienda de mando, lanzando sombras inciertas sobre los rostros tensos que me rodeaban. Feanor estaba de pie, apoyado sobre la mesa de mapas. Caranthir a su lado. Astrid y Élic sentados, enfrente. Elwich afinaba una flecha con la uña. Viator no parpadeaba siquiera. Y Eledhween parecía haber envejecido diez inviernos desde su viaje.

Respiré hondo. Me obligué a hablar con calma.

—Tenemos respuestas. Pero no todas os van a gustar.

Todos levantaron la mirada.

—Selene parece estar viva. La tía de Loreley. Se comunica con ella a través de los sueños. La Reina Inmortal no la ejecutó, pero no sabemos ni dónde está ni cuáles son sus intenciones.

—¿Y qué le ha dicho? —preguntó Astrid, cruzándose de brazos.

—Que Loreley es la llave. Que su linaje fue tejido a propósito para cumplir la profecía, que su abuela prepara un heredero de todas las sangres, y que Loreley parece ser únicamente el recipiente para crear el auténtico heredero de todas las especies.

El silencio cayó como un telón. Viator frunció el ceño. Feanor apretó los puños.

—Y lo peor es que Loreley lo ha asumido —añadí y fulminé con la mirada a mi marido—. Se fue, como ya sabéis, a Yriath para cumplir su destino, esperando que Seraphine nos devolviera a Idril.

—¡Pero no lo ha hecho! —gritó Feanor. Sus ojos estaban cubiertos por una capa negro azulada.

—No —confirmé—. Seraphine ha sido traicionada por Thalion. Éste tiene al niño en Lunevaris. Nos lo ha hecho saber. Está dispuesto a entregárnoslo... si llevamos a Loreley. Ofrece sanarla y respuestas.

—¿Y tú le crees? —preguntó Élic.

—Lo suficiente —dije, mirando a cada uno.

Eledhween desplegó un pequeño mapa sobre la mesa. Lo marcó con una piedra blanca.

—Nos ha dicho dónde están las tropas de Maelis. Y las corrientes me lo han confirmado. Quedan tres lunas para la batalla.

—Pues bien. Loreley tiene cuatro sangres; le falta la yria. Quien lo consiga, se supone, podrá absorber toda la Madre Tierra. Las hadas de montaña piensan que ella ya tiene las cinco sangres; es la pieza que no terminamos de entender. Mi madre me ha amenazado con quitarme mi poder, pero yo terminé el sacrificio, y además... me llevé parte que ni siquiera era mío. Creo que puedo vencerla si me dais tiempo. —Puse los brazos en jarras y respiré lentamente—. Ahora hay que ver cómo queréis hacer las cosas.

Todos se inclinaron hacia delante. Hacia el mapa. Y empezó el debate:

—Podemos ir a por Loreley pacíficamente —propuso Viator—. Recuperarla. Ir a Lunevaris a por el niño. Y después enfrentarnos a

las hadas con ella de nuestro lado. Aunque dudo que tengamos tropas suficientes o tiempo.

—O podemos atacar directamente Yriath —dijo Feanor—. Arrasarlo todo, recuperarla. Hacerles pagar por secuestrar a mi hijo. —Dio tal golpe en la mesa que dejó la huella de su puño en la madera—. Tomar el control de su reino. E ir a por las hadas con el doble de ejército.

—¿Y en ese plan, cuántos inocentes morirían? —susurró Eledhween.

—Otra opción —murmuró Astrid, sin apenas mirarnos—, es llevar a Loreley directamente con su abuela. Que ellas se destruyan entre sí.

—¡Tú no tienes voz en esta asamblea! —gritó Caranthir.

La mirada de Feanor hacia él fue feroz; ¿me había perdido algo más?

—¿Y a lo mejor dividirnos? —propuso Élic.

Un silencio más tenso se instaló. A Caranthir le fluía la rabia por su interior.

—Hay una última opción —dijo Elwich. Nadie lo esperaba de él; su voz fue un filo—. Matar a Loreley. Sé que todos lo estáis pensando, pero nadie se atreve a decirlo. Si es el recipiente, que deje de serlo.

—No digas estupideces. —Caranthir le cortó, al borde de lanzársele encima.

—No es una estupidez —dijo Feanor, serio—. Es un recurso extremo. Pero si no hay otra forma...

—¡Basta! —Mi voz se alzó más de lo que quería, mis alas se encrespaban—. Nadie va a tocar a Loreley. Ni las hadas, ni la Reina, ni nosotros. No después de prácticamente sacrificarse por nuestro hijo, Feanor.

Él me miró. Luego asintió.

—Entonces decidamos ya.

Miré el mapa. El corazón me latía como un tambor. Era hora de jugar nuestra última mano. Si perdíamos, nuestra existencia podría terminar.

—No podemos dejar a Loreley sola más tiempo. A saber lo que en verdad planea Seraphine con ella. Pero tampoco pienso abandonar a mi hijo en Lunevaris.

Eledhween, que había estado en silencio, se puso en pie. Todos callamos. La luz temblorosa de la antorcha perfilaba sus facciones con una gravedad antigua.

—Entonces trazaremos un doble plan —dijo.

Feanor entrecerró los ojos. Y Eledhween siguió hablando.

—Loreley es nuestra prioridad. Pero no solo como víctima, sino para conseguir a Idril y para derrotar a la Reina. Yo llegaré hasta ella y la guiaré a Lunevaris. Quiero intentar que vuelva a conectar con Selene a ver si podemos averiguar dónde está. Creo que ella nos puede ayudar más de lo que pensamos. Además, mantendremos el recipiente lejos tanto de las hadas de montaña como de las musas.

—¿Y las tropas? —preguntó Feanor.

—Una parte marcharán hacia las fronteras de Yriath —respondí sin vacilar—. Bajo mi mando. Sin atacar. Que piensen que vamos a por ellos con todo y Seraphine se vea obligada a firmar la paz.

Feanor asintió lentamente, sopesando cada palabra.

—¿Y el resto? —preguntó Astrid.

—El resto irá a la ubicación que nos ha dado Thalion. Estudiad la zona y preparaos para tener ventaja. Mis tropas se unirán en cuanto tengamos el apoyo de Yriath y de Lunevaris, en tres lunas.

—¿Y qué pasa si no se unen? ¿Si nunca llegáis? —La voz de Élic era devastadora, desafiante.

—La Madre Tierra morirá, o nos matará —dijo Eledhween esta vez.

—O yo misma tendré que encargarme de todo.

Fulminé con la mirada a Élic, siempre tan cobarde.



EL DESTINO Y LA LOCURA

Edgar

Llevaba horas tumbado en la cama, dando vueltas, sin poder dormir. Desde la discusión con Thalion, desde el instante en que vi la verdad desgarrarse en los ojos de mi hermana pequeña, no había encontrado la paz. Seraphine... ¿qué te ha pasado? ¿en qué te has convertido? ¿cuándo has cambiado tanto?

Había hecho cosas terribles, sí, todos lo sabíamos. Pero había cruzado las líneas del poder. Tenía una oscuridad en sus ojos que no era humano, y su cuerpo no dejaba de emanar un poder antinatural. Era como un fulgor extraño que devoraba lo poco que quedaba de la niña que había reído conmigo en cada habitación de este palacio.

Me pasé las manos por el rostro, intentado bajar mi ritmo cardíaco. Pero el peso del mundo me oprimía el pecho. Me levanté, caminé por la habitación, incapaz de quedarme quieto. El silencio me

acosaba, y cada sombra en las paredes me recordaba algo que había perdido. Y, aun así, entre toda esa niebla, había una imagen que no se me quitaba de la cabeza, Loreley.

Su mirada, que me atravesaba sin permiso. Su huida, como un puñal clavándose en mi costado. Su terror, tan real que lo podía sentir aún en mi piel. Su fuerza, como un grito silencioso.

Yo la necesitaba, pero no había hecho nada bien con ella. Y ahora, era como si mi hermana la hubiese secuestrado con nosotros. Encima estaba también la presencia de Icarus, podía sentirlo por alguna parte del palacio, aunque no se dejase ver. ¿Qué trato había hecho mi hermana con él? ¿Cómo alguien podía hacer un trato con una serpiente? ¿Cómo todo se había ido de las manos de esta manera?

Alguien llamó a la puerta. Un golpe seco, que resonó en esta, cortando el hilo de mis pensamientos. Cada latido de mi corazón pareció multiplicarse. La puerta se abrió con decisión, y allí estaba ella.

O algo que parecía Loreley. Estaba de pie frente a mí, envuelta en una bata de seda. Su cabello suelto. Sus ojos brillando con una calma que no reconocí. Ya no había rastro de la joven temblorosa que llevaba este par de días evitando mi cercanía. No me miraba con miedo. Me miraba con certeza y hambre.

—Loreley —murmuré, retrocediendo un paso—. ¿Estás bien?

No contestó. Solo entró. Cerró la puerta con suavidad, y en la penumbra de mi habitación, el silencio se volvió denso y eléctrico.

—Esto no está bien —susurré, cuando sus dedos se deslizaron por mi pecho. Quise tomarle la mano, detenerla, preguntarle qué la estaba pasando. Pero ella solo sonrió. Una sonrisa extraña, vacía. Y luego me besó.

Fue como caer al fondo del abismo. Una mezcla de dulzura y veneno en mis labios. Intenté apartarla. Juro que lo intenté. Pero había una fuerza en su mirada, en su cercanía, que me encadenaba con ella.

—¿Qué te pasa? —dije, con la respiración entrecortada—. Esto no eres tú...

—Ssshhh — susurró contra mi cuello.

Y no pude. No supe. Porque su boca era firme y suave a la vez, y su cuerpo se apretó contra el mío con una seguridad que hacía mucho tiempo que no sentía en nadie. No había titubeo en sus gestos. Solo voluntad. Decisión.

Loreley me empujó hacia atrás, hasta que mis piernas tropezaron con la cama. Cayó sobre mí como una sombra de seda, caliente y líquida. Sus muslos se aferraron a mis caderas, y su lengua buscó la mía con una precisión inquietante.

—Loreley... —Intenté de nuevo, mi voz ahogada, perdida entre los gemidos. Mis manos se apoyaron en su cintura, con la intención de detenerla. Pero ella las guió hacia su culo desnudo y yo obedecí. Como si ya no tuviera derecho a negarme.

Se deslizó sobre mí, lenta, como si lo hubiese hecho mil veces antes. Como si conociera cada rincón de mi cuerpo mejor que yo mismo. Su respiración era pausada, casi dudaba de si ella respiraba. La mía, en cambio era entrecortada. Cada movimiento suyo era una promesa rota, un lazo que se tensaba y me ahogaba.

Y me hundí en ella. El mundo desapareció. No había reinos. No había traiciones. No había Seraphine, ni Thalion, ni guerras en las puertas del mundo. Solo nosotros. Solo esa danza hambrienta frenética. Su cuerpo dictando el ritmo. Mi voluntad quebrándose con cada embestida.

Era como caer por un acantilado de fuego y sombra. Ella no gemía, no susurraba mi nombre como tantas veces me había imaginado. Se movía con una determinación feroz y devoradora. Me aferré a su espalda como si al tocarla pudiera volver a entender que era real, que no era más que un producto de mi imaginación.

Pero algo en sus ojos seguían sin encajar. Algo en su mirada me arrancó un escalofrío incluso mientras me perdía dentro de ella. Estos no eran lilas, no eran dulces, no eran los que conocía. Había una frialdad oculta bajo la intensidad, una grieta helada en medio de todo mi fuego.

Cuando me corrí, se quedó sobre mí un momento, respirando con calma. Me acarició el rostro como si fuera un niño que acababa de dormirse tras una pesadilla. Y luego se levantó sin decir una

palabra. Se puso la bata de nuevo, recogió su cabello y salió de la habitación como si nada de esto hubiese pasado.

Yo me quedé ahí. Desnudo. Temblando. Con una certeza que no quería enfrentar, esa no era Loreley. No del todo. Y, aun así, yo me había dejado llevar.

El silencio de la habitación se me hizo insoportable. La cama aún guardaba su calor, pero yo solo sentía un frío inmenso. Y grité con la almohada en la cara, como nunca antes lo había hecho, porque era lo único que sentía por dentro. Grité y lloré hasta no sentir nada. ¿Qué acababa de pasar? ¿Qué le había hecho?

CAPÍTULO 6: YSSINDRA, LA REINA INMORTAL

“Nymurea es un laberinto de espejos donde los recuerdos se vuelven monstruos. Cada reflejo enfrenta a quien entra con sus miedos más profundos, y solo quien los encare podrá avanzar sin perderse.”

—El libro de las Almas, capítulo 3.



EL TRONO VACÍO

Eledhween

Dejamos las tropas en las afueras de la capital de Yriath, Pyraeth. Era lo que habíamos acordado. Primero entraríamos Katrina y yo, para evitar provocar tensiones en el pueblo. Y luego sellaríamos la paz fuese como fuese, con Loreley de vuelta con nosotras, con Seraphine como enemiga o como amiga. Con el pueblo yrio a nuestro lado o no. Esa decisión no sería solo nuestra, al fin y al cabo.

Pero según nos fuimos acercando a la capital nos dimos cuenta de que nada de eso importaba. Pues no hubo resistencia, ni defensas, ni puertas cerradas.

Pyraeth olía a vacío. A piedra caliente y abandono. No fue el silencio lo que me alarmó primero, ni la ausencia de centinelas o sirvientes, ni siquiera las puertas de la fortaleza abiertas de par en

par. Fue el aire: denso, coagulado. Como si hubiera cruzado un umbral hacia un lugar sellado por el tiempo. Como si algo estuviese conteniendo la respiración desde hacía días.

Avancé despacio, cada paso resonando como un eco indeseado entre las paredes desnudas. Caminé por las calles sin poder mirar atrás. Katrina ni siquiera se quedó a las puertas; estaba todo tan vacío que decidió entrar y verlo por sí misma.

Las casas, cerradas a medias, parecían haber sido abandonadas con prisas y sin preparativos. Había utensilios tirados en el suelo, puertas entornadas, mantas colgando de los balcones como si alguien hubiese intentado escapar y no hubiese tenido tiempo.

Los puestos del mercado estaban cubiertos por una fina capa de polvo y las telas expuestas habían perdido color, quebradas por el sol, como si hubiesen pasado ya varios días en ese estado. Las fuentes estaban secas y agrietadas, con el musgo muriéndose a la orilla. Ni un solo campesino, ni un guerrero, ni siquiera el llanto de un niño. Era como si Pyraeth hubiese sido arrancada del mundo sin resistencia.

El palacio estaba igual. Majestuoso, intacto... pero hueco. Las columnas doradas se erguían imponentes, reflejando la luz del atardecer como si nada hubiese pasado. Los vitrales, altos y magníficos, aún teñían de colores las paredes, pero esos colores parecían muertos, sin fuerza, como si carecieran de la música que solía llenarlos. El mármol rojo bajo nuestros pies brillaba demasiado, limpio de huellas, de polvo, de vida. Todo estaba igual, pero sin alma y sin gente.

No había música. No había pasos. No se oía ni el roce del viento entrando por las ventanas abiertas. Solo el sonido de nuestros movimientos, rompiendo un silencio demasiado limpio para ser natural. Un silencio que pesaba, como si se nos adhiriera a la piel, como si cada respiración fuese una ofensa en un lugar que ya no pertenecía a los vivos.

Esto tenía que ser una trampa. Cada peldaño del salón del trono retumbaba bajo mis botas como un tambor de guerra, como un aviso de que no debía seguir. Subí conteniendo el aliento, con el

pecho apretado, los ojos escudriñando cada sombra por si acaso. Katrina no me seguía. Se quedó abajo con las manos en alto, los dedos chisporroteando con la amenaza de su magia, preparada para liberar todo su poder en cuanto una sola mota se moviese. ¿Dónde estaba la trampa? ¿Qué se nos estaba escapando?

El salón del trono de Pyraeth siempre había sido un lugar imponente. Los techos se alzaban como si quisieran tocar el cielo, sostenidos por columnas de ónice negro entrelazadas con vetas de oro. Había grandes tapices, bordados con las gestas de los reyes pasados, que colgaban pesados y polvorientos, moviéndose apenas con la corriente de aire que se colaba por las grietas. Los vitrales coloreaban el suelo de tonos carmesí y esmeralda, pero la luz que entraba por ellos estaba apagada y mortecina.

La inmensidad del salón hacía que cada paso resonara en un eco interminable, multiplicado por las paredes desnudas de mármol rojo que parecían manchadas de sangre seca. El trono, al fondo, se alzaba sobre una tarima de escalones oscuros, rodeado de esculturas de dragones y guerreros caídos. Antes irradiaba grandeza; ahora parecía una tumba abierta.

Di un par de pasos más y tuve que parar en seco. Seraphine estaba sentada en el trono de su padre como una estatua rota. No dormía. No descansaba. Estaba muerta, y por el aspecto que tenía, su cuerpo ya llevaba varios días ahí.

Su cabeza estaba ladeada, torcida en un ángulo imposible. El rostro desfigurado, como si alguien lo hubiese abierto con precisión. Su belleza, esa calma serena que siempre la distinguió entre la corte, se había desvanecido por completo. Pero lo peor era su olor. Supe que Icarus había estado allí solo por eso. Él la había presionado hasta abrirle el rostro como si quisiera ver lo que quedaba de ella detrás de aquella belleza, como si la carne pudiera revelar un secreto que solo los crueles merecen.

Sus labios estaban tensos, tenía las mejillas flácidas y los ojos completamente abiertos y vacíos.

Pero lo peor de todo fue que, entre toda esa quietud siniestra, entre la sangre coagulada y el silencio espectral, no había ni rastro

de Loreley ni de Edgar. Ni de absolutamente nadie más en toda la ciudad. El corazón se me heló, y mi piel perlada palideció.

—¿Dónde están? —escuché murmurar a Katrina detrás de mí.

Se había acercado sin que yo lo notara. Tenía la mano extendida, apenas a centímetros del cuerpo de la princesa. Su voz no temblaba, pero su magia sí. Vibraba en el aire como una nota desafinada que amenazaba con romperlo todo. La estaba inspeccionando.

—Loreley no está... —murmuró—. Edgar tampoco... no hay nadie. ¿Cómo los han borrado del mapa?

Katrina hizo algo que no la había visto hacer en mucho tiempo. Se arrodilló. No por respeto, sino por desesperación.

Colocó ambas manos sobre el suelo de mármol y cerró los ojos. Susurró palabras antiguas, demasiado rápidas para seguir las; las venas de sus brazos se encendieron como lava bajo la piel. Estaba intentando sentir. Ver. Entender.

Vi cómo el sudor le caía por la frente. Cómo su aliento se volvía muy espeso. El hechizo que cubría el palacio era fuerte, tejido con un propósito: no dejar rastros. Y simplemente se tuvo que rendir.

—Tenemos que ir a Nymurea —dijo sin pensarlo, la voz quebrada, sin siquiera mirarme. El peso de esas palabras cayó sobre mí como una losa. Nymurea. La ciudad de las musas inmortales; tan fácil entrar y tan difícil salir. Yo no estaba preparada para volver ahí.

—Tienes que ir tú —le dije, sintiendo que era la única en la que de verdad podía confiar para ello—. Yo iré a Lunevaris. No tengo a Loreley conmigo, pero recuperaré a Idril a la fuerza si es necesario. Te lo prometo, Katrina. Te devolveré a tu hijo sano y salvo; esto no va a quedar así.

Sentí que el peso de lo desconocido nos aplastaba. No era solo la muerte de Seraphine, sino la desaparición del reino y de nuestra amiga. No podía quitarme la sensación de que la sombra de algo nos estaba observando. Pero no era Icarus; lo podría reconocer.

—Debemos salir ya —le dije en voz baja, antes de que la desesperación la consumiera por completo—. Aquí no queda nada

por salvar. Han vuelto a tomarnos la delantera, Katrina. Tenemos que actuar cuanto antes.

Pero sus ojos seguían buscando, intentando rasgar el velo misterioso con las manos temblorosas.

—Solo espero que esté viva —murmuró, con la voz rota.

✕ * ✕✕✕ * ✕✕✕ * ✕✕✕ * ✕

La noche caía lentamente, tiñendo el cielo de un azul profundo, pesado. Las tropas nos esperaban en silencio a las afueras de Pyraeth, como si la ciudad misma los hubiese contagiado. El estandarte de Yriath ondeaba sin convicción. Era un silencio que no tenía que ver con la estrategia, sino con el duelo. El vacío dejaba su marca incluso en quienes no habían entrado al palacio.

Me acerqué a Katrina, que se preparaba para partir con su guardia personal hacia el sur, rumbo a Nymurea. Sus ojos seguían marcados por el hechizo que no pudo romper, por la imagen de Seraphine muerta, por la ausencia de su hijo y de Loreley. Pero no lloraba; ya no le quedaban más lágrimas que derramar. No quería ni hacerme una idea de cómo tendría que sentirse en estos momentos y la cogí del hombro.

Me detuve frente a ella.

—Espera a partir al amanecer. Cuando llegues a Nymurea, no la subestimes —le dije—. No pelea como nosotros. No busca la muerte. Ella te hace luchar contra lo que más temes. Contra todos tus miedos. Se meterá en cada uno de tus recuerdos más dolorosos y te los hará revivir una y otra vez. No combates contra ello; simplemente acéptalo. Lo hecho, hecho está, y no hay que avergonzarse de ello. Tú lo sabes tan bien como yo.

Katrina no respondió, pero bajó la mirada un poco, como si esas palabras no le hubiesen gustado.

—Es más fuerte de lo que parece —añadí, y bajé la mirada hasta la suya—. Más vieja que cualquiera de nosotras.

Me acerqué y la abracé lo más fuerte que pude unos instantes. Si Icarus no me había mentado, esta sería la última vez que podría abrazar a la que posiblemente fuese mi única amiga.

—Pero tú también eres más fuerte de lo que crees. Has sobrevivido a todo esto. Y vas a volver a hacerlo. No lo dudes ni un segundo, Katrina. —Tragué saliva y medí mis palabras—. No intentes matarla, o absorberá todo tu poder. Tú encárgate de salvar a Loreley y huir; ya nos encargaremos de la Reina Inmortal en otro momento.

Ella respiró hondo. Luego asintió. Y por primera vez en mucho tiempo, supe que no necesitaba mi protección ni mi magia. Ella era Katrina, la reina de Valdrenheim, hija de Maelis, y era mucho más fuerte que todo su ejército junto.

—Nos veremos en Pintré —dije, con una leve sonrisa—. Con Feanor. Con Caranthir. Con todos los que estarán en pie. Porque este no es el final. Thalion nos ayudará.

—Sí —respondió, con voz firme—. Nos veremos allí.

Nos giramos al mismo tiempo. Ella, a seguir preparando su campamento, y yo me sumergí en el río y me fui. Las corrientes me llevarían mucho más rápido que cualquier caballo. No tardaría más de dos días en llegar ahí.



NYMUREA

Loreley

A mi abuela siempre la recordaba feroz. Ella me hablaba cada mañana, antes de que los primeros rayos de sol llegaran a mi habitación.

Daba exactamente igual las veces que soñara con ella: siempre todo era de la misma manera. Su voz ronca llegaba antes que el amanecer. No era fuerte ni clara; ni siquiera parecía ser real. Era un simple murmullo que atravesaba las puertas cerradas de cualquier lugar y entraba en cada grieta de mi memoria. A veces creía que venía de tiempos pasados; otras, de tiempos futuros; o incluso, simplemente, del fondo de mi cabeza. Pero yo sabía de sobra quién era ella, pues se aseguraba de que nunca lo olvidase.

—Cinco reinos —me decía tranquilamente—. Cinco dedos de una mano humana.

Y entonces, como si sus palabras abrieran la tierra misma, lo veía todo a través de ella. La montaña aparecía primero, altísima y afilada, en el norte de la vida, donde, en la punta de cada una de ellas, la nieve cantaba en un idioma desconocido. Allí vivían las hadas de montaña: criaturas de alas de cristal con largos plumajes, con ojos antiguos y cuerpos que se fundían con la roca o la piedra. Su magia era bella y terrible: moldeaban la tierra como si respiraran a través de ella; podían ser árboles o incluso granito y cuarzo. Pero cada hechizo que hacían las rompía un poco, las convertía en piedra viva y raíces. Las iba inhumanizando poco a poco.

—Ellas nunca olvidan el pasado, lo que fueron, lo que podrían haber llegado a ser —repetía mi abuela, y algo en su tono hacía que mi piel se estremeciera.

Después venían las visiones del agua: islas flotando en mares y océanos sin fin, elfos que cantaban con la corriente marina, que curaban con solo rozar la piel. Se movían con una calma que daba miedo. Pero con cada milagro, algo se les apagaba: su calor se desvanecía, su piel se quedaba más pálida, su pelo perdía su hermosura, y lentamente iban convirtiéndose en sombras bajo el agua, hermosas y vacías.

—Se entregan a la muerte si es lo correcto —susurraba mirándome fijamente, pero sin ojos—. No todos saben hacerlo. Nadie de otro reino se atreve a un acto tan valiente como ese.

Luego aparecían las runas ante mis ojos, justo en el centro del mapa, con mil formas diferentes y en mil lugares distintos. Junto a estas estaban los guerreros ernórdicos, llenos de tinta y de sangre. Sus ojos mostraban el propio equilibrio de la vida. Su magia no era suave: era poderosa e importante. Estaba hecha de heridas, de recuerdos que se arrancaban como pedazos de carne. Cada símbolo en su piel ardía. Y yo... yo los sentía arder también bajo mi piel. Incluso a veces podía sentir su dolor.

Y un poco más allá, el fuego. El oeste. Gritos. Dolor. Tortura. Violaciones. Los yrios no rezaban, no suplicaban, no se arrodillaban. Quemaban y arrasaban todo a su paso. Su poder brotaba de sus corazones, como una explosión que no se detenía nunca. A veces veía sus cuerpos deshacerse a través de las llamas; otras, los oía

incluso reír mientras lo hacían. Y siempre mi pecho se llenaba de algo que no sabía si era furia, miedo o necesidad.

—Ellos sí luchan por lo que creen —susurraba mi abuela, y su voz sonaba tan cerca que creía que, por fin, despertaría y me la encontraría sentada a mi lado. Pero yo todavía no podía despertarme, porque aún quedaban ellas por aparecer.

Volvieron las visiones, como si, de nuevo, de un mapa mi mente se tratase, y con ellas vi el sur, para mostrármelas. Las vi apenas un momento: las musas. Eran tan hermosas que cualquier mujer u hombre lo habría dado todo por ellas. Pero estaban tan vacías que daban auténtico terror. Sus ojos no miraban el mundo: lo atravesaban y atrapaban. Eran las musas las que soñaban por todos, las que podían cambiar lo que la realidad mostraba... pero cada vez que lo hacían, algo dentro de ellas se rompía. Algunas solo lloraban. Otras me susurraban cosas que olvidaba al instante. Y una... una se parecía tanto a mi madre, que me daba auténtico miedo. Naerya no podía ser un monstruo como todas ellas.

—La creación tiene un precio —me repetía mi abuela—. La Madre Tierra siempre se ha encargado de ello. Ella nos debilita y consume. No nos deja ser lo que deberíamos, ni mucho menos lo que merecemos.

Y muchas veces despierto. Algunas estoy sola, temblando en la cama, sin poder dejar de sudar. Otras veces, aunque no puedo verla, sé que está a mi lado, como un espectro. Incluso en ciertas noches no sé si la escucho en el sueño o si es el sueño el que la escucha a ella.

—Pero, ¿qué pasó entre ellos? —le pregunté casi en silencio. Si no voy a despertar, por lo menos que me cuente más historias sobre este curioso mundo en el que vivimos.

—La guerra pasó, querida niña —respondió—. Las hadas, demasiado codiciosas y absorbidas por el poder, bajaron a robar la vida de las runas, y con ellas la de los hombres. Los elfos, a su vez, se ahogaron en sus propios ríos intentando curar todo el desorden. Muchos obtuvieron la muerte misma, sin nada a cambio. Los yrios fundieron la tierra misma para ayudar a sus hermanos. Las musas tejieron una locura incontrolable hasta para ellas mismas. Y

mientras, la Madre Tierra no daba señales: no se ponía a favor de nadie, ni de los vivos ni de los muertos. Se mantuvo quieta, en silencio. Abandonándonos a nuestra suerte.

Pero todo lo que me decía mi abuela pasó hace siglos... O puede que me dijese que fue ayer. O simplemente pasó dentro de mi imaginación. No lo tengo claro. Lo único que sé es que cada vez que duermo, sueño lo mismo una y otra vez, y poco a poco lo voy comprendiendo: sabiendo qué es real y qué lo será. Y cada vez que despierto, su voz me sigue un poco más. A veces es ronca; a veces muy débil y dulce. Incluso a veces siento que hay alguien más, que todavía no habla ni se mueve, pero que aquí está.

xx*xx*xx*xx*xx*xx

Sentí el frío del suelo áspero bajo mi mejilla, tan distinto del calor del sueño del que acababa de despertar. Llevaba muchos años sin soñar con aquello. Mi pecho se alzaba y caía con dificultad; cada respiración era un esfuerzo que me arrancaba del abismo de la inconsciencia. ¡Cómo me dolía todo el cuerpo!

Tenía las muñecas atadas, envueltas en cadenas; estas me estaban desgarrando la piel. Intenté mover la cabeza, pero el dolor me hizo cerrar los ojos de nuevo. La penumbra se extendía a mi alrededor, a un lugar cerrado y opresivo, con olores a humedad y madera vieja.

Unos pasos suaves resonaron en la habitación, y una voz conocida, tenue pero firme, llegó hasta mí, abriéndome un hilo de esperanza en medio de la confusión. Mi madre me estaba acariciando suavemente el cabello en la cama. Mi padre, leyendo en el sofá del salón a la luz de la chimenea.

“No. Por favor. Esa noche no. No. No. No. ¡Basta!” grité mentalmente.

Estaba en mi cabaña, rodeada de mis pinturas, intentando encontrar un poco de paz en medio de la tormenta que me devoraba por dentro. En medio de ese dolor que me aparecía cada noche, en cada sueño. Necesitaba pintarlo para soltarlo y conseguir unos segundos de paz.

La puerta se abrió de golpe. Entraron sin avisar. No eran hombres, ni guerreros, ni soldados: eran ellas... las hadas. No esas criaturas dóciles que en algún momento podrían haber sido. Eran sombras crueles, envueltas en luz cortante y risas heladas, sus ojos brillaban con una perversión que helaba la sangre. Habían venido a buscar algo, pero no nos dijeron el qué. Solo iban destrozando toda la casa a su paso.

Mi madre intentó detenerlas. Vi cómo alzaba sus manos con desesperación, susurrando palabras antiguas, invocaciones que temblaban en el aire como un escudo débil. Intentó protegerme a mí y a nuestra historia, pero ellas no cedían. Se lanzaron sobre mi madre y pude ver en sus ojos una lucha feroz; era muy poderosa. Y yo nunca me había percatado de ello.

Mientras luchaba contra las hadas, noté cómo entraba en mi mente. Borró mis recuerdos, fragmentos de mi verdad, mi olor, mis raíces. Yo no entendía por qué era; tardé demasiado tiempo en darme cuenta de que me estaba protegiendo.

Sentí su toque, frío y violento, rasgando las puertas de mi memoria, arrancando escenas, rostros, nombres... Me quitó a mi abuela, a las historias de nuestro linaje y al poder que corría por mis venas. Todo desaparecía a través de mi mente como el humo.

No vi a mi padre hasta que mi madre ya estaba completamente muerta en el suelo, pálida, con todo el cabello morado extendido sobre su cuerpo. En su último aliento se había encargado de protegerme, de borrar me de ellas para que no me encontrasen, para que no supiesen que era yo lo que estaban buscando.

El terror, la confusión, la desesperación me hicieron actuar sin pensar. Tenían a mi padre arrodillado ante las hadas; le estaban ahogando lentamente con raíces en busca de respuestas. Él me miraba con lágrimas en los ojos, como si supiese su destino y simplemente se estuviese despidiendo de mí. Estos decían "lo siento" sin tener que pronunciarlo. Intentó luchar, casi termina con una de las hadas simplemente con sus propias manos, pero eran demasiadas y él era solo uno.

El pánico me cegó. Una furia ardiente me estaba consumiendo por dentro. Sin querer, sin entender cómo, sentí un fuego oscuro brotar de mí, un calor abrasador que quemaba todo a su alrededor. La cabaña comenzó a arder en llamas que danzaban con rabia, devorando la madera, los muebles, las paredes... todo se transformó en cenizas ante mis ojos.

Grité; este fue arrasador, mientras el fuego se apoderaba de mí y de aquel lugar que había sido mi refugio. Esa explosión las mató a todas, pero me dejó débil, vacía, consumida por el esfuerzo y el horror. Estaba tan cansada que todo empezó a volverse muy borroso.

Cuando volví a coger el aliento y me pude incorporar, no entendía nada de lo que había pasado. ¿Yo había hecho eso? ¡Era imposible! Mis padres acababan de ser asesinados ante mis propios ojos y yo no había hecho nada; sentía tal vacío en el estómago que me entraron ganas de vomitar.

Otra hada entró en lo que antes había sido nuestra casa. Sylphine, creo que me dijo que se llamaba. Tenía la sonrisa fría y su mirada mostraba que estaba disfrutando de mi desgracia; se acercó con pasos lentos y seguros, como si estuviese jugando conmigo.

—¿Y tú, pequeña niña? ¿Qué haces aquí? —dijo—. Una simple guerrera mestiza en una batalla de escombros. ¿Te importa que juegue un rato contigo mientras espero a una vieja amiga?

Con un gesto ágil, me cogió y ató al árbol más cercano. Las raíces y las ramas se enroscaban en mis brazos y piernas como cadenas vivas, sujetándome firmemente. Yo no podía luchar; estaba completamente consumida por ese fuego que había matado a mi padre, y a las hadas. Sus cenizas estarían en alguna parte de la casa. Yo podría haber intentado salvarlo, haber hecho otra cosa, pero en cambio no pude contenerme y simplemente reventé.

—No es tan divertido como pensaba —musitó—. ¿Y si te ponemos una nota? Solo para que Katrina la vea, para que ella la entienda.

La oscuridad me envolvía, el dolor quemaba en cada fibra de mi cuerpo. No sé ni cómo, conseguí abrir los ojos. Esta vez para enfrentarme a tres figuras que estaban a mi alrededor: Nyra, con su

mirada desgarradoramente fría; Thalion, golpeado e inconsciente; y Edgar, que parecía no poder mirarme a la cara sin llorar. ¡Sucio traidor!



SIN ALIENTO NI CORDURA

Katrina

El amanecer apenas asomaba cuando me desperté, con el cuerpo pesado y la mente atrapada en las palabras de Eledhween. Apenas había podido descansar, pero no había tiempo para debilidades. El peso de mi reino, de mi gente, me reclamaba de nuevo.

La tienda de campaña estaba en penumbra, iluminada solo por el resplandor mortecino de las brasas en un lateral de la tienda. El aire olía a cuero, a hierro y al incienso apagado de la noche anterior, simplemente para ahuyentar a los malos espíritus, por si acaso, por todo lo que habíamos visto anoche.

Las telas pesadas que formaban las paredes eran de un rojo oscuro, bordadas con símbolos antiguos, pero ahora caían sobre sí mismas, húmedas por el rocío de la madrugada. Sobre una mesa

baja de roble, mapas y pergaminos se desbordaban; algunos estaban manchados de cera endurecida, otros con la tinta corrida por la humedad. Había copas medio vacías y un plato olvidado con pan duro y trozos de carne seca.

Me levanté de un salto con los músculos muy rígidos por el estrés. Me vestí con rapidez. La armadura la tenía muy sucia, esperándome en un maniquí de madera a que hiciese justicia con ella. Tenía que partir a Nymurea cuanto antes, lo sabía. Allí estaba la última esperanza para entender qué había pasado, para salvar lo que quedaba de la Madre Tierra. Pero, en el fondo, tenía miedo. No sabía cuánta magia me quedaba ni cuánta podría usar en el país de las musas.

Una sombra rápida entró en la tienda sin nombrarse; era uno de mis mensajeros. Este apareció jadeante, con una carta sellada en la mano. La agarré sin miramientos y rompí el sello con los dedos ya temblorosos. Las palabras me golpearon como un puñetazo en el pecho:

"Feanor ha muerto a manos de Maelis y las hadas. La mitad de nuestro ejército también. Y Caranthir se halla desaparecido.

Todo ha sido una trampa. Thalion nos ha traicionado.

Te necesito, Katrina.

El reino de tu esposo necesita tu venganza.

Élric"

El frío se apoderó de mí. ¿Mi esposo acababa de morir? ¿Mi madre acababa de matar al rey de Valdrenheim? ¿Thalion nos había traicionado? ¿Dónde estaba mi hijo entonces? ¿Dónde estaba nuestro heredero y todo lo que me quedaba de Feanor?

El puño se me cerró con fuerza al sostener la carta. No podía permitirme caer ahora. No podía abandonar a mi gente, a lo que quedaba de mi reino. La traición corría más hondo que cualquier herida; Thalion nos había mentido. Y Eledhween se dirigía directamente a su trampa. Pero ya era tarde para avisarla: solo me quedaba confiar en ella y en su poder, y en que Loreley también pudiese encargarse sola de lo que fuera que le estuviese pasando. No quedaba tiempo para ir a ayudarla.

Todo destrozado de un momento a otro. Otra vez. No podía contener más tiempo toda la rabia que me consumía. Un rugido emergió de lo más profundo de mi ser, una llamarada que me quemaba las entrañas. Rompí la carta en dos con una furia silenciosa. Los pedazos cayeron al suelo ya como cenizas. ¡Maldita descendencia yria!

El mensajero, temblando, salió corriendo de la tienda, justo antes de que la destrozara en solo dos segundos. Salí de entre los escombros. Frente a mí, la mayoría de los comandantes me observaban, fijos y expectantes, sin una palabra.

No había espacio para dudas ni para el miedo. Con la voz firme y resonante, les hablé:

—Primero jugaron con la vida de mi hijo. Ahora han matado a mi marido y rey de Valdrenheim. ¡Han matado a vuestro rey! ¿Me oís? No habrá grano de la tierra de las hadas en la que no desate mi terror. No habrá clemencia para ninguna de ellas. —Levanté los brazos y extendí completamente las alas—. Me encargaré personalmente de ello. Mataremos a cada una de las hadas hasta que se pierdan en el olvido. ¡Preparad las tropas! ¡Marcharemos a Pintré sin demora!

Las hojas crujieron bajo mis botas, y el viento parecía responder a mi llamada. Con cada paso, me iba cargando un poco más de la Madre Tierra. No había marcha atrás. No dejaré ni una sola hada con vida.



CAMINO A PINTRÉ

Caranthir

No noté los primeros temblores de mis dedos. O sí, pero no les di importancia. Noté una punzada en la base del cuello, leve, casi como una picadura. Luego vino el ardor, lento y profundo. Como si algo dentro de mí despertara después de un sueño muy largo.

Pensé que era el cansancio acumulado, que llevaba días sin dormir bien, el peso de los combates, del luto, de las decisiones mal hechas; que todo se me había empezado a acumular en los huesos y me estaba empezando a afectar incluso a la cabeza. Pero moví la mano. O más bien, ella se movió sola.

Mis dedos rozaron el pomo de la espada como si fueran guiados por otra voluntad. La hoja se desenvainó con un susurro de acero. No fui yo. Lo juro. Mi brazo entero se tensó, obediente a una orden que yo no había dado. Los tatuajes empezaron a aparecer; de

un momento a otro tenía los brazos llenos de runas. Al principio estas eran de color negro, pero terminaron volviéndose rojizas. Se entrelazaban con una precisión inhumana, estaban escritas en una lengua que apenas dominaba, con curvas antinaturales, filos dentados, círculos cruzados por líneas en espiral. Eran antiguas, pero esas no se aprendían en el templo de Hudrar.

Cada runa parecía una orden en forma de cadena. Algunas palpitaban al ritmo de mi respiración. Otras latían con su propio pulso, ajenas a mi cuerpo. Y en el centro del pecho, sobre el corazón, podía sentir una más grande, más cerrada. Quería arrancarme la camiseta para poder verla, pero mis brazos casi no reaccionaban. Y cuando noté que esta ardía mucho más que las demás, todo dentro de mí se quebró.

No podía pensar. Mi voluntad se borró, deshaciéndose. Esta sensación era tan parecida a la que había sentido cuando Astrid me llevó a la cama...

Desapareció la rabia, el dolor, el temor... Mi cuerpo estaba caminando. Y Feanor, delante de mí, confiado, distraído, hablando con su hermano sobre la logística del paso a Pintré, ni siquiera se volvió hacia mí.

La voz de Astrid fue lo que le extrañó.

—Ahora, Caranthir. ¡Encadénalo! —dijo esta.

Y obedecí. Corrí hacia él con la hoja en la mano. Como un asesino. Como un traidor.

Mi espada golpeó la suya con un estruendo metálico, y aunque Feanor reaccionó, no fue lo suficientemente rápido. Lo desarmé con un giro de muñeca que no sentí mío. El acero voló de sus manos. Y le asesté con la otra mano un puñetazo. Cayó de espaldas; noté cómo todo el aire se le escapaba de los pulmones en un gemido seco.

—¿Caranthir? —gritó Feanor—. ¿Qué estás haciendo? ¡Para! ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Déjate de bobadas! ¡Ya te he dicho que no voy a matar a Loreley!

Yo quería responderle. Tirar la espada, caer de rodillas, gritarle que no era yo. Pero el cuerpo no me obedecía. Tal vez la mirada me temblaba ligeramente.

Élric dio unos pasos. Se puso a mi lado, tranquilo. Y su voz sonó como si estuviera explicando un problema menor.

—Siempre he estado esperando este momento, ¿lo sabías? —dijo Élric, acercándose a Feanor, este aún en el suelo—. ¿Sabes cuántas veces me has hecho sentir de menos?, ¿cuántas órdenes me diste sin mirarme?, ¿cuántas veces pusiste al maldito huérfano por encima de tu propio hermano?

Feanor lo miró, perplejo, con algo de sangre en el labio.

—¿Caranthir...? ¡Tan débil! —escupió Élric—. Bastó con que Astrid se le metiera en la cama para domarlo. Ni siquiera se enteró de que le había grabado runas de sumisión. —Esta vez no dejaba de apuntarme con el dedo mientras hablaba—. Lo llevas arrastrando desde hace años como si fuera tu mejor soldado, y nunca viste la grieta en su pecho. ¿Y sabes por qué? Porque nunca miras. Nunca ves a nadie que no seas tú mismo.

Feanor se giró hacia Astrid.

—¿Tú también lo estás ayudando? ¿Por qué, Astrid? ¡Creía en tu lealtad! —preguntó Feanor.

Ella lo miró como quien pisa una flor marchita.

—¿Todavía no lo entiendes, Feanor? He nacido para el poder. ¡Soy mucho más poderosa que Caranthir y lo sabes! —Se cruzó de brazos—. Pero en cambio, llevo años siendo únicamente tu capitana, ¡tu puta! ¡Nunca pensaste en mí como en la general que puedo llegar a ser, como en la auténtica guerrera que soy!

Hizo una pausa, bajando la mirada con una sonrisa amarga.

—Y porque fue muy fácil engañarte con sexo. —Se relamió los labios lentamente, saboreando cada palabra—. Me encantaba sentir cómo el rey se corría dentro de mí, sentir tu vulnerabilidad en ese instante. La pena es no haberte matado yo misma en uno de esos momentos. —Su sonrisa se ensanchó, perversa, mostrando los dientes como un depredador que juega con su presa—. Entonces sí que habría sido un buen orgasmo.

El aire del bosque se volvió más pesado, cargado de sudor. No hubo más gritos. Solo el sonido metálico de los grilletes que Élric colocó con parsimonia sobre las muñecas de Feanor. Cada eslabón resonaba como un eco de burla, y su hermano lo disfrutaba, gozaba

de aquella sumisión impuesta, encadenándolo como a un perro al que por fin había podido doblegar.

Feenor no bajó la mirada. Ni siquiera cuando las cadenas arañaron su piel, arrancándole un hilo de sangre que corrió por todo su brazo. Ni mucho menos cuando Élic le quitó su espada y la lanzó al barro como si fuera chatarra.

—Os mataré —escupió Feenor, con la voz rugosa, como un juramento que nacía del fondo de sus entrañas—. A los dos. Os juro por mi nombre, por mi vida, por cada gota de sangre que he derramado por este reino, que os lo haré pagar. —Sus cadenas tintinearón al tensarse, como si quisieran romperse bajo la fuerza de su rabia—. Además, ningún soldado te obedecerá, Élic. Saben que eres un cobarde, siempre lo has sido. Y cuando Katrina lo sepa... — Su voz se quebró apenas un instante, pero volvió con un filo mortal —. Ella os enterrará con sus propias manos.

Astrid soltó una carcajada seca, sin humor, que resonó en la penumbra. Su risa era amarga, hueca, sin un ápice de alegría. Sonaba más a desprecio que a burla, como si cada carcajada fuese un clavo hundiéndose más en el orgullo de Feenor.

—¿Katrina? Katrina ya estará de camino. Hace unas horas recibió una carta, breve y precisa. ¿Adivinas lo que pone en la carta? —Puso los brazos en jarras—. Oh, pobre Feenor, que ha muerto en manos de Maelis. ¡Que todo ha sido una trampa de las hadas y los elfos, Katrina! ¡Ayúdanos a acabar con todas ellas y vengar a tu marido!

Élic se agachó, hasta quedar a la altura de sus ojos. La sonrisa torcida en su rostro no era de triunfo, sino de alguien que disfrutaba saboreando cada segundo de la humillación de su hermano.

—Se derrumbará por tu muerte, querido hermano. Todos lo harán —murmuró Élic, en un susurro retorcido—. Se llenarán de furia, de dolor, y nos seguirán hasta el corazón del bosque. Creerán que te están vengando. Pero lo que estarán haciendo es construir un nuevo mundo para mí y mis hijos. —Sus ojos brillaron con un fanatismo enfermizo mientras inclinaba más el rostro—. Porque cuando la batalla termine y Katrina confíe en mí, yo mismo mataré a

ese bebé bastardo con mis propias manos. ¡La sangre nunca debe juntarse! —Le propinó una patada en las costillas—. ¡Asquerosos bastardos!

Astrid asintió con violencia; tenía el cabello desordenado por el viento y la mirada ardiendo.

—Uno más fuerte y puro —añadió, con la voz cargada de una convicción cruel, como si repitiera un credo aprendido y amado.

Feanor intentaba respirar hondo. Estaba completamente encadenado. Pero sus ojos, ya oscuros por el esfuerzo, no se apartaron ni un instante de Élic. No le respondió. No porque no tuviera palabras, sino porque sabía que ahora lo único que tenía que hacer era sobrevivir a lo que se le venía encima.

El segundo golpe fue seco. Una embestida al estómago que le arrancó el aire de los pulmones. Feanor se dobló hacia delante, con un gruñido suave escapándole de la garganta, escupiendo sangre al suelo.

Intentó levantarse, las caderas crujiendo contra sus muñecas, pero el tercer impacto, esta vez en el rostro, lo tumbó de costado, golpeando la sien contra la tierra. Y, aun así, incluso tumbado, incluso herido, no cerró los ojos. Miró hacia arriba, hacia su hermano, con esa obstinación indomable que era lo único que nadie le podía arrebatar.

—Siempre tan altivo —masculló Élic, con el aliento agitado—. Tan lleno de honor, pero itan infiel a su propia familia!

Le propinó otra patada en las costillas. El crujido resonó como ramas partiéndose en mitad del silencio. Otra más en la espalda, más fuerte, más cruel, como si con cada impacto intentara deshacer años de celos. Élic descargaba su resentimiento con la precisión de quien ha ensayado esa escena mil veces en su mente.

Yo no podía moverme ni ayudarle. El barro se mezclaba con su sangre, y el cuerpo de mi rey temblaba, sin una defensa posible. Sus cadenas repiqueteaban con cada movimiento, con cada golpe.

Astrid no intervino, solo observaba. Tenía los labios curvados en una media sonrisa y los ojos fijos en él, fríos como el hielo. Sin hacer nada por detener a Élic.

Feenor apenas giró la cabeza hacia mí. Tenía un ojo hinchado hasta cerrarse, la piel marcada por los golpes y un hilo de sangre le bajaba por la mandíbula. Pero seguía consciente. Lo suficiente para oír el susurro de Élic, que se había inclinado hacia él.

—La caída de un héroe no tiene por qué ser digna. Solo efectiva —dijo Élic.

Y entonces, sin volverse siquiera, Élic alzó la voz:

—Elwich, ocúpate de lo que queda de Feenor. Astrid, disfruta de Caranthir —ordenó Élic.

Elwich apretó los dientes; una lágrima solitaria le resbaló por la mejilla hasta que la limpió bruscamente con el dorso de la mano.

—Lo siento —susurró Elwich, apenas audible, como si hablara consigo mismo.

Y esta vez fue Astrid la que alzó la voz hacia mí:

—¿Sabes cuánto he esperado este momento? —dijo, con una sonrisa que no era de victoria, sino de algo mucho más roto. Algo que ardía con un resentimiento que no se apagaba.

Ella se acercó lentamente hacia mí.

—Yo te quise —dijo Astrid, y por un instante su voz no fue de verdugo, sino de alguien quebrado y roto—. Te juro por cada estrella del estandarte que lo hice. Te esperé con muchísima paciencia. A que me miraras como algo más. ¡Pero tú nunca fuiste capaz de darte cuenta de ello!

Se detuvo frente a mí, con el rostro tan cerca que pude oler su aliento: hierbas oscuras, acero y vino. Sus ojos brillaban con furia, y apretaba tan fuerte su mandíbula que parecía que se le iban a saltar los dientes.

—Y después de todo, de darte por perdido, ¿te enamoras de ella? —escupió, la voz desgarrada, temblorosa por un segundo—. Loreley. La niñita perfecta. La heredera inmortal. ¿A ella sí supiste quererla, Caranthir? —Sus palabras eran cada vez más pesadas e hirientes.

Me miró de arriba abajo, como si no supiera si quería besarme con rabia o matarme a puñetazos.

—Te grabé esas runas con mis propias manos... —Su voz bajó, casi un susurro—. Una por cada promesa que no me hiciste.

Una por cada noche que creí que me mirarías después de tener sexo. Una por cada vez que fingí no necesitar más de ti. —Empezó a darle vueltas con el dedo a un mechón de pelo que se había salido de su trenza—. Y ahora, por fin, puedo mirarte a la cara para decírtelo.

Se apartó un paso. Alzó la mano. Y con una voz cruelmente serena, pronunció:

—Camina, Caranthir, Gran General —dijo Astrid con una serenidad cruel que me heló la sangre—. Camina hasta que tus pies sangren, hasta que tu corazón se rinda. Camina hasta la última exhalación de tus pulmones. Pensando en todos tus errores, piensa en ella si quieres. Me da igual. Pero sufre por todo lo que me has hecho. No comerás. No beberás. No dejarás de caminar. Solo morirás.

El peso de sus palabras se hundió en mí como cadenas invisibles. Mis músculos se tensaron; mis piernas comenzaron a moverse sin que yo lo quisiera. Un paso. Otro. Mi cuerpo obedecía, como si no me perteneciera. El sudor frío resbaló por mi nuca. Aquí estaba mi condena y no podía hacer nada para evitarlo.

Y yo caminé. No por voluntad ni lealtad, sino porque mis pies tenían la orden. Y mis piernas no podían parar. Porque simplemente ni mi cuerpo ni mi mente se podían negar. Sabiendo que lo único que me esperaba era la muerte.



ALIANZAS DE SANGRE

Eledhween

Llegué al santuario de Thal Ao, uno de los lugares más sagrados de un pueblo que había tenido que abandonar hacía ya mucho tiempo.

Encontré al rey Thalendir en su trono de piedra líquida; tenía la mirada opaca como el mismo hielo. ¡Qué bien había hecho siempre ese papel!

A su lado, la reina Nimriel mantenía la espalda erguida, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Pero no había ni rastro de Thalion, ni siquiera lo sentía cerca. Esto no me gustaba. Él nunca habría dejado que me enfrentara a sus padres completamente sola; sabía de sobra que nunca habían sido justos conmigo.

—Has venido —dijo Thalendir, con la voz ronca y sonora.

—Thalion me lo pidió, ¿dónde está? —No quería estar ahí, pero ellos no podían notarlo. Debía mantenerme firme y tranquila.

—¿Y dónde está lo que debías traer? —intervino la reina, moviendo los brazos hacia arriba.

No dije nada; esto era una trampa. Por lo que ocurrió con mi hermana, con Thalfthir después, por todo lo que pasó después de esa noche, por la sangre que tiñó mi piel y por las manos que usé antes que mi conciencia. Maldita sea.

—¿Dónde está Idril? —Mis palabras retumbaban por la sala. No iba a mostrar ni un ápice de debilidad. Yo había ido allí sabiendo cuál era mi final. Icarus me lo había mostrado y, aun así, lo había aceptado. Era mejor final que si hubiese ido a Printé. Pero necesitaba salvar al niño antes de aceptar mi destino.

La reina Nimriel alzó un poco el mentón, sin inmutarse.

—Con ella —susurró el rey, y en sus ojos se encendió algo oscuro.

Las puertas laterales del santuario se abrieron. Los pasos arrastrados resonaron antes de que pudiera verla. Dos guardias traían a Cassandra, encadenada, mucho más delgada de lo que recordaba y con las muñecas en carne viva. Llevaba a Idril en los brazos. Cuando me miró, apenas quedaba brillo en sus ojos; se lo habían arrebatado todo. ¿Qué le habían hecho? ¿Desde cuándo la tenían presa?

Cassandra cayó de rodillas cuando los guardias la empujaron hacia el centro de la sala. Pero sin soltar a Idril, protegiéndolo con su cuerpo.

—No... —Icarus no me había avisado sobre esto; me dijo que yo tenía que dar mi vida por Idril, pero Cassandra...

—¡Qué bonito reencuentro! —Sonrió Nimriel, con esa serenidad helada que dolía más que el desprecio—. Thalion os descubrió en vuestro pequeño encuentro en palacio. ¿Pensabas que nadie os había visto? ¿Qué era tan importante para saltaros las reglas?

Me acerqué un paso. Los guardias se tensaron.

—¡No os atreváis! —dije, y el poder se deslizó sobre mi piel gris perlada como escarcha quebrándose—. Ni se os ocurra tocarla.

Cassandra alzó el rostro. Tenía la mejilla marcada. No sangraba, pero aún estaba hinchada. Y a pesar de ello, me sonrió.

Era tan valiente. Su mirada buscó la mía como una llama encendida en el fondo de un lago oscuro. ¿Por qué no moví cielo y tierra para cambiar nuestro destino? ¿Por qué la dejé tantos años viviendo entre las sombras sin hacer nada?

—Eres más ilusa de lo que recordábamos —dijo la reina Nimriel mientras daba un par de pasos hacia mí—. Pues bien, Eledhween. Ya me he cansado de esperarte. Te casarás con Thalion, le darás herederos poderosos y reinarás sobre este lago, como la sangre escribió. —Se acarició las solapas del vestido blanco que llevaba—. A cambio, Idril será libre y Cassandra nuestra mascota. — Su sonrisa era la de un tiburón. A esa mujer nunca le habíamos caído bien ninguna de las dos y se estaba vengando de todas las maneras posibles—. Hicisteis un pacto con sangre, Eledhween; ino cumplirlo hizo que todo nuestro reino esté al borde del abismo!

Cassandra bajó la cabeza, pero no en rendición. Sus ojos se cerraron como si el peso del mundo se le hundiera sobre los hombros.

—¿Dónde está Thalion? —pregunté, con un atisbo de esperanza. Como si todavía él me pudiese ayudar, creyendo de verdad en la carta que me había escrito y no en lo que Icarus me había mostrado.

El rey Thalendir se inclinó ligeramente hacia delante. El movimiento fue poco perceptible, pero su sombra pareció alargarse por toda la sala.

—Sigue en Yriath —dijo sin más, cambiando la pierna para poner la otra por encima.

Se me heló la sangre. No quedaba nadie ni nada en ese reino. Solo Seraphine, muerta en el trono, ahogada en su propio poder. ¿Él también había estado allí?

—¿Qué has dicho? —pregunté, aunque ya lo había escuchado. Cada palabra me había atravesado como un dardo envenenado. ¡No podía estar pasando!

—Thalion nunca salió de Yriath —repitió el rey Thalendir con crueldad contenida, como si disfrutar de mi desconcierto fuera algo que echara de menos—. Fue su decisión quedarse. Fuimos nosotros

quienes te enviamos la carta, Eledhween. No recordaba que fuese tan fácil engañarte.

Mi piel palideció, y sentí el peso del engaño abrirse paso por cada vértebra. Yo había querido creerlo. Pero por eso mismo es mejor ser desconfiado siempre. ¿Acaso no me habían traicionado suficientes veces como para seguir cayendo en sus trampas?

—Es curioso lo fácil que resulta imitar el trazo de un corazón que ya no te pertenece. —La reina Nimriel esbozó una sonrisa gélida.

Y de repente, me reí. Lo hice como nunca antes lo había hecho en mi vida. El eco resonó por todo el palacio. No era solo que me hubiesen tendido una trampa, era que me habían despojado incluso de la última ilusión que me había sostenido hasta allí. Thalion no me había llamado. Él no sabía que yo estaba aquí. No iba a venir a ayudarme. E Icarus me había mentido, me había mostrado solo lo que le apeteció. Ni una sola cosa me había salido bien en estos últimos meses. Me reí tanto que me tapé los ojos para quitarme las lágrimas.

Y lo mejor de todo era saber que yo había estado en Yriath y que allí no quedaba ni un alma con vida. Y reí con más fuerza todavía, doblándome por la cintura levemente.

—¿En Yriath dices? ¿En el reino donde todos yacen muertos, donde ni una sombra permanece? —Mi cara estaba tan llena de odio e ira que vi cómo incluso Cassandra se estremecía. Hasta ella tenía miedo del monstruo que yo realmente era—. ¡Tantos susurros que escucháis!, ¡tanto que aclamáis!, y ¿ni siquiera sabéis si vuestro hijo está vivo? —escupí a voces cada palabra que brotaba de mí.

El silencio que siguió a mis palabras fue denso como el fondo del lago. La sonrisa de Nimriel se congeló por completo. El rey Thalendir no parpadeó. Pero el temblor en la comisura de su boca delataba que mis palabras habían calado hondo. Y este era mi momento; intentaría cambiar el transcurso de las cosas como fuese.

—¿Qué estás diciendo? —Su voz retumbó por toda la sala.

Me adelanté un paso. No para atacar. Era para dejar claro que no tenía nada que perder contra ellos, pues ya me lo habían quitado todo en el pasado.

—Estoy diciendo que, si Thalion sigue en Yriath, como afirmáis, entonces vuestro hijo no es más que un cadáver —siseé—. Porque allí no queda nada. Ni súbditos, ni nobleza, ni piel, ni huesos. Solo ruinas. Las musas se han aliado con las hadas y se han llevado todo el poder consigo. ¿Y sabéis qué? Los ernórdicos serán los siguientes, sí, pero luego nadie podrá luchar con vosotros. Y moriréis ¡Todos! —Y me volví a reír como el monstruo que realmente era. Yo había roto a mi hermana, a mi pareja, y a mi prometido.

Thalendir se puso en pie; yo sabía que las corrientes les estaban confirmando mis medias mentiras. La clave era siempre decir más porcentaje de verdad.

—¡Estáis ciegos! —Mi boca salivaba más de la cuenta de tanta ira y resentimiento.

—¿Y qué propones, traidora? —gritó Nimriel—. ¿Qué os liberemos a los tres? ¡Ni en sueños!

El silencio volvió. Di tres pasos tranquilos mientras miraba a Cassandra con mis más sinceras disculpas: por no haberlo prevenido, por no haberme dado cuenta de que la habían atrapado, por haber estado tan distraída con los asuntos de la corte.

—Os propongo un pacto. Uno que nos devuelva a Thalion, si es que todavía hay marcha atrás. —Suspiré lentamente y entrecerré los ojos—. Yo me quedaré, os daré herederos, uniremos nuestra sangre como prometimos. Pero vosotros liberaréis a Idril. Y también a Cassandra, sin condiciones. Y no solo eso; les enviaréis con tropas a Pintré, donde vosotros queríais que estuviesen los ernórdicos para que los machacaran y mataran. Y les ayudaréis. —Me acaricié los últimos mechones de mi pelo lentamente—. Solo derrotándolas pueden los hechizos de las musas romperse, y lo sabéis.

—¡Estás loca! —escupió Nimriel—. ¡Quieres que enviemos a los elfos a morir por una causa que ni siquiera es nuestra!

—¡Morirán igual si no lo hacéis! —troné—. ¿O pensáis que las hadas os dejarán vivir cuando todo se derrumbe? ¡Ellas quieren todo el poder! ¿De verdad pensáis que van a compartirlo con vosotros? ¡Con lo débiles que estáis!

Cassandra me miraba como si no reconociera a la persona que hablaba. Quizá no lo hacía. La Eledhween que tanto la había

amado estaba rota, llevaba años matando sin escrúpulos para esconderla y protegerla. Había sido torturada, encadenada, violada; ya no había nada de amor en su interior.

La reina bajó la vista un momento. Las aguas no respondían. Las corrientes no cantaban, ni a favor ni en contra. Y entonces, como si las paredes del santuario se estremecieran, Thalendir habló:

—Sangra en el lago —ordenó. Su voz era una herida abierta—. Levanta el pacto de sangre. Si nos mientes, morirás. Si huyes, morirás. Si vuelves a tocarla, morirás. Nos darás tres herederos como firmaste. Si no hay varones, serán más.

Los guardias trajeron la piedra. Una roca antigua, tallada con los símbolos del primer linaje del lago, viva aún con la memoria de los pactos imposibles. Se acercaron para entregármela.

Yo me sumergí en el lago aguantando las lágrimas. Miré por última vez a Cassandra; quise gritarle que la había querido más que a mí misma, que fui una cobarde por no atravesar el mundo para estar con ella, por no haber abierto yo misma el portal a la Madre Tierra para poder pasar el resto de mi vida con ella. Pero lo único que pude decir, casi como un susurro:

—Lleva a Idril con Katrina. Y ayuda a mi familia.

Extendí la mano y apoyé los dedos sobre la piedra del centro. Sentí que su superficie se abría como agua cálida, y luego como fuego puro. La sangre en mis venas respondió a la llamada. Y hablé:

—Yo, Eledhween de Lunevaris, hija del exilio y la traición, acepto el lazo de sangre con Thalion, si aún vive. Me quedaré aquí y le daré tres herederos. A cambio, Idril y Cassandra serán liberadas. Y mi familia dejará de ser perseguida. No huiré, no lucharé y nunca más volveré a amar a alguien que no sea mi prometido.

La piedra se iluminó, y el agua me tragó.



COBARDÍA Y CULPA

Thalion

Abrí los ojos con mucho esfuerzo. Me pesaban demasiado los párpados, era como si llevara días enteros sin usarlos. La primera imagen que pude percibir era muy confusa: piedra, luz y una figura borrosa arrodillada cerca de mí.

No supe dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado. Solo supe que algo iba mal. Muy mal.

Pero estaba muy cansado y mis peores recuerdos no hacían más que apoderarse de mí.

Era una tarde sin viento. El cielo estaba claro, había humedad en el aire, pero no era molesto. Caminaba por los senderos de Elarion, como hacía cada vez que necesitaba claridad con el reino, con mis padres, con mi futura esposa... Mis pasos me llevaron al prado donde tantas veces nos habíamos escondido Eledhween y yo

de la pesadez de los reyes. Ella era mi prometida, mi compañera, la única luz entre los pasillos grises del deber y la guerra. Íbamos a casarnos en primavera de ese mismo año. No quedaba apenas nada ya. Y ambos sabíamos que era lo correcto, lo que teníamos que hacer para proteger a nuestras familias, sobre todo a su hermana. Había mucho que perder si fallábamos.

Tuve que detener mi caminata y con ella mis pensamientos, pues empecé a oír varias voces que me resultaban muy conocidas. Lo que vi cuando me asomé entre los árboles me paralizó. Eledhween reía, como hacía conmigo, pero su risa no era para mí. Sus dedos se entrelazaban con los de otra mujer. No, espera, no era cualquier mujer, era Cassandra. La esposa de mi hermano. Mi cuñada. Mi amiga. Estaban juntas y demasiado cerca. Se miraban con ese amor que Eledhween nunca me había terminado de dedicar.

Cassandra acariciaba el rostro de Eledhween con una ternura que me partió en dos el alma. Y la besó. Fue un beso lento, lleno de un deseo que no necesitaba más palabras. Eledhween le respondió con la misma intensidad, hundiendo sus dedos en el cabello de Cassandra, como si no pudiera acercarla lo suficiente.

El beso se prolongó demasiado y yo no podía dejar de mirar. Allí plantado, sin saber qué hacer ni cómo actuar.

Sentí cómo la rabia y el dolor ardían en mi pecho, al igual que una extraña mezcla de tristeza y de deseo imposible. Yo había abandonado a Kala por ella, por el deber, por nuestras familias... Incluso me había llegado a enamorar de Eledhween, de verdad.

Quería gritar, huir, pero mis pies permanecían clavados al suelo, paralizado ante la traición que desnudaba no solo sus cuerpos, sino también mi alma.

Me giré como pude, con el corazón destrozado, y me alejé del bosque lentamente.

—¿Thalion?

Esa voz me sonaba, era suave, pero nunca la había escuchado tan de cerca.

—¿Loreley?

Parpadeé hasta que pude enfocarla. Tenía una herida abierta en la ceja, los labios partidos y las muñecas marcadas por grilletes

que chispeaban con magia antigua. Estaba sucia, pero sus ojos seguían ardiendo con ese fuego extraño que nunca pude entender. Si ella no era yria, ¿cómo era posible? ¿Y por qué nadie más se lo preguntaba?

Intentó acercarse más, arrastrándose por el suelo de piedra, y solo entonces sentí el tirón de las cadenas alrededor de mis propios brazos. Me moví bruscamente por reflejo, y un zumbido eléctrico me recorrió todos los huesos.

Maldije por lo bajo.

—Tranquilo —me susurró—. No te muevas. Tienes las heridas abiertas, y tienen mala pinta. Deberías poder curarte. —Se acercó un poco más para examinarme las muñecas—. Supongo que te hayan drogado a ti también. No puedo usar mis poderes desde hace días.

Se acercó más, hasta que pudo pasarme una tela húmeda por la frente. Sus dedos temblaban, pero no se detenían.

—¿Qué ha pasado? —murmuré.

—Estamos en Nymurea, creo.

Giré el cuello con mucho esfuerzo. Allí, unos pasos más allá, encadenados también, estaban Nyra y Edgar.

Nyra parecía querer arrancarme los ojos.

—¿Qué haces tú aquí? —logré preguntar, con la voz ronca—. Tú estabas de su parte.

—¡No! ¡Yo estaba atrapada, mi mente no era mía y mi cuerpo tampoco! ¡Y nadie se dio cuenta! —gritó Nyra. Tenía las alas destrozadas, con sangre seca y negra.

—Pero viniste a palacio... —Empezó Loreley a decir.

—Y desde entonces estoy aquí, por intentar avisarla. Ni mi propia hermana se dio cuenta de mi sufrimiento. ¡Tiene a mis hijos! —No le quedaba casi voz con la que hablar.

Pero no era un grito ni un lamento, era una confesión desesperada. Un pedazo de alma que se le escapaba entre las costillas.

Loreley tragó saliva, aún con los ojos muy abiertos. A su lado, Edgar mantenía la cabeza baja, las manos cerradas en puños. No decía nada, era como si no pudiese contener más la culpa.

Yo no sabía qué pensar. Seraphine me había traicionado, se había aliado con el enemigo. Caí en su trampa. Todo en mí me dolía. ¡Cuánta sangre había a mi alrededor!

Como aquella vez...

El recuerdo me golpeó una y otra vez sin poder evitarlo.

La noche era espesa, silenciosa, como si el mundo hubiese contenido el aliento justo antes del desastre. Había corrido por los pasillos del palacio tras oír los gritos. Un chillido agudo, un estallido de magia... algo dentro de mí ya sabía que no quería ver lo que había detrás de esa puerta.

Pero lo hice.

Eledhween estaba en medio de la estancia, como una estatua rota. Tenía el vestido desgarrado y las manos cubiertas de sangre. Esta todavía estaba fresca y goteaba lentamente desde sus dedos. El olor a hierro lo impregnaba todo. Sus ojos estaban muy abiertos, como si ella misma no creyera lo que acababa de pasar.

Su cuerpo temblaba, respiraba como un animal acorralado. Esa no era la Eledhween que yo conocía, etérea, casi luminosa. Era otra completamente diferente, que se sentía arrinconada.

El cadáver de Thalfthir yacía en el suelo, estaba muerto. La sangre se había esparcido bajo su cuerpo, oscura y azulada, espesándose ya en las grietas de la piedra. Su cuello estaba torcido levemente, los ojos abiertos sin iris, fijos en nada. Sin vida.

Mi hermano, Thalfthir. Estaba muerto.

Junto a él, apenas consciente, estaba Cassandra. Tenía la cara arañada, un pómulo amoratado, las piernas marcadas de golpes y toda la ropa hecha girones. Su respiración era irregular y había manchas de sangre en su cuello. No podía moverse, solo tiritaba como una hoja al borde del invierno, al filo de quebrarse en cualquier instante.

—Iba a matarla... —susurró Eledhween al verme, con la voz quebrada, tan débil que parecía desangrarse con cada palabra—. No podía permitirlo. Nos vio. Se volvió loco. Prefería verla muerta antes que con otra mujer. No tuve opción, Thalion. —Su mirada era tan profunda, me pedía auxilio—. Lo siento.

Sus lágrimas no dejaban de brotar y sus palabras me atravesaron como cuchillas. Pero yo no supe qué hacer. Sabía que Eledhween decía la verdad. Sabía cómo era mi hermano, lo que escondía tras sus gestos perfectos y sus palabras vacías. Siempre lo supe, pero aun así no me atreví a hacer nada.

Y simplemente, me quedé en la puerta. Aferrado al marco como si necesitara sostenerme para no caer en ese abismo. No hice nada. No corrí hacia ella. No la limpié la sangre de las manos ni la abracé para salvarla del juicio que se avecinaba. Y dejé que toda la culpa cayese sobre ella. Que mis padres la juzgaran. Que el mundo entero la juzgara, que se convirtiera en la asesina de príncipes.

Yo no podía respirar. La culpa. El dolor. La sangre.



EL DOLOR DEL PERDÓN

Edgar

Thalion había vuelto a desmayarse. Su cuerpo colgaba, inerte, con la cabeza vencida hacia un lado. Las cadenas resonaban débilmente cada vez que alguno se movía, pero ya no quedaba fuerza ni rabia. Solo el vacío y el silencio.

Éramos cuatro únicamente en esa celda. Loreley estaba a mi lado, sangrando, encogida, con las muñecas enrojecidas por las ataduras. Nyra frente a mí, la mirada clavada en algún punto del suelo, con los ojos secos de tanto llorar.

Y yo, solo era ruina. Sabía que Yssindra estaba jugando con nosotros. Ella jugaba con tus recuerdos, buscaba los más dolorosos y te los reproducía una y otra vez. A saber contra qué estaba Thalion luchando esta vez, si es que no era contra sí mismo.

Mi aliento era corto, torpe, como si mi pecho se negara a seguir funcionando. El silencio entre nosotros era tan pesado que daba pena. El sudor me bajaba por la nuca, frío y constante. No podía seguir callado. Miré fijamente a Loreley.

—Todo esto es culpa mía —murmuré—. Yo sabía que Icarus podía estar en el palacio. Mi hermana hizo un trato con él... —Las palabras salían de mi boca, pero no parecían mías—. Yo no hice nada cuando atrapó a Thalion. Tampoco pude hacer nada cuando Icarus desgarró y mató a mi hermana delante de mí. —Bajé la mirada y me horroricé—. Al igual que me rendí a ti sabiendo que no eras tú. No podías ser tú.

Loreley no respondió. Solo me miró. Sus ojos estaban apagados, empañados por algo más que el dolor físico. Pero yo no podía parar de hablar.

—Yo mandé matar a mi padre para que te casaras conmigo y fueses mi reina. Yo maté a mi hermano Varyon por su insolencia. Yo... yo te...

—Lo sé, yo seguía en mi cuerpo encerrada, aunque no fuese dueña de nada —me interrumpió Loreley, me fulminó y me escupió en la cara, alejándose todo lo que las cadenas le permitieron.

Yo ya no era nada para ella.

Nyra nos miraba absorta, pero no dijo nada. Tal vez porque no había nada más que decir. Tal vez porque en ese momento supo que no éramos distintos. Todos habíamos cruzado alguna línea y ya no había vuelta atrás.

Loreley habló de nuevo, esta vez más bajo, como si cada palabra le costara la poca fuerza que le quedaba.

—Estaba atrapada, Edgar. Gritando, llorando, peleando, rogando que te dieras cuenta. Y tú... tú me violaste sin pensarlo dos veces hasta correrte dentro de mí —dijo, en un susurro ronco mientras levantaba la mirada con lágrimas en los ojos y los puños cerrados—. Y lo peor es que tú sabías que no era yo. Y aun así seguiste. ¡No te importó!

Yo no podía ni respirar. Las palabras me clavaban al suelo. Sentí como si todo el aire me abandonara, como si el corazón quisiera detenerse de pura vergüenza. No había defensa posible. No

había redención en ese instante. Solo quedaba el eco de lo que había hecho, de lo que me permití hacer.

—Yo... —Intenté hablar. ¿Pero qué podía decir?

Cerré los ojos ligeramente. Una sola lágrima se deslizó por mi mejilla. La dejé caer, como si aceptara que ese era el precio de recordarlo. Y me volví a hundir en mis pesadillas. Mi mente cada vez estaba más débil.

Volvía a estar allí. En mi habitación, con las sábanas pegajosas de miedo y sudor. Yo solo tenía trece años. Y la puerta del otro ala se cerraba con ese sonido ahogado, suave, que siempre me despertaba. Lo oía cada noche. Los pasos arrastrados de mi padre en dirección al cuarto de mi hermana, resonando sobre el mármol frío y pulido. Seraphine solo tenía cinco años por aquel entonces.

A veces me levantaba, descalzo, cruzando los pasillos de mármol con el corazón como un tambor; cada paso era un escalón hacia la ansiedad. Y desde la rendija veía su sombra apagando la lámpara. Luego la oía llorar, muy bajo. Como si no quisiera que nadie más supiera que seguía viva y lo que le estaba pasando.

Una vez, una sola vez, me atreví a entrar desobedeciendo las órdenes estrictas de mi padre. La determinación se mezclaba con el terror en cada paso que daba por los pasillos largos y fríos, la luz de las velas lanzando sombras que parecían alargarse y acercarse a mí. Quise detenerlo. Me planté frente a él con las manos temblando y la boca seca.

—Aléjate de ella —murmuré, la voz rota por el miedo y por la rabia. Casi dudé que se me hubiese escuchado.

Pero ni siquiera le importó. Solo me empujó con un desprecio absoluto, como si yo fuera un insecto. Me golpeó en el pecho con el puño cerrado, y luego en la cara. Me caí de espaldas. Vi mucha sangre y me meé encima.

—No vuelvas a interrumpirme, Edgar —dijo con su voz hueca de vino y poder—. Me cruzó la cara con el dorso de la mano. El anillo me rajó la ceja y sentí la sangre caliente bajar lentamente por mi mejilla.

Intenté ponerme en pie, pero entonces me pateó en el estómago. Una, y otra vez. Me doblé y vomité. Lloré sin lágrimas.

Grité sin voz, pero algo me interrumpió.

—¿Ya habéis hecho las presentaciones? —La voz de Yssindra, de la Reina Inmortal, retumbó por toda la sala, despertándome de aquella pesadilla.

Yssindra entró con paso lento, impecable, elegante. Como si no caminara, sino que flotara sobre el dolor ajeno. Sus ropajes oscuros se ceñían a su figura como una sombra viva. Su cabello blanco le caía como un velo, y sus ojos eran negros, sin iris ni forma, solo oscuridad en ellos.

Se detuvo frente a Loreley, dejando que el silencio se hiciera insoportable antes de hablar. Su voz, clara y cortante, se deslizó entre nosotros como un filo:

—Mi querida Loreley, no se lo tengas en cuenta. No lo hacíais por las buenas, así que tuve que invertir un poco más de tiempo y poder. —Su voz se quedó en mi cabeza haciendo eco—. Todos y cada uno de vosotros erais parte de mi plan, tampoco os pongáis así.

Dio un paso atrás y alzó los brazos como una sacerdotisa, como una diosa que reclamaba dominio sobre todo lo que veía. La luz que se filtraba por las ventanas parecía doblarse a su voluntad, haciendo que la sombra de su figura se extendiera sobre el suelo como una mancha de tinta.

—Durante los siglos he tenido paciencia, demasiada. La Madre Tierra nos arrebató el poder para compartirlo con los otros reinos. Solo hemos podido habitar en sombras, tejidas por los sacrificios. Pero cuando vi el poder de Icarus —me miró fijamente—, cuando vi a tu madre, supe que estaba a un solo paso de conseguirlo.

Sus ojos se clavaron en Nyra, que palideció ante su mirada penetrante. Por un momento pensé que iba a vomitar.

—Te necesitaba, hada perdida, para convencer a tu consejo de que Loreley era la clave, para que pensarán que había esperanza para ellas. Que había algo por lo que luchar, para que recuperaseis todo vuestro poder. —Hizo una pausa mientras se acercaba un poco más—. Pero solo era para que los ernórdicos y las hadas se desgarraran entre sí creyendo que luchaban por la libertad. Qué

dulce ironía, ¿verdad? Ya siento lo de tus hijos —dijo encogiéndose de hombros—. Era la manera más rápida. En verdad; nunca les hice daño, solo te hice pensar que así era. Están con Múfar, en vuestra casa, sin entender por qué su madre les ha abandonado durante tanto tiempo.

Nyra casi pierde el conocimiento. Se llevó las manos a la cabeza para llorar, en silencio.

Luego Yssindra se deslizó hasta Thalion, aún colgado, inmóvil, pero ya consciente y respirando.

—A ti te necesitaba para llegar a Seraphine. Bueno, y nunca viene mal una pequeña venganza por lo que me hizo tu tío. El abuelo de Loreley, claro. No te puedes hacer una idea de lo que me divertí destruyéndole, matándolo, arrebatándole cada ápice de vida. —Su voz era impresionante; cada palabra me daba un escalofrío—. Todavía estoy pensando en cómo terminar contigo, pues quiero que sea igual de divertido. —Y le guiñó un ojo. Me volvía a faltar el aire.

Sus pasos resonaron como campanas fúnebres cuando se acercó a mí. La tensión en el aire era casi física, como si la propia sala contuviera la respiración.

—Y tú, sangre de traiciones. El último eslabón para mi linaje. Y sorprendentemente el último en la línea sucesoria de Yriath. Vaya. —Me sonrió—. ¡Qué mal te han ido las cosas! A lo mejor a ti te dejo vivir.

Loreley alzó el rostro hacia ella. No dejaba de sangrar, tenía la mirada rota, pero aun así la desafiaba con los dientes.

—No... —murmuró, apenas un suspiro.

Yssindra rió, despacio, saboreando cada sílaba de desesperación.

—¿No? ¿Qué parte no te ha gustado, querida niña? ¿La de ser el resultado de tantas líneas? ¿La de ser el final de mi obra? ¿La parte en la que te das cuenta de que todos tus amigos van a morir y que todo el poder va a ser para mí? Podría compartirlo contigo, claro, pero prefiero que no haya mestizos en mi nuevo mundo. Quiero que sea puro. Que no haya dolor. Ni engaños. Solo musas.

Se agachó frente a ella; sus rostros se quedaron a menos de un palmo de distancia.

—Duerme. No te necesito hasta dentro de nueve meses.



EL RENACER

Loreley

Me mandó dormir. Quise no cerrar los ojos y luchar. Pero era tan difícil. Sin mi magia no tenía nada que hacer.

"Loreley, perdóname", esa voz en mi cabeza, otra vez. "Loreley, dejé que te trajeran hasta aquí, dejé que pasaras por todo esto. Yo te envenené, pero solo porque tú puedes matarla. Perdóname."

Era la voz de Selene. Una brisa cálida en mitad del hielo.

"Loreley. Tu abuela te crió para ser mucho más poderosa que ella, para que tu hijo absorbiera toda la Madre Tierra. Pero tú eres la llave, Loreley, los guerreros hace muchos años fueron hermanos. No necesitas nada más, ni a nadie." Su voz era casi acogedora. "Pero ella no lo sabe. Tú eres la clave."

El mundo se estaba apagando a mi alrededor. Todo era oscuridad. No sentía el dolor en las heridas, ni el peso de las cadenas. Solo esa voz.

“Despierta. Lucha. Icarus te ha quitado el hechizo, él nunca ha estado de su parte. ¡Despierta!”

—¿Selene? —pregunté, sin aliento, sin sentir los labios.

La vi al abrir los ojos. Era un espectro dentro de mí.

“Tú no naciste para obedecer. Tu madre y yo nos encargamos de ello. Eres la suma de todos, de la vida. No eres su herramienta.”

—No puedo... no sé cómo. —Las palabras se amontonaban en mi cabeza. Me costaba pensar.

Selene se acercó, sin cuerpo. Pero con todo el peso del universo en la mirada.

“Sí puedes. Controla las mentes como musa que eres.”

Y sentí la voz en mi garganta, vibrando, tejida de notas invisibles. Las palabras eran cuchillas suaves. Las mentes temblaban a mi alrededor, se agrietaban, se abrían para mí.

“Cúrate las heridas como elfa del agua que eres.”

Y las grietas de mi piel comenzaron a cerrarse, como si el agua que fluía por mis venas me acariciara desde dentro. Fresca, azul y serena. Dejé de sangrar y mis heridas se empezaron a curar.

“Drena la tierra como hada de montaña que eres.”

Y la roca me escuchó. Las raíces vibraron para mí. La tierra me hablaba. Yo era parte de ella y ella de mí.

“Y lucha con todo tu hierro y fuego como guerrera que eres.”

Y sentí de nuevo la llamarada estallar en mi pecho. No como furia, sino como legado. Yo era todos. Yo era el linaje.

Abrí los ojos del cuerpo y del alma. Una claridad nueva me atravesó como un relámpago, y el aire mismo vibró con esa energía.

Yssindra giró la cabeza y se detuvo en seco. Sus labios, que nunca temblaban, se crisparon un instante, como si por primera vez hubiera probado el sabor del miedo.

—¿Qué has hecho? —susurró.

Las sombras del fondo se agitaron. Y entonces, de entre ellas, surgió una silueta delgada.

—En verdad, debo decir que no todo ha sido obra suya. —
Salió Icarus de entre las sombras.

Su figura parecía no pesar nada sobre la piedra, como si no perteneciera del todo a este mundo. Yssindra se giró con rapidez, con los ojos completamente negros clavándose en él.

—Tú... —escupió, furiosa, por primera vez descompuesta—.
Traidor.

Icarus caminó con calma. Sus pasos no hacían ruido, como si nunca hubiera sido del todo real. Llevaba la capa rota, las manos desnudas, pero su cara estaba cambiando. Los rasgos se fundieron hasta revelarla por completo.

—Tardé mucho tiempo en salir de las ruinas a las que me mandaste —dijo, y su voz era calma pura, un río inmovible—. Y mucho más en aprender toda la magia de sangre antigua que necesitaba. Pero aquí estoy, por fin, frente a ti, madre. —La cara de Selene apareció, el eco de esa voz retumbó en mi pecho—. Tú no eres la salvación del mundo, Yssindra. La Madre Tierra eligió compartir su magia y crear el equilibrio, y tú no vas a romperlo.

—Te encerré. ¡Te destruí! ¡A ti y a todas las traidoras que lucharon contigo! —Yssindra escupía cada palabra. Sus manos empezaron a temblar.

—Y aun así regresé —respondió Selene, con una calma inquebrantable.

La Reina Inmortal alzó ambas manos, dispuesta a lanzar un conjuro. Selene se puso en medio. Por fin lo entendí todo. Ella nos había llevado hasta ese punto para acabar con la Reina. Pero... los inocentes que se había llevado por delante. Mis padres... Seraphine...

—Esto termina hoy —dijo Selene, su voz retumbó en mi pecho.

Sentí el peso de sus palabras. La magia de Yssindra rugía como un animal salvaje, se tornó en un torbellino negro que amenazaba con desgarrar el aire y atravesar nuestras mentes, pero Selene extendió las manos, y se aferró a ese torbellino.

En ese instante, comprendí la verdad más profunda. Selene me había enseñado cada batalla, cada jugada, cada sacrificio que yo

tendría que hacer en el resto de mi vida. Yo tenía que sobrevivir para la siguiente batalla, pero ella... Su final estaba allí.

—¡Levantaos! —grité, con la voz firme y clara.

Nyra, Thalion y Edgar, aún débiles y cubiertos de heridas, comenzaron a incorporarse, guiados por una ola de calor que emanaba de mí. Mis manos recorrieron sus cuerpos, y con un toque, sus heridas comenzaron a cerrarse. La piel se recomponía, la sangre volvía a fluir y la fuerza regresaba a sus miembros como un río poderoso.

Selene no estaba usando su magia contra Yssindra, estaba haciendo que fluyese a través de mí.

El aire vibraba con la presencia de mi abuela, que avanzaba con el rostro distorsionado por la furia y el odio, rodeada por una oscuridad líquida que parecía absorber la luz misma.

—¿Creéis que podéis detenerme? —Su voz era un siseo venenoso que helaba la sangre—. Soy la reina eterna y vosotros no sois nada.

Pero esta vez no temí. La duda, el peso de la derrota, las heridas abiertas... se disolvieron como la niebla ante un amanecer ardiente. Sentí cómo dentro de mí ardían las voces de mis ancestros. Mi cuerpo comenzó a transformarse. La piel tomó un brillo pétreo como la roca pulida, mis ojos se tornaron de un azul profundo y líquido, y un aura ígnea, cálida y brillante, me envolvió.

La batalla comenzó con un estruendo. Con un gesto lancé una furia de llamas, que crecieron y la envolvieron. Thalion, recién recobrado, extendió un torrente de agua hacia las figuras que nos empezaban a envolver, mientras Nyra convocaba cuarzo una y otra vez, lanzándolo hacia la reina.

Edgar, con una determinación renovada, empuñaba una espada de fuego, que él mismo había creado. Clavándola, una y otra vez, contra las formas sombrías que la Reina enviaba para atacarnos.

Pero Yssindra no cedía. Su poder era un pozo sin fondo, vasto y oscuro, y parecía multiplicarse con cada ataque. Su risa, rota y cruel, resonaba dentro de nuestras mentes, y con ellas las visiones. Intentaba fracturar nuestra voluntad, inundando nuestras mentes

con visiones de desesperanza y recuerdos dolorosos. Yo vi a mis padres, vi a Seraphine, vi a cada alma arrancada de mi lado. Y por un instante, sentí que la desesperanza me devoraba por dentro sin poder evitarlo.

Entonces, un momento de claridad atravesó mi mente como una campana en la tormenta. Cerré los ojos, y escuché la voz de Selene resonando desde mi interior.

“No dejaré que mueras, es la hora. Dáselo.”

Con un rugido feroz que salió del fondo de mi ser, desaté una oleada de energía que atravesó a Yssindra. Se lo di todo, cada célula de poder que tenía mi cuerpo fue absorbida por mi abuela.

La oscuridad que la envolvía comenzó a desmoronarse. Su cuerpo empezó a endurecerse y agrietarse. Su piel empezó a secarse y arrugarse. La fiebre la subía por las llamas y la mente la dejó de aguantar. Todo el cuerpo le fallaba, mi poder era demasiado para ella, y Selene lo sabía.

Con un último grito que fue más un suspiro, Yssindra se desintegró en una lluvia de cenizas brillantes que flotaron y se desvanecieron en el aire. El eco de su nombre se apagó con ellas.

Y yo caí al suelo, agotada, con la cara pálida y la mirada hacia el cuerpo muerto de mi tía. Ella me había dado su poder para no tener que cargar con mi muerte también. Y mientras la penumbra me rodeaba, lo entendí. Selene había decidido ser el sacrificio, y yo debía seguir viva un poco más. La guerra todavía no había terminado y ella me había mostrado lo que tenía que hacer.

Mi piel pasó de azul a blanca, mis orejas se redondearon, el calor me desapareció al igual que mi fuerza, y solo la mente se quedó conmigo. Su poder, el de Selene, ahora mío.



LAS CADENAS

Feanor

No sabía si era de día o de noche, ni cuántos días habían pasado.

El interior de la tienda olía a sudor seco, a sangre vieja y a cuero húmedo. El techo de lona goteaba con el ritmo lento de una tortura bien pensada. A veces creía oír pasos, o voces... pero nada cruzaba el umbral. Nadie venía. Nadie hablaba. Había perdido completamente la noción del tiempo.

Las cadenas me ardían en las muñecas, y el agua y el pan duro que me habían dejado se me había acabado hacía días. La humillación me carcomía por dentro. Élic. Astrid. Elwich.

Las imágenes se mezclaban en mi cabeza como cuchillas: la risa de Élic, la voz de Astrid ordenando, el cuerpo de Caranthir moviéndose como una marioneta rota.

Mi cuerpo aún ardía por los golpes. Cada respiración era una pelea, a saber cuántas costillas rotas tenía. Cada pensamiento era una herida que aún sangraba: mi esposa, mi hijo, mi reino... No podía dejar de pensar en ellos, en la familia que había dejado prácticamente a su suerte por mi orgullo y el poder. Lo daría todo ahora mismo solo por volver a estar con ellos, por volver atrás y ser una persona completamente diferente.

✕ * ✕✕✕ * ✕✕✕ * ✕✕✕ * ✕

En algún momento, la tela de la tienda se movió. Una figura entró en silencio. No se anunció, ni hizo ruido. Pero cuando se agachó a mi lado, supe de sobra quién era.

—Elwich —gruñí, la voz apenas me salió de la garganta.

No respondió. Solo miró mis muñecas. Y con las manos temblorosas, sacó una llave pequeña de entre sus ropas. La metió en la cerradura con cuidado y las cadenas cayeron. Para luego seguir con las cadenas que tenía en los pies y en la garganta.

El dolor no desapareció, pero podía respirar sin sentirme como un perro atado. Podía estirarme un poco para notar el crujido de cada hueso de mi cuerpo.

Me ofreció una pequeña cantimplora. Dudé por un instante, pero él me miró a los ojos casi con súplica.

—No está envenenado, te lo juro —murmuró—. Es lo único que te pude conseguir. No te curará, pero te aliviará un poco hasta que encontremos a un elfo. —Sacó de sus bolsillos un poco de carne seca—. Come despacio.

Bebí. El ardor bajó por mi garganta como fuego líquido, y por un momento creía que me iba a desmayar. Pero no lo hice. Me obligué a no hacerlo. Y cogí el cacho de carne.

—Tenemos que irnos —dijo, bajando la voz aún más—. No puedo sacarte solo, necesito que camines. He reunido a cinco hombres fieles, ya se han encargado de los guardias. Nos abriremos paso hacia la frontera. Las tropas ni siquiera están ya aquí. Se pusieron camino a Pintré hace ya dos días.

—¿A dónde vamos? —logré decir, limpiándome la boca con el dorso de la mano.

—A Yriath. Con suerte encontraremos a Katrina con el resto de nuestras tropas. Necesitamos aliados Feanor. Refuerzos. Astrid y Élic se han encargado de que dejes de existir.

Intenté ponerme de pie y caí. Pero Elwich me ayudó a volver a levantarme. Me sacó como pudo de la tienda. Y me subieron a un caballo. La vista se me nublaba, pero intenté por todos los medios mantenerme despierto. La venganza de matarles uno a uno, y de volver a ver a mi hijo y esposa, era lo que me hacía soportar todo el dolor que contenía mi cuerpo.

CAPÍTULO 7:

LA BATALLA FINAL

"Las piedras de sangre guardan la montaña en su interior. Solo las manos puras pueden despertar su fuego sin quebrarse."

—El Manuscrito de la Sangre de la Montaña.



EL CAMINO DE LA DERROTA

Caranthir

Los pies golpeaban la tierra con una cadencia cruel. Todavía no me dolían, pero lo harían. Dolería cuando las plantas se abrieran, cuando los tobillos dejaran de sostenerme, cuando los pulmones se me llenaran de polvo y el estómago se enroscara sobre sí mismo, buscando un alimento que no iba a llegar nunca.

Pero por ahora, solo caminaba. Y pensaba. Porque aún tenía eso. Mis recuerdos. Mis sentimientos. Era lo único que no me habían arrebatado. Mi mente.

Pensé en Feanor. En la primera vez que lo vi, cuando todavía era un niño callado, con la cara llena de barro y la espalda cubierta por una capa que le quedaba demasiado grande. No era rey aún. Solo un muchacho al que le habían dado una espada antes de

tiempo. Me tendió la mano sin preguntarme el nombre, sin importarle de dónde venía. Solo dijo:

—Ven. Vamos a entrenar. Yo te ayudaré.

Y esa fue mi segunda familia. Él me enseñó a sostener el acero sin temblar. Me enseñó a no temer la noche, ni a los gritos, ni siquiera a las heridas. Solo a seguir. A avanzar. A ser su General.

Nunca le conté que antes de él, mi cuerpo había sido un campo de batalla. Que cuando los invasores yrios llegaron a mi aldea, yo era demasiado pequeño para pelear y demasiado mayor para que me ignoraran.

Fui violado en el suelo donde antes jugaba con mi hermana. Me dejaron desnudo y con el alma hecha jirones. Después de eso, durante un tiempo, solo hubo silencio.

Hasta Astrid. Ella fue otra cosa. Una grieta en el hielo, tal vez. Una carcajada en mitad de una tormenta. La primera vez que me hizo reír, casi me sentí un traidor. Como si al sonreír estuviera olvidando todo lo que había sufrido. Como si el dolor se diluyera con ella y eso no me pareciese justo. Pero me asusté. Porque no era ternura lo que sentía hacia ella. Teníamos sexo como dos bestias heridas. Nunca hablábamos después. Solo nos mirábamos, pero sin encontrarnos. Y la fallé.

Ahora lo sé. Nunca entenderé que mi muerte vaya a estar en sus manos. Pero cada trazo es una venganza por un gesto que no di. Y me odiaba por ello. Pues yo sentía todo eso hacia otra mujer, una que me había tratado como yo lo había hecho con Astrid.

Pero es que Loreley... Ella no me hizo reír, me hizo respirar, me tocó el alma. Y juro por todos los dioses que intenté no sentirlo. Porque estaba marcado, porque el mundo que traía detrás era de barro y sangre. Pero eso también se acabó.

Y ahora estoy solo y camino. Hasta mi muerte.

Los tatuajes laten como si fueran corazones ajenos, pulsos antiguos marcando mi condena. Cada paso es un juicio. Cada kilómetro, una confesión. Camino por no haber sido suficiente. Por no haber salvado a mi aldea, ni a mi hermana. Por no haber amado a Astrid. Por no haber salvado a mi rey.

Loreley, su nombre, mi único refugio.

✕*✕✕*✕✕*✕✕*✕

Loreley, Feanor, Astrid... no sabía cuánto tiempo había pasado ya. Tenía sed. Hambre. Dolor. Y las visiones estaban empezando.

Primero fue mi hermana, tan pequeña. Corriendo por el bosque que había en las proximidades de nuestra aldea, con la trenza deshecha y los pies descalzos.

—¡Caran, ven! —Reía, girándose—. ¡Me estás dejando ganar! ¡Tú eres más rápido que yo!

Pero llegué tarde, su cuerpo ya estaba muerto al lado del mío. Con la ropa arrancada y chorreando sangre de entre las piernas. Su piel estaba tan morada, su cara desencajada. No podía hacer más que llorar y gritar mientras la abrazaba. Los guerreros yrios siempre habían sido demasiado crueles. Nosotros no les habíamos hecho nada, simplemente vivíamos en las que decían que eran sus tierras.

Luego fue Feanor. Sosteniéndome del brazo en medio de la batalla.

—Levántate, hermano. Todavía no estamos muertos.

Esa voz me arrastró tantas veces de vuelta al mundo. Pero su mirada, sus cadenas...

—¿Por qué no me salvaste? —susurró—. ¿Dónde estabas cuando me mataron?

Elric golpeándole una y otra vez hasta matarlo.

Y entonces ella, Loreley. No como la princesa de las profecías, no como la heredera de nadie. Parecía más humana que nunca, más dócil. Estaba completamente transformada.

—Detente. —Sus labios se movieron, pero no tenían sonido—. Detente, por favor...

Pero no era más que otra visión. Para castigarme por todo lo que había hecho. Aun así, podía sentirla. No con los ojos, ni con el recuerdo distorsionado de mi mente en ruinas, sino con la carne. Con cada nervio aún despierto que suplicaba por algo que no fuese dolor. Una presencia cálida, real, como si el mundo hubiese dejado de ser solo barro y castigo para volverse humano otra vez.

Quise abrir los ojos, pero no pude. Mi cuerpo seguía encadenado por dentro, y los tatuajes latían aún con más fuerza,

como si lucharan por resistirse a su luz.

—Detente, por favor —dijo, y esta vez su voz atravesó las capas del conjuro, la barrera de la culpa, los años de silencio—. Mírame, Caranthir.

Su mano se apoyó contra mi pecho, justo donde la runa más profunda ardía. Y sentí como si alguien hubiese abierto una ventana en mitad de un cuarto sin aire. Otras manos masculinas esta vez, azules, me entibiaron.

Las runas vibraron como si por primera vez dudaran de sí mismas. Y su magia fue desapareciendo poco a poco.

—Caranthir —susurró, más cerca ahora—. Estoy aquí.

Hubo una pausa. Como si ella también estuviera rompiéndose. Como si le costara decir cada palabra.

—La he matado. Selene era Icarus en realidad. ¡He matado a Yssindra, Caranthir! Sé que hay mucho que asimilar. Pero Edgar nos estaba llevando a buscar a Feanor y Katrina, y te sentí. No podías respirar. ¡Ibas a morir! —Me levantó la cara con ambas manos y me besó.

No un beso de salvación ni de deseo. Sino uno de regreso. De los que tienen sabor a vida cuando ya habías aceptado la muerte.

Loreley apoyó su frente contra la mía, con los labios aún temblando sobre los míos, con sus lágrimas juntándose en mi cara.

—Perdóname —susurró, y esa palabra, en ella, no sonaba a debilidad sino a valor—. Por haber tardado tanto, por haberte hecho cargar solo con todo lo que era de los dos y por haberme alejado. —Volvió a besarme, esta vez con muchísima intensidad, yo todavía no tenía claro si había muerto y todo eran imaginaciones mías—. Caranthir, te quiero. Siento no haberme dado cuenta antes, en el fondo lo sabía, pero el maldito hechizo de mi cabeza no me dejaba pensar con claridad.

Tragué saliva. Me ardía la garganta. Tenía tanta sed.

—Astrid y Élic me han hecho esto. Han atrapado a Feanor, y tendido una trampa a Katrina. No pude hacer nada. —La voz me salió a cachos.

Loreley se tensó. No hizo ninguna pregunta. Me acarició la mejilla, como si intentara borrar con los dedos la culpa.

—Está vivo —me dijo—. Todavía queda la última batalla, y he visto mil veces cómo va a luchar con nosotros.

Entonces se movió a un lado, con un gesto leve. Y fue cuando los vi. Thalion, de pie, con la mirada serena. Edgar, apoyando contra un árbol, respirando con dificultad, dedicándome una breve inclinación de cabeza. Y Nyra, ella estaba sentada en el suelo, en su rostro había un alivio tan profundo que me desarmó.

—Tenemos que seguir, te lo contaré todo por el camino. —Y entre ella y Thalion me pusieron en pie.



CUANDO MUEREN LOS HÉROES

Edgar

Los dejé en la frontera de mi ciudad para que siguiesen la marcha sin mí.

Loreley, en todo el camino, no fue capaz de volver a mirarme a los ojos; y no se separó un solo segundo de Caranthir desde que lo encontramos.

Yo estaba completamente exhausto. Ya no podía usar la teletransportación ni avanzar un metro más con mi magia. Cada hechizo tenía un precio. Y yo ya había pagado con todo lo que tenía. Necesitaba a mis guerreros, a mi pueblo. Tenía que volver a ganarme su confianza.

Porque Yriath aún ardía por dentro. Sabía que la maldición se habría ido con la muerte de Selene, pero mi reino estaba roto desde mucho antes, y yo había tenido parte de esa culpa. Había dejado

que toda mi familia cayese a merced del poder y de mi locura. Así que me puse en marcha lo más rápido que pude.

Pyraeth no parecía en ese preciso momento una gran ciudad. Las calles no eran más que puro caos; las familias se buscaban entre ellas a voces. Pero no había cuerpos muertos, y eso era un gran alivio.

Algunos guerreros se quedaron mirándome como si yo mismo fuese un fantasma. Otros simplemente cayeron de rodillas al reconocermme.

—Mi príncipe, ¿el hechizo... se ha roto? —preguntó uno de ellos.

—Encontramos a su hermana... —dijo otro, temblando y cayendo sobre mis pies.

—Podía sentir a mi hija, pero no verla, mi príncipe. —Lloraba uno a mi derecha.

Caminé entre ellos sin saber qué decir. No tenía respuestas ni fuerzas. Pero debía mantenerme en pie y dejar de ser el príncipe ausente y loco... bueno, ahora rey. Una punzada en la garganta por todas las malas decisiones que había tomado. Una tras otra.

Respiré hondo, obligando a mi voz a salir con firmeza, sin temblar.

—El hechizo ha desaparecido. La Reina Inmortal ha muerto.

Un murmullo se expandió como un temblor contenido. Esto en verdad lo había hecho Icarus... digo, Selene, pero habían sido medidas desesperadas, como él tantas veces había hecho. Aun así, me hubiese gustado poder matarla con mis propias manos. Todo el dolor innecesario que provocó a mi hermana... Todavía no terminaba de creermme del todo su historia. Algo se nos estaba escapando. ¿Pero quién me iba a creer a mí, al príncipe loco?

Mi segundo al mando apareció, Raquet.

—¿Dónde está el cuerpo de mi hermana? —pregunté, sin vacilaciones.

—Mi príncipe... digo, mi rey. Está con su madre, en el templo.

Apreté los dientes, sintiendo un nudo helado en el estómago. En apenas unas semanas, mi madre había perdido a su marido y a dos de sus hijos. Y yo era el principal causante.

Le asentí con la cabeza, pero no contesté. El título me pesaba como una armadura forjada con errores, una coraza que no podía quitarme y que rozaba mi piel hasta hacerla sangrar. Ser rey no era una simple corona; era un peso que me hundía en los hombros, un recordatorio constante de todo lo que había hecho para llegar hasta ahí y de todo lo que tendría que seguir haciendo para conservar el poder. Como si bastara con heredar el título para ser digno del maldito trono.

—¿Desea que la llevemos al mausoleo? —preguntó con voz controlada, pero sus ojos evitaban los míos, como si temiera encontrar la grieta que delatará mi fragilidad.

—No —dije tras una pausa—. Que se quede con ella. El pueblo necesita verla llorar. Necesita saber que seguimos siendo humanos, que somos capaces de sufrir por lo que perdemos. ¡La princesa Seraphine ha dado su vida por todos nosotros!

Un silencio pesado se derramó entre mi pueblo. Raquet asintió, y en ese gesto pude ver respeto, pero también una sombra de preocupación.

—Necesitamos órdenes, mi rey. Sabemos que los ernórdicos están en la zona de Pintré esperando a las hadas. Tenemos que intervenir; no podemos quedarnos al margen después de lo que ha pasado.

Di unos pasos hacia la plaza central, donde algunas familias empezaban a acercarse. Madres abrazaban a hijos que no habían podido ver en días, con lágrimas que les manchaban el rostro mientras repetían sus nombres una y otra vez, temerosas de que se desvanecieran si los soltaban. Guerreros que se reconocían entre sí después de haber estado perdidos en la niebla, que caían de rodillas al encontrarse, tocándose los hombros para asegurarse de que seguían de carne y hueso, y no eran sombras nacidas de la bruma.

Y, en medio de todos ellos, yo. El rey que no supo protegerlos ni prevenir toda la desgracia. Sentía cada mirada como un peso ardiente sobre mis espaldas, cada grito de alivio como un recordatorio de aquellos a quienes no había podido salvar.

Una niña pequeña, con el vestido roto y las mejillas manchadas de barro y lágrimas secas, me observaba desde una

esquina. Sus ojos grandes, demasiado serios para su edad, parecían atravesar mi armadura invisible.

—¿Tú hiciste que se fuera el monstruo? —preguntó, con la voz frágil, como si temiera que la respuesta pudiera romperla.

Me arrodillé ante ella, y aunque me dolía cada hueso de mi cuerpo, me apoyé lentamente en el suelo, bajando hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura. No era un gesto de rey, era un gesto de hombre, de alguien que necesitaba pedir perdón incluso a los más inocentes.

—No solo yo, tesoro —respondí con suavidad—. Muchos luchamos. Algunos murieron para que ella no pudiera hacernos daño nunca más.

La niña asintió despacio, sus labios apretados como si guardara dentro una verdad demasiado grande.

—Mi mamá dice que los héroes no siempre ganan, pero que no dejan de luchar.

Una punzada me cruzó el pecho, tan aguda como cualquier espada. Durante un segundo, las voces de mis caídos resonaron en mi mente, reclamando justicia, reclamando memoria. Aun así,forcé una sonrisa cálida para ella.

—Tu mamá es muy sabia.

Me levanté con esfuerzo, sintiendo la gravedad del momento aplastarme. Mis ojos buscaron a mi general, que me observaba en silencio, esperando.

—Necesito a todos los guerreros disponibles preparados a las afueras de la ciudad en una hora —ordené, con la voz firme, dejando atrás cualquier atisbo de debilidad—. Partiremos cuanto antes a ayudar a nuestros hermanos.

Mi general asintió sin hacer preguntas. La orden era clara, y el momento no admitía dudas. En su mirada vi el mismo cansancio que sentía en mis huesos, pero también esa chispa que hace que un hombre se mantenga en pie incluso cuando todo parece perdido: un propósito.

Vi cómo se alejaba corriendo entre las gentes y los restos de lo que una vez fue el corazón de Yriath. A su paso, guerreros

comenzaron a moverse como un solo cuerpo que vuelve a recordar su linaje.

Yo tenía que hacer algo antes. Me dirigí al templo.

✕*✕✕*✕✕*✕✕*✕

El eco de mis pasos resonaba como truenos apagados entre las paredes desnudas de este. Atravesé los salones vacíos, los ventanales rotos y los tapices ennegrecidos por la desesperanza.

La puerta de hierro estaba entreabierta. Dentro, el silencio era tan absoluto que dolía. El cuerpo de mi hermana yacía sobre un lecho de muselina gris, envuelto en flores que ya empezaban a marchitarse. Mi madre, Lyssandra, arrodillada a su lado, le sujetaba la mano como si aún pudiera traerla de vuelta con solo tocarla.

—Así que al final —dije, y mi voz sonó más amarga de lo que esperaba—, aquí estamos. Pagando el precio de cada decisión podrida que tomamos.

Lyssandra no levantó la cabeza. Sus manos temblaban levemente. Apenas parpadeó, y cuando habló, su voz no era más que un murmullo áspero, roto por la pena y la fatiga.

—Tu hermana era la única que luchó de verdad por este reino. Y la única que no merecía morir así —susurró, con los ojos tan rojos que parecía no quedarle lágrimas.

Mi cuerpo se tensó de inmediato. La rabia me golpeó como una ola hirviente.

—¿Y tú lo dices? —Mi grito estalló, inesperado, furioso, reverberando contra las paredes de piedra—. ¡Tú que viste cómo padre se consumía día tras día y no hiciste nada! ¡Tú que sabías las barbaridades que nos hizo de niños y aun así le diste ese poder! ¿Dónde estabas cuando entraba en su cama cada noche, cuando era solo una niña?

El silencio cayó como un golpe pesado entre nosotros. Lyssandra, con la voz quebrada, respondió.

—Eso no te dio derecho a matarlo. ¡Ni tampoco a tu hermano! —La voz se quebró, pero no cedió—. Y dime, querido hijo,

¿cómo protegiste a tu querida hermana mientras le sacaban el alma por la boca?

Mi pecho se hundió con cada palabra que pronunciaba, un dolor punzante que me atravesaba como un cuchillo. No podía responder, no podía justificar lo que no tenía.

—¿Cómo...? —musité, la voz rota, incapaz de sostener su mirada—. ¿Cómo pude protegerla cuando ni siquiera podía salvarme a mí mismo? ¿Igual que cómo voy a salvar a este reino cuando ya no me queda nada por lo que luchar?

Lyssandra se incorporó ligeramente y alzó la voz, como si intentara arrancar las heridas que nos habían consumido a ambos.

—Te manipularon, sí, pero tú también fuiste parte del juego. Jugaste con fuego y te quemaste. No fuiste fuerte cuando debías haberlo sido, y ahora todo pagamos el precio.

Sentí la rabia mezclarse con la culpa, un torbellino imposible de detener. Pero ella no me dejó hundirme en silencio.

—Tu padre no crio a débiles. Y yo tampoco. —Se levantó, su sombra cayendo sobre mí, la voz elevándose hasta casi quebrarse en un alarido—. Tu hermano murió luchando. Tu hermana murió luchando. ¡Y tú harás lo mismo!

Lyssandra dio un paso hacia mí. El eco de su movimiento en la sala vacía sonó como un golpe seco, helado. Su sombra se alargó bajo la luz temblorosa de las antorchas.

—Sé que no he sido una buena madre, pero cada uno hemos tenido que luchar en nuestras propias batallas. Ahora, por una vez, gana la tuya —escupió cada palabra, cargada de rencor y verdad, mientras me señalaba con el dedo.

El aire entre nosotros vibraba con la tensión, tan denso que parecía que las piedras mismas contenían la respiración. Sentí el corazón golpeando con fuerza contra mis costillas. Iba a responder, a romper lo poco que quedaba entre nosotros, cuando la puerta de la sala se abrió de golpe para interrumpirnos.

—Mi rey. —La voz firme del general irrumpió como un trueno, arrastrando consigo un aire urgente y grave—. El rey Feanor de Valdrenheim ha llegado. Está herido, y acompañado únicamente de

Elwich y cinco soldados. Los curanderos ya están con él. Solicita hablar con usted cuanto antes.

—Feanor... —Y simplemente eché a correr.

No lo pensé dos veces. El suelo retumbó bajo mis pasos, dejando atrás a mi madre y sus palabras. Feanor, mi amigo, mi hermano, el hombre que había compartido conmigo el barro, la sangre y la esperanza. Caranthir nos había contado todo lo que le habían hecho.

Mi lucha empezaba aquí y ahora.



EL ÚLTIMO ALIENTO DE LA MAGIA

Katrina

El cielo sobre Pintré parecía hecho de hierro fundido. Bajo su peso, los árboles susurraban plegarias antiguas mientras sus hojas caían como escamas de un mundo que sabía que iba a morir. A mi lado, los guerreros ernórdicos se preparaban. Nadie hablaba. Solo el roce del metal con el cuero. Y ese silencio incómodo que se creaba antes de cada gran batalla.

Astrid me lanzó una mirada breve, asintiendo. Élic se puso su yelmo mientras retrocedía entre sus soldados, cobarde. Con Feanor y Caranthir muertos, sin yrios ni elfos, sin saber dónde se encontraba mi hijo, la desventaja jugaba en nuestra contra. Pero lucharía, no por la victoria, sino por la venganza. Me daba igual morir en el intento si me llevaba conmigo a los máximos posibles.

El primer cuerno sonó como un gemido en las entrañas de la montaña. Y en apenas unos segundos, miles de hadas aparecieron. La mayoría eran deformes, con alas llenas de cuchillas en vez de plumas y bocas llenas de dientes de coral negro. Algunas corrían con cuatro patas; otras volaban con los ojos ardiendo como brasas. Las más antiguas y poderosas se quedaban al fondo, para desatar el caos y evitar nuestro paso con su magia.

—¡Por Feanor! —grité, y la tierra tembló con la respuesta de mis hombres—. ¡Por Valdrenheim! ¡Luchad!

Levanté el vuelo y me puse en primera fila. Absorbí toda la energía que pude, del suelo, de los árboles, hasta del cielo mismo. Mi piel se encendió y se agrietó como si fueran heridas abiertas, mis venas repletas de poder. Una lanza de cuarzo emergió de mi mano y la lancé contra la primera criatura clara que divisé. Le atravesó el pecho, salpicando sangre sobre los que venían detrás.

Y entonces, el choque. Cuerpos contra cuerpos. Alas contra espadas. Garras contra escudos. Un hada le arrancó el rostro a uno de mis capitanes en un solo instante. La magia había dejado prácticamente sin humanidad a las hadas de montaña de menor rango. Solo las más poderosas conservaban apariencias humanas y algo de belleza. Era aterrador pensar que mi especie se había convertido en aquello.

Vi cómo otra hada le clavaba los dedos en los ojos a un joven soldado que tenía debajo. Sentí su muerte como una punzada en el estómago y canalicé su calor. Absorbí su última chispa de energía y la convertí en tres lanzas más. En otro segundo, cada una de ellas estaba clavada en tres nuevos objetivos.

Giré las manos y las raíces salieron de la tierra, rodeando a mis guerreros y destrozando casi a una docena de hadas a su paso. La sangre viscosa, como la leche rancia, salpicó mis mejillas. Una de ellas intentó atraparme con una lluvia de granito, y la aplasté con su propia magia casi sin pensarlo.

Yo había terminado el rito. Yo era igual de poderosa, o más, que diez de las mejores hadas de este reino. Yo terminaría con todas ellas. Saqué una piedra roja del bolsillo y la canalicé. Sabía que usarla tenía un precio, que nunca debía haberlas robado, pero ellas

me lo habían quitado todo: a mi marido, a mi hijo, a mi reino... Destrozaría la montaña entera si era necesario.

La piedra roja se calentó en la palma de mi mano como si tuviera vida propia. Vibraba, latía, como un corazón arrancado de algo más antiguo que cualquier dios. Maelis nos había dicho mil veces a mi hermana y a mí que canalizar su poder podría quebrarte por dentro, pero ya nada de mí quedaba sin destrozar. Y yo creí en mi fortaleza lo suficiente como para atreverme.

—Que venga el precio —susurré. Y lo desaté.

Una oleada carmesí surgió de mis dedos, extendiéndose como un incendio líquido. Todo lo que tocaba se derretía, se volvía humo, hueso o lodo. Las hadas empezaron a gritar. No eran chillidos de dolor, sino de rabia, como si sintieran que estaba profanando algo sagrado. Pero me daba igual. Yo acabaría con todas ellas.

Un hada del consejo, de las más poderosas, de la cual ni siquiera recordaba su nombre ya, salió directamente hacia mí envuelta en relámpagos. Sentí su poder antes de verla, pues era como si una masa opresiva me presionara los pulmones.

Me lanzó una esfera negra que iba devorando todo el aire a su paso. Abrí mis alas, me impulsé en el aire y la esquivé, girando a la vez que lanzaba unas veinte flechas de obsidiana. Vi cómo más de veinte soldados morían bajo mis pies por la esfera negra. Sentí su dolor y volví a canalizar todo el calor que les quedaba. Me daba igual si alguno todavía respiraba; yo necesitaba su energía.

—¡Seguid! ¡No os detengáis! —rugí, desbordante. Mis guerreros seguían luchando sin vacilar. Eran hombres y mujeres con las caras cubiertas de sangre ajena, dientes rotos, miembros perdidos, pero nadie retrocedía. Todos luchaban con rabia por su reino y por sus familias.

Alcé la vista rápidamente por el campo de batalla. Élríc ya no estaba donde lo vi por última vez. Y Astrid, ella me observaba desde lo alto de una roca, con la espada desenfundada. No tuve tiempo de gritarle que siguiese luchando, pues tres hadas se me echaron encima como lobos. Una me hizo un corte en el brazo izquierdo, y la sangre brotó como un río, pero apenas pestañeé. Absorbí el calor de la criatura más cercana hasta dejarla seca, como una cáscara

marchita, y un árbol entero creció del suelo atrapándolas. Mis venas empezaron a arder y a consumirse por la propia magia.

Los cuerpos se amontonaban a mi alrededor. Ya ni siquiera veía el cielo por la propia batalla. Además, sentí cómo la piedra roja se resquebrajó entre mis dedos y con ella todo su poder.

Pero oí voces de fondo. Estas eran diferentes y venían del río.

Giré justo a tiempo para ver cómo el agua se alzaba como una cortina de cristal líquido, y de ella emergían siluetas con armaduras fluidas como escamas. Eran los elfos del agua. ¡Eledhween lo había logrado!

Una oleada de alivio me sacudió por dentro, quebrándome momentáneamente el pecho. Idril tenía que estar vivo, con ella. ¡Por la Madre Tierra, mi hijo seguro que estaba vivo y a salvo!

Pero el milagro no acababa ahí. Desde el otro lado de la colina, donde antes no había nada más que niebla y guerreros caídos, los yrios se estaban teletransportando. Reconocí sus estandartes y había muchísimos.

—¡Katrina! —Esa voz que me llamaba. ¿Era la voz de Feanor?

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que casi vomité.

—¿Qué está pasando? —susurré, sin poder ver más allá.

“A tu derecha. Mátala”, la voz de Loreley estaba en mi cabeza.

Pero era demasiado tarde. Sentí el filo desgarrarme el costado antes siquiera de girarme. Era Astrid. Con los ojos desbordados de furia y determinación, como si todo su odio hubiese estado esperando este momento. Me empujó contra el suelo con un grito salvaje, y el golpe me dejó sin aire.

—¡Maldita traidora! —Alcancé a escupir, con la boca llena de sangre.

Traté de canalizar energía del suelo, del viento, de los cuerpos muertos, pero ya no me quedaba nada. Había quemado hasta la última gota. Ni siquiera mis alas podían sostenerme ahora para levantar el vuelo. Eran un lastre inerte a mi espalda.

Y luego, la voz de Élríc. Lo vi acercarse desde mi izquierda, espada en mano, con una sonrisa cruel en el rostro.

—Tendría que haberle matado a él en su momento —murmuró—. Pero te mataré a ti en su lugar.

Apenas podía dar pequeñas bocanadas de aire mientras intentaba pensar con claridad qué hacer. Pero volví a escuchar aquella voz:

—¡Katrina! —Era Feanor, tenía que serlo.

Un destello. Una sombra. Y la cabeza de Élríc voló por el aire como una fruta podrida. Su cuerpo cayó a mis pies, aún temblando. Astrid gritó, girándose rápidamente en dirección a Feanor. Pero él era la furia encarnada y la detuvo con un solo golpe, una finta rápida, enterrándole la espada en el estómago y girando el acero. Astrid cayó sin hacer sonido, con los ojos como platos.

—Sucia traidora. —Oí su voz, casi como un murmullo lejano—. Me engañaste, y yo caí como un perro. Solo me arrepiento de no haber tenido más tiempo como para matarte únicamente con mis propias manos.

Me desplomé. Feanor corrió a sostenerme, pero las hadas seguían llegando, y se puso en pie para que ninguna llegase viva hasta mí.



SIN LUZ AL FINAL

Loreley

El frío me atravesaba todo el cuerpo. Este no venía del campo de batalla, venía de lo más profundo de mí, de esa magia nueva y extraña que ahora corría por mis venas. De un lugar donde nunca llega la luz del día. No conseguía acostumbrarme a esta extraña sensación.

El suelo bajo mis pies era ceniza. Las ruinas se alzaban como esqueletos de lo que alguna vez fue hermoso: torres derrumbadas, árboles ardiendo, guerreros caídos. El sonido era tan denso que cada paso mío parecía un sacrilegio. Había cuerpos en cada lugar donde ponía la vista. Algunos estaban irreconocibles. Otros... no.

Vi a Katrina tendida en el suelo, sus alas abiertas, su mirada fija en un cielo que ya no estaba. Vi a Feanor con la espada rota a sus pies, inmóvil. Vi a Caranthir luchando contra las hadas que

intentaban rodearlo. Yo corría hacia ellos. Había visto tantas veces esta escena empezar en mi cabeza.

Y ahora, el fuego. No un fuego cálido. Uno que simplemente consumía todo a su paso. Que devoraba con rabia. En su centro, una figura musculosa con tan solo una daga ardiendo. Sabía que Edgar estaba por allí con sus guerreros. Lo sabía todo antes de que sucediese.

La sangre le invadía el cuerpo, goteando hasta el suelo. Tenía las heridas abiertas, marcas profundas en el costado y en el rostro. Pero no se detenía. Ni siquiera cuando sus piernas cedían y caía. Él volvía a levantarse. Hasta que nuestros ojos se cruzaron.

A pesar de la distancia, a pesar del humo, me vio. Y entonces supe lo que tenía que hacer. Selene llevaba preparándome años para esta batalla, para entender mi papel.

Espera, Eledhween no estaba muerta en los brazos de Caranthir. Selene también había cambiado eso. Pero, ¿dónde estaba? Seguro que Thalion se encargaba de buscarla. Yo no tenía más tiempo y eché a correr hacia donde una y otra vez me había mostrado el portal.

Nyra, sin preguntar, me cogió y alzó el vuelo conmigo.

Esta volaba alto, pero no tan rápido como su corazón deseaba. Yo podía sentirlo. El viento nos cortaba la piel, pero no tanto como la urgencia de llegar. El cielo se estaba resquebrajando y el aire olía a metal y a magia rota. Allí, entre las raíces desnudas de una montaña vieja y sagrada, estaba la gran grieta.

Frente a ella estaba Maelis, esperándonos. Sabía que yo llegaría tarde o temprano.

Su silueta parecía más alta de lo que recordaba y más oscura. Ya no tenía la luz en la mirada ni la voz suave; era más bien como si fuese una estatua esculpida en odio que una reina. Tenía ya la piel completamente fosilizada y, en vez de dedos, una especie de dagas de lo que parecía obsidiana. Y en sus ojos no había absolutamente nada: ni fuego, ni compasión, ni humanidad, ni alma. Solo un vacío que la devoraba por dentro.

—Loreley. —Su voz hueca, como salida de una caverna sin fondo—. Has venido a cumplir tu destino. —Esa maldita palabra

llevaba persiguiéndome ya demasiado tiempo.

El aire se heló en mis pulmones según Nyra me dejó en el suelo. Pero antes de que pudiera dar un solo paso, esta se interpuso de inmediato entre nosotras. Aún con las alas extendidas y el pecho agitado por el vuelo, su voz fue firme:

—Esto tiene que acabar, Maelis. Mírate. —Mientras la señalaba de arriba abajo—. Esto no es magia, es podredumbre. Has traído a la Madre Tierra al borde del colapso. ¡Hasta el propio cielo está sufriendo!

Maelis ladeó la cabeza, y en sus labios se curvó una sonrisa enferma.

—He traído justicia. Poder. Equilibrio. Lo que nos fue negado por siglos.

—¿Equilibrio? —La voz de Nyra estalló como un trueno, y el aire mismo vibró con ella—. ¡Has drenado la vida de miles, incluidas las de tu propio pueblo! No hay equilibrio en la ambición desmedida. Esto no es lo que éramos.

—¡Cállate! —Maelis alzó una mano y el suelo tembló bajo nuestros pies—. Tú siempre fuiste la hija débil, Nyra. Ojalá nos hubieses abandonado tú y no tu hermana.

La herida en las palabras era tan clara que, por un instante, el rostro de Nyra titiló con dolor, pero no cedió. Yo, en cambio, no pude contenerme más. Sentí cómo algo en mi interior hervía, como si la sangre misma me quemara las venas.

—¡Yo no soy ninguna llave, Maelis! —grité por fin, mi voz desgarrando el aire que quedaba entre nosotras—. Aunque quisieses, no podrías llegar hasta la Madre Tierra. No destruyas lo poco que queda de este sitio, de tu gente.

Me giré hacia la grieta; parecía incluso un portal. Podía sentirlo vibrar, latir como una herida abierta en el corazón del mundo. Intenté conectar con su energía, con sus bordes. Quería cerrarlo, apagarlo, devolverlo a su origen. Mis manos se alzaron temblorosas, para que la magia fluyese como un río revuelto.

Maelis me atacó. Una lanza afilada negra salió disparada hacia mi costado. Nyra la desvió como pudo con sus ramas. Otra y otra vez. Yo no podía defenderme, tenía que usar toda mi fuerza

para darle un respiro a la Madre Tierra y que se cerrara por sí sola. Maelis lanzó su furia en forma de cuchillas, ramas, incluso de viento. Nyra lo bloqueó todo, pero tuvo un solo descuido: no vio que otra hada se le acercaba por detrás y una hoja oscura atravesó su pecho.

—¡No! —grité, inmóvil, sin poder hacer nada por ella mientras mi magia terminaba de fluir.

Sus alas se agitaron una última vez y su cuerpo cayó de rodillas. Maelis empezó a temblar. Algo cambió en su rostro al ver a su hija desangrándose. Nyra la miró una última vez; sus labios susurraron un “mis hijos” apenas audible.

Y en ese instante, la reina de las hadas retrocedió. El brillo de sus ojos había desaparecido por completo.

—¿Qué he hecho...? —Sus palabras apenas eran un susurro.

Y huyó. Como una sombra rota, se desvaneció en la espesura de la niebla, gritando un nombre que ya nadie podía salvar, tragado por el clamor de la batalla.

Caí de rodillas junto al cuerpo de Nyra. Apreté sus manos ya frías y le cerré los ojos con ternura.

—Lo siento —susurré mientras la besaba en la frente.

Mis piernas no dejaban de temblar, pero caminé hasta el corazón del portal y me despojé de todo: de los recuerdos, del miedo, del amor... Por un momento solo fui magia. Solo voluntad. Solo una hija de la Madre Tierra que necesitaba terminar con todo el sufrimiento. Y lo cerré sin realmente saber cómo o por qué. Con un grito que no fue humano, pero tampoco animal, lo sellé.

El cielo suspiró. El viento volvió a fluir. Pero yo no pude verlo. La Madre Tierra había elegido que yo me quedara con ella, y es que “la magia siempre tiene un precio”.

Me dejó ver a mis amigos por una última vez. Vi cuerpos por todo el campo. Vi guerreros de todas las razas abrazando a los suyos o llorando sobre sus cenizas. Vi a Caranthir buscándome, gritando mi nombre. A Feanor, cubierto de sangre, sosteniendo la cabeza muerta de su hermano con la cara llena de lágrimas. A Edgar, aún de pie como una estatua rota, completamente pálido, mirando todos los cuerpos vacíos de sus guerreros. Vi a Thalion curando a Katrina. A una elfa de agua llevando a Idril hasta sus padres.

Habíamos ganado. Pero nadie se sentía victorioso. ¿Había valido la pena? ¿Cada muerte, cada vida?

Pero ya no había respuesta. Solo silencio.

EPÍLOGO

Madre Tierra

Yo soy el corazón que todo lo sostiene, el núcleo y la fuente de poder de cada ser vivo que se encuentra en esta tierra.

Nací antes de los hombres, antes de la magia.

Y aunque mis hijos e hijas me olvidaron hace ya mucho tiempo parece ser, yo nunca les he olvidado a ellos.

Yo necesitaba la semilla que emergía dentro de esa muchacha.

No quería su vida, solo la prueba de que el equilibrio podía seguir emergiendo en este mundo.

La prueba de que todos merecían vivir en la rueda, que sabían compartir y amar.

Ella me le entregó sin rencor, como si no lo quisiera dentro, como si en el fondo supiese que no la pertenecía, que no era de ella.

Y por primera vez en siglos, el silencio no dolió, no tembló, no era incómodo.

“Dormiré un tiempo más”, pensé, la guerra me agota y limita.

No porque esté demasiado cansada para seguir, sino porque ahora sé que cuando despierte, el mundo será un poquito mejor.

Pero si alguna vez vuelvo a sentir el temblor de la tierra, ese despojo de mi poder.

Si la codicia, el odio o el fuego me amenazan de nuevo como tantas otras veces ha pasado, entonces brotaré y simplemente me llevaré todo a otro lado. Pues ellos no me merecen y la rueda simplemente tiene que continuar.

“Puedes irte”, le dije.

Y la muchacha me miró sin ojos, sin cuerpo, con calma.

Ella no me pidió volver. No suplicó como tantos otros hacían al llegar a la muerte. Solo esperó, tranquila, sonriente.

Así fue cómo comprendí que aún tenía raíces en el mundo de los vivos.

Que su historia no había terminado como la de tantos otros.

La envolví en los cinco poderes sagrados. Primero en tierra, luego en viento, en fuego, en agua y, por último, en amor.

Y cuando la luz tocó su frente, cuando todos los elementos la volvieron a crear, su pecho volvió a latir y sus pulmones a respirar.

No fue un milagro. Fue la voluntad de una hija, y la esperanza de una Madre.



AGRADECIMIENTOS:

Quiero comenzar agradeciendo a mi marido y mejor amigo, por apoyarme siempre y sostenerme en los peores momentos. Gracias por creer en mi magia incluso cuando yo dudaba, y por estar a mi lado mientras este reino de sangre y tierra cobraba vida página a página. Si llega a ser el primero de muchos, es todo gracias a ti.

A Bea, por ser mi primera lectora, gracias por hacerme sentir valiente para seguir escribiendo.

A Dani, por compartir mi sueño y darme esas ganas que me faltaban para coger el ordenador y ponerme con ello de una vez por todas.

A Fernan, por contestarme a las mil dudas que me iban surgiendo sobre el proceso día a día.

A mis familiares, por su amor incondicional y por enseñarme que la fuerza y la paciencia son los verdaderos hechizos que sostienen cualquier aventura en la vida real.

Una mención muy especial a mi querido tío Tito. Gracias por compartir conmigo que a veces la vida lo que te pide es un buen libro. Quiero que sepas que tu recuerdo me seguirá inspirando y guiando como un viento suave que nunca dejará de soplar.

A mis amigos, por sus palabras de ánimo, sus risas compartidas y por ser siempre un refugio seguro en medio del caos creativo, ya sea Tomás, Lucía, Alberto, Isa... sois mi mundo y espero que nunca dejéis de serlo.

A mis gatos, por asegurarse de que nunca tuviese gomas o lápices para corregir mis textos, e incluso en algún momento ayudarme a terminar hojas enteras con sus patas.

A los lectores beta, por sus risas, comentarios y entusiasmo, ayudándome a que *Linaje de Sangre* cobrara vida de la manera más auténtica.

A Héctor de Harde Studio, por ayudarme a cumplir mi sueño.

A las clases de Mungot MMA, por ayudarme a fortalecer el cuerpo y el alma, y recordarme que incluso los héroes necesitan disciplina y coraje.

A los autores palentinos, que me acogieron desde el primer momento como si siempre hubiera formado parte de ellos. Gracias por la generosidad infinita con la que resolvisteis mis mil dudas, por señalarme mis errores sin miedo y por enseñarme que cada fallo es la oportunidad para mejorar.

A mis inspiraciones literarias: Laura Gallego, Vanessa Montfort, Rebecca Yarros, Patrick Rotfuss y Sarah J. Maas entre otras muchas, que me enseñaron lo que es la magia, el amor y la aventura.

A todos los que, de una manera u otra, me han acompañado, enseñado o inspirado, aunque no aparezcan aquí, gracias de corazón por hacer que este libro existiera.

Y, por último, a todos los que creen en mundos de fantasía: gracias por viajar conmigo entre la tierra, el fuego, el viento, el equilibrio y el alma.

SOBRE EL AUTOR:

M. Cristina Saavedra (MCS), autora española de 26 años, siempre sintió que la fantasía era la lengua secreta con la que mejor podía expresarse. Al cambiar de profesión, encontró algo que nunca antes había tenido: tiempo para escuchar sus propias historias.

Graduada en Historia, Cristina valora los relatos y los secretos del pasado, y lleva siempre un libro consigo a donde vaya. Sensible, humana y soñadora, escribe desde la emoción que la atraviesa y con la misma curiosidad que la llevó a leer desde niña.

Comparte iniciales con uno de los grandes, pero su voz es completamente suya: íntima, luminosa y llena de preguntas. Le interesa la magia que nace de lo pequeño, los personajes que sienten demasiado y los mundos que se construyen con trocitos de vida real. Cuando escribe, busca proteger ese espacio donde la calma y la imaginación se tocan, porque ahí es donde sus historias respiran.

Apasionada por los animales y los viajes, encuentra en su entorno diario inspiración para crear mundos llenos de magia, aventura y emociones intensas. Su escritura combina sensibilidad, curiosidad y disciplina, y está dirigida a contar historias que dejen huella en quienes las leen.

“Linaje de Sangre” es su primer libro y representa su primer paso hacia el sueño de ser recordada como autora, construyendo mundos que transporten al lector y dejen una marca duradera.

Puedes seguir su trabajo y novedades en Instagram: [@_cristina_saavedra_](#)

LINAJE DE SANGRE



CRISTINA SAAVEDRA
